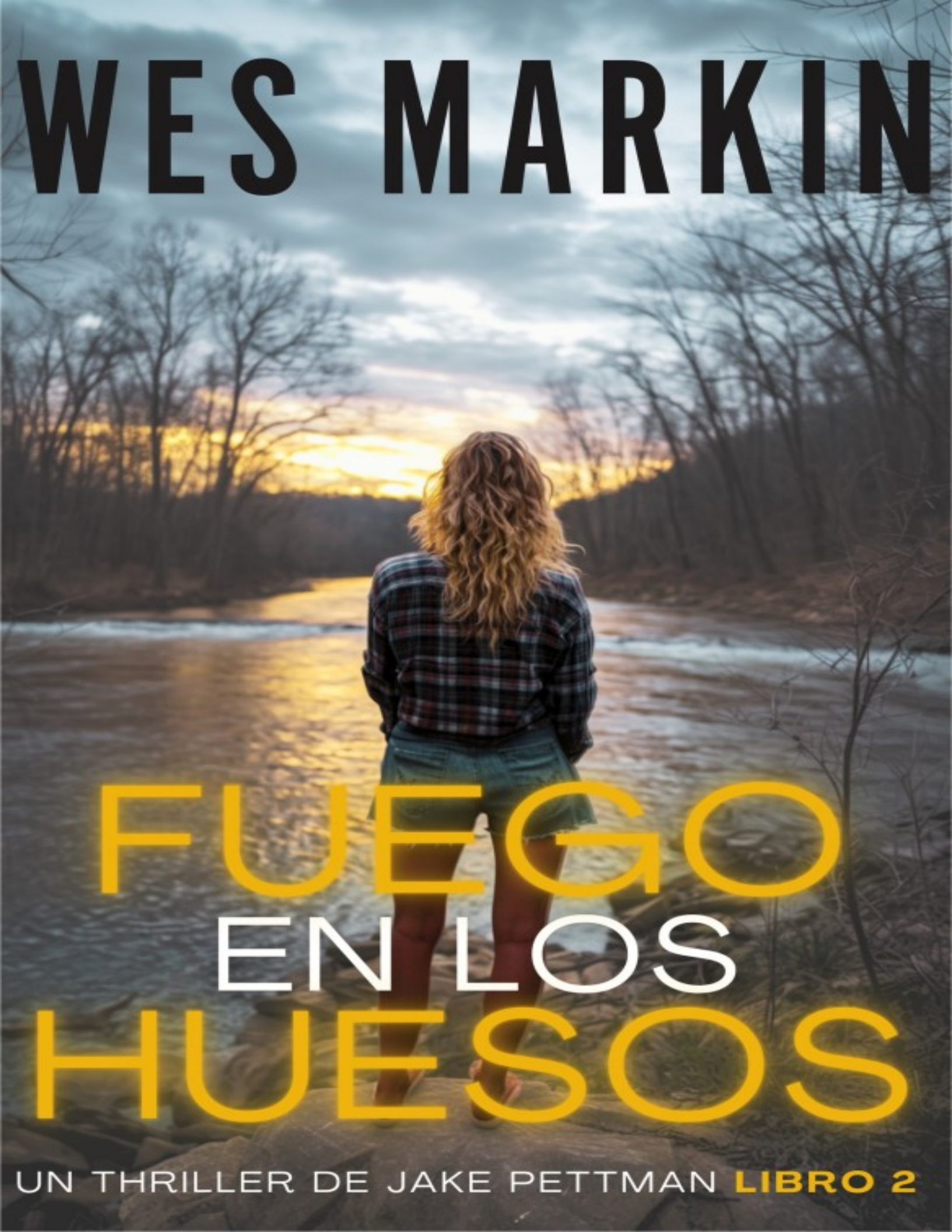

WES MARKIN
FUEGO
EN LOS
HUESOS
UN THRILLER DE JAKE PETTMAN LIBRO 2

Fuego en los Huesos

Un thriller de Jake Pettman

Libro 2

Wes Markin

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos o lugares, es puramente coincidencial

Derechos de autor © 2025 Wes Markin

Primera publicación 2025

ISBN :

Editado por: Candida Bradford

Publicado por: WFM Publishing Ltd

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro debe ser reproducida de ninguna manera sin el permiso expreso del autor

Índice

Acerca del Autor
Otras Obras de Wes Markin

1975
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
1975
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
1990

Ahora
Después
Agradecimientos

Acerca del Autor

Wes Markin es el autor superventas de "Whitby's Forgotten Victims" (Las Víctimas Olvidadas de Whitby), protagonizada por el implacable Inspector Jefe Frank Black y su ingenioso compañero, la Inspectora Gerry Carver. También es autor de los thrillers del Inspector Jefe Michael Yorke ambientados en Salisbury, y los thrillers de Jake Pettman ambientados en Nueva Inglaterra. Wes vive en North Yorkshire con su esposa, sus dos hijos y su travieso cockapoo, Rosie, cerca de las escenas del crimen de las Víctimas Olvidadas de Whitby.

Puedes encontrar más información en:
www.wesmarkinauthor.com
Facebook.com/wesmarkinauthor

Otras Obras de Wes Markin

Las Víctimas Olvidadas de Whitby

Huesos Olvidados

Vidas Olvidadas

Almas Olvidadas

Tumbas Olvidadas

Sombras Olvidadas

Profundidades Olvidadas

Los Crímenes de Yorkshire

Los Asesinatos del Viaducto

Los Asesinatos del Lago Solitario

Los Asesinatos de la Cueva que Llora

Los Asesinatos del Cementerio

Los Asesinatos de Invierno

Los Asesinatos de la Roca Negra

Las Investigaciones del Inspector Jefe Yorke

Una Última Oración

La Serpiente Arrepentida

El Silencio de Severance

El Resurgimiento de los Ray

Danza con la Muerte

Navidad con el Conduit

Más Vale el Diablo

El Diario Secreto de Lacey Ray

Un thrillers de Jake Pettman

El Foso de la Matanza

Fuego en los Huesos

Blue Falls

El Núcleo Podrido

Entre la Espada y la Pared

1975

EL CALOR OPRIMÍA a Charlotte White. —No recuerdo que el año pasado hiciera ni de lejos tanto calor.

Al otro lado de la mesa, Ryan dejó que la cuchara se hundiera en su tazón de cereales y se rio. —Te vuelve a fallar la memoria. De hecho, recuerdo que tuvimos esta misma conversación.

Se desabrochó el primer botón de la blusa. —¿Y cuál fue tu sugerencia entonces?

Abrió los ojos como platos. —Sigue con esos botones y te haré una sugerencia estupenda.

Ella le dio una palmada en la mano. —Tienes un hijo adolescente arriba.

—¿Tenías que recordármelo? Bueno… a ver, el año pasado… sí, dimos un paseo largo y refrescante por el Stinson e hicimos un pícnic junto al viejo molino de Waterford.

—Me acuerdo. Fue divertido, incluso con Bobby enfurruñado por una chica.

Ryan puso los ojos en blanco. —No me suena. ¿Acaso no se pasó todo el año de sus catorce enfurruñado? Personalmente, recuerdo el zumbido de las luciérnagas y la suave brisa sobre el lago…

Le apretó el dorso de la mano. —Deja de hacerte el poeta.

Él le dio la vuelta a su mano y le cogió la suya. —Hay más de poeta en mí de lo que te imaginas.

—Venga, va. Compláceme con esa faceta romántica. Por favor. Llevo diecisiete años esperándola.

Sonrió con picardía. —Bueno, déjame llevarte a aquel rincón de Waterford y te enseñaré esa faceta. Si no recuerdo mal, la última vez el sitio estaba bastante desierto.

—¿Con Bobby a cuestas? Por favor, no hagas promesas que no puedas cumplir. Sobre todo esa clase de promesas. —Se mordió el labio.

—Bobby está en la cama. Seguirá ahí esta tarde. ¿De verdad queremos salir en la hora de más calor con un adolescente malhumorado? Vayámonos ahora y compramos algunas cosas por el camino. ¡Probablemente estaremos de vuelta antes de que se levante!

Le dedicó a Ryan una larga mirada, queriendo que creyera que estaba sopesando su sugerencia con detenimiento. Sin embargo, le sacaba de quicio el tiempo que se pasaba Bobby en la cama últimamente y había estado haciendo todo lo posible por quitarle esa costumbre de perezoso, quedándose a un paso de la violencia. —Suena fantástico, cariño, pero a lo mejor a él le apetece venir.

—¡Estarás de broma!

—Bueno, quizá no «apetecerle», pero seguro que lo disfruta cuando esté con nosotros, y ya sabes lo mucho que me gusta que estemos todos juntos.

Ryan se soltó de su mano y su expresión juguetona se desvaneció.

—Lo siento. Quiero que pasemos tiempo todos juntos, cariño. No solo tú y yo. Te lo compensaré, te lo prometo.

—Claro —dijo él, asintiendo pero evitando mirarla a los ojos.

Suspiró. A Ryan nunca se le había dado bien el rechazo. —Voy a subir a sacar a rastras de la cama a ese pequeño adolescente respondón. Luego haré café para todos y prepararemos el pícnic. —Un golpe en la puerta la sobresaltó y se llevó una mano al pecho—. ¿Tienen que llamar siempre con esa maldita fuerza? —Observó a Ryan levantarse y acercarse a la puerta de entrada. Incluso después de todos esos años, después de todos sus altibajos, e *incluso*

después de su breve aventura al principio de su matrimonio, lo adoraba más que a su propia vida.

Mientras él abría la puerta, ella pasó a su lado hacia las escaleras.

Oyó una voz grave y anciana. —Buenos días. Carrs Deliveries.

—Jesús, ¿qué hay ahí dentro? —preguntó Ryan.

—Es uno de los grandes, desde luego. Menos mal que cambiamos las carretillas la semana pasada; no creo que las viejas lo hubieran soportado.

—Imposible que sea algo que haya pedido yo —dijo Ryan.

El repartidor se rio. —¿A que sí? ¡Usted debería ver la de mierda que llega a mi casa!

El sonido de la conversación se fue apagando mientras Charlotte subía las escaleras y giraba por el pasillo hacia la habitación de su hijo. Era un chico de quince años, así que requería una llamada de cortesía. Sin embargo, solo obtenía una. Si no respondía, entraba de todos modos.

Alisó las esquinas dobladas del póster pegado a su puerta que decía: *¡A menos que traigas pizza, estoy ocupado!*

—¡Pizza! —dijo en voz alta.

Nada.

Bueno, ya te avisé. Abrió la puerta. —Dormilón, tenemos un plan…

Cada parte de su cuerpo se desmoronó.

RYAN rodeó la caja de cartón de un metro por un metro. Se detuvo, se inclinó y pasó un dedo por el grueso fajo de cinta de embalar que la sellaba. Se enderezó e intentó empujar la caja con el pie, pero no se movió. *¿Qué demonios has comprado, Charlotte?*

Fue a coger un cuchillo de la cocina para atacar la cinta. Oyó el estruendo del motor diésel del camión del repartidor al marcharse. La empresa, Carrs Deliveries, tenía fama de ser unos chapuceros de mucho cuidado; entregas rotas, productos dejados fuera para que

los robaran y roces con la ley por supuestas entregas medicinales eran solo la punta del iceberg. Cuando Ryan le había preguntado por el nombre del remitente, el repartidor le había dado un nombre que no reconocía: Blake Marsh, propietario de Marsh Properties. ¿Qué demonios podía haberle encargado Charlotte a una empresa inmobiliaria?

Desde el piso de arriba, Charlotte lo llamó por su nombre.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, cortando la cinta de la caja. Con el cuchillo en una mano, cogió una de las solapas de la caja para abrirla mientras oía a su mujer bajar las escaleras a toda prisa.

—¡Bobby no está en su cama!

Aspiró bruscamente por la nariz y levantó la vista hacia su aturdida mujer. Pensó un momento. —¡En casa de Henry! Ahí es donde estará.

Ella negó con la cabeza. —No..., no es propio de él. Nos lo habría dicho.

Sintió una fría sensación que le nacía en las manos. —Tiene quince años. Yo busqué mucho los límites cuando tenía quince. Llama a la madre de Henry. Está allí. Lo sé. —Pero ni él mismo se lo creía mientras lo decía. No solo porque Bobby era de los que cumplen las normas y se lo habría dicho, sino porque toda aquella situación era de lo más extraña.

Entregas Carr.

Propiedades Marsh.

Divisó la caja y la fría sensación se le instaló en el estómago.

—¿Qué hay en la caja? —Ya no gritaba, pero tampoco susurraba. Sonaba más bien como un siseo, el ruido de algo que se desinfla.

Con una mano fría y temblorosa, se inclinó hacia delante, levantó una de las solapas y miró dentro. Retrocedió de un salto, empuñando el cuchillo frente a él.

—¿Qué pasa, Ryan? ¿Qué hay en la caja?

—Alguien...

—¿Quién?

Ryan negó despacio con la cabeza mientras la fría sensación le oprimía el estómago, revolviéndole el desayuno.

—¿Quién, Ryan?

Una vez seguro de que la persona de la caja estaba completamente inmóvil y no suponía una amenaza, miró a Charlotte en la escalera.

Se había dejado caer, sentada, y se aferraba a la barandilla.

Abrió la boca para hablar, pero no le salió la voz.

—Oh, Dios... ¿Es Bobby? Habla..., por favor. ¿Es Bobby?

—No.

—¡Gracias a Dios..., gracias a Dios! —Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Alguien con el pelo rubio.

—Gracias a Dios..., gracias a Dios.

—Está envuelto en plástico. —Sintió que el desayuno le subía por la garganta hasta la boca—. ¿Quién metería a alguien en una caja? Esto es de enfermos..., de *putos* enfermos. ¿Por qué aquí? ¿Por qué traerlo a nuestra casa? Llama a la policía. ¡Llámalos!

—No puedo moverme. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la barandilla—. ¿Dónde está Bobby? ¿Qué está pasando, Ryan? ¡Por favor, dime qué está pasando!

No tenía ni idea. Se acercó de nuevo a la caja. A pesar del agarre férreo de la fría sensación que ahora se le había extendido por todo el cuerpo, Ryan sudaba a mares. El sudor le corría por la cara y la espalda. Se arrodilló, abrió una solapa y miró dentro. —Joder..., me cago en la puta. —Ryan se obligó a quedarse allí el tiempo suficiente para determinar que la persona de la caja estaba, sin duda alguna, muerta.

La víctima había sido colocada sentada, con las rodillas abrazadas. La cabeza le caía hacia delante, por lo que no se le veía la cara, pero Ryan no quería tocar al joven ni el fino plástico que lo envolvía. No le hacía falta. Ryan reconoció la cazadora de cuero marrón y los enredos en el pelo rubio.

Se apartó de la caja, se llevó un puño a la boca e intentó respirar hondo por la nariz.

Pero era demasiado tarde.

Devolvió el desayuno en el suelo.

CHARLOTTE SE GOLPEÓ la cabeza con fuerza contra la barandilla, rezando por despertarse. No funcionó. *Porque esto es real. Ahora, contrólate. No es Bobby, ¿recuerdas?*

Mientras escuchaba las arcadas de su marido, se puso en pie y bajó las escaleras. Le temblaban las piernas, pero usó el pasamanos para mantener el equilibrio. Al pie de la escalera, se volvió hacia Ryan. —¿Quién es?

Él se limpió el vómito de la barbilla y abrió la boca para hablar, pero entonces tuvo otra arcada.

—¿Quién, Ryan? ¿*Quién* es?

—Henry —consiguió articular Ryan entre arcadas—. Es Henry.

Charlotte se llevó una mano a la boca mientras su marido se incorporaba a duras penas, apoyándose en la pared. Bajó la vista hacia la caja.

—¡No!

Volvió a levantar la mirada.

Ryan la miraba con tristeza. —No mires en la caja.

—¿Dónde está Bobby?

—No lo sé, pero lo encontraremos.

Ella se estremeció y desvió la mirada. Respiró hondo, intentó ignorar su corazón, que le golpeaba contra las costillas, y luchó contra el temblor de sus nervios y músculos para ir a por el teléfono que estaba junto al sofá. Marcó y después observó a Ryan.

Él asintió en su dirección, claramente satisfecho de que estuviera llamando a la policía.

Solo que no lo estaba.

—Diga.

—Sylvia, lo siento.

—Char, ¿eres tú? ¿Qué pasa?

Charlotte vio la expresión de sorpresa de Ryan. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, él negó con la cabeza, queriendo que parara.

—¿Se quedó anoche Bobby en casa de Henry? —preguntó Charlotte.

—No. Que yo sepa, no.

Charlotte miró de reojo la caja y le dio la espalda.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Sylvia.

—Bobby no está aquí. Me he levantado esta mañana y su cama estaba vacía.

Silencio. Se quedó sin palabras al instante. Empatizando con esa temida experiencia. La peor pesadilla de cualquier padre, y estaría desesperada por no decir algo inapropiado. —Seguro que podemos averiguar por qué. Voy a ver a Henry ahora mismo.

Pero no puedes, ¿verdad? Porque Henry está en una caja en nuestro salón. Pero Bobby estará allí, en la habitación de Henry. Porque tiene que estarlo. No sé por qué, y no sé cómo, pero lo estará. Se apoyó en el alféizar de la ventana donde estaba el teléfono.

Ryan se le acercó y le puso una mano en el brazo. —La policía, tenemos que llamar a la policía.

Ella le apartó la mano de un manotazo.

—No está bien llamar a su madre.

Ella lo fulminó con la mirada.

Oyó el traqueteo del teléfono al ser descolgado de nuevo y la voz desesperada de Sylvia. —Mierda..., mierda...

—¿Sylvia?

—Henry no está aquí.

—¿Y Bobby?

Silencio. —No. ¿Dónde están? ¿En qué andan metidos?

Charlotte notó el sabor de la bilis. *Henry está muerto, Sylvia, pero no te lo voy a decir. Yo no podría oír esas palabras, así que ¿cómo podría esperar que tú pudieras? No me corresponde a mí. Pero ¿dónde está mi hijo?* —¿Estás segura de que Bobby no está ahí, Sylvia?

—¿Por qué me sigues preguntando eso? Si Henry no está aquí, ¿por qué iba a estarlo Bobby?

—No lo sé.

—Últimamente han estado mucho con otro chico... ¿cómo se llama? Hay una furgoneta aparcando en la entrada de casa.

—¿Qué furgoneta? —Charlotte agarró el visillo como si la furgoneta hubiera llegado a su casa y no a la de Sylvia.

—Solo es de Carr. Otro paquete roto, probablemente.

—¡*No* abras la puerta!

—Char, solo es una entrega.

—¡Créeme, no puedes abrir la puerta!

—Pero Sean ya ha salido a ayudar. Entonces, ¿tienes el número de la familia de ese otro chico?

—Sylvia, por favor… *¡detén a Sean!*

—¿Por qué? No lo entiendo, Charlotte. No dices nada con sentido. Está ayudando al repartidor y, madre mía, es un paquete grande…, y pesado también, por lo que parece.

Charlotte chilló y soltó el teléfono. Rebotó contra la pared. Al sentir las manos de su marido sobre los hombros, se desplomó de rodillas.

El tiempo pasó. No estaba segura de cuánto, pero, cuando recobró el sentido, estaba aferrada al visillo que debió de arrancar del riel al caer y miraba hacia arriba, al comisario Earl Jewell.

—¿Bobby? —preguntó.

Earl abrió la boca para responder, pero, sabiendo lo que se avecinaba, ella no se molestó en esperar y, en lugar de eso, volvió a chillar.

lectuepublibre2.com

1

—El Skweda —dijo Parker, adentrándose en el río negro—. Se traduce como «fuego en el hueso».

—¿Fuego en qué? —preguntó Scarlett, quitándose las bragas.

—Fuego en el hueso. Lo llamaron así los indios abenaki —se zambulló bajo la superficie.

—Capullo —probó el agua con los dedos de los pies y lo retiró de golpe. Demasiado fría para ella, aunque, la verdad, para ella todo estaba demasiado frío. El año anterior, el médico lo había achacado a la anemia y le había recetado unas pastillas de hierro. No habían servido de mucho, para gran disgusto de su padre, que no soportaba sus costosas interacciones con el termostato en invierno.

Esperó a que Parker saliera a la superficie.

Nada.

Capullo.

Cuando por fin emergió de forma espectacular, boqueando en busca de aire, ella se cruzó de brazos. *Exhibicionista.*

Se puso de pie, con el agua hasta el pecho, y frunció el ceño.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. ¿Se suponía que tenía que ponerme a chillar?

—Bueno, un poco de compasión no estaría de más.

—¿Por qué? ¿Porque eres lo bastante idiota como para ahogarte tú solo?

—No tienes corazón.

—O simplemente no soy como las mujeres de esas películas de terror de los ochenta que ves con tu padre. No me ponen los machitos y no te necesito vivo para que me mantengas a salvo.

Él sonrió.

—Bueno, «fuego en el hueso».

—¿Qué pasa con eso?

—¿Qué significa?

-—Entra y te lo digo.

—Joder —se metió en el agua y se abrazó el pecho con fuerza. Aquello no la calentó lo más mínimo y se estremeció cuando el agua le llegó a los muslos. En condiciones normales no haría algo así, pero hacía poco que había empezado a tener relaciones sexuales. Parker le había asegurado que el sexo en el agua era lo mejor del mundo y no quería perder la oportunidad de probarlo—. ¿Este es el mismo sitio al que trajiste a Sandra? —Estaba oscuro, así que Scarlett no podía estar segura de si se había sonrojado, pero sospechó que sí.

Sandra era su exnovia y la ex mejor amiga de Scarlett.

—No —Parker se apartó el pelo largo de los ojos y señaló el puente que conectaba Blue Falls con Sharon's Edge—. Debajo de ese puente también hay un lugar muy tranquilo.

—¿Quieres que follemos ahí mañana por la noche? —lo rodeó con los brazos y no se sorprendió, sino que se alegró, al sentir la erección de él presionándole el muslo.

Él le besó el cuello.

—Y ahora, «fuego en el hueso». ¿Qué significa?

Siguió besándola.

Ella se echó hacia atrás y él puso los ojos en blanco. —¡Pensaba que todo el mundo lo sabía!

Ella se soltó de su abrazo y se alejó un poco. Temblaba con bastante fuerza, pero aun así consiguió articular las palabras. —Claramente, no todo el mundo, capullo. Y ahora, ¿qué coño significa?

Él avanzó hacia ella.

Ella sonrió. La erección que había sentido bajo el agua demostraba que estaba preparado, pero lo vio con la misma claridad en su cara. Para ser nueva en el sexo, estaba disfrutando mucho del aprendizaje. El deseo era interesante. La abrumaba, pero también la hacía sentirse muy ligera y feliz cuando lo satisfacía.

—Los abenaki creen que un fuego arde en lo más profundo de todos nosotros.

Se detuvo y dejó que se acercara. Le rodeó la erección con la mano. —Desde luego, en ti está ardiendo.

Él cerró los ojos y suspiró. —Creían que las aguas del Skweda te mostrarían mejor cómo usar ese fuego.

—Entonces, ¿cómo vas a usar tu fuego? —rozó la punta de la erección de él por su muslo, la movió suavemente hacia su entrepierna y levantó la pierna para rodearlo.

Él gimió ante la promesa de lo que estaba por venir. Se inclinó para besarla de nuevo, pero ella se apartó bruscamente, se rio, se giró sobre sí misma y nadó río adentro. —¿Qué me estás haciendo?

Se dio la vuelta, manteniéndose a flote. —¡Avivando el fuego!

—Muy graciosa.

—Quiero que estés ardiendo.

—Lo estoy. Y tus intentos de hacer monólogos son un fracaso estrepitoso.

—¡Pues ven a buscarme! —levantó las manos en el aire y se dejó hundir bajo la superficie. Como era de esperar, allí abajo estaba todo completamente oscuro, pero no le importó. El frío siempre había sido su problema, no la oscuridad. Sin embargo, nadar la había ayudado y casi tenía los temblores bajo control. Nadó en la silenciosa oscuridad, conteniendo la respiración, disfrutando de la repentina privación de los sentidos. Finalmente, cuando salió a la superficie, lanzó un grito de júbilo.

—Baja la voz —dijo Parker. Había nadado hasta donde estaba ella.

—¿Por qué? ¡No hay nadie! —volvió a gritar—. ¡Tú estabas bajo el puente con Sandra! Estamos en medio de la nada.

—Aun así...

—Aun así, *nada* —se sumergió de nuevo y nadó un par de metros hacia abajo. Seguía sin ver nada, pero notó el cuerpo de Parker cerca mientras él nadaba ahora con ella. Extendió la mano y le rozó una parte, luego se giró y pataleó con fuerza con las manos extendidas para ver si podía tocar el fondo, aunque no tenía ni idea de a qué distancia estaba.

Su mano rozó a Parker de nuevo.

Buscó en la oscuridad, tratando de encontrar la mano de él. Cuando la encontró, la agarró y...

Retrocedió de golpe. Aterrada de que el repentino impacto de la adrenalina la hiciera caer en espiral hacia el vacío, se lanzó hacia la superficie y gritó el nombre de Parker al salir.

—¿Qué? —preguntó Parker a varios metros de distancia.

—Una mano. He tocado la mano de alguien..., de *algo*. Era pequeña, fría y dura. Creo que era un hueso.

—Buen intento.

—Lo digo *jodidamente* en serio.

—¡Joder! —A Parker se le abrieron los ojos como platos y señaló a la derecha de ella—. ¿Qué es *eso*?

Temblando de nuevo, y esta vez no por el frío, Scarlett se giró en el agua. La lisa superficie de una calavera le golpeó el pecho. Apartó el esqueleto de un empujón y gritó.

En aquel momento, tumbado entre las sábanas revueltas con Piper Goodwin y aún recuperando el aliento, ¿se atrevió Jake Pettman a sentirse optimista? Era de sobra consciente de lo influyentes que podían llegar a ser las sustancias químicas del cerebro. Ya había experimentado esos subidones antes: primero con Lacey Ray y luego con su exmujer, Sheila. Y mira lo que pasó en ambas ocasiones. Sí, era demasiado fácil dejarse llevar por esa euforia y creerse el cuento de que todo iba a salir a las mil maravillas.

—¿En qué piensas? —le preguntó Piper, alzando la mano para acariciarle la cara.

—Intento no pensar. —Jake le recorrió con los dedos el abdomen húmedo—. Los momentos perfectos no necesitan pensamientos.

Ella se rio. —O me he topado con el turista más romántico o con el más peculiar. Aún no lo tengo claro.

—¿Así que sigo siendo solo un turista?

—Hacen falta más de un par de meses en Blue Falls para quitarse esa etiqueta, aunque ayudaras a restaurar el orden aquí.

Jake apartó la mirada. Solo otras dos personas sabían que se había visto obligado a apretar el gatillo contra alguien para que eso ocurriera, y ninguna de las dos estaba en la habitación en ese momento. —Apenas hice nada.

Ella le giró la cabeza para que la mirara. —Además, lo que yo valoro es lo que has aportado desde entonces, en los últimos meses.

Se refería, por supuesto, al apoyo que él le había dado después de que ella descubriera que Jotham MacLeoid, el hombre al que Jake había matado, era en realidad su padre. Descubrir que eras descendiente de un hombre tan malvado destrozaría a la mayoría de la gente.

—No me des las gracias por eso.

Ella negó con la cabeza. —Me ayudaste a superarlo. Eres un buen hombre.

Él se sonrojó. Y ahí estaba de nuevo. Esa satisfacción. La sensación de que quizá, solo quizá, estaba teniendo otra oportunidad para ser feliz. —¿Podríamos dejar lo de «turista» por un día o dos, a ver qué tal?

Piper fingió mirar alrededor de la diminuta habitación. —Jake, sigues viviendo en un motel.

Jake se encogió de hombros. —Le he cogido bastante cariño.

—¿También les has cogido cariño a las cucarachas?

Jake se rio. —No tanto. Solo al precio, la verdad.

—Espera a que tus facturas médicas se disparen. Porque lo harán si te quedas en este agujero mucho más tiempo.

Jake cogió unas fotografías de la mesilla de noche y se las entregó.

—¿Qué es esto?

Él volvió a encogerse de hombros. —Porque te quiero.

Ella se quedó en silencio mientras procesaba esas palabras. Al fin y al cabo, era la primera vez que las decía.

Él esperó tenso su respuesta, pero no le sorprendió cuando llegó.

—Y yo también te quiero. Entonces, ¿qué son?

—Son de mi hijo, Frank. Siento no habértelo dicho. —Respiró hondo.

—¿Cuántos años tiene?

—Cinco. —Sintió que las lágrimas amenazaban con asomar.

Ella le dio un beso en la mejilla. —Gracias por decírmelo. —Se incorporó y miró las fotografías.

Él la observó y contempló la colisión de sus dos vidas: la antigua y la nueva.

—Precioso —dijo ella, mirando una foto de Frank con una camiseta de fútbol.

—Mucho. Es del Southampton FC.

—No he oído hablar de ellos. Me refería a tu hijo. —Le sonrió a Jake—. Se parece a ti.

—Sí, eso me temo por él.

Ella le acarició el pecho. —Es un niño con suerte.

Eso espero. *Va a necesitar toda la suerte del mundo, siendo descendiente mío.* —Hay algo más… —Jake hizo una pausa y se pasó una mano por el pelo—. Estuve perdido durante un tiempo, Piper. Y luego… y luego me involucré con… yo…

Ella le acarició el pecho. —Si no es el momento…

—Es el momento. Siempre sería difícil de decir…

El móvil de Piper sonó. —No lo cojas.

—Cógelo. Esto puede esperar. —*Porque la historia de Paul Conway, el pobre chico atrapado en la explosión de ese coche por mi relación con gente cruel, siempre estará ahí.*

Ella cogió el móvil y miró el nombre en la pantalla. —¿Hola, Sadie? ¿Va todo bien?

Jake estaba seguro de que oía a alguien llorar.

—Más despacio. ¿Un niño?

Jake se incorporó.

A medida que la conversación avanzaba, la expresión de Piper se ensombreció considerablemente. —Qué horror.

Jake se acercó más a Piper para intentar oír lo que decía Sadie.

—Ve en coche a casa de mis padres, cariño —dijo Piper—. Te veo allí. —Tras la llamada, Piper se giró hacia Jake—. Era una de mis mejores amigas. Está aterrada. Es horrible, Jake. Han encontrado un cuerpo en el Skweda.

Jake cogió la mano de Piper. —¿Un niño?

Piper asintió.

—¿Cómo se ha enterado?

—Al volver del trabajo, ha visto vehículos de la policía en la carretera que va junto a una pequeña zona de bosque al lado del río. Cuando ha llegado a casa, ha llamado a Tom, uno de sus amigos íntimos. Es policía aquí.

Jake puso los ojos en blanco. —Uno de los mejores de Gabriel Jewell, no me cabe duda. ¡Contando los detalles de una escena del crimen a un civil, por el amor de Dios! ¿Es que en Blue Falls se hace algo bien? ¿Saben quién es el niño?

—No creo. El cuerpo es antiguo. Está descompuesto. Joder, qué horror.

—¿Algo más? —preguntó Jake, levantándose de la cama.

—No. ¿Adónde vas?

—Mándame la ubicación a un mapa de Google de dónde vio Sadie los vehículos y envíamela por mensaje.

—Lo dices en serio, ¿verdad?

Él se giró y enarcó una ceja.

—¡Y es ridículo!

Jake se encogió de hombros. —Solo quiero echar un vistazo.

—¿Por qué? ¡No! En realidad, ahórratelo. No quiero oír la gilipollez esa de «quien fue policía, siempre lo será».

—Envíamelo, por favor. Será una visita rápida, te lo prometo. Me mantendré al margen. Solo quiero ver si puedo cruzar unas palabras con Lillian, o incluso con el propio Gabriel. Ya sabes cómo son; puede que necesiten toda la ayuda que puedan conseguir.

Suspiró y cogió el móvil para enviarle el mapa. —Sadie está preocupada. He quedado con ella en casa de mis padres para tranquilizarla.

—Buena idea —asintió Jake—. Te llamaré si me entero de algo más.

2

A GABRIEL JEWELL, el jefe del Departamento de Policía de Blue Falls, no le había sorprendido la rápida respuesta de la Policía Estatal de Maine, como tampoco el que la Unidad de crímenes mayores se hubiera puesto en contacto con él de inmediato para darle una orden de no intervención en lo relativo al cadáver. Considerarían que el departamento de Gabriel era una entidad peligrosa —una posible fuente de contaminación de pruebas y un estorbo— en lugar de un catalizador hacia la verdad.

Apenas dos horas más tarde, la teniente Louise Price, de punta en blanco, alta y negra, de ojos enérgicos y con el pelo recogido en un moño apretado, irrumpió en la escena, y Gabriel quedó relegado a ser el chico de los recados.

La primera tarea que Louise le había encomendado había sido tomar declaración detallada a los dos jóvenes amantes que habían desenterrado el cuerpo, Scarlett y Parker. La teniente había hecho que pareciera una tarea crucial, pero ¿lo era? ¿De verdad? Los chavales se habían ido a bañar desnudos al Skweda —como habían hecho miles de jóvenes antes que ellos a lo largo de los años—, habían desplazado un cadáver antiguo que entonces había salido a flote. A pesar de la conmoción, Parker había demostrado cierta responsabilidad al arrastrar el esqueleto hasta la orilla en lugar de dejar que se lo llevara la corriente. Y eso era todo, en realidad. No

importaba lo detalladas que fueran las declaraciones; no había nada más que saber.

Gabriel concluyó la entrevista lo más rápido que pudo. Se guardó la libreta en el bolsillo y le hizo una seña a Tom Wright, uno de sus agentes más jóvenes, que se había sumado a la moda reciente del pelo corto y arreglado combinado con una barba excesiva y descuidada. Le ordenó que se asegurara de que los que se habían bañado desnudos llegaran a casa sanos y salvos después de la conmoción.

Cruzó la carretera, esquivando los numerosos vehículos. En toda su carrera no había visto tantos vehículos en un incidente policial; su mundo era el de la violencia doméstica, las alcoholemias y los hurtos menores. Este no era el primer cadáver de Gabriel, por supuesto, pero sí el primero que no era un desgraciado borracho con un historial delictivo más largo que un día sin pan.

El médico legista ya había sugerido que el cuerpo pertenecía a una chica joven de entre trece y quince años. *La misma edad que tenía Collette cuando desapareció.*

Gabriel aún no había visto el cadáver.

Se abrió paso a través de una hilera de robles y salió a la orilla arenosa del Skweda. Miró a izquierda y derecha, y se dio cuenta de que los árboles se adentraban más en las orillas en esas direcciones, ocultando este pequeño trozo y proporcionando un oasis para adolescentes salidos, así como para el asesino que deseara ahogar a una víctima o deshacerse de un cuerpo.

Habían instalado focos portátiles que funcionaban con un generador principal. El médico legista, con un mono blanco ceñido a su corpulenta figura, utilizaba unas pinzas para extraer pruebas de los restos. Tras meter las muestras en pequeñas bolsas de plástico, se las mostraba con una mano enguantada a su ayudante, que escribía algo en la bolsa y la guardaba con cuidado en una mochila.

La teniente Louise Price estaba sola a la orilla del agua, contemplando las lejanas y parpadeantes luces de Sharon's Edge, uno de los dos pueblos vecinos de Blue Falls.

Más cerca de Gabriel, susurrando entre sí, había dos de los agentes de Louise. Cuando uno de ellos se rio, el labio superior de

Gabriel se crispó.

—¿Qué ha averiguado? —le gritó Gabriel a Louise.

Esperaba que se diera la vuelta. No lo hizo. Incluso sus dos agentes lo ignoraron y siguieron susurrando.

El médico legista miró en su dirección y soltó una tos seca y asmática que hizo que la mascarilla se le hinchara. —Tenía el cuello roto. Sospecho que esto es lo que mató a la pobre chica. Espero que lo hicieran antes de arrancarle los dientes.

Gabriel respiró hondo. —¿Qué?

—No tenía dientes —dijo el médico legista, señalando el cráneo —. Parece que se los han arrancado de cuajo.

—¿Cuánto tiempo lleva bajo el agua?

—Demasiado pronto para decirlo sin hacer pruebas. Mucho tiempo.

—¿Treinta años?

—Es posible.

—¿Por qué lo pregunta, jefe Jewell? —dijo Louise en voz alta sin volverse.

Porque fue entonces cuando desapareció Collette. Gabriel preparó una respuesta alternativa, pero la mentira que formuló murió en su garganta cuando un buzo rompió la superficie del lago. Protegiéndose los ojos del agudo resplandor de la linterna frontal del buzo, Gabriel se maravilló de los recursos de los que disponía la Policía Estatal de Maine en cualquier momento.

El buzo se arrancó el regulador de oxígeno y una profunda voz femenina surgió del río negro. —He encontrado una pequeña bolsa de viaje cargada de piedras. Tiene una cuerda atada al asa. Al final de la cuerda hay un pequeño lazo corredizo, del tamaño perfecto para el tobillo de un niño.

El médico legista tosió. —Tiene sentido. El lazo corredizo habría perdido el agarre en el tobillo al descomponerse. El adolescente que nadaba podría haber sacudido accidentalmente los restos de la víctima, haciendo que el pie se escurriera por completo.

Gabriel dio varios pasos hacia el médico legista y el cadáver. No esperaba saber si era su hermana o no, pero había llegado el

momento de echar un primer vistazo. Sintió un nudo frío en el pecho.

Los harapos del esqueleto eran de un conocido azul oscuro.

—¿Hay una insignia del colegio en esa ropa?

Louise se giró. —¿Puede ver eso desde ahí, jefe?

No, no podía, pero podía sentir su presencia. Se estaba convirtiendo cada vez más en una pesadilla atroz de la que no podía despertar.

El médico legista lo miró. —Sí. Blue Falls High School.

Asaltado por una repentina náusea, Gabriel retrocedió tambaleándose.

El médico legista tosió de nuevo. Esta vez no pudo contenerse, así que se desenganchó la mascarilla y la dejó colgando. —Perdón —volvió a toser—. Debe de haber mucho polen por aquí.

Su ayudante le entregó un inhalador.

Aspiró el esteroide.

Gabriel se apoyó en un árbol para estabilizarse. *Collette.*

Uno de los agentes de Louise, Ewan Taylor, le puso una mano en el hombro. —¿Se encuentra bien?

Gabriel se la quitó de un manotazo. —No me toque.

—Tranquilo —dijo Ewan—. Solo intentaba ayudar.

Gabriel le dio un empujón.

El agente tropezó y cayó hacia atrás en los brazos de su compañero.

—Que no me toque, *joder*. ¿No me ha oído?

—Alto y claro, *jefe*.

—Basta ya —dijo Louise, acercándose a sus agentes pero con la vista fija en Gabriel—. Muestre un poco de respeto por esta pobre niña.

—Sí —dijo Ewan, mirando a Gabriel con los ojos entrecerrados.

Louise se encaró a sus agentes. —*Todos* ustedes.

—Sí, señora —dijeron ambos.

Gabriel retrocedió un paso hacia Louise, que lo miró con recelo. —Se llama Collette, señora. Desapareció en 1990.

—¿Y lo sabe por el uniforme del colegio?

—Sí… —Bajó la mirada—. Entre otras cosas.

Louise dio un paso adelante, de modo que ahora apenas los separaba un metro.

Él le devolvió la mirada y reparó en que era casi tan alta como él. No estaba acostumbrado, sobre todo tratándose de una mujer.

—¿Qué otras cosas? —preguntó Louise.

Sintió ganas de que se lo tragase la tierra, pero también una rabia abrumadora hacia esos extraños en su territorio, así que utilizó esa adrenalina para mantener la dignidad. —Es mi hermana. Y como vuelva a decirme que muestre respeto cerca de su cuerpo, tendrá que detenerme.

Jake sabía que no tenía sentido acercarse demasiado. No solo le harían dar media vuelta, sino que también se convertiría en una persona de interés. Ninguna de las dos situaciones le atraía.

Sin embargo, como ex sargento detective, sabía lo importante que era hacerse una idea de la escena del crimen. Por supuesto, podría argumentar que seguía siendo sargento detective, ya que en realidad nunca había dimitido ni perdido su trabajo; simplemente, había desaparecido. No tenía ni idea de cómo sentaría eso en un país totalmente diferente, por no hablar de Blue Falls, que era un mundo completamente distinto.

Apagó las luces y aparcó en el arcén a cierta distancia. Había más ajetreo del que esperaba. Estaba claro que ahora era un asunto estatal. Jake sintió que se quitaba un peso de encima. La investigación de una niña por parte de un inepto jefe de policía y sus secuaces misóginos le habría obligado a actuar. Se sentó en el capó de su Ford de alquiler, observando el destello de las luces y escuchando el zumbido constante de la actividad mientras la cálida brisa le acariciaba la cara.

Después de empaparse de la bulliciosa escena y decidir volver a casa para llamar a Frank, Jake bajó del capó de un salto. Solo había pasado un día desde la última vez que llamó a su hijo. No le gustaba que se convirtiera en algo diario, porque Frank no tardaría en

esperarlo, y fallarle, como ya había hecho un par de veces desde que llegó a Nueva Inglaterra, era una experiencia dolorosa. Sin embargo, tras enterarse de la muerte de una niña, el deseo de oír la voz de su pequeño era abrumador.

Le sonó el móvil. Se sorprendió al ver el nombre de Lillian Sanborn en la pantalla.

—¿No estás en medio de esta investigación?

—Las noticias vuelan por aquí.

—Pareces sorprendido.

Ella se rio. —¿En Blue Falls? No. Tampoco me sorprende que estés interesado.

No mencionó que estaba observando la escena del crimen y que una de las personas que veía moverse a lo lejos bien podría ser ella, paseando mientras hablaba por el móvil. —En realidad, no. Estoy seguro de que esta investigación en concreto estará en buenas manos.

—Sí… más o menos. Pero sigo preocupada.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, aunque la Policía Estatal de Maine está involucrada y han enviado a su Unidad de Crímenes Mayores, pues no sé…

—Sigue.

—Mierda… Lo siento, Jake, de verdad que no debería meterte en esto.

—¿A quién deberías estar llamando? ¿A uno de tus compañeros? La primera vez que te vi, te estaban metiendo un tanga en el cajón y preguntándote si eras bailarina de barra.

—Gracias por recordármelo.

—Oye, solo te recuerdo que nos cubrimos las espaldas. Desde luego, la última vez funcionó. ¿Qué te preocupa?

—Joder… el jefe, Jake. Me preocupa él.

—Preocuparse por ese hombre no es sano, ya lo sabes.

—Ya, y estoy hasta arriba. No va a echarse a un lado en este caso y dejar que el estado se encargue.

—No le quedará más remedio. Además, si puede lavarse las manos, ¿por qué no iba a hacerlo? No es que sea el más proactivo…

—Cree que el cuerpo es de su hermana.

Jake recordó a Gabriel mirando la fotografía de su hermana en la repisa de la chimenea; había sido parte de la razón por la que ese cabrón testarudo había cambiado de opinión —si es que en realidad lo había hecho— y ofrecido su ayuda para acabar con Jotham MacLeoid. Jake pensó un momento. —Eso no estará confirmado todavía. ¿Qué edad tendría ese cuerpo si es ella?

—Desapareció en 1990; sin embargo, lleva el uniforme del colegio con el que la vieron por última vez.

Jake respiró hondo y negó con la cabeza. —Aun así, tendrán que confirmarlo.

—Eso lo entiendo, Jake, pero te lo digo desde ya. No hay constancia de que desapareciera ninguna otra alumna de ese colegio. ¿Quién más podría ser? El jefe no va a esperar a que la identifiquen.

—No, tienes razón, no lo hará —suspiró Jake—. ¿Quién está al cargo de esta investigación?

—La teniente Louise Price.

—Adviértele.

—¿Advertirle de qué? No van a encerrarlo, ¿o sí? De todos modos, creo que ya ha visto de primera mano lo inestable que es. Por lo visto, casi ha perdido los estribos con un par de sus hombres.

—Bien. Al menos eso lo pondrá en su punto de mira. ¿Dónde está ahora?

—Louise lo ha mandado a casa.

—¿Qué?

—Tiene sentido si es su hermana. No puede participar en la investigación.

—¡Para ellos tiene sentido! En realidad, tendrían que estar vigilándolo de cerca.

—Pero no lo harán, ¿verdad?

—Probablemente no. No saben de lo que es capaz. No podemos dejar que ponga en peligro la investigación, Lillian. Ve a la comisaría y busca el expediente de su hermana desaparecida. De todos modos, Price te lo pedirá. Llámame cuando lo hayas mirado y, si Jewell está en la comisaría, llámame de inmediato.

Ella suspiró. —Vale.

Jake se subió al coche y arrancó el motor. Se quedó mirando fijamente el corazón palpitante de la escena del crimen, preocupado porque, en otro lugar, la investigación avanzaba a un ritmo mucho más furioso y temerario.

3

EL SEGUNDO CHUPITO de Jack Daniel's entró mejor que el primero. Gabriel dio un golpecito en la barra.

—Otro igual.

Maggie, que rondaría los veinte, no se movió y se mordió el labio en su lugar.

—No me irá a decir que vaya más despacio, ¿verdad, señorita? —preguntó Gabriel.

Ella suspiró y cogió la botella.

Aquella noche reinaba la tranquilidad en el Blue Falls Taps, así que pudo ver perfectamente al joven que se defendía admirablemente con una guitarra acústica en el escenario, tocando «Take It Easy» de los Eagles. Gabriel se bebió el siguiente chupito de un trago. Hizo una mueca de dolor y se le humedecieron los ojos. Suspiró mientras su mundo se volvía borroso y sus demonios se acallaban.

El suicidio de su madre, la caída en desgracia de su padre como jefe de policía y los peligrosos deseos de Gabriel; todo estaba conectado con aquel momento en que Collette había ido a comprar un mechero para que el jefe Earl satisficiera su adicción a la nicotina.

Dos personas la vieron al principio de Main Street de camino a la tienda de ultramarinos Rogers.

Nadie la vio llegar.

Nadie la vio marcharse.

Mason Rogers *nunca* la vio.

O eso es lo que él aseguraba…

Volvió a dar un golpecito en la barra.

—Que te jodan por traerme al lugar donde murió mi hijo —dijo Priscilla Stone.

—Yo no te he traído —dijo Gabriel.

—Mi jefe de policía ahogando las penas delante de todo el pueblo. Claro que me has traído.

Gabriel se encogió de hombros.

—No ahogo nada. Solo me estoy preparando. —Se giró para mirarla. Era alta y morena, con unos pómulos que parecían dagas—. ¿Y desde cuándo eres mi dueña?

—Desde que te elegimos.

Gabriel se echó a reír.

—Charles me eligió. ¿Dónde está, por cierto? No paramos de tener estas reunioncitas, pero la última vez que miré, tu marido era el concejal jefe.

—Sabes que ahora está demasiado enfermo. Yo me encargo de sus asuntos.

—Los rumores dicen que siempre te has encargado de sus asuntos. ¿Qué harás cuando finalmente se muera y otro ocupe su puesto?

Un fantasma de sonrisa apareció en el rostro de Priscilla.

—Me lo imaginaba —dijo Gabriel—. A ver si te calan antes de que empiece ese circo. —Gabriel se dio la vuelta y se bebió de un trago su cuarto chupito.

—Ya basta. Tienes que irte a casa.

—Es mi hermana la que acaban de sacar del Skweda.

—¿Y quién mejor para investigar que verdaderos agentes de policía? Seamos sinceros, serán más competentes que en esa investigación de pacotilla que dirigió tu padre borracho hace treinta años…

Gabriel se levantó y apartó su taburete de una patada. Se inclinó sobre ella.

—¿Qué vas a hacer, Gabriel? ¿Dar más el espectáculo de lo que ya lo estás dando?

—Si me conocieras lo suficiente, sabrías que me importa una mierda lo que la gente piense de mí.

—¡Pues menos mal! La opinión pública nunca ha estado tan por los suelos.

Gabriel sacó un puñado de dólares del bolsillo, contó unos cuantos y los tiró sobre la barra.

—Gracias, Maggie. —Empezó a alejarse.

—Mantente al margen de esta investigación, Gabriel. Te lo han dicho ellos y ahora te lo digo yo.

Él la ignoró.

—No creas que he olvidado lo que pasó delante de la casa de Marissa Thompson. No me permitiste hacer justicia.

Gabriel se detuvo.

—Obtuviste tu justicia. Y la obtuviste de la manera correcta.

—Estás viviendo de prestado, Gabriel. No lo hagas más difícil de lo que tiene que ser.

Gabriel siguió alejándose.

—Y que te jodan de nuevo por traerme de vuelta a donde murió mi hijo.

—Nos vemos en el infierno, Priscilla.

—Han ganado —dijo Frank.

—¿De cuántos goles? —preguntó Jake.

—Mami, ¿de cuántos goles? —le preguntó Frank a su madre por detrás—. ¡De tres, papi! ¿Me llevas tú la próxima vez?

—No puedo. Pero algún día… te lo prometo.

—¿No te llevaba el abuelo?

—Sí, a esos mismos asientos.

—¿Es esta tu camiseta?

—No. Esa es nueva. Ahora son muy diferentes. Si se lo pides al abuelo, a lo mejor puede desenterrar alguna de las mías.

Tras la conversación con su hijo y mientras se secaba las lágrimas, Sheila dijo que ella también quería hablar con él.

—Claro —dijo él.

—No hay una manera fácil de decir esto… He conocido a otra persona.

Sintió que el estómago se le encogía.

—Es justo.

—Le cae muy bien a Frank.

—¿Estás *segura* de que no te está resultando fácil decírmelo?

—Lo que tú digas, Jake. Es que para él es confuso. ¡Tienes que entenderlo!

—Claro, pero ¿qué estás diciendo *exactamente*, Sheila?

—No lo sé. Supongo que solo quiere un padre como el que tienen todos sus amigos.

—¡Ya tiene un padre!

—Sí, Jake, claro que lo tiene.

—Escucha. Volveré. Solo tengo que arreglar unas cosas primero. —*Promesas, promesas… promesas que seguramente no podría cumplir.*

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé, pero…

—Ni siquiera mandas dinero.

—*Dejé* dinero. Te dije dónde está.

—No. No pienso tocar ese dinero. No a menos que me digas de dónde salió.

—Sheila, yo… Es que…

—Ahórratelo, Jake. Escucha, quizá deberías empezar a llamar menos. Para que se desacostumbre un poco de ti.

—Sheila, eso es algo terriblemente horrible que...

—Pero quizá sea mejor para él. Como he dicho, adora a Sean.

—¿Estás preocupada por él o solo estás siendo borde?

—Un poco de ambas cosas. Adiós, Jake. Piensa en lo que te he dicho.

—Es mi hijo.

La comunicación se cortó.

Después de su llamada a Jake, Lillian le preguntó a la teniente Louise Price si debía volver a la comisaría para buscar los antiguos archivos de Collette Jewell.

Louise dijo que era una buena idea, pero que le gustaría acompañarla.

La mayor parte del trayecto transcurrió en silencio mientras Louise enviaba varios mensajes largos con su móvil y garabateaba en su libreta. Finalmente, a un par de minutos de la comisaría, habló. —Se desenvuelve usted bien, agente Sanborn.

—Gracias, señora, pero puede llamarme Lillian.

—Con agente Sanborn es más que suficiente. La respeto. ¿Sabe?, he estado en muchos pueblos como el suyo. Me detengo y me quedo observando si hay una o dos agentes.

—¿Y por qué, señora?

—Soy mujer, negra y bisexual. Digamos que siempre me fascinará el ascenso de las minorías, especialmente en los lugares más patriarcales, homófobos y racistas.

—No todos aquí son malos. En realidad, no.

—Nunca he dicho que fueran malos. Somos lo que somos. *Todos* nosotros. Simplemente compadezco a quienes consideran la igualdad un escollo insalvable. En fin, que me desvío del tema. Solo quería decir que me ha impresionado. La respetan.

—No estoy tan segura de eso —dijo Lillian con una risa. Miró a Louise, que no sonreía.

—Sí, la respetan. Y temen ese sentimiento, por eso reaccionan así. Créame, si no la respetaran, la ignorarían y la marginarían de esa manera. Y para mí, eso siempre es mucho peor, agente Sanborn. Disfrute del hecho de que intentan intimidarla; eso demuestra su fuerza.

—Gracias, señora. *Creo*. Detuvo el coche.

—Háble me de su jefe.

Lillian obedeció.

—Me encantaría decir que esto no es habitual —dijo Louise—. Con demasiada frecuencia, en estas zonas olvidadas, los hombres más bravucones llegan a lo más alto. En fin, dadas las circunstancias

actuales, debemos considerar a su jefe un animal herido. Hablando del rey de Roma... —Louise señaló por la ventanilla.

Gabriel bajaba a trompicones los escalones de la comisaría.

Louise abrió la puerta y salió. —¿Jefe Jewell?

Gabriel se detuvo al final de los escalones y se giró en su dirección. Asintió. —Teniente Price.

—Creía que habíamos acordado que se tomaría un tiempo libre. —Cerró la puerta y dio varios pasos hacia él.

—Sí, por supuesto. Solo quería recoger unas cuantas cosas primero. —Señaló la mochila que llevaba colgada al hombro.

—¿Qué exactamente?

Lillian abrió la otra puerta del coche y salió. Saludó a Gabriel con un gesto de cabeza. —Señor.

Él la observó con los ojos entornados. —Mi ordenador portátil, mi taza favorita, un par de fotografías enmarcadas... Suena como si no se fiara de mí, teniente.

—No es que no me fíe de usted. Es que lo entiendo, jefe. Ha tenido que ser una gran conmoción lo de antes, y si resulta ser su hermana, le doy mi más sentido pésame.

—Es mi hermana.

Louise asintió. —¿Le importa si echo un vistazo a su mochila? Solo para quedarme tranquila.

Gabriel negó con la cabeza. —No, no puede. Este no es su pueblo, teniente.

Lillian bajó la mirada. Las cosas que había visto. Las cosas que había *hecho* con Gabriel y Jake. De repente, se sintió muy incómoda.

Louise asintió y sonrió. —De acuerdo, jefe Jewell, está bien. Debería irse a descansar.

Él se rio. —¿Ni siquiera va a intentar forzarme?

—¿Y qué haría usted si lo hiciera?

—La denunciaría a sus superiores por intimidación.

—Precisamente. Escuche, jefe Jewell, usted y yo hemos empezado con mal pie. Haré todo lo posible por averiguar qué le pasó a esa joven junto al río, y agradecería su cooperación. Es el procedimiento estándar. Si es su hermana, está usted demasiado implicado. No le pedimos que se aparte sin un buen motivo.

—Ah, ya veo. Entonces, ¿cuál es ese buen motivo?

—Proteger la integridad del caso. Protegerlo a usted, jefe Jewell.

—Ya veo. —Sonrió y se dio la vuelta—. Asegúrese de limpiarse los pies antes de entrar en mi departamento. —Caminó hacia su vehículo.

—La cuestión con un animal herido —dijo Louise, cuando Gabriel ya no podía oírlos—, es que si puedes reconocerlo, entonces puedes protegerte. —Se encaró con Lillian—. Y prepararte.

En el sueño de Jake, estaba solo junto al río Skweda, agachado sobre un diminuto esqueleto que llevaba una camiseta del Southampton FC...

Una llamada telefónica puso fin a su pesadilla.

—¿Lillian?

—Sí, estoy en la comisaría con la teniente Louise Price.

Jake se incorporó mientras el sudor le corría por el pecho y el estómago. —¿Estás con ella ahora?

—No, estoy fuera fumando. Ella está en el despacho del jefe.

—¿Qué pasa?

—Solo quería acceder al archivo del caso de Collette Jewell, como ya sabías que haría. Ahora está leyendo las copias en papel.

—Vale. ¿Puedes acceder a él en tu base de datos?

—Sí. Le he echado un vistazo rápido. Tengo lo básico.

—Adelante.

—Primero, tienes que saber que ha estado aquí. El jefe. Salía cuando llegábamos nosotras.

—¿Y?

—Llevaba una mochila, ha dicho que venía a recoger su portátil y otras cosas personales.

—Vale. Bueno, si Price está leyendo el expediente, obviamente no se lo llevó él. Además, puede verlo todo él mismo de todas formas, a menos que le revoquen el acceso, pero dudo que hayan llegado tan lejos todavía. Así que, venga, ¿lo básico?

—Collette Jewell, de catorce años, salió de su casa el veinticinco de enero de mil novecientos noventa. Eran aproximadamente las seis de la tarde, así que era invierno y estaba oscuro. Se dirigió al ultramarinos Rogers en Main Street para comprar un mechero y algo de leche. La vio una pareja de ancianos al principio de Main Street que ya ha fallecido: Josie y Lincoln Bloom. Nadie más se presentó para decir que la había visto ese día, a pesar de que se ofrecía una recompensa considerable y el caso coleó durante bastante tiempo.

Jake suspiró. *El ultramarinos Rogers.* Gabriel había abatido a tiros a Anthony Rogers, el hijo del dueño de la tienda, la noche en que los tres colaboraron para acabar con la vida de Jotham MacLeoid. —¿Entonces, eso convirtió al padre de Anthony Rogers en sospechoso?

—El principal sospechoso. Mason Rogers.

—¿Y en qué quedó eso?

—En nada. Mason se mantuvo firme en que Collette nunca llegó a la tienda. No se descubrió ninguna prueba que indicara lo contrario. Al principio, Mason fue denigrado. Lo pasó bastante mal, según todos los testimonios. Pero es un buen tipo, como todos sabemos de primera mano, incluido tu buen amigo Peter Sheenan, que es su mejor amigo. Así que la gente empezó a dar por sentado que era inocente. El expediente está lleno de entrevistas. Principalmente con Rogers. Pero hasta ahí he llegado.

—¿Qué sabes del caso al margen de ese expediente?

—Sé que la madre del jefe se suicidó un par de años más tarde con una sobredosis de analgésicos. También sé que Earl Jewell padecía alcoholismo y que el departamento de policía pasó por una mala racha. No se tragaba que no fuera Mason. Acosó al hombre hasta que lo suspendieron. Consiguió recomponerse y volver hasta que se jubiló.

—¿Y Gabriel le tomó el relevo?

—Sí.

—¿Cómo murió Earl Jewell?

—De un infarto tres días después de jubilarse.

—Qué mala suerte.

—¿Sabes algo de lo que piensa Gabriel sobre esta investigación?

—No. Nadie lo sabe. Es una tumba al respecto.

Jake asintió. —¿Me pregunto si retomó el rencor de su padre contra Mason Rogers donde este lo dejó?

—Si lo hizo, nunca lo mencionó. Lo siento, Jake, tengo que irme. Louise podría estarse preguntando dónde me he metido.

—Por favor, llámame en cuanto sepas algo.

—Sabes que lo haré. Por cierto, ¿tú qué estás haciendo?

—Voy a volver a dormirme. Mañana, a primera hora, voy a hacer algo que he estado posponiendo.

—Ah, ¿el qué?

—Voy a ver a un hombre por una pistola.

4

De rodillas, al abrigo del bosque y la noche, el anciano usaba los prismáticos para verlos embolsar el cuerpo.

—Hay muchísimos. Hace treinta años, cuando la buscaban, nunca fue así.

—Es como un vino de reserva —dijo su hermano mayor—. Se ha revalorizado con la edad.

El anciano lo fulminó con la mirada.

—Nunca te han hecho gracia mis bromas.

—Nunca la han tenido.

El puñetero cabrón sonrió, dejando al descubierto sus encías desdentadas e hinchadas.

El anciano se giró y observó trabajar a los agentes con monos blancos.

—De todos los cuerpos que salieron a la superficie, tenía que ser ese —dijo su hermano mayor—. Hubo un tiempo en que los abenaki traían a sus pecadores a la orilla del Skweda para lavar sus pecados, para permitir que el fuego del agua les mostrara el verdadero camino. Se degollaron no pocas gargantas de los impenitentes. Eso es un puto cementerio. Y aun así, de entre todos esos cuerpos, va y aparece *ella*. Deberíamos haber apretado más la cuerda...

—Cállate. ¡Estoy intentando pensar!

—Lo sé. Puedo oír tus pensamientos. Son como grillos en la hierba: ruidosos y caóticos.

—¡Joder! ¡Por favor, *cállate*!

—Te lo advertí, hermanito. Te dije que esto no había acabado. Que la verdad siempre sale a flote. Sube a la superficie y ahí se queda, flotando.

Volvió a fulminarlo con la mirada.

—¡Eres un pelmazo! Al menos, dame una idea. Tienes que tener alguna.

Su hermano mayor sonrió de nuevo.

—¿Cuántos dientes tengo?

—Ni uno solo.

—Pues ese es el número de ideas mías que te van a gustar, hermanito. Ni una. Ni una sola.

Hubo un tiempo en el que todo el mundo buscaba a Collette Jewell.

En su sótano, a través de una mirilla en la puerta, Gabriel observaba a la chica a la que nunca nadie había buscado: la hija del ya fallecido Jotham MacLeoid, la hermana del ya fallecido Ayden MacLeoid: Kayla. El mundo creía que los hermanos MacLeoid habían huido juntos hacia el horizonte para empezar de nuevo. La historia funcionaba y no había por qué cambiarla. Pero aunque Kayla le pertenecía, su frustración crecía día a día.

Kayla llevaba mucho tiempo sin dirigirle la palabra; para ser exactos, desde que le había rajado el cuello a su hermano delante de ella. Durante meses, Gabriel había intentado convencerla de la belleza de su renacimiento. Lejos del ponzoñoso legado de los MacLeoid, con él, podría prosperar. Si tan solo pudiera aceptarlo. Si tan solo pudiera aceptarlo *a él*.

A pesar de sus demonios, que lo colmaban de lujuria regular y enérgicamente por chicas de la misma edad que su hermana muerta, nunca le había puesto un dedo encima; ni a ninguna otra jovencita, de hecho.

Pero ella era testaruda, e incluso la semana pasada, en su decimocuarto cumpleaños, se había negado a reconocer su

existencia.

—Te *necesito* ahora, Kayla, más que nunca.

Ella siguió leyendo *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, uno de los muchos libros que él le había dado.

—Puedo quitarte los libros, Kayla.

Pero no lo haría. Era una amenaza vacía. La quería demasiado para eso.

Pasó la página. La muy zorra lo estaba poniendo a prueba. Sabía lo que sentía por ella. Intuía su anhelo e intuía la batalla que se libraba en su interior.

Golpeó la puerta con fuerza con la palma de la mano.

Ella se sobresaltó, pero no levantó la vista. Siguió leyendo, o al menos lo fingía.

—La han encontrado. A mi hermana. La han encontrado.

Kayla retrocedió una página para releer algo. Asintió y después volvió a la que estaba para seguir.

—Alguien le rompió el cuello a Collette y la tiró al Skweda. Tenía catorce años, la misma edad que tú.

Siguió recorriendo la página con la mirada.

—Kayla, escúchame. Acabo de ver el cuerpo de mi hermana. Alguien le rompió el cuello.

Como no respondió, Gabriel volvió a golpear la puerta con la palma. Apoyó la cabeza en ella. Inútil. Siempre lo era...

—¿Qué aspecto tenía?

Con los ojos como platos, Gabriel levantó la cabeza y miró por la mirilla. Ella parecía seguir leyendo, lo que le hizo preguntarse si se había imaginado que hablaba.

—Solo eran sus restos: un esqueleto que llevaba su ropa.

—No como un animal descuartizado, ¿entonces? —Levantó la vista con los ojos entornados—. No como mi hermano.

Gabriel negó con la cabeza. Abrió la boca para hablar, pero no le salió nada.

—Eso ya es algo, entonces.

Respiró hondo.

—No puedes comparar, Kayla. Collette era inocente. Ayden no. Él fue parte de lo que le pasó a esa chica, Maddie Thompson, y si te

hubieras ido con él cuando vino a por ti, tu vida habría sido un infierno.

Kayla tiró el libro al suelo, se levantó y estiró los brazos.

—¿Y qué es esto que me ofreces? ¿El paraíso?

—Esto es temporal.

—No. Eres un mentiroso. Nunca me dejarás salir de aquí.

—Eso no es verdad.

Se desabrochó los botones de la blusa.

—¿Es esto lo que quieres?

—No... Quiero decir, sí..., lo deseo, por supuesto..., pero no dejaré que pase. Significas demasiado para mí.

Tiró la blusa al suelo y se quedó allí, en sujetador. —Te oigo fuera de la habitación todas las noches. Te veo mirar mientras haces *esas* cosas.

Él desvió la mirada, avergonzado.

—Todas las noches.

—He mantenido el control. Siempre mantendré el control. No te tocaré. Es lo correcto.

—¿Y tenerme aquí es lo correcto?

—No, pero tú viniste a mí. Fuiste tú quien me necesitó.

Kayla negó con la cabeza. —Necesitaba tu ayuda después de ver lo que hicieron mi padre y mi hermano. —Levantó las manos para señalar su celda—. No necesitaba esto.

—En su momento, Kayla, pensé que era lo correcto para protegerte. Y, aun ahora, me sigue pareciendo lo correcto.

—Cuando pierdas el control, cuando hagas lo que sea que quieres hacerme, me matarás, ¿no es así?

—No, yo nunca podría…

—¡Mientes! ¡Eres un *jodido* mentiroso! —Se echó a llorar y se sentó en la cama.

—No es verdad. Jamás te haría daño. Para empezar, me recuerdas demasiado a Collette. Tu pelo, tus ojos, tu temperamento. Y tu inocencia. La adoraba y te adoro a ti. No te trataré de forma distinta a como la traté a ella.

—¿A ella también la encerraste?

Gabriel suspiró. —Por favor, Kayla. La he visto esta noche. He visto su cuerpo.

—¿A ella también la encerraste? —gritó.

Gabriel se apartó de la puerta y se mordió el puño.

ARRIBA, Gabriel examinaba el viejo expediente que se había llevado de su departamento. La documentación había amarilleado, pero se conservaba bastante bien, teniendo en cuenta que tenía casi medio siglo. Nadie lo habría tocado desde que se cerró la investigación. Era un caso sin resolver que nadie en Maine había considerado oportuno reabrir porque, al igual que su lugar de origen, Blue Falls, era mejor dejarlo en el limbo, en mitad de la nada.

Pasó los dedos por la caligrafía de su padre mientras revisaba la documentación. Era lo más cerca que se había sentido de él desde que había fallecido y, en varias ocasiones, se detuvo para secarse las lágrimas porque era casi como si lo tuviera en la habitación, hablando con él.

Gabriel leyó hasta bien entrada la noche. Mucho antes de la pérdida de Collette y del comienzo de su alcoholismo, Earl, su padre, había sido un policía apasionado. Se notaba en el detalle y la pulcritud de sus escritos. Al repasar el expediente, Gabriel no recordaba haber trabajado nunca con tanto esmero en una investigación, y se sintió un tanto avergonzado. Parecía que no se había dejado piedra sin remover en la caza del brutal asesino de dos chicos de quince años.

Los dos chicos habían sufrido un traumatismo por objeto contundente en la frente provocado por un martillo. Habían sido envueltos en plástico, metidos en cajas y llevados a una empresa de paquetería llamada Carrs. En el informe, Earl había detallado meticulosamente esta empresa. Los controles de seguridad de los embalajes habían sido prácticamente inexistentes, y nunca hubo apenas documentación entre ellos y el cliente, lo que hizo que la

empresa resultara inútil en esta investigación, además de tener una incompetencia delictiva.

Carrs Deliveries no había podido proporcionar ninguna información decente sobre la identidad de su cliente, salvo que era un hombre, que había dejado las cajas fuera de sus instalaciones durante la noche y que había realizado todos los trámites por teléfono. También había salido a la luz que el cliente había ofrecido una importante suma de dinero para enviar los paquetes ese mismo día sin un solo control de seguridad. Después de que Arran Carr, el propietario, aceptara, un fajo considerable de dinero en efectivo llegó a su buzón. Irónicamente, la empresa era tan mala que incluso habían echado a perder el lucrativo contrato y habían entregado a cada chico a los padres equivocados.

Gabriel conocía el historial de Arran Carr. Después de que el escándalo local destruyera su negocio de mensajería y de que cumpliera condena por su negligencia profesional, se había convertido en un borracho y en un ladrón hasta su muerte, hacía diez años, cuando se cayó desde la ventana de un segundo piso de una casa que estaba robando.

A primera hora de la mañana, Gabriel llegó al final del expediente y sintió una gran decepción. Se sintió como en un libro o una película absorbente con un final que sugería que todo había sido un sueño. Porque, a pesar de la exhaustiva investigación de su padre, el brutal asesinato de dos chicos de quince años se había despachado de la misma manera que se despachan todos los crímenes sin resolver de esta naturaleza: como cometido por «alguien que estaba de paso».

Y, en 1975, esta era una excusa particularmente fácil. El turismo en Blue Falls había estado en su punto más álgido, y estas muertes habían ocurrido en pleno verano.

A menos que el asesino volviera a atacar en otro lugar, con el mismo *modus operandi*, era una causa perdida. O al menos eso es lo que todo el mundo había creído.

Examinó los informes de la autopsia de Bobby White y Henry Clark. Les habían arrancado todos los dientes *post mortem*. Recordó

al médico legista asmático inclinado sobre el cuerpo de su hermana, describiendo cómo le habían extraído todos los dientes.

Sentado en la alfombra, bañado por el resplandor de una pantalla de televisión sin volumen y escuchando la pesada respiración de su hermano mayor, el anciano daba vueltas y más vueltas a la pequeña bolsa de plástico con cierre hermético, dejando que los dientes sueltos cayeran de un lado a otro. Miró a su hermano mayor en el sofá.

Tenía los labios contraídos y parecía sentir dolor; su lengua se movía rápidamente entre sus encías vacías.

El anciano dejó de dar vueltas a la bolsa, y los labios de su hermano mayor se relajaron; su respiración, también.

El cabrón desdentado se inclinó hacia delante y pasó los dedos por los alicates que le habían ayudado a llenar esa bolsa hermética. —Todo el mundo quiere lo que no puede tener. *Todo el mundo.* Sin embargo, esto es algo que nunca podrían comprender. Pero sabrán que fue después, hermano. *Después*, y no antes.

—Pero ¿qué más daría? Seguirían asqueados de ti. Seguirían llamándote enfermo.

—Y de ti, hermano. Y de ti.

—Somos diferentes. Nunca he disfrutado con el dolor. ¿Y por qué iba a hacerlo? Después de todo lo que he sufrido, ¿por qué iba a desearles eso a los demás?

—Lo que tú digas, hermano.

El anciano suspiró. —Estamos perdiendo el tiempo. Es hora de que hagamos limpieza, así que, ¿quieres tocarlos por última vez? —Le tendió la bolsa Ziploc.

Su hermano mayor alargó la mano. Las yemas de sus dedos temblaron al acercarse. —No. —Retiró la mano—. Ya me he despedido. Tienes razón. No deberíamos alargar esto más.

El anciano cogió el mortero de la mesita de centro y lo colocó en la alfombra, delante de él. Abrió la bolsa Ziploc, vació su contenido

en el cuenco de cerámica y cogió la mano del mortero. Apretó el pesado instrumento de cerámica contra los dientes y lo hizo girar. Fue un trabajo duro que le hizo sudar, pero al final consiguió la textura polvorienta que facilitaría su eliminación.

Se lo ofreció a su hermano mayor para que lo tirase, pero este negó con la cabeza con pesar. —No puedo hacerlo.

El anciano asintió, se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño para tirarlo por el inodoro.

Cuando regresó, su hermano mayor estaba mirando otra vez aquella fotografía.

—No te obsesiones, hermano. Por favor.

Su hermano mayor levantó la vista. —¿Pero no ves que todo empezó cuando llegó él? Todo. ¿No te das cuenta?

Asintió. —Pero, hermano, da igual cuántas veces lo digamos; no cambia nada.

Su hermano mayor cogió un bolígrafo y apoyó la punta en los dientes del sonriente hombre de la fotografía. —Entonces quizá deberíamos pensar en provocar nosotros esos cambios. —Y tachó con un garabato los dientes de Jake Pettman.

5

JAKE OBSERVÓ EL surtido de pistolas en la vitrina de cristal.

El propietario, Mason Rogers, entró desde su tienda de ultramarinos contigua a través de una puerta que las comunicaba. Mason era un hombre delgado, de rostro curtido y pelo blanco engominado hacia atrás. Llevaba vaqueros y una cazadora tejana sobre una camiseta de Grateful Dead. —¿Puedo ayudarle en algo, señor Pettman?

Jake se quedó sorprendido. —¿Nos conocemos?

—No creo que sea usted un misterio para mucha gente de por aquí.

Jake enarcó una ceja. —No sabía que hubiese causado tanta impresión. Al menos, he intentado no hacerlo.

—Ninguna impresión pasa desapercibida en un lugar tan delicado como Blue Falls, por sutil que sea. ¿Sabe quién soy, señor Pettman?

—Sí, lo sé, y siento su pérdida. Por favor, llámeme Jake.

Mason asintió. —Para ser alguien a quien le gusta pasar desapercibido, desde luego sabes mucho.

—Estoy saliendo con una residente de aquí. Ella me lo mencionó y, de nuevo, siento lo que pasó.

—Anthony era un buen chico.

Jake recordó a Anthony apuntándole con un fusil. También recordó cómo la cabeza del joven se sacudía hacia un lado bajo una

nube de sangre y sus ojos se ponían en blanco. —Estoy seguro de que lo era.

—Sí, «era». Tomó la decisión de ir a trabajar para ese matón, MacLeoid, hace mucho tiempo. No es de extrañar que acabaran juntos en la misma fosa. La verdad es que perdí a Anthony mucho antes de eso. Aun así, si seguimos con esta conversación mucho más tiempo, verás llorar a un anciano, y eso nunca queda bien. ¿En qué puedo ayudarte, Jake?

Jake señaló la vitrina. —Estoy buscando una pistola.

—Nunca le he vendido a un turista británico.

—No soy un turista británico. Tengo pasaporte americano.

—¿En serio? Después de que la panda de asesinos de los Bickford huyera a Inglaterra, ¿el Tío Sam mantuvo a sus descendientes provistos de las llaves del reino? Ridículo, pero típico, supongo.

—Si las historias de lo que hicieron mis antepasados son ciertas, yo no me parezco en nada a ellos.

Mason abrió las palmas de las manos sobre la vitrina. —Bueno, ¿debería entonces fiarme de tu palabra y abrir esta caja de sorpresas?

—No tienes de qué preocuparte. De todos modos, hoy no voy a comprar. Solo estoy investigando. Todavía tengo que sacarme el carné de identidad de Maine, y para eso necesito un empleo remunerado. ¿No estarás buscando a alguien que te eche una mano en la tienda?

Mason no sonrió.

Jake se apuntó mentalmente no volver a intentar hacer bromas.

—¿Qué buscas?

—Solo una pistola sin florituras. No voy a ir de caza. Es solo para protección.

Mason sonrió ante aquello. —¿Le estás pillando el truco al pueblo bastante rápido, entonces?

Jake se encogió de hombros. —Siento que soy el único que va desarmado por aquí.

—Una de las pistolas más populares en Estados Unidos para la portación oculta es esta Springfield. —Señaló el interior de la vitrina

—. ¿Quieres sopesarla?

Jake asintió.

Mason abrió la vitrina, cogió una fina arma de cargador monofilar y le ofreció la culata.

—No está cargada, ¿verdad? —preguntó Jake.

—Nunca me ha dado por entregar pistolas cargadas en esta tienda, Jake.

Jake cogió el arma. Desde luego, parecía compacta y tenía un aspecto elegante. Repasó con los dedos las palabras *Springfield Armory U.S.A.* y practicó apuntando hacia la puerta que comunicaba las tiendas de Mason.

—Esa es una XD-S Mod.2 OSP. —Alargó la mano y tocó la parte superior del arma en la mano de Jake—. Esta corredera fresada la hace compatible con miras ópticas si de verdad quieres centrarte en tu objetivo, y ahora está disponible con la mira de punto rojo micro de Crimson Trace por poco más de cien dólares adicionales.

—Me gusta. ¿Cuánto cuesta?

—Quinientos cincuenta. ¿Quieres ver otras opciones?

—No, ya me he decidido. Además, me fío de tu opinión.

—Por algo es una de las más populares en Estados Unidos. Así que ahora tienes que darte prisa y encontrar ese trabajo, Jake. Deja de exponerte. Nunca se sabe quién puede tenerla tomada contigo.

Le devolvió la pistola a Mason. —Tienes razón. Aunque por el momento debería estar tranquilo; hay mucha presencia policial en el pueblo. —Jake lo observó en busca de una reacción. No la obtuvo; el anciano vendedor estaba demasiado ocupado colocando con cuidado su mercancía en la vitrina.

—Ya lo he visto antes. Nunca se quedan mucho tiempo. Pierden rápidamente el interés en los crímenes de pueblo. Creo que están encantados de dejar que la escoria se devore entre sí.

—Esta vez parecen ir bastante en serio. Piper tiene un amigo en el cuerpo de policía.

Mason cerró la vitrina. —¿Hay algo que te gustaría preguntarme, Jake?

—No. ¿Por qué lo dices?

Mason levantó la vista y respiró hondo. Parecía que iba a responder, pero no lo hizo.

Se produjo un momento de silencio, pero Jake fue paciente y esperó a que Mason comentara algo.

Una campanilla tintineó en la tienda contigua de Mason. —Esa debe de ser la señora Hindley, que viene a por el periódico de su marido. —Consultó su reloj—. Como un clavo. Las diez y cinco. Está postrado en la cama, ¿sabes? Desde este agosto hará cinco años, cada santo día. Sin falta. Le he estado diciendo que se lo manden a casa, pero no hay manera. Siempre me dice que no tiene familia, así que el día que deje de recoger el periódico será el día en que yo sepa que tanto ella como su marido han muerto, y que no se quedarán allí pudriéndose.

—Práctico, supongo.

—La gente de por aquí puede tener una forma curiosa de ver las cosas.

Jake asintió.

—Adiós, Jake. Tengo que ir a ver a la señora Hindley. —Cuando llegaba a la puerta de comunicación, se volvió hacia Jake, que también se dirigía a la salida—. Sí, ya sé que han encontrado a esa niña, a Collette Jewell. Quiero decir, ¿quién no lo sabe? Y es maravilloso que por fin pueda descansar en paz. Sí, volverá a arrastrar las sospechas hasta mi puerta. —Extendió una mano en dirección a Jake—. Sin ir más lejos. Pero, ¿sabes qué? Que te jodan a ti y que les jodan a ellos. Mi hijo ha muerto este año y soy un viejo solitario sin nada más que una tienda de ultramarinos que no da beneficios y una armería que se va a pique, así que, ¿qué me importa? Que vengan y remuevan el pasado.

Se dio la vuelta y se marchó, dejando a Jake con un cierto sentimiento de culpa.

—En serio, ¿quién le pone nata al café? —preguntó Jake.

—Yo —dijo Peter Sheenan, limpiándose un poco de la punta de la nariz.

—Es malo para los dientes.

Peter sonrió, mostrándole una hilera de dientes blancos y brillantes. —¿Te preocupan porque los has pagado tú?

—En realidad, no. Solo es que no quiero que vengas llorándome cuando te duelan las encías.

Peter se rio. —¡Si me duelen todo el maldito tiempo de todas formas!

Peter Sheenan era nativo americano. A sus setenta y tres años, seguía en plena forma y lo atribuía a la rica sangre abenaki que corría por sus venas. Sin embargo, a pesar de su aspecto saludable, albergaba su buena dosis de dolor. Tras servir en el cuerpo K-9 en Vietnam y desarrollar un estrecho vínculo con su labrador retriever, Prince, se vio obligado a ver cómo el gobierno estadounidense dejaba atrás a miles de aquellos leales canes como *equipamiento sobrante* en Vietnam. Un dolor así nunca abandona a un hombre como Peter y, tras enterarse de lo mal que Jotham MacLeoid trataba a sus pitbull terriers americanos, había decidido rescatarlos.

Después de que Jotham le rompiera los dientes con la culata de su fusil, Peter quedó a merced de tres de los pitbulls de Jotham y se vio forzado a lo impensable: usar un cuchillo que llevaba oculto contra el tipo de animal que más apreciaba en este mundo.

—Todavía voy a devolverte el dinero de la operación.

—Ya lo estás haciendo —dijo Jake, señalando su taza.

—Voy a tardar mucho en pagarte a base de cafés.

—Será mejor que bebamos más rápido, entonces.

Estaban sentados en el Crowther's Coffee Cabin, en Main Street. Era uno de los pocos negocios que seguían prosperando en aquellos tiempos de dificultades económicas, por lo que Chase Crowther optaba por mantener su local con un aspecto desaliñado y discreto a pesar de los importantes fondos de los que disponía. Habría tenido sentido comercial hacer que su cafetería destacara entre las varias propiedades tapiadas que tenía al lado, pero le parecía que habría sido un poco chabacano.

—Háblame de Mason Rogers —dijo Jake, intentando no hundirse demasiado en un viejo sofá de muelles gastados.

—Y yo que pensaba que solo querías ponerte al día.

—Nos ponemos al día casi todos los días. La conversación se está quedando ya sin sustancia.

Peter sonrió, pero luego negó con la cabeza. —Sabes que es uno de mis mejores amigos, ¿verdad? Y antes de que comentes que no tengo muchos, permíteme que te recuerde las limitadas opciones que hay en este pueblo. Estoy sentado contigo, por ejemplo.

Jake sonrió esta vez. —Escucha, no voy buscando trapos sucios. Solo quiero saber un poco más sobre ese hombre.

—Su hijo acaba de morir, Jake.

Jake asintió. —Lo sé.

—Entonces, de todos modos no necesitarías trapos sucios si fueras a por él. Se desmoronaría con bastante facilidad, sobre todo después de la última vez.

—Le apretaron bien las tuercas la última vez, ¿no?

—Bueno, el padre de la chica desaparecida era el jefe, así que, ¿tú qué crees?

—Solo puedo imaginármelo.

—En un momento dado, algunos de los lugareños lo retuvieron en la calle a punta de pistola. Irónicamente, fue Earl Jewell quien consiguió que se retiraran, no por preocupación por él, por supuesto, sino porque *creía* saber dónde estaba su hija. Si él moría, entonces nunca la encontrarían.

—Entonces, ¿cómo lo exoneraron?

—No estoy seguro de que lo hicieran del todo. La investigación simplemente siguió adelante. Hacia Portland. Publicaron la fotografía de Collette Jewell por todo Maine y varios testigos de esa zona se presentaron para decir que la habían visto con una pareja joven. Recuerdo haber visto los retratos robot. Estuvieron por todas partes en un momento dado. Sin embargo, no dieron ningún resultado, y ni Portland ni nadie más informó de más avistamientos de Collette Jewell.

—Porque estaba en el fondo del Skweda.

Peter asintió con tristeza. —Extraño, ese repentino aluvión de testigos de Portland.

—Sí, suena a maniobra de distracción. He ido a ver a Mason esta mañana.

Peter abrió los ojos como platos y negó con la cabeza. —Es inocente.

—Nunca he dicho que no lo fuera. Estaba buscando un arma.

—Paparruchas.

Jake tomó un sorbo de café. —Bueno, era una de las razones por las que estaba allí.

—Y la otra razón le habría roto el corazón a ese hombre. Sabrá que está de nuevo en el punto de mira.

—¿No crees que lo sabía incluso antes de que yo entrara por esa puerta?

Peter suspiró. —Mason es la sal de la tierra. He perdido la cuenta de las veces que ha estado ahí para mí. Su mujer, Lorraine, murió de cáncer hace más de diez años. Anthony solo tenía doce o trece años en ese momento, y fue un golpe muy duro para él. Mason hizo todo lo que pudo por ese chico, pero se rebeló en todo momento. Había perdido a ese chico mucho antes de que encontraran su cuerpo en ese pozo.

—¿Cuánto tiempo hace que lo conoces, Peter?

—Me mudé a Blue Falls hace quince años. Como sabes, la mayoría de mi gente está en Sharon's Edge, pero necesitaba un cambio. Este pueblo no es el lugar más acogedor, como tú mismo has descubierto, pero recuerdo la primera vez que visité esa tienda. Mason estaba instalando un frigorífico nuevo. El viejo cabrón estaba haciendo un verdadero estropicio, así que le eché una mano. Me recompensó con un paquete de seis cervezas, que luego me bebí en su compañía. Nadie es capaz de zamparse una lata como ese hombre. Aunque, después de sus experiencias en el 90, probablemente haya tenido mucha práctica.

—¿Cómo era su mujer?

—Una mujer callada. Siempre parecía agotada, y tenía el pelo blanco y descuidado. Se habían casado en el 85, y supongo que la

experiencia de vivir con el principal sospechoso en el caso del secuestro de una niña le pasó factura...

El móvil de Jake los interrumpió. —¿Lillian?

—Hola, Jake. ¿Puedes venir a verme al Mirador de Lookout?

—Sí..., ¿por qué?

—Sé lo que trama Gabriel, y creo que está a punto de lanzarse a lo loco.

—Te veo en quince minutos —dijo Jake, que ya se había puesto en pie. Tras colgar, le estrechó la mano a Peter—. Hablamos luego, ¿vale?

—Por supuesto. —Se llevó la taza de café a la boca—. Me tomaré unos cuantos más de estos y los cargaré a tu cuenta.

Jake sonrió.

—Pero no te pases con la nata.

APOYADO EN EL ESCAPARATE TAPIADO DE UNA TIENDA, el anciano observó cómo Jake Pettman salía del Crowther's Coffee Cabin.

—Menudo tiarrón, ¿eh? —dijo su hermano mayor.

—Me recuerda a Earl Jewell y a su hijo. De esa gente a la que le gusta hacerse notar.

—Sí, como una puta manada de elefantes —dijo su hermano mayor—. Pero no te preocupes. El ruido es temporal, mientras que el silencio es eterno.

—Qué profundo, hermano.

—¿Y tú qué habrías dicho? «Cuanto más grandes son, más dura es la caída».

—Algo por el estilo.

Su hermano mayor se abrió la chaqueta, dejando ver los mangos de unos alicates que asomaban por el bolsillo interior.

—Entonces, ¿estamos listos?

El anciano enarcó una ceja.

—Estás loco. ¿No nos pisan ya los talones lo suficiente?

—Siempre has sido demasiado lento para actuar.

—No, es que soy precavido.

—Ponderado.

—Escucha, hermano, matar a este hombre no servirá de nada.

Su hermano mayor sonrió.

—¿Estás seguro de eso? Joder, mira. —Señaló al otro lado de la calle a Peter Sheehan, que salía del Crowther's Coffee Cabin.

6

TRAS MIRAR POR la mirilla, la reacción inicial de Charlotte White fue retroceder, pero, después de respirar hondo, se recompuso y le abrió la puerta a su visita.

—Eres clavado a tu padre.

—Eso dicen —dijo Gabriel—. Aunque no suelen decirme que fuera un buen hombre, pero lo era.

—A su manera, sí. —Su voz era ronca; Gabriel no estaba seguro de si se debía a la emoción o al desgaste de ochenta años en sus cuerdas vocales—. Earl nunca dejó de buscar la verdad.

—No, así es. He leído los expedientes. Mi padre lo dio todo, señora White, para encontrar a la persona que asesinó a su hijo.

—Pero se fue con las manos vacías.

Gabriel asintió.

—¿Has venido a decirme que por fin has encontrado a alguien?

—Me temo que no.

Ella bajó la mirada. —Cuarenta y cinco años y veintiséis días es mucho tiempo sin saber la verdad.

Gabriel volvió a asentir. —Pero sí que tengo *algo*, señora White.

Ella levantó la vista de nuevo. —¿El qué?

—Será mejor si entro.

Jake contactó con Piper desde el móvil.

—Te eché de menos anoche. Pensé que volverías.

—Estuve hasta tarde con Sadie en casa de mamá. La noticia la dejó muy alterada, así que nos tomamos unas copas. Para cuando nos dimos cuenta, ninguna de las dos estaba en condiciones de conducir.

—Espero que se encuentre mejor.

—Creo que sí. No nos hemos levantado hasta tarde y se acaba de ir. En fin, ¿qué pasó anoche?

Jake le resumió los acontecimientos de la noche anterior y lo que había ocurrido con Gabriel, Louise y Lillian.

—¿Qué opina Lillian de esta Louise Price?

—Que tiene mucho carácter y es competente.

—Tendrá que serlo para mantener a Gabriel a raya.

—Sí, y esa es la razón por la que voy a reunirme con Lillian. Ha descubierto algo sobre Gabriel. Aún no tengo ni idea de qué.

—¿Dónde habéis quedado?

—En Lookout Corner.

Hubo un momento de silencio.

—¿Qué pasa?

—Nada...

—Pues no lo parece.

—Es solo que es un lugar un poco extraño para quedar, eso es todo.

—Supongo que ha elegido un sitio apartado para que no nos vean hablando. No creo que vaya a liquidarme.

—No es eso...

—Venga, suéltalo.

—No es nada.

—*¿Piper?*

—Es un poco espeluznante.

—Estoy esperando...

Piper se lo contó, y él se quedó con la boca abierta.

El río Skweda trazaba una curva pronunciada en Lookout Corner.

Lillian ya estaba de pie en la plataforma elevada con vistas al río.

Jake subió los escalones para reunirse con ella junto a la placa: *Capitán William Ross, 1710-1765. Al igual que el Skweda, siempre correrás por el corazón de nuestra ciudad.*

Lillian se encaró con Jake. —Fundar Blue Falls fue una de las últimas cosas que hizo.

—Sí, eso he oído. Creo que murió alcoholizado.

—Fue un héroe de guerra y probablemente pasó por un infierno. En aquella época no se reconocía ni se trataba el estrés postraumático, así que supongo que cada uno tenía que buscarse su propia medicina.

Jake asintió. —Es un lugar extraño para un monumento, en medio de la nada.

Lillian se giró para mirar el río. —Cuando le concedieron la plantación de Rosstown en 1765, se plantó en este mismo punto y lo declaró el corazón de su nueva tierra.

Jake se puso a su lado. El agua estaba en calma ese día, pero aun así podía oír su siseo al acariciar las orillas.

Lillian señaló una gran roca que sobresalía unos treinta centímetros del agua. —Cuando el río baja rápido, el agua se estrella contra la roca, se eleva en torrentes y cae en cascada por el otro lado. En un día especialmente soleado, el agua puede parecer de un azul intenso. Así que, cuando vio esto, Ross llamó al primero de los tres pueblos del Skweda, Blue Falls.

Jake sonrió. —¿Por qué me has traído a este lugar, Lillian?

Ella se encogió de hombros. —¿Por la privacidad?

—¿Y qué hay de su infame historia?

—No te sigo.

—¿Los Bickford?

Hizo una pausa, y luego se giró hacia él con los ojos como platos. —Joder, Jake. No había pensado en eso.

Jake siguió sonriendo. —No te preocupes. No soy un sentimental.

Los antepasados de Jake, los Bickford, habían fundado el Blue Fall Taps a principios del siglo XIX y, según los libros de historia, lo habían regentado como un burdel. Luego, dependiendo de la versión

de la historia a la que uno se aferrara, habían robado niños de pueblos cercanos, como Sharon's Edge, para que trabajaran allí. Después de que los Bickford fueran expulsados del pueblo y huyeran a Inglaterra, se recuperaron los cuerpos de cinco niños. Dos de los niños muertos habían sido abandonados en la maleza, aquí, en Lookout Corner.

—Querían que encontraran esos cuerpos —dijo Jake—. Sabían que su tiempo se había acabado y se disponían a huir. Esparcir los cuerpos de esos pobres críos fue su último «que os jodan» al pueblo.

Lillian hizo una mueca.

—Lo siento, Jake. Ahora me siento fatal.

—¿Por qué? Hoy he aprendido algo nuevo gracias a ti. Además, aún me aferro a la esperanza de que en algún punto remoto de mi árbol genealógico alguien fuera adoptado y que yo no sea descendiente de sangre. En fin, volviendo a asuntos más urgentes, especialmente al de Gabriel yendo por libre.

—Tenemos cámaras en la comisaría en un bucle de cuarenta y ocho horas.

El pulso de Jake se aceleró.

—Entonces, ¿habéis visto por qué Gabriel volvió a la comisaría anoche?

Lillian asintió, sonriendo.

—Fue al almacén, que también está vigilado. Sacó un archivo antiguo. Menos mal que usó la luz y no una linterna medio gastada, como en una película vieja; la nitidez era fantástica. Conseguí hacer zum y tengo el número de caso, Jake.

A Jake se le abrieron los ojos como platos.

—¿Y ese registro también existe en la base de datos?

—¿Quieres contar tú la historia? Sí, existe. Lo cual es bastante afortunado, la verdad. El caso es del 75, y no hace tanto que trajimos a personal administrativo para que escaneara los archivos antiguos.

—Eres una maldita genio, Lillian.

—Acepto el cumplido, pero no puedes ser mi mayor admirador; alguien se te ha adelantado con ese piropo.

—¿Quién?

—La teniente Price. Me lo dijo anoche en mi coche. En fin, ¿quieres saber qué había en el expediente?

Jake asintió y, agarrándose con fuerza a la barandilla que impedía que los de paso inseguro se dieran un baño antes de tiempo en el Skweda, escuchó la historia de Bobby White y Henry Clark.

—El expediente es largo, Jake, y no he impreso nada porque no quiero que nadie se dé cuenta en la comisaría, pero ese es el quid de la cuestión. Así que, ¿qué tiene este doble asesinato sin resolver que trae a Gabriel tan alterado?

—No lo sé, pero tiene que haber alguna conexión con el cuerpo de su hermana, porque no mucho después de verla fue a por ese expediente.

—Sí, pero murieron de formas distintas. Los chicos, por un traumatismo por objeto contundente, y luego fueron entregados a los padres; a los equivocados, por cierto. El expediente sugiere que el servicio de mensajería metió la pata. Collette murió por rotura de cuello y la hundieron en el río con un peso.

—Tiene que haber algo más. ¿Había algo más en el informe de la autopsia?

—No creo, pero lo leí deprisa. —Sacó el móvil—. No iba a arriesgarme a hacer impresiones, pero saqué unas cuantas fotos. A ver… sí, aquí está.

Jake la dejó leer. Contempló el río al otro lado, un río que había tomado su nombre de los abenaki. *Fuego en el Hueso.* ¿Cuántos huesos habría en el fondo de ese río que los abenaki habían venerado? ¿Cuántos fuegos se habían extinguido por el agua que tanto había fascinado al capitán William Ross?

—Ahí está —dijo ella apresuradamente—. Espantoso… horrible… pero ahí está… una conexión. A ambos chicos les quitaron los dientes post mortem. A Collette también le quitaron los dientes, pero tendremos que esperar a los resultados del laboratorio para determinar si fue post mortem.

—¿Quizá se llevaban recuerdos? —Jake suspiró—. He visto algo parecido en casa. Sin duda, podría ser la misma persona.

—¡Son crímenes con quince años de diferencia!

—¿De verdad es tanto tiempo si tienes en cuenta que estos crímenes fueron en el mismo pueblo?

—Entonces, ¿el asesino vive aquí o volvió por segunda vez?

—No lo sé, pero sí sé que esto habrá sido suficiente para espolear a Gabriel.

Lillian frunció el ceño.

—Tengo que hablar con Louise Price.

—Sí, pero primero tenemos que anticiparnos al próximo movimiento de Gabriel.

—Y pararle los pies.

—Quizá. O quizá no.

—¡Eres la última persona de la que esperaría oír eso! No has ocultado lo que sientes por…

—Escucha, Lillian. Un viejo colega y amigo me dijo una vez que observara con atención el comportamiento de los obsesionados. Pueden llevarte a la verdad más rápido que cualquier otra cosa.

—¿También te dijo que podían destruirla más rápido que nadie?

—Siempre hay un riesgo, supongo. Averigüemos su próximo movimiento y ya veremos a partir de ahí. Price estará ocupada con la autopsia ahora. Hagámosles un favor.

—Entonces, ¿cuál es el próximo movimiento del jefe, Jake?

Jake observó la famosa roca de Ross brillar bajo un repentino y fuerte estallido de luz solar y pensó.

—Bueno, mi próximo movimiento serían los familiares supervivientes de los dos chicos. Muchas cosas cambian en cuarenta y cinco años. Cosas que entonces estaban borrosas ahora se pueden recordar con claridad. También pueden haber salido a la luz verdades sobre gente que conocían y en la que confiaban.

—Solo queda un pariente vivo. Charlotte White, la madre de Bobby White. Tiene ochenta años.

—Pues necesitamos su dirección, porque estoy completamente seguro de que Gabriel ya está allí.

Peter Sheenan llamó a la puerta del Rogers General Store.

Nadie contestó. Extraño. Nunca lo había visto cerrar durante el día.

Se desplazó de lado para mirar por el escaparate. Había luz en la tienda, pero no había nadie en la caja ni en la zona de venta. Al percibir movimiento en la parte trasera, se protegió los ojos del sol con la mano y entrecerró los ojos. Vio cómo se abría una puerta y luego a Mason salir de su pequeño apartamento, adosado a la trastienda.

Peter lo saludó con la mano a través del cristal y Mason le devolvió el saludo. Luego se hizo a un lado para recibir a su amigo después de que este abriera la puerta.

—No es propio de ti cerrar de día, viejo.

—Estos huesos ya no son lo que eran. Estaba echando una siesta. —Mason se asomó por la puerta de la tienda e hizo un gesto hacia ambos lados de la calle—. De todos modos, tampoco es que sea la hora punta. Aunque, la verdad, ya nunca lo es. Entra. —Mason le dio una palmada en el hombro y lo guio entre una fila de cajas precintadas—. Llegas justo a tiempo para ayudarme con un envío.

Peter se rio.

—¿Acaso no fue suficiente favor ayudarte a reformar la tienda?

—Haré que te merezca la pena. —Mason lo condujo hasta el frigorífico. Metió la mano y sacó dos latas de Stinson IPA.

—Con razón te echas siestas durante el día. Para mí es un poco pronto.

—Estás jubilado, viejo cascarrabias. Y, bueno, la señora Hindley ya ha recogido su periódico de la mañana, y probablemente no vea a otro cliente hasta el mediodía.

—Joder, ¿tan mal están las cosas?

—Sí. Así que coge la maldita cerveza.

Peter obedeció.

—Camden y Dominic Davis han abierto una nueva tienda en Slant Street. Se han esforzado bastante en vender más barato casi todo lo que vendo yo. Seguro que están perdiendo dinero, pero solo

lo hacen para arruinarme. —Abrió una lata y se la entregó a Peter—. Y está funcionando.

—¿Por qué iba a comprarles nadie a esos trogloditas?

—La gente tiene muy poca memoria cuando se trata de ahorrarse un dinero.

—Joder, Mason. ¿Por qué no habías dicho nada?

—He estado con la cabeza en otras cosas. —Abrió su propia lata.

—Sí. Lo entiendo. Pero, colega, tienes que seguir adelante.

—Ahórratelo, Peter. Y tampoco me digas lo que Anthony habría querido. Ese cabroncete tiró su puta vida por la borda.

—Sí, lo hizo, pero tú lo intentaste todo.

—Pues así están las cosas. ¡Los hermanos Davis van a la yugular! No son de los que hacen borrón y cuenta nueva.

—Nunca me has contado mucho sobre lo que pasó cuando eras niño.

—Y no voy a hacerlo ahora. Por lo que a mí respecta, es agua pasada. Si ellos quieren regodearse en ello y llevarme a la tumba, pues que así sea. —Abrió su propia lata—. Si te soy sincero, estoy perdiendo las ganas de luchar.

—Ese no parece el Mason que conozco. Escucha, tengo algo de dinero. Una sociedad podría ser justo lo que este sitio necesita.

—Vuelvo a tener a los lobos en la puerta, Peter. Mis días están contados. Yo que tú, mantendría tu dinero a salvo. —Mason se bebió la IPA de un trago. Eructó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Lobos?

—¿Dónde has estado, Peter? Los que piensan que secuestré a una niña. Tacha eso. Los que ahora piensan que *maté* a una niña.

—Las cosas son diferentes ahora con el ADN y la ciencia forense. Te aseguro que podrán exculparte en un santiamén.

—Sí, ya veremos —resopló Mason, cogiendo otra cerveza.

Peter le puso la mano en el hombro.

—Tómatelo con calma, viejo.

Mason asintió, sacó otra lata y la abrió.

—Tú no estabas aquí la última vez, allá por el noventa, cuando me trataron como a un animal.

—Me lo contaste.

—¿Te conté que los hermanos Davis se regodearon de lo lindo? Deberías haberlos visto entonces, llenos de chulería y mala leche. Earl Jewell era una pesadilla y estaba convencido de que yo era un monstruo, pero esos hermanos… bueno, eso era otro cantar.

—Probablemente no fuera muy inteligente encararse con alguien que tiene una armería.

Mason soltó una risita y bebió otro trago, aparentemente contento de sorber esta un poco más despacio.

—No los disuadió en absoluto, ni siquiera cuando me planté fuera, apuntándoles con una pistola. El mierdecilla ese de Cam, el de los pelos de punta, se me acercó tan tranquilo y me dijo que no iba armado y que apretara el gatillo. Que moriría feliz con tal de ver a un asesino de niños entre rejas. Ese día me dieron una paliza de muerte: Cam, Dom y todos sus amigos paletos.

—Lo siento.

—No lo sientas, Peter. Salí bien parado.

—No lo parece.

—Sí que lo parece. Lo que le pasó a Lorraine fue mucho peor. —Bebió dos tragos seguidos—. Pero no puedo hablar de eso.

Peter bebió también. No quería presionar a Mason sobre lo que había ocurrido. El hombre ya estaba haciendo un esfuerzo por mantenerse entero.

—Uno de los secretillos sucios de nuestro pueblo —dijo Mason, observando su reflejo en el cristal de la puerta del frigorífico—. Y no creo que sea el único.

Peter oyó un estrépito detrás de los frigoríficos.

—¿Has oído eso? Ha venido de tu apartamento.

—Probablemente el viento haya tirado algo. He dejado la ventana de la cocina abierta para que entre el aire.

Peter caminó junto a la fila de frigoríficos hacia la puerta del apartamento.

—Deberíamos echar un vistazo.

—No pasa nada, Peter. No será nada…

Otro estrépito.

Este último sobresaltó a Peter y lo impulsó a actuar. Se movió con rapidez y atravesó la puerta sin pestillo del apartamento.

—¿Quién anda ahí?

—Eh —dijo Mason a su espalda—. Estoy seguro de que no es nada, Peter. Déjame ir a comprobarlo…

Pero Peter ya había cruzado la puerta y estaba en el salón. Conocía bien la distribución, ya que lo había visitado en varias ocasiones. Comprendió por qué Mason se había mostrado reacio a dejarlo entrar. Había platos sucios y botellas vacías esparcidos por la mesa de centro. Un montón de ropa sucia se acumulaba en el suelo, y una pequeña pila de cajas de pizza parecía a punto de caerse. Peter clavó la vista en la puerta cerrada a su izquierda, que conducía a la cocina.

—¿Hola? —Hizo una pausa esperando una respuesta, pero no la hubo.

—No hay nadie, Peter, te lo digo yo. Solo es la ventana abierta de la cocina…

Algo se hizo añicos.

La mirada de Peter se desvió hacia la puerta cerrada del dormitorio, frente a él.

—Hay alguien ahí dentro. —Empezó a cruzar la habitación, alargando la mano hacia el pomo…

El suelo se abalanzó sobre él y todo se desvaneció.

7

LILLIAN giró para entrar en la calle de Charlotte White. —Joder, tenías razón. Es el coche del jefe.

—Sigue conduciendo —dijo Jake desde el asiento del copiloto.

Lillian condujo hasta el final de la calle y se detuvo en el arcén.

Jake miró por el retrovisor lateral. —¿Si Jewell sale en esta dirección, nos agachamos, vale?

Diez minutos después, Gabriel hizo exactamente eso. Aunque probablemente fue innecesario —ya que pasó a una velocidad tan feroz que no los habría visto de todos modos—, se agacharon igualmente.

Lillian negó con la cabeza. —¿Todavía crees que es buena idea? Tu obseso va a matar a alguien antes de que nos lleve a alguna verdad.

—Esa es una forma de verlo, Lillian. La otra es que algo acaba de meterle un cohete en el culo, y me gustaría saber qué ha sido.

Salieron del coche y pasaron junto a una hilera de bungalós idénticos encalados.

—Qué barrio más siniestro —dijo Jake.

—Es popular. Se ganó el apodo de Sleepy Hollow hace unos años por los jubilados que viven aquí. También son muy ricos. El concejo municipal presionó mucho a la policía de Blue Falls para que mantuviera esta zona libre de delincuencia, ya que muchos de ellos

invierten fuerte en nuestro pueblo. Se ha hablado de convertirlo en una urbanización cerrada.

—La mejor forma de mantener fuera a la chusma como nosotros. Disfrutémoslo mientras podamos.

Caminaron por un sendero adoquinado flanqueado por gnomos de jardín y encontraron a una anciana junto a un macizo de coloridos rododendros. No estaba cuidando el jardín. Parecía estar simplemente admirando las flores, perdida en sus pensamientos.

—¿Charlotte White? —dijo Jake.

Charlotte se giró con todo el cuerpo en lugar de solo con la cabeza. También hizo una mueca de dolor. —Lo siento, la artritis. Antes solo me atacaba en invierno, ahora no me deja en paz en todo el año.

—Siento oír eso —dijo Jake.

—Bah —desestimó su preocupación con un gesto de la mano—. Cuando llegas a los ochenta, te conformas con lo que te toque. Si es que todavía lo quieres, claro. Por desgracia, muchos de mis amigos se han estado rindiendo últimamente. En fin… —utilizó un bastón para maniobrar hacia ellos—. Acabo de despedir a una visita, así que ¿hay alguna razón por la que esté tan solicitada últimamente?

—Somos del departamento de policía, señora. Nos envía el jefe Jewell —dijo Lillian.

—¿Y por qué iba a hacer eso? Si ha estado él mismo aquí hace apenas diez minutos.

—Solo nos ha dicho que hiciéramos un seguimiento, que tomáramos algunas notas. Como probablemente se habrá dado cuenta, es un hombre muy ocupado. Solo quiere asegurarse de que no se le ha pasado nada por alto.

—Aun así, me sorprende que no los mencionara.

—Ha recibido noticias difíciles y…

—Sí, cariño, me lo ha dicho —sonrió Charlotte—. Pero no nací ayer. Están preocupados por él, ¿verdad?

Jake miró a Lillian y luego de nuevo a Charlotte. —Sí, señora White, lo estamos. El descubrimiento del cuerpo de su hermana lo ha desequilibrado.

—Sí, me di cuenta.

—Solo queremos asegurarnos de que no haya descubierto nada que pueda hacerle perder el norte.

—Conocí bien a su padre. Earl Jewell, un hombre de sangre caliente con un genio terrible. Hizo todo lo posible por llegar a la verdad, pero, a veces, la verdad simplemente no está ahí, y otras veces puedes causar más mal que bien buscándola. Están aquí porque Gabriel Jewell es igual que su padre, ¿no es así?

—Sí —dijo Jake—. Sospecho que lo es.

—Y cuando se trata con un hombre peligroso, toda ayuda es poca, así que entren, y les prepararé un té helado.

Hacía cosa de un año, Gabriel había metido a un joven llamado Nile Waters en el calabozo por escándalo público. A Nile le habían diagnosticado TDAH y llevaba consigo un bote de Adderall de liberación inmediata. Estaba claro que no mezclaba bien con el alcohol —al menos no para Nile—, así que Gabriel se lo había confiscado antes de cerrar la puerta de la celda de un portazo. Nile nunca lo había reclamado, así que Gabriel lo había tirado en el cajón de su mesita de noche en casa.

Después de pasar una noche en vela pegado al expediente de su padre sobre los asesinatos de Bobby White y Henry Clark, Gabriel había rebuscado en dicho cajón en busca de pastillas de cafeína y, en su lugar, había redescubierto el Adderall.

Lo espabiló de *golpe*.

Y con creces.

Durante su reunión con Charlotte White, se había esforzado por no apretar los dientes y no pasearse por su salón, pero en gran medida había fracasado. Debía de tener un aspecto lamentable. Con suerte, ella habría atribuido su peculiar comportamiento a la conmoción de ver el cuerpo de Collette en la orilla del Skweda en lugar de a las drogas.

En cualquier caso, los estimulantes valieron la pena. Tenía una claridad como nunca antes. Y no solo se sentía concentrado, sino

que se sentía hambriento de información, y cada bocado que Charlotte le había proporcionado había sido nutritivo.

Así que, después de dejar a la anciana, se metió otras dos pastillas de Adderall y se llenó la boca de chicle. Ahora, contemplaba el viejo edificio al otro lado de la calle y esperaba a que la sustancia química explotara en su interior.

Cuando el hormigueo comenzó, apretó los puños y, con los dientes rechinando sobre el chicle, cruzó la calle. El martilleo de su corazón y su respiración rápida y superficial podrían, en otra ocasión, causarle una gran ansiedad; sin embargo, ahora se sentía imparable. La verdad estaba al alcance de su mano, y sentía la fuerza para arrancarla. Entró de un empujón.

El cabrón lo miró fijamente, con los ojos como platos.

Esto es por ti, papá, y por ti, mi querida Collette.

Lanzándose hacia delante, le echó las manos al cuello al monstruo.

Charlotte White estaba dispuesta a hablar de aquel día de 1975 con Jake y Lillian, y lo hizo sin derramar ni una lágrima. Jake se quedó impresionado; a la mayoría de la gente le habría costado mantener la compostura al hablar de una tragedia de esa naturaleza. Charlotte relató la historia de las macabras entregas y, después, habló de la investigación subsiguiente. En un par de ocasiones, la voz le tembló y pareció que iba a derrumbarse por fin, pero mantuvo la compostura.

—Hace medio siglo —concluyó—, y cualquier otro recuerdo de aquella época es tan distante…, tan vago…, salvo por aquellos meses. Todo sigue tan nítido como si hubiera ocurrido ayer.

—Siento mucho su pérdida —dijo Lillian. No era la primera vez que lo decía desde que se había sentado en un sofá frente a Charlotte White.

Charlotte había optado por una mecedora de aspecto bastante macizo. —Si me sentara en ese sofá con la artritis que tengo, no

podría volver a levantarme.

—La admiro, señora White —dijo Lillian—. La forma en que rehízo su vida.

—Gracias, querida. Pero en realidad no te queda otra, y en el momento te sientes terriblemente culpable por ello, como si los estuvieras abandonando. Recibimos apoyo para el duelo y conocimos a otras personas que estaban pasando por una pérdida. Una pareja que conocimos tuvo que lidiar con la desaparición de un hijo. Recuerdo pensar que nosotros éramos los afortunados. ¿Se imagina no saber si su hijo está vivo o muerto? ¿Cómo *podría* una persona seguir adelante? Al menos nosotros tuvimos un cierre. *Una especie* de cierre. —Bajó la mirada—. Y ese cierre fue el escurridizo forastero que nunca volvió a atacar.

—No parece que usted se lo creyera —dijo Jake.

—Usted no es de por aquí, ¿verdad, señor Pettman? Pero la agente Sanborn entenderá lo que quiero decir cuando digo que en este lugar nunca sabes qué coño creerte.

Aunque Charlotte había vivido el doble que él y, por lo tanto, podría haber soltado el doble de tacos en su vida, aquella repentina palabrota lo dejó de piedra.

—Leí la investigación, señora White —dijo Lillian—. A primera vista, parecía muy exhaustiva. Para la época. El análisis forense no era lo que es ahora. ¿Qué le hizo dudar de las conclusiones?

—Bueno, la misma razón por la que están ustedes aquí cuestionando la conducta de Gabriel Jewell. Él y su padre están cortados por el mismo patrón. No cuestionaré la determinación de Earl, ni por un segundo. Y, en cierto modo, le estoy agradecida por su compasión, pero era un exaltado que pensaba con los puños. La reflexión y el comportamiento racional eran un incordio para el jefe Jewell.

Jake y Lillian se miraron.

—Suena familiar, ¿verdad? —dijo ella—. De tal palo, tal astilla.

—Entonces, ¿qué cree usted que Earl pasó por alto en la investigación? —preguntó Jake.

—Todo, señor Pettman. Ahora mismo, se encuentra usted en el corazón adinerado de Blue Falls. Todas las propiedades a su

alrededor, incluida la residencia de la tercera edad al otro lado de la calle, albergan a la flor y nata de Blue Falls. Esas personas son las que dirigen el pueblo hoy y las que lo dirigían antaño. Nada ocurre en Blue Falls sin su participación. *Nada.* Sin entender eso, sin la sutileza necesaria para tratar con ellos, no hay verdades que descubrir. Por eso siempre mantienen a alguien como Earl o Gabriel al frente del departamento de policía. Son fáciles de predecir y más fáciles de controlar.

—Con todos mis respetos, señora White —dijo Jake—, ¿no es usted una de esas personas?

—Tuve suerte con el seguro de mi marido cuando falleció. Eso ha financiado esta jubilación. Hay unas cuantas personas de ideas afines repartidas por aquí. No necesito muchos amigos a esta edad.

—Entonces, ¿de verdad cree que el pueblo tuvo algo que ver con lo que le pasó a su hijo? —preguntó Jake.

—No digo eso. Solo digo que cualquier verdad que no favorezca sus intereses no existe. Y eso no contribuye a una investigación sana. Hemos tardado cuarenta y cinco años en saber que el asesino volvió a atacar. Es difícil no sorprenderse. ¿Se sorprenderían ustedes si hubiera más víctimas?

Jake no respondió.

—Puede estar segura, señora White, de que no tenemos tiempo para sus intereses —dijo Lillian—. Estamos aquí por la verdad.

—Sí. Eso percibo. Es un soplo de aire fresco. Gabriel Jewell también piensa así. Es un bala perdida, pero se lo conté todo. La verdad es que se lo contaría a cualquiera que estuviera dispuesto a escuchar. —Charlotte White hizo una mueca de dolor al ponerse en pie. Jake se levantó para ayudarla, pero ella lo apartó con un gesto —. Estoy convencida de que, si acepto ayuda, me volveré más débil. Lo considero un ejercicio.

Jake asintió y volvió a sentarse.

Ayudándose de su bastón, Charlotte se acercó arrastrando los pies a la repisa de la chimenea para coger una fotografía de un adolescente pálido y sonriente con una melena de pelo pelirrojo y encrespado. —Ha dicho antes, señor Pettman, que soy una de esas personas y, para mi gran vergüenza, estoy a punto de decirle que lo

soy. Yo, como la mayoría de estos cabrones de por aquí, he sido parca en detalles. Mil novecientos setenta y cinco era una época muy diferente, señor Pettman. Una época muy diferente. Verá, mi hijo era gay. Y yo creía sinceramente que toda la verdad haría más mal que bien. La cara de sorpresa de Gabriel Jewell cuando se lo conté, y la forma en que se movía por la habitación, gesticulando, me demostraron que me había equivocado. Se fue de mi casa con tal determinación e intención… Creo que lo sabe. Creo que sabe quién mató a mi hijo y a su hermana.

Jake se inclinó hacia delante en el sofá para estar más cerca de Charlotte.

Ella miraba sonriente la foto de su hijo. —No me avergonzaba de lo que Bobby era. Nunca podría sentir otra cosa que orgullo por él. Y ahora, en estos tiempos, a nadie le importaría lo más mínimo… Qué estupidez. Pensé que si le decía a la policía que era gay, perderían el interés en el caso. Que Earl Jewell perdería el interés en su caso.

—Era una época muy diferente —dijo Jake, intentando tranquilizarla.

—Y su padre… su padre, que en paz descanse, nunca lo supo. No necesitaba saberlo. Lo habría destrozado aún más. ¿Cómo iba a saber yo que lo que él era tendría algo que ver en lo que pasó? Quería que a la gente le importara. Quería que la gente estuviera desesperada por ayudar a encontrar al asesino, no que arrugaran la nariz con asco al leer en el periódico que era gay y sugirieran que, de alguna manera, era culpa suya.

Jake asintió, mirando la fotografía que ella tenía en las manos. —¿Me permite?

—Por supuesto.

Jake sonrió. —Tiene los ojos de usted.

—Sí. El pelo fue culpa de su padre.

Le devolvió la fotografía. —¿Qué más le contó al jefe Jewell?

—Le dije que había pillado a Bobby y a Henry besándose. Así es como me enteré. Días después, los dos estaban muertos. Nunca se lo conté a nadie hasta hoy. —Suspiró—. Hay algo más. Algo muy peculiar. Y fue después de contarle esto al comisario Jewell cuando se marchó a toda prisa.

—Continúe.

—Después de que los sorprendiera besándose y se separaran, me di cuenta de que había otro chico. Estaba sentado en un rincón de la habitación, mirando fijamente a Bobby y a Henry. Ni siquiera se percató de que yo había entrado. Y cuando le pedí a Bobby que acompañara a sus invitados a la puerta, ese chico ni siquiera me miró.

—¿Conocía usted al chico? —preguntó Jake.

—Sí.

Gabriel sintió las rodillas de Mason en sus cojones y se apartó tropezando, con el mundo de repente en llamas. Necesitó dos bocanadas de aire antes de poder apoyarse en una estantería llena de conservas. Sintió cierto alivio de que Mason hubiera atacado; si no lo hubiera hecho, él habría estrangulado al viejo tendero, y deseaba una confesión antes de acabar con él.

Tras recuperarse, Gabriel fue a por su pistola, pero Mason había conseguido retroceder detrás del mostrador y ahora empuñaba una escopeta. Gabriel mantuvo la mano apoyada en el arma. —¿Se atreve a matar al jefe de policía, Mason?

—No se preocupe usted por eso. Desde que su padrecito me partió la cabeza contra la puerta de la nevera, he soñado con ello. Así que quite la mano del arma.

Gabriel levantó las manos. La tentación de cargar contra Mason lo acosaba, pero se dio cuenta de que era la influencia del Adderall. Era inaceptable que los perdigones lo hicieran pedazos antes de obtener respuestas.

—Sabía que vendría. Pero la verdad es que nunca esperé que viniera así. Hasta su padrecito empezó con más decoro.

—Él no acababa de encontrar pruebas de que había sido usted. —A Gabriel le temblaba ahora todo el cuerpo. Masticaba el chicle con fuerza, parpadeando mientras el sudor le entraba en los ojos.

—¿Pruebas?

Gabriel dio un paso al frente, señalando con un dedo tembloroso. —Bobby White y Henry Clark.

Mason no habló y mantuvo el arma apuntando a Gabriel.

—¿Se le ha comido la lengua el gato?

—Quiero que se vaya.

—Usted los mató a los dos y les arrancó los dientes de cuajo, puto enfermo. E hizo lo mismo con mi hermana...

—He dicho que *se vaya*.

—Dígame la verdad. —Gabriel se acercó un poco más.

—No se creería la verdad, así que esperaré a que venga la policía de verdad.

—La verdad es que es usted un maricón.

Mason se rio. —Aunque eso fuera verdad, ¿qué tendría que ver, gilipollas de mente estrecha?

Gabriel estaba ahora a solo un par de metros de Mason. Cada nervio de su cuerpo se retorcía, pareciendo gritarle que cargara. —Estaba celoso de Bobby y Henry.

—¿Por qué iba a estar celoso?

—La madre los pilló besándose y lo vio a usted obsesionado desde una silla en el rincón.

Mason frunció el labio superior. —Eso fue en otra vida, Jewell. Eran mis amigos, y luego los asesinaron. Yo tenía quince años. No era un asesino retorcido. Así que, váyase. Ahora. Mi vida no vale una mierda. Mi mujer está muerta, mi hijo está muerto y todo el pueblo empieza a volver a fijarse en mí por algo que no hice. ¿Cree que me importa matarlo? En la cárcel o fuera de ella, me estoy pudriendo.

Gabriel se arriesgó a dar otro paso. —¿Pudriéndose? ¿Como mi hermana?

Mason negó con la cabeza. —Un paso más y lo mato. Se lo juro.

El impulso de abalanzarse era irrefrenable. La cabeza de Gabriel sabía que no sobreviviría, pero todo su ser lo anhelaba. Oyó algo detrás de él. Se giró y miró por el corto pasillo hacia la puerta del apartamento de Mason.

—Váyase, Jewell.

Sin dejar de mirar la puerta, extendió una mano. —Cállese. —Contuvo la respiración y escuchó. Sin duda oía algo; sonaba como

unos rasquidos.

—*¡Jewell!*

—¿Qué es ese ruido, Mason?

—No oigo nada.

—¿Cómo que no? Viene de su puto apartamento. —Gabriel avanzó por el pasillo.

—Le he dicho que se vaya.

—Hay alguien en su apartamento. ¿Quién es?

—No hay nadie. Salga o usaré esto.

Gabriel alargó la mano hacia el pomo.

La escopeta se disparó y el mundo tembló.

8

JAKE IBA SENTADO y rígido en el asiento del copiloto. Contenía la respiración mientras se aferraba al asidero, viendo a Lillian desafiar las leyes de la física en la siguiente curva.

—Para ser un hombretón lleno de bravuconería, a veces me preocupas.

—Es que tengo algo en contra de la velocidad.

—¿Por qué?

—No lo sé —Jake hizo una pausa para apretar los dientes mientras Lillian adelantaba a un Impala destartalado—. A algunos les dan miedo las arañas. A mí, los coches veloces. ¿Necesitas alguna otra razón?

—A mí no me importan las arañas.

—Vete a la mierda, Lillian, y llévanos a la tienda de Mason sin matarnos —cuando se acercaban a Main Street, Jake añadió—: Espero que no lleguemos demasiado tarde.

—El jefe está de los nervios, pero no es tonto.

—Acaba de descubrir que el principal sospechoso de la desaparición de su hermana estuvo implicado en un caso con un *modus operandi* similar. No creo que su inteligencia sea la que esté al mando ahora mismo. No es que alguna vez haya tenido mucha.

Lillian giró en Main Street. —Hay que poner a Louise Price al corriente ya, Jake. Esto tiene que investigarse como es debido.

—Estoy de acuerdo.

—A lo mejor es adonde deberíamos dirigirnos. ¿Dejar que ellos se encarguen de esto?

—No hace falta —dijo Jake, señalando por la ventanilla.

La teniente Louise Price estaba de pie delante de su BMW negro, flanqueada por dos de sus agentes. Señalaba el ultramarinos Rogers.

—La policía competente puede olerse los problemas por sí sola.

—Joder —dijo Lillian.

—Tú solo pasa de largo. Está a punto de descubrir que Gabriel ha ido por libre. Lo último que necesitan es averiguar que un civil y la agente de policía a la que, por alguna razón, tanto admira están investigando por su cuenta.

—¿Qué hay que no admirar? —dijo Lillian, siguiendo las instrucciones de Jake.

—Pregúntamelo otra vez cuando no me estés sometiendo a tu conducción.

DESDE EL DISPARO, Gabriel había permanecido agachado. Le habían dicho que, si se levantaba, estaba muerto. Fue una decisión fácil de tomar.

—Me ha costado hasta la última gota de fuerza de voluntad fallar —dijo Mason—. Y me la debes. Un juego nuevo de estanterías y un surtido de condimentos.

De nuevo, Gabriel oyó el arañazo detrás de la puerta del apartamento de Mason. —¿Qué tienes ahí, puto enfermo?

Oyó cómo las pisadas de Mason ganaban volumen a medida que avanzaba por el pasillo. —No es asunto tuyo.

—No te saldrás con la tuya. Pagarás por tus pecados.

—Si soy un asesino, ¿por qué sigues vivo?

—Porque matarme no alimenta tus fantasías.

—Joder —rio Mason—. Si así es como empiezas a pensar de policía, me alegro de no haber elegido nunca esa opción.

Los arañazos en la puerta del apartamento continuaron.

—Sabes —dijo Mason—. Si hubieras venido y hubieras hecho tus preguntas, te las habría respondido. Puede que incluso hubiera ido a la comisaría contigo para prestar la declaración que quisieras. Pero a ti, igual que a tu padre, te da por crear situaciones innecesarias. Otro animal que necesitaba ser enjaulado.

—Lástima para ti que no lo fuera. Te caló.

—Hoy has cruzado la línea al agredirme, Jewell. Tu padre tuvo suerte cuando me acosó, porque entonces yo tenía todo que perder. Tú, por otro lado, no podrías tener peor suerte, porque a mí no me queda nada que perder. Volarte la cabeza no me inmuta en lo más mínimo. De hecho, me excita. Sabes, a lo mejor te digo la verdad. ¿Por qué no? De todas formas, no lo entenderás. Un hombre como tú no sería capaz.

Gabriel sintió la escopeta en la nuca.

—Anda. Levántate. Abre esa puerta. Pero controla tu ira y tus frustraciones o acabaré con esto.

Gabriel se puso en pie, respiró hondo y alargó la mano hacia el pomo.

—Con cuidado.

Gabriel empezó a bajar el pomo.

—¡Suelte el arma!

Gabriel reconoció la voz de la teniente. No supo si sonreír o maldecir. Aunque sus posibilidades de supervivencia acababan de multiplicarse por cien, quería saber la verdad sobre lo que había detrás de la puerta. Mantuvo la vista al frente hasta que oyó a Mason depositar el arma en el suelo. Entonces se giró.

Mason tenía las manos en alto mientras Louise y sus dos secuaces le apuntaban con sus armas.

—Gracias a Dios, teniente —dijo Gabriel, avanzando poco a poco.

—No se mueva de donde está un momento, jefe. Al menos hasta que me diga qué demonios está pasando.

—Mason Rogers asesinó a mi hermana. Vine aquí para detenerlo.

—¡Gilipolleces! No vino a detenerme. ¡Vino a matarme!

—¡Tonterías!

—¡Tenía las putas manos en mi cuello a los pocos segundos de entrar por la puerta! Mírele a los ojos. Fíjese en cómo se mueve.

¡Está como una moto! Si no hubiera sacado mi arma, ahora mismo estaría tieso en el suelo.

—¿Es eso cierto, jefe Jewell? —preguntó Louise.

—No me dignaré a responder a eso.

Ewan, el agente al que Gabriel había empujado la noche anterior en la escena del crimen, dijo: —La verdad es que parece usted alterado.

Gabriel entornó los ojos. —Vi el cuerpo de mi hermana anoche. ¿Quién no estaría crispado? Ver a los agentes que acudieron a la escena del crimen riéndose entre dientes tampoco ayudó. Por cierto, ¿qué coño era tan gracioso?

El agente desvió la mirada.

—¡Basta ya! —dijo Louise—. No es momento de cuestionar la integridad de nadie. Ni la suya, jefe Jewell, ni la de mis agentes. Se estaba produciendo un altercado violento en esta tienda y un transeúnte llamó para avisar. Hemos venido porque dieron su nombre, jefe. Le pidieron que se mantuviera al margen por su conexión personal con el caso, así que tengo derecho a recibir algunas respuestas. —Hizo un gesto a Ewan, que se acercó a Mason y lo esposó.

—¿Pero qué coño? —dijo Mason.

—Tenía una escopeta apuntando a la nuca del jefe de policía. ¿Qué esperaba? —dijo Louise.

—Me estaba *defendiendo*.

—Escucharemos su versión de los hechos… en comisaría.

Los agentes empezaron a sacarlo de su tienda.

Louise enfundó su arma.

—Espere —dijo Gabriel—. No guarde el arma. Creo que hay alguien ahí detrás. —Señaló por encima de su hombro—. Alguien ha estado arañando la puerta, intentando salir.

Ella asintió y volvió a sacar el arma. Se giró para mirar a Mason, que estaba junto a la puerta. —Quieto. ¿Qué hay ahí detrás?

Mason se volvió. —¿He hecho algo malo? Me están sacando esposado, ¿y esperan que colabore?

—Eso es exactamente lo que espero, señor Rogers.

—Ah, ¿en serio? Pues que le den por culo al bárbaro de ahí, y a usted y a la madre que la parió también. Soy un hombre inocente, ya he pasado por esta mierda una vez y no estoy de humor para volver a pasar por ella.

Ella le hizo un gesto a uno de sus agentes. —Sujételo ahí. —Volvió a centrarse en Gabriel—. Abra la puerta y hágase a un lado. Le cubro.

Gabriel se inclinó y abrió la puerta. Dentro estaba oscuro y era difícil ver nada destacable, salvo la silueta de un televisor y un sofá. El Adderall todavía le corría por las venas, así que el impulso de meterse de cabeza para satisfacer su curiosidad era abrumador. Se hizo a un lado y se agarró a la puerta de una nevera para intentar contenerse y no hacer ninguna estupidez.

—¿Qué ha podido ver? —preguntó Louise.

—No mucho. Las cortinas deben de estar echadas. Está oscuro. Puedo entrar.

—No. Entraré yo...

Un perro pequeño salió del apartamento. Inspeccionó a los ocupantes de la tienda y gimió.

—Intente no asustarlo —dijo Mason—. Es solo un cachorro.

—Joder —dijo Gabriel, acercándose al cachorro y volviéndose para mirar a Mason—. Es un pitbull. Solo una persona de por aquí ha tenido pitbulls.

—Sí —dijo Mason—. La noche que alguien prendió fuego a la propiedad de Jotham MacLeoid y soltó a sus perros, yo formé parte del grupo que los buscó para reunirlos. Me encontré a este pequeñajo solo. No quería que acabara en la perrera como los demás.

—Un corazón de oro. Cuidado, que a lo mejor me echo a llorar —dijo Gabriel.

—Te dije que no lo entenderías.

Louise se acercó al perro para ahuyentarlo.

—Se llama Kyle —dijo Mason.

Louise siguió ahuyentándolo sin usar su nombre.

Cuando Kyle se hubo retirado al apartamento, ella cerró la puerta e hizo un gesto a sus agentes. —Llévense al señor Rogers a

comisaría.

—¿Puedo al menos cerrar con llave?

Louise asintió.

Fuera, después de que sus agentes se hubieran marchado con Mason, se volvió hacia Gabriel. —Ahora, jefe Jewell. —Señaló el suelo—. Anoche, estábamos juntos en la escena del crimen, sin tener ni idea de nada. Menos de quince horas después, estamos aquí, y usted parece convencido, hasta el punto de arruinarse la vida, de que este hombre es culpable. ¿Puede rellenar las lagunas, por favor?, y veré si puedo salvarle el culo.

En ese momento, a Gabriel le importaba un bledo que le salvaran el culo, pero rellenó las lagunas de todos modos.

Mientras subía por el sendero, Jake se agachó a por una cajetilla de tabaco vacía y la echó en la papelera que había junto a la puerta principal. Antes de que hubiera llamado, el dueño de la casa abrió la puerta, sujetándose una bolsa de hielo en la cabeza.

—¿Estás bien ahí debajo, Peter? —preguntó Jake.

Peter apartó la bolsa de hielo, dejando al descubierto un chichón.

—Joder. ¿Qué ha pasado?

—Un montón de ropa sucia de Mason. Me ha hecho caer…

—Para. ¿Has ido a ver a Mason?

—Sí, justo después de que me dejaras solo en Crowther's.

—Imprudente. —Jake pasó junto a Peter y entró en el pasillo.

—Pasa —dijo Peter, dándose la vuelta y cerrando la puerta a sus espaldas.

Jake olfateó y se giró en el pasillo. —¿Has estado fumando?

—Sí. Tengo setenta y tres años, Jake. ¿Hay alguna otra de mis decisiones que quieras cuestionarme?

—No sabía que fumabas.

—No fumo, pero fumaba, y los dos últimos meses han sido duros.

—Te mancharán los dientes nuevos.

—Bien. Destacan mucho. Intento que parezcan los de antes.

Jake suspiró. —No deberías haber ido a ver a Mason. Creo que es peligroso.

Peter gruñó y pasó de largo junto a Jake. —Estás empezando a sonar como cualquier otro zumbado de este pueblo. —Giró a la izquierda hacia el salón y se sentó en el sofá. Sin quitarse la bolsa de hielo de la cabeza, alargó la mano hacia la cajetilla de tabaco que había en el brazo del sofá.

Jake lo observó desde la puerta.

—¡Vete a la mierda, quieres! —dijo Peter, dejando estar los cigarrillos—. ¡Es difícil luchar contra esta recaída contigo aquí!

—Dices que no es peligroso, pero mírate.

—Me caí por culpa de sus putos calzoncillos sucios.

—¿En serio?

—Te lo juro por Dios. Oí ruidos en su apartamento, así que fui a echar un vistazo. Y de repente, me fui de cabeza y me di un golpe en la cabeza con un armario. Me quedé sin sentido.

—¿Ruidos?

—Resulta que se quedó con uno de los cachorros de Jotham. Lo rescató después de que Ayden los soltara.

Jake negó con la cabeza. —¿Un pitbull? ¿Es que acaso nacen siendo cachorros adorables?

—Pues este lo es. Me he despertado con el animalito lamiéndome la cara. Te digo yo que Kyle no seguirá el mismo camino que sus parientes, no mientras Mason vele por él.

—¿Has ido al hospital?

—¡Ahora hablas igual que el viejo! Se puso hecho una furia cuando le dije que no iba a ir.

—Tenía razón.

—He estado en la guerra. Creo que puedo apañármelas solo.

—Probablemente tengas una conmoción cerebral, y eso puede ser peligroso.

Peter sacó un cigarrillo. —Joder. Estás haciendo polvo mi fuerza de voluntad.

—O te llevo yo o llamo a una ambulancia. Quizá prefieras optar por la opción menos bochornosa.

Peter suspiró. —¿Puedo fumarme esto primero?

—Puedes fumártelo en el coche de camino al hospital, y así también terminamos la conversación de antes.

Ya en el coche, Jake dejó que Peter disfrutara de su cigarrillo por la ventanilla. Después, Peter se giró hacia él. —¿Me he olvidado de lo despacio que conduces.

—¿Has estado hablando con Lillian?

—No, ¿por?

—Olvídalo. En fin, hemos descubierto algunas cosas sobre Mason. No creo que lo sepas todo. Te lo voy a contar ahora con la esperanza de que te mantengas alejado de él. Al menos hasta que estos asuntos se aclaren.

Cuando Jake terminó de relatar las circunstancias que rodearon la mutilación de los dos amigos de Mason, Peter tiró por la ventanilla su segundo cigarrillo a medio fumar. —Supongo que esa sería una forma de ayudarme a dejar el vicio. Joder, ahora me encuentro fatal.

—Podría ser la conmoción cerebral.

—Creo que es más probable que sea por tu gráfica descripción de lo que les pasó a esos pobres chavales.

—Necesitabas saberlo. Si Mason hizo esto...

—Lo siento, Jake, pero te estás equivocando de cabo a rabo. Tú y ese capullo de Jewell. Conozco a ese hombre desde hace tiempo. Como dije antes, es la sal de la tierra. ¿La idea de que le arranque los dientes de la boca a niños muertos? Eso no me cuadra. Y he visto mucha mierda en mi vida.

—Y yo. Y nunca se sabe de lo que alguien es capaz hasta que lo ves con tus propios ojos. Y el hecho de que Charlotte lo viera en la habitación con los dos chicos besándose, con la mirada perdida, sin reaccionar...

—Creo que yo probablemente reaccionaría exactamente igual si mis dos mejores amigos empezaran a besarse delante de mí. Aunque, para ser justos, el que está en el coche conmigo ahora mismo es de lo más impredecible que hay, y el otro, bueno, al parecer es tu simpático asesino en serie del barrio, así que sería una situación muy peculiar.

-Aquí hay demasiadas coincidencias -dijo Jake-. Tu juicio está nublado por tu amistad con él.

Se acercaron al hospital, que era más grande de lo que Jake esperaba para la pequeña zona a la que daba servicio.

—Vale, Jake. No me creo nada de esto ni por un segundo, y te va a costar hacerme cambiar de opinión. Sin embargo, te contaré algunas cosas sobre Mason. De todos modos, te enterarás tarde o temprano.

—Adelante.

—Hace años, mucho antes de que yo lo conociera, la familia de Mason tuvo una amarga disputa con la familia Davis. El motivo, no lo sé. Ha sido un buen amigo para mí, y ha elegido no hablar de estas cosas, así que yo he elegido no presionarlo. Sin embargo, sí puedo decirte que la familia Davis es mala gente. Los dos mayores, Camden y Dominic, son escoria. Ambos llevaron a sus esposas a una tumba temprana con su afición a la bebida y a las mujeres. El hecho de que tengan sesenta y tantos años tampoco los ha frenado mucho, y los hermanos son inseparables y viven juntos en Forest End, en las tierras de cultivo que heredaron de sus padres. Tierras de cultivo ruinosas, debo añadir. Hoy en día parece más un desguace, y la mayoría de la gente tiende a mantenerse alejada. —Peter metió la mano en su paquete de cigarrillos y suspiró—. Tampoco viven solos.

—Pensaba que te encontrabas mal.

—Y así es, pero la siguiente parte de esta historia hará que me encuentre aún peor, así que espero que fumar ayude. —Encendió el cigarrillo—. Los hermanos mayores viven con el hijo de Cam, Carson. —Le dio una calada al cigarrillo y echó el humo por la ventanilla—. Carson está casado con una chica abenaki llamada Felicity.

—Vale, ya veo por dónde vas. ¿La tratan mal?

—Eso es quedarse corto. Hay algo que no sabes de mí, Jake. Hace años, formé parte de un pequeño consejo para la comunidad abenaki. Como seguro que te puedes imaginar, a muchos de los nuestros no se les trata de forma justa en esta parte del mundo. Ese consejo intenta equilibrar la balanza. Suelen centrarse en ayudar a algunos de los miembros más vulnerables de nuestra comunidad.

—¿Y este consejo ayudó a Felicity?

—Sí, lo has pillado. Me temo que no es uno de los casos de éxito del consejo. Tenía dieciséis años cuando se lió con Carson. Él tenía treinta y tantos. Eso fue suficiente para ponerla en nuestro radar. ¿Pero qué haces cuando alguien está enamorado? O, al menos, *cree* que está enamorado. No somos gente de mano dura, Jake. No respondimos al fuego con fuego para traerla de vuelta. Intentamos convencerla de que volviera a casa, e incluso yo personalmente intenté convencer a la familia Davis. No llegué muy lejos con esa discusión, créeme, y la mayor parte de la conversación giró en torno a mi ascendencia y cómo era una lacra para su pueblo.

—¡Y aun así, no tuvieron problema en aceptar en su casa a alguien de tu comunidad!

—Las neuronas escasean en esa familia. Además, la ignorancia y el racismo no funcionan a nivel lógico.

Jake entró en el aparcamiento del hospital.

—La he visitado con regularidad durante los últimos doce años, más o menos, Jake, para ver cómo le va.

—¿Y?

—No muy bien. Hay maltrato, seguro, pero ella nunca lo admitiría. Ha tenido dos hijos, y eso le ha dado algo en lo que centrarse. El mayor es autista, del tipo no verbal. Se lleva gran parte de su atención. El pequeño, que tiene unos diez años, ya está metiéndose en líos, robando e intimidando a otros niños. De tal palo, tal astilla, supongo.

—Vale, ya me hago una idea. En el Reino Unido también se nos da bien crear familias disfuncionales. Así que, volviendo a esta rivalidad. De la familia Rogers solo queda Mason, y la familia Davis sigue, por desgracia según todos los indicios, prosperando. Entonces, ¿qué relevancia tiene esto ahora mismo?

—Hasta hoy no habría dicho nada. Pero después de visitarlo esta mañana, lo que me ha contado parece muy relevante.

Jake aparcó junto a un BMW y miró a Peter.

—Cam y Dom han montado una tienda nueva en Slant Street y están hundiendo la tienda de ultramarinos de Mason.

—¿Lo han hecho a propósito?

Peter se encogió de hombros. —Mason parece creer que sí.

—¿Crees que merece la pena hablar con los hermanos Davis?

Peter negó con la cabeza. —Malas noticias. Yo me mantendría al margen. Podría irritarlos. Mason me contó lo que pasó allá por los noventa, cuando era el enemigo público número uno. Le dieron una paliza fuera de su tienda. También le hicieron algo a su mujer, Lorraine, pero no me concretó el qué.

Jake asintió. —Gracias, Peter. Le llevaré esto a Lillian para ver si puede desenterrar algo de historia sobre esta rivalidad, pero ahora mismo, van a echarte un vistazo.

—Vale, pero me encuentro bien. Volveré en taxi.

Jake se rio. —No me fío. Yo también entro.

9

KAYLA MACLEOD SE TAPÓ los oídos mientras su captor bramaba en el piso de arriba. El sótano estaba insonorizado, así que debía de haberse dejado abierta la puerta de arriba de la escalera. Se oyeron dos estruendos muy seguidos. *¿Estaría en la cocina, tirando los platos?* Sin dejar de taparse los oídos, se arrastró hasta un rincón de la habitación y se abrazó las rodillas.

Inútil. Era imposible aislarse de aquel sonido.

Sus pisadas retumbaban en el piso de arriba. Se produjeron varios estallidos. Debía de estarlo destrozando todo, volcando los muebles.

Se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Ya no quedaba nadie. *Nadie.* Su madre, por el cáncer. Su padre, por una bala. Su hermano, por un cuchillo. Muertos. Todos. *¿Y cómo se uniría a ellos? ¿Cuál era su destino?*

Canturreó para sí, desesperada por acallar al monstruo que se desbocaba en el piso de arriba. No sirvió de nada. Los gritos de angustia de su secuestrador se abrieron paso y sintió que le atravesaban las entrañas una y otra vez hasta que... se hizo el silencio. Dejó de cantar y rompió a llorar. Nadie iba a venir a por ella. Nadie. *Nunca.*

Cuando el silencio se hubo prolongado durante más o menos un minuto, bajó las manos de los oídos a las rodillas.

Sus pasos al bajar la escalera eran fuertes y rápidos.

—No, no... —Se balanceó con más fuerza. Lo oyó forcejear con la llave en la cerradura y abrir la puerta de un tirón—. Por favor... —Cerró los ojos con fuerza. Pensó en Morris, su mono de peluche. Cómo anhelaba tenerlo entre sus brazos en ese preci-

—¡Abre los ojos, Kayla!

Había sido un regalo de su madre moribunda.

—¡Abre los putos ojos, ahora!

Sintió sus manos en los hombros. La estaba zarandeando.

—¡Ahora!

Abrió los ojos.

Su rostro crispado y sudoroso estaba a centímetros del de ella. Volvió a sacudirla. —¡Vas a hablar conmigo! —masticaba las palabras con fuerza. Tenía los ojos más abiertos que nunca. Las bruscas exhalaciones de su nariz la golpeaban como lanzas al rojo vivo—. ¡Habla conmigo ahora, o te *mato*!

—¿Va a detenerme por apuntar con una escopeta a ese capullo? —preguntó Mason.

Louise entrecerró los ojos y se inclinó hacia delante en la silla.

Mason se echó hacia atrás en la suya.

Para momentos como este, le gustaba ser alta e intimidante. —Todavía no lo he decidido.

—¡Llevo más de una hora hablando con usted! ¡Seguro que ya se hace una idea! ¿Necesito un abogado?

—Lo único que tengo claro en este momento es que necesito otro café —Se reclinó de nuevo en la silla—. ¿Quiere uno?

Mason suspiró y asintió.

Louise se volvió hacia el agente que estaba a su lado.

—Enseguida, señora. —Se levantó y se fue.

—Le gusta tener poder —dijo Mason.

—En realidad, no.

—Pues lo parece.

—Es un medio para conseguir un fin. Consigo hacer muchas cosas con él.

—Yo nunca he tenido poder. Si lo hubiera tenido, podría haber controlado a mi hijo. Quizá seguiría vivo.

Se planteó decirle que sentía su pérdida. Decidió no hacerlo. Podría debilitar su posición.

En una sala diminuta que a duras penas serviría de cuarto de las escobas, y mucho menos de sala de interrogatorios, Louise lo había acribillado a preguntas. Él había puesto la expresión más horrorizada que uno pudiera imaginar cuando le preguntó por los dientes extraídos, pero ella tenía demasiada experiencia como para dar crédito a su reacción.

—Nunca le interrogaron por los asesinatos de Bobby White y Henry Clark, ¿verdad?

—No.

—Sin embargo, ¿eran ustedes buenos amigos?

—En realidad, no. Solo fuimos amigos durante un mes.

—La señora White dijo que estaba usted en la habitación de su hijo.

—Fue hace mucho tiempo.

—No parece algo que se olvide fácilmente. ¿No se estaban besando?

—Es cierto, sí. Pero fue hace casi medio siglo.

—¿Por qué se estaban besando?

—Estábamos jugando a verdad o atrevimiento. Henry retó a Bobby a que lo besara cuando se negó a responder a su pregunta.

—¿Cuál era la pregunta?

—De verdad que no me acuerdo.

—¿Sabía que eran homosexuales?

—No. ¿Es seguro?

—La señora White dice que lo eran.

—Yo no estaba seguro. Como ya he dicho, a mí me pareció todo un juego.

—¿Mantuvo usted relaciones sexuales con alguno de ellos?

—No.

—¿Es usted homosexual, señor Rogers?

—No.

—¿Ha dicho que solo habían sido amigos durante un mes?

—Así es.

—¿Cómo surgió eso?

—Bueno, un mes antes no tenía amigos. Y entonces tuve dos.

—¿Por qué no tenía amigos?

—Era introvertido. No me gustaba mucho socializar.

—Entonces, ¿por qué empezó a socializar con Bobby y Henry?

—Supongo que eran parecidos. Se tenían el uno al otro, pero nada más. Imagino que se compadecieron del chico callado del rincón y empezamos a pasar el rato juntos.

—¿Los mató usted?

—No, señora, yo no los maté.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

—No estoy seguro. Recuerdo el anuncio en el instituto de que había habido un accidente, de que estaban muertos. Obviamente, no nos revelaron la naturaleza de sus muertes, pero todos nos enteramos al poco tiempo.

—¿Cómo se sintió?

—Indignado... desolado... perturbado. ¿Cómo cree que me sentí? Tenía quince años y se habían portado bien conmigo.

Una hora de interrogatorio había dejado a Louise agotada, y se bebió el café rápidamente a pesar de lo caliente que estaba. Se dio cuenta de que Mason hacía lo mismo.

—Ya sabe, no tengo nada que ocultar. Si ese troglodita no hubiera venido a estrangularme y luego a amenazar con matarme a tiros, habría respondido encantado a sus preguntas.

—Ha sufrido una conmoción y eso lo ha dejado bastante inestable. No debería haber estado trabajando.

—Ah, estupendo, entonces. ¿Quizá no debería haberme defendido?

—Le tenía una escopeta apoyada en la nuca, señor Rogers. Eso no parecía defensa propia.

—Temí por mi vida.

—Parecía tenerlo todo bajo control.

—Pues denúncieme por ello, señora. Pero créame cuando le digo que iré a por su placa.

—¿Y qué le hace pensar que me importa su placa, señor Rogers?

—No lo pienso. Solo le estoy informando de un hecho.

Louise tomó algunas notas mientras Mason se removía inquieto en la silla. —¿Cómo se sintió cuando se enteró de que el cadáver de Collette Jewell había sido recuperado del Skweda?

—La verdad, no me sorprendió.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque la desaparición de esa pobre chica fue lo peor que me ha pasado en la vida. Uno nunca espera que un trauma así desaparezca. Por eso, cuando regresa, no le sorprende.

—Descríbame ese calvario.

Mason le relató a Louise toda la investigación, incluyendo, en detalle, los malos tratos que recibió por parte de Earl Jewell y el acoso de los hermanos Davis y otros individuos de la misma calaña. —Una versión de los hechos muy distinta de la que le dejó Earl, me imagino.

—Seré sincera —dijo Louise—. Todavía no he tenido tiempo de leer el expediente de la investigación. Escuche, conmigo aquí la investigación se llevará a cabo como es debido, señor Rogers, de eso puede estar seguro, y creo firmemente en la inocencia hasta que se demuestre lo contrario. Dicho esto, ¿supongo que se quedará en el pueblo en un futuro próximo?

—No he ido a ninguna parte desde que mi mujer murió hace más de diez años. Ya no sabría cómo irme.

—De acuerdo. Le agradecería que aparcase su queja contra el comisario Jewell, al menos por el momento. Está de baja, y si usted lo arrastra por el fango, él esperará que yo haga lo mismo con usted. Creo que es una situación peliaguda que todos preferiríamos dejar de lado hasta que lleguemos al fondo de todo esto.

Mason asintió. —¿Puedo irme? Mi perro tendrá hambre.

—Sí. Vaya a darle de comer.

Las radiografías no mostraron daños en el cráneo de Peter, pero los médicos decidieron mantenerlo en observación de todos modos, dejando a Jake solo en el viaje de vuelta. Por el camino, contactó con Lillian y la puso al corriente de su conversación sobre los antecedentes de Mason.

—La familia Davis es gentuza. Esos hermanos han pasado más tiempo en nuestros calabozos que el personal de limpieza.

—Me gustaría echarles un vistazo.

—Puedo describírtelos. Es más seguro así.

—No es suficiente. Tengo la sensación de que hay algo más en esta enemistad. A pesar de que solo queda un Rogers con vida, sigue latente. Necesitamos aclarar cómo empezó todo.

—¿Y qué pasará cuando los hermanos Davis se den cuenta de que Mason vuelve a ser el principal sospechoso? ¡Creo que no te haces una idea de cómo son!

—Probablemente sí. Sabes, en mi tierra también tenemos nuestra propia versión de paletos.

—Bueno, entonces deberías saber que avivar el fuego no es una buena idea. Sacarlos a la luz podría poner a Mason en grave peligro. ¡Y todavía no sabemos si es culpable de algo! ¡Podríamos estar sometiendo a un hombre inocente a otro trauma!

—Tengo una idea. Una carta que podemos jugar. Los mantendrá callados, al menos por el momento.

—Adelante.

Jake se lo contó.

—Sí, sonaría verosímil, pero sigo sin estar convencida de que funcione. No estás tratando con gente racional e inteligente.

—Nos vemos en la carretera de entrada a Forest End.

Lillian suspiró. —Y si no funciona y van a por Mason otra vez, como hicieron en el pasado, ¿no te sentirás mal?

—Funcionará, Lillian.

MASON RECHAZÓ el ofrecimiento de Louise de llevarlo desde la comisaría y se marchó a pie. Se había mantenido en forma a lo largo de los años, por lo que caminaba a buen ritmo. Por el camino, se cruzó con mucha gente a la que conocía por su nombre. Algunos saludaban con un gesto de cabeza; otros mantenían la cabeza gacha. Nadie se detuvo a hablar.

Está volviendo a pasar.

En la calle Mayor, se cruzó con Lynn, su clienta más habitual, que llevaba una bolsa de papel marrón. Debía de haber comprado en otro sitio. Con una punzada de decepción, se sintió obligado a detenerse, aceptando que era porque su tienda había estado cerrada. —¿Le ha gustado el periódico a su marido hoy, señora Hindley?

Ella evitó el contacto visual. —Todavía no se ha despertado.

—Ah…, de acuerdo. Lo siento, he estado fuera. ¿Se ha pasado por la tienda?

—No —dijo ella, todavía con la mirada baja.

Él señaló la bolsa de papel con la cabeza. —¿Ha ido a la de Davis?

—Sí. Estaba en la otra manzana. Pensé en echar un vistazo.

—Supongo que vale la pena probar con la competencia. —Sonrió.

Ella no le devolvió la sonrisa porque seguía sin mirarlo. —Tengo que volver deprisa, antes de que Paul se despierte.

—No se preocupe. Nos vemos mañana.

Ella asintió y se dio la vuelta.

Está volviendo a pasar.

Al acercarse a su tienda, vio que la puerta estaba entornada y aceleró el paso; luego, pasó los dedos por el marco roto. Alguien la había forzado.

Se dio la vuelta. ¿A plena luz del día? ¿Con gente por la calle?

Está volviendo a pasar.

Empujó la puerta y entró en su tienda vacía y silenciosa. Aguzó el oído en busca de los arañazos y ladridos de Kyle en la puerta de su apartamento. Nada.

—¿Kyle? —lo llamó mientras avanzaba por el pasillo donde, horas antes, se había enfrentado a Gabriel. Su mano se posó en el pomo

de su apartamento. Oyó un gemido y se le cortó la respiración. Al girarse, vio un pequeño bulto negro que se retorcía a varios metros de distancia en un charco de vómito. Corrió, se deslizó de rodillas y acunó la cabeza de su chico—. ¿Kyle?

Su perro envenenado convulsionó y murió en sus brazos.

10

FOREST EDGE le recordaba a Jake su hogar.

Los árboles terminaban junto a un hermoso arroyo que se había separado del Skweda a cierta distancia. La pronunciada pendiente hacía que el agua corriera con fuerza sobre las rocas. Jake cerró los ojos y se deleitó con los relajantes sonidos mientras esperaba.

Cuando llegó Lillian, Jake dejó su coche junto al arroyo salvaje y caudaloso y se subió al de ella. Mientras se alejaban, observó cómo aquella maravilla de la naturaleza se hacía más pequeña en el retrovisor. Luego se concentró en el camino de tierra por el que Lillian se desviaba y se quedó de piedra al ver lo rápido que todo podía irse a la mierda. El color y la frescura no tardaron en desaparecer, la maleza se volvió enmarañada y hostil, y a la luz le costaba cada vez más abrirse paso a través del espeso dosel.

Entonces, al entrar en el corral de la granja, Jake no pudo contenerse más. —¡Joder!

—Ya intenté advertirte —dijo Lillian.

Había vallas podridas esparcidas por toda la propiedad, y cualquier intento de adivinar cómo estaba organizado el lugar antaño estaría condenado al fracaso. Grandes franjas de la hierba irregular estaban chamuscadas y marrones. El olor en el aire indicaba que allí quemaban cosas con regularidad. Innumerables vehículos oxidados salpicaban el ruinoso corral. A muchos les

faltaban las ruedas, mientras que a otros les faltaban las puertas y, en algunos casos, hasta el techo.

—Un puto desguace —dijo Jake.

—Es como se ganan la vida. Venden chatarra al peso, reparan y venden vehículos.

—¿Y eso da dinero? ¿Cómo consiguieron ahorrar lo suficiente para tener una tienda de barrio que funciona tan bien?

—Los hermanos solían hacer trabajillos para Jotham MacLeoid.

—¿Trabajillos? ¿Es ese tu eufemismo para la violencia y el tráfico de drogas ahora? Por el amor de Dios, ¿había alguien que no estuviera a sueldo de ese psicópata?

Lillian maniobró el coche entre los restos de vehículos esparcidos, en dirección a una decrépita y amarillenta granja.

—Uno pensaría que con algo de dinero en el banco habrían adecentado el lugar —dijo Jake.

—Cuando has vivido en la miseria tanto tiempo como la familia Davis, supongo que acabas por aceptarlo como algo normal.

—Quizá deberíamos hablar con ellos sobre aspirar a algo mejor antes de que destruyan más el medio ambiente. No me puedo creer lo bonito que era aquello y lo jodido que está esto.

Lillian se detuvo junto a una hilera de ruidosos gallineros. —Las gallinas parecen revueltas.

—Encerradas ahí…, ¿te sorprende? A cualquiera que compre huevos en su tienda le vendría bien pasarse a ver de dónde vienen.

—¿A lo mejor las dejan pastar por el desguace?

Jake sonrió y abrió la puerta. Se llevó la mano a la nariz. —Joder. ¿Hueles eso?

Lillian también se llevó la mano a la nariz.

Salieron del vehículo y Jake señaló los gallineros. —Viene de ahí.

Sin quitarse las manos de la nariz, rodearon el primer gallinero y miraron dentro.

—Qué asco —dijo Lillian.

La mayoría de las gallinas estaban al fondo del gallinero, cloqueando y revolcándose en su propia inmundicia. En la parte delantera del gallinero había tres cadáveres de gallina. Al principio,

Jake pensó que el más cercano aún se movía, pero solo eran los gusanos voraces que se retorcían en su carne podrida.

—¿Quiénes son ustedes?

Jake y Lillian se giraron.

Un hombre bajo y mayor con una camiseta de tirantes manchada de sudor cojeaba en su dirección. Sus brazos regordetes y peludos estaban cubiertos de viejos tatuajes que se habían desvaído y emborronado hasta el punto de parecer una desafortunada enfermedad de la piel.

—Soy la agente Lillian Sanborn.

—Ya sé quién es *usted.* Le preguntaba al Oompa Loompa a la inversa que tiene al lado.

Jake frunció el ceño. El insulto era tan rebuscado que tardó un momento en entenderlo. —Soy nuevo. Me llamo agente Reynolds.

El hombre se rio. Tenía los dientes negros y torcidos. —¿El novato Reynolds, eh? —Miró a Lillian—. ¿Lo está adiestrando, muñeca? —Guiñó un ojo y se pasó la lengua por el labio superior—. Apuesto a que suplicó por ese trabajo. No puede dejar que nadie más le ponga la mano encima a su martillo blanco…

Jake dio un paso hacia él.

El hombre levantó las manos. —Tranquilo, rascacielos. Solo bromeaba.

—¿También bromea con los clientes en su tienda, señor Davis? —dijo Lillian.

Volvió a reír. —Llámeme Dom, señora. Y míreme. ¿Cree que mi hermano me deja acercarme a la tienda? Cam es el refinado. También sabe morderse la lengua. A mí eso me cuesta.

Jake entrecerró los ojos. —No nos habíamos dado cuenta.

—¿Eres británico? Mierda. No recuerdo la última vez que vino uno al pueblo. Y nunca he tenido uno en nuestras tierras.

—Podríais haber adecentado esto un poco para recibirme.

—¿Para qué? Cam dice que no tiene sentido tener tierras que no usas.

«Que no destrozas, querrás decir». —¿Y dónde está su hermano?

—Bueno, está… ¿cómo se dice por su tierra? Se ha ido a ver a un hombre por un perro —dijo con un pésimo acento británico

impostado.

—¿Puede ser más específico? —dijo Lillian.

—¿Por qué? Por cierto, ¿qué hacen aquí?

A Jake le llegó de nuevo una ráfaga nauseabunda del pollo podrido y señaló por encima de su hombro. —¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Lo que pasa siempre… ¡Brady!

—¿Brady? —dijo Lillian—. ¡Es un niño! ¿Qué puede tener que ver él con lo que les ha pasado a esas gallinas?

—Le han regalado una pistola de aire comprimido —dijo Dom sonriendo—. Y ha estado practicando, como siempre.

Jake gruñó.

—¿Y usted lo permite?

Dom se encogió de hombros.

Fue el turno de Lillian de acercarse a él.

—¿Ha oído hablar de la Ley de Prevención de la Crueldad y la Tortura Animal, señor Davis? Se castiga con siete años de cárcel.

Él levantó sus manos peludas.

—Eh, no mate al mensajero, agente. Su madre está en la casa. Es ella la que ha perdido el control.

Jake oyó abrirse la puerta principal de la ruinosa granja que tenían delante. Una mujer nativa americana con un vestido de flores salió hasta el borde del porche.

—Hablando del rey de Roma —dijo Dom—. Y vaya si lo es. —Guiñó un ojo y volvió a sacar la lengua—. Da igual lo tranquila y tímida que parezca.

—Empieza usted a darme asco —dijo Lillian.

—A mí también —dijo Jake.

Dom se encogió de hombros.

—Esta es mi tierra. Supongo que puedo decir lo que me dé la gana.

Una ligera brisa intensificó el hedor. Tanto Jake como Lillian se taparon la nariz.

—Lo mínimo que puede hacer —dijo Lillian— es limpiar eso. Apesta.

Dom volvió a encogerse de hombros.

—¿Por qué debería? ¿No ha oído lo que acabo de decir? No he sido yo. Nunca he tenido hijos. Prefiero que mi vida sea mía. Como he dicho, es cosa de la madre y de Carson, supongo… aunque principalmente de la madre, en mi opinión. Carson tiene grandes responsabilidades estos días. —Dom asintió, pareciendo satisfecho con lo que él consideraba una profunda opinión.

—¿Y su hijo no es una gran responsabilidad? —dijo Jake.

—Eso no paga las facturas.

—Entonces, ¿cuál es la gran responsabilidad de Carson? —preguntó Lillian.

—Bueno, está en el taller.

—¿Porque su hermano no se fía de usted? —dijo Jake.

Dom sonrió con su sonrisa ennegrecida.

—Algo así. —Señaló con el pulgar a Felicity en el porche—. Tampoco se fía de ella. Solo sirve para tres cosas: cocinar, limpiar y… —Se dio un golpecito en la nariz y su sonrisa se ensanchó un par de centímetros.

Jake observó el rostro enrojecido de Lillian. Tosió para distraerla de su ira y le indicó con un gesto que era hora de jugar su carta.

Antes de que Lillian pudiera hacerlo, la puerta principal se abrió de nuevo y un adolescente se asomó. Miró a los visitantes un momento y se acercó a su madre, que le pasó un brazo por los hombros y lo atrajo hacia sí con fuerza.

Jake señaló con la cabeza hacia Felicity y su hijo.

—¿Es ese Brady?

Dom se giró para mirar.

—No. Ese es el mayor. Owen. Es mudo.

—Tenía entendido que el diagnóstico era autismo no verbal —dijo Lillian.

—Sí, eso me dice su madre todo el rato, pero es muy largo. Mudo cumple su función.

Jake sintió que le hervía la sangre.

—Oiga, ¿por qué están aquí otra vez? —preguntó Dom.

—Todavía no se lo hemos dicho. —Jake jugó la carta—. Es sobre Brady y, como usted ha admitido alegremente que se lava las manos

con el chico, creo que lo mejor es que vayamos a hablar directamente con Felicity.

Dom lo sopesó. Volvió a mirar a la madre y al hijo en el porche.

—No veo el problema. Aunque será mejor que los acompañe.

—Preferiríamos que no lo hiciera —dijo Lillian.

Dom negó con la cabeza.

—No. A Cam no le gustará eso.

—Solo nosotros, señor Davis —dijo Jake—. Ese es el trato.

—No hay trato. —Entrecerró los ojos y sus brazos se tensaron a los costados.

Era la primera muestra de ira que había visto en Dom, lo cual era bastante sorprendente teniendo en cuenta su reputación.

—El otro trato —dijo Lillian— implica detenerlo. Entonces su madre tendrá que acompañarlo.

Dom inspiró hondo y pensó un momento. Curvó el labio superior.

—Me quedaré aquí mismo, desde donde pueda verlos. Y no quiero que entren en la casa.

—¿Por qué? —preguntó Jake.

—Es un desastre —dijo Dom.

Jake miró a su alrededor.

—Después de ver esto, estoy seguro de que eso no nos molestará.

Dom volvió a entrecerrar los ojos y retrocedió dos pasos.

—Quédense fuera.

Jake le dedicó una sonrisa burlona a Dom y luego, con Lillian, se acercó a Felicity y Owen en el porche cubierto.

Mientras se acercaban, Owen se giró hacia su madre y apretó la cara contra su pecho.

Ella lo rodeó con sus brazos.

Jake dejó que Lillian subiera primero los escalones para no preocupar más a Owen. No porque ella fuera mujer, sino porque la mayoría de los seres humanos parecían mucho menos amenazadores que él. Los podridos tablones del suelo crujieron cuando se acercaron a ellos.

Cuando estaban a varios metros, Felicity dijo:

—Por favor, no se acerquen más. No le gustará.

Lillian se detuvo y se giró hacia Jake con una mirada de culpabilidad que demostraba que estaba teniendo dudas sobre si preocupar innecesariamente a esta tímida parte de la familia Davis.

Jake asintió para que continuara. Él ya lo había meditado largo y tendido. Parecía la forma más rápida de obtener la información que necesitaban.

—Señora Davis, soy Lillian Sanborn de la policía de Blue Falls. ¿Preferiría mandar a Owen a otro sitio para que podamos hablar?

—Se queda conmigo. No querría que fuera de otra manera. Además, prefiero mantenerlo alejado de su tío abuelo. —Señaló con la cabeza en dirección a Dom.

Jake miró hacia atrás. El cerdo los observaba mientras se rascaba la axila, pero permanecía fuera del alcance del oído.

—¿Por qué? —preguntó Lillian.

Felicity abrió la boca para hablar, pero luego se lo pensó mejor. Reflexionó un momento más y dijo:

—Mi hijo tiene necesidades. Dom no es paciente con ellas. —Acarició el pelo de Owen mientras su cara seguía enterrada en su pecho.

—¿Está segura de que podemos hablar delante de él?

—Es más duro de lo que parece.

—Es sobre su hermano Brady —dijo Lillian.

—Me lo imaginaba. ¿Qué ha hecho ahora?

—Robar en tiendas. Tenemos a varios comerciantes descontentos en Sharon's Edge.

Había algo de verdad en ello. A Brady lo habían pillado robando recientemente en dos tiendas. Ambos comerciantes se habían puesto en contacto con la policía. Sin embargo, cuando se enteraron de que el chico era un Davis, optaron por no presentar denuncia, alegando que preferían que sus tiendas siguieran en pie y no reducidas a cenizas. Técnicamente, no había ninguna razón para que Lillian estuviera allí, pero no mentía; el chico se había estado llenando los bolsillos a costa de otros.

Felicity asintió.

—Ya ha pasado antes, pero no llegó a nada. Los comerciantes lo dejaron pasar porque es solo un crío.

¿De verdad se lo cree?, pensó Jake.

—Esto no puede seguir así —dijo Lillian—. Hemos decidido dar el siguiente paso.

Felicity se sonrojó. —¿Cuál?

Jake dio un paso al frente. —¿Está Brady aquí?

Felicity señaló una ventana del segundo piso donde una cara pequeña y regordeta estaba pegada al cristal. —Hoy está encerrado en su habitación.

Lillian y Jake intercambiaron una mirada.

—¿Por qué?

Volvió a señalar a Dom con la cabeza. —Le ha disparado en el culo con su pistola de aire comprimido.

Jake reprimió una sonrisa.

—¿Brady está a salvo aquí, señora Davis? —preguntó Lillian.

—¡Por supuesto! ¿Por qué pregunta eso?

—¿Encerrado en su cuarto? ¿Las gallinas en el gallinero? ¿La violencia contra su tío?

—También conozco a Peter Sheenan —dijo Jake.

Ella se inmutó. —¿Y?

—Está preocupado por usted y por sus hijos.

—Estamos bien. ¡No hay nada de qué preocuparse!

—Si le soy sincera, señora Davis —dijo Lillian—, creo que es hora de que nos reunamos todos en comisaría: nosotros, usted, Brady y su padre, Carson. Para aclarar todo esto.

—No —dijo Felicity, mordiéndose el labio—. No es una buena idea.

—Sí que lo es —dijo Jake—. Podemos cortar esto de raíz antes de que vaya a peor.

—*¡No!* No lo entienden.

—¿Qué es lo que no entendemos, señora Davis? —preguntó Lillian.

—¿De verdad ha hablado con Peter? —miró a Jake.

Él asintió.

—Peter debería haberle dicho que esto no es una buena idea —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Jake.

—Porque a Cam, el abuelo de Brady, no le gustaría que fuéramos con ustedes. Se enfadaría. Y cuando se enfada, es… es…

—¿Es…? —la apremió Lillian.

—Es desagradable. ¿No habría otra forma de aclarar esto?

Lillian y Jake volvieron a cruzarse la mirada. Jake dijo: —Quizá, sí.

El chico se giró. Se reclinó contra su madre mientras ella mantenía los brazos cruzados sobre su pecho. Llevaba el pelo bien cortado y peinado hacia atrás con cera. También iba pulcramente vestido con una camisa abotonada hasta el cuello. Miraba a lo lejos con ojos cansados.

—Hola, Owen —dijo Jake. Esperó a que sus miradas se cruzaran, pero no lo hicieron. Volvió a mirar a la madre—. ¿Ha oído hablar del cuerpo recuperado del Skweda?

Felicity frunció el ceño. —Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con nosotros? No pueden pensar que…

—Cálmese, Felicity. No es eso lo que pensamos en absoluto. Solo voy a hacerle unas cuantas preguntas y, si me ayuda, nosotros la ayudaremos a usted y veremos qué podemos hacer para zanjar esta situación con Brady.

Ella asintió.

—¿Alguno de los hombres con los que vive ha mencionado la recuperación de este cuerpo?

—Carson no, pero Dom y Cam sí.

—¿Qué han dicho?

—Han dicho que es el cuerpo de una chica joven que desapareció en los noventa.

—Bueno, eso aún no está confirmado, señora Davis —dijo Lillian.

—¿Qué parecían mientras hablaban de ello? —preguntó Jake.

Una expresión de náusea cruzó su rostro y apartó la mirada. —No como debería parecer la gente.

—¿Perdone, señora Davis? —dijo Lillian.

—Parecían contentos.

—¿Contentos por una niña muerta? —preguntó Jake, acercándose poco a poco, intuyendo que obtendría la información que había venido a buscar.

—Sí, porque creían que Mason Rogers por fin iba a recibir su merecido.

Jake asintió. —Vale, ¿así que su odio hacia la familia Rogers sigue muy vivo?

—Sí.

—Nos preocupaba venir aquí y hacerle preguntas —dijo Lillian—, por si volvían a poner a Mason en su punto de mira.

—Nunca ha dejado de estarlo.

—Aun así, si menciona nuestra visita, es mejor que diga que es solo por Brady y que está bajo advertencia. No queremos que piensen que se está investigando de nuevo la conexión entre Mason y la chica fallecida —dijo Jake.

—Entonces, ¿vuelve a ser sospechoso?

—Su discreción en este asunto será recompensada. Brady no tendrá nada de qué preocuparse con respecto a esta tanda de acusaciones.

Ella asintió. —No diré nada.

—¿Puede decirnos a qué se debe ese odio, señora Davis? ¿Por qué Cam y Dom Davis están tan desesperados por ver el fin de Mason Rogers?

Hizo un gesto con la mano abarcando las desaliñadas tierras de cultivo. —Porque la familia Rogers causó esto.

—¿Cómo?

—La historia, tal como la cuenta Cam, es que cuando eran niños, el cabrón malvado del hijo de Silas Rogers vino una noche y envenenó todo su ganado. Por lo visto, estaba loco de atar. Cuando se despertaron a la mañana siguiente, su negocio ganadero estaba arruinado. Desde entonces, han ido de mal en peor. A Carson, la verdad, no le interesa mucho. Tuvo algunos encontronazos con Anthony Rogers antes de, ya sabe, pero nada demasiado grave. Sin embargo, Cam y Dom nunca lo dejarán pasar. Parecen pensar que ahora serían millonarios viviendo en su propia isla si el chico de los Rogers no hubiera hecho lo que hizo.

—Entonces, ¿qué le pasó a Anthony después de envenenar el ganado?

Ella pareció confundida. —Perdón. ¿No me he explicado bien? No fue Anthony.

Jake sintió que su ritmo cardíaco se aceleraba. —Perdone, no lo entiendo. ¿Quién fue entonces?

1975

EL CALOR AGOBIABA a Mason Rogers.

Había sido idea de Bobby ir al prado de los Waterford. —A mis padres les encanta este sitio. Dicen que..., ya sabes, que fui concebido aquí.

Henry se rio. —¡Eso es demasiada información!

—Solo quería que supierais lo tranquilo que es.

—¿Y que no nos molestarán?

Mason no había dicho nada sobre el plan porque no se le había ocurrido nada. En las conversaciones, rara vez se le ocurría algo que decir. Esa era la razón por la que tenía tan pocos amigos y probablemente el motivo por el que Henry y Bobby se habían apiadado de él.

A pesar de estar cerca de la ruinosa y amarillenta fábrica, en el prado reinaba el silencio porque los campos en pendiente daban paso a una zona boscosa.

Se detuvieron cuando se toparon con una pequeña zanja que, con las lluvias, se encharcaría y podría ser peligrosa, pero que hoy estaba polvorienta y seca.

Bobby extendió unas mantas y se sentó. Repartió tres latas de Coca-Cola, que seguían razonablemente frías a pesar del calor.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo lleva abandonada la fábrica de Waterford? —preguntó Henry, sentándose.

—¿Y yo qué sé? —Bobby se tumbó en la manta con las manos tras la cabeza—. Aunque me sorprende que nadie haya comprado el terreno. Mason, ¿habías estado aquí antes?

—No.

—Puedes sentarte —le dijo Bobby a Mason, dando una palmada en la manta a su lado.

—Estoy bien. Tengo las piernas agarrotadas —mintió—. Arar con mi padre el fin de semana pasado me las ha dejado hechas polvo.

La verdad es que se sentía incómodo.

La noche anterior había sido traumática. Ver a Bobby y a Henry —los dos únicos chicos del colegio que le habían mostrado algo de amabilidad— besándose había sido devastador. Todo por un estúpido juego...

Sin embargo, ¿y los ruidos? ¿Y la forma en que sus manos se habían movido sobre el cuerpo del otro?

No, no había sido un juego. Había sido real. Demasiado real.

Por suerte, la madre de Bobby había estado allí para ponerle fin, pero luego Mason se había pasado toda la noche en vela, mirando al techo, sudando. ¿Qué había sido aquello? ¿Qué había presenciado? ¿Así eran ellos, *de verdad*?

Y ahora, había decidido venir aquí, a solas con ellos otra vez. ¿Qué significaba eso? *¿Acaso él era como ellos?*

Se quitó la mochila de los hombros y se apoyó en el borde de la zanja, que le llegaba a la altura del hombro. La conversación entre Bobby y Henry, con Mason marginado, continuó durante un buen rato. De vez en cuando, sus amigos se esforzaban de verdad por hacerlo participar. Eso le entristecía. Incluso ahora, cuando su incomodidad con ellos era más evidente que nunca, perseveraban. Parecía una exhibición deliberada por parte de dos chicos altruistas. ¿O era otra cosa?

Prefería no pensarlo. Aunque no pensar en ello solo lo hacía más potente.

Al final, la conversación derivó, inevitablemente, en el juego de verdad o atrevimiento de la noche anterior.

—Juguemos otra vez —dijo Bobby.

Henry asintió.

Y ahí estaba. No era altruismo, después de todo. Tenían motivaciones siniestras.

—¿Tú también quieres jugar, Mason? —preguntó Henry.

—No.

Henry sonrió y le guiñó un ojo. —No seremos muy duros contigo.

La insinuación asquerosa. Sus grotescos intentos de ligar con él. No sabía si gritarles a sus traidores o echarse a llorar. Al final, no hizo ni lo uno ni lo otro. Simplemente se quedó allí, al borde de la zanja... insensible, paralizado y patético.

El juego tomó el mismo rumbo que la noche anterior y, a pesar de los esfuerzos de Mason por bloquear el trauma, no pudo. Las lágrimas le surcaban el rostro. Aquello era un pecado. ¿Qué dirían su madre y su padre? Eran temerosos de Dios y se sentirían obligados a actuar ante esta situación. Lo golpearían, lo encerrarían durante días y todo porque él había intentado, por primera vez en su solitaria y patética vida, forjar una amistad.

Mientras rodaban sobre la manta, se convirtieron en animales hambrientos, jadeantes y devoradores. Intentó mantener los ojos cerrados, pero no pudo. Vio sus manos deslizarse bajo la ropa del otro.

Una bota aterrizó en el suelo cerca de su cabeza. Al levantar la vista, vio a Liam de pie al borde de la zanja. Su hermano mayor llevaba sus pantalones y su chaqueta militares de color caqui favoritos, como los soldados que había venerado desde pequeño, pero a los que nunca emularía por su problema de salud. Liam sonrió, dejando al descubierto unas encías hinchadas y sin dientes.

Mason dijo: —Me has seguido...

Liam lo silenció llevándose un dedo a los labios y señaló a los dos chicos.

Mason espió a sus amigos, completamente absortos el uno en el otro.

Habían logrado quitarse las camisas y se besaban con voracidad. Empezaba a parecer agresivo.

Mason miró a Liam y reconoció el martillo de orejas de su padre en su mano.

Liam le mandó callar de nuevo y descendió hasta quedar sentado en el borde. Se deslizó y se puso de pie junto a Mason.

Mason lo agarró del brazo. —Por favor..., no lo hagas.

Liam se lo quitó de encima, sonrió, se volvió hacia delante y respiró hondo.

Bobby, que en ese momento estaba tumbado sobre Henry, tenía la cabeza girada en dirección a Mason mientras su amante le exploraba la oreja con la lengua. Sus ojos se abrieron de golpe en el instante en que Liam se abalanzó con el martillo en alto.

—*¡Para!* —consiguió gritar Bobby mientras se apartaba rodando.

Henry se quedó mirando hacia arriba, con los ojos desorbitados, mientras el martillo se cernía sobre él.

Mason logró cerrar los ojos, pero fue demasiado tarde para no oír el golpe sordo. Ahora podía oír a Bobby escabullirse.

—Por favor, por favor... No quiero...

Incluso con las manos en los oídos esta vez, Mason oyó el golpe sordo de Liam al golpear a Bobby. Mason se dejó deslizar por la ladera de la zanja, se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

—Por favor… —dijo Bobby.

Otro golpe seco.

Bobby gorgoteó.

—Joder. Eres un cabezota de *cojones*, no como tu novio —dijo Liam—. Date la vuelta para que pueda darte en la nuca.

Golpe seco.

Mason mantuvo los ojos cerrados y temblaba. Tenía muy pocos recuerdos felices en los que refugiarse, pero optó por la primera vez que su padre le había permitido conducir un tractor y que luego comentó que se le daba de maravilla. El refugio duró poco. Las manos de Liam estaban sobre sus hombros. Abrió los ojos y vio unas motas de sangre salpicando la mejilla de su hermano.

—Ya está —dijo Liam.

A Mason le corrían las lágrimas por la cara. —¿Cómo has podido?

—No, Mason, ¿cómo has podido tú? Son maricones. ¿Qué haces aquí?

—Yo… yo…

—Tranquilo, hermano. Por eso te he seguido. Para cuidar de ti.

—Eran mis amigos.

—Estaban enfermos, y a ti también te habrían vuelto un enfermo.

—Esto está mal.

—No se trata de lo que tú querías. Se trata de lo que podría haber pasado, y lo he evitado. Ahora, levanta. Nos espera un día muy largo. Tenemos que ponernos en marcha. He tenido una idea, pero necesitamos la camioneta de papá.

—¡No puedes traer una camioneta aquí!

—No, pero podemos acercarla hasta el viejo molino. Luego, si encontramos algún tipo de carretilla, nos ayudaría mucho a llevárnoslos…

—¡Estás loco!

—Eso te lo acepto —dijo Liam, besándole la frente a Mason—. Porque por ti haría cualquier cosa. Nos tenemos el uno al otro, y es todo lo que hemos tenido en realidad.

—Por favor, no podemos… Es que no podemos.

—Podemos. Y lo haremos. —Se echó hacia atrás—. ¡Ahora, arriba, soldado! *¡Ahora!*

Mason se puso en pie y se fijó en que su hermano parecía muy orgulloso de lo que había hecho.

—Pero antes de irnos —Liam se metió la mano en el bolsillo para sacar unos alicates—, voy a coger lo que yo no tengo y lo que ellos no se merecen.

11

MASON ESTABA SENTADO en el rincón de su sala de estar mientras moría la luz del día. Con una mano, apretaba el flanco de Kyle, y con la otra, le acariciaba la cabeza huesuda y angulosa. Mason ya había limpiado las heces y el vómito del animal muerto, por lo que parecía casi satisfecho, como si simplemente estuviera durmiendo. —Cabrones crueles. Crueles, crueles cabrones.

Mason siguió acariciándolo hasta que la oscuridad se apoderó por completo de la sala de estar y el pobre animal se quedó frío. A pesar de su abrumadora tristeza, no lloró. Era un hombre curtido por las grandes tragedias de su vida y había aprendido a controlar las manifestaciones externas de emoción. Incluso cuando se enteró de que Anthony estaba en el foso de la muerte de Jotham MacLeoid, solo había llorado brevemente.

Oyó abrirse la puerta trasera y luego cerrarse de un portazo. No se movió de su asiento.

—No te preocupes, Kyle —dijo—. Tampoco te estás perdiendo gran cosa en este mundo. Estás mejor dondequiera que estés.

La puerta de la cocina se abrió y la luz inundó la sala de estar. Mason se protegió los ojos mientras se acostumbraban y luego levantó la vista hacia su hermano mayor.

—Lo que me faltaba por ver —dijo Liam—. Sentado en la oscuridad. Creía que tu autocompasión era cosa del pasado. —Encendió la luz—. Creía que la habíamos dejado atrás cuando

encontraste a tu nuevo amigo. —Señaló con la cabeza al perro en el regazo de Mason.

—Kyle está muerto.

—¿Cómo dices?

—Muerto. Envenenado. Lo he encontrado en un charco de mierda y vómito.

Liam suspiró.

—Los hermanos Davis. —Cerró la puerta de la cocina a su espalda.

—Está volviendo a pasar.

Liam se acercó al sofá.

—La vida es un eco.

—Preferiría que no lo fuera. —Mason acarició la cabeza de Kyle de nuevo—. No puedo volver a sobrevivirlo.

—¿Por qué no? Esta vez tienes algo muy diferente. —Liam se sentó en el sofá y entrelazó los dedos detrás de la cabeza—. Me tienes a tu lado.

Mason negó con la cabeza.

—No quiero que esa sea la solución.

—¿Por qué?

—Soy demasiado viejo para ir a la guerra. Estoy cansado.

—Pues deja que yo te cuide. —Liam sonrió, enseñando las encías desdentadas—. Sabes que vivo para eso. ¿Para qué están los hermanos mayores?

—Por cierto, ¿dónde has estado?

—Paseando para quitarme la decepción de antes.

—¿Y si alguien te hubiera visto?

—No me han visto, y aunque lo hubieran hecho, ¿qué? Solo pensarían que soy un turista.

—Este sitio ya casi no tiene turistas. Se darían cuenta. Ten cuidado.

—¡Joder, Mason! Andar de puntillas por aquí, andar de puntillas por allá. ¡Eres un Rogers! Siéntete orgulloso. ¿Cómo te las apañaste mientras yo estaba fuera?

—Perfectamente.

—Ahora sabemos que eso no es verdad...

—*¡Escucha!* ¡He tenido que dejar inconsciente a Peter por tu culpa! Es un buen hombre. Nunca le ha hecho daño a nadie.

—Le salvaste la vida, hermano. Imagina que me hubiera visto. —Sonrió de nuevo.

—Te habría gustado, ¿verdad, cabrón retorcido?

—Disfruto de lo que es necesario. No entiendo qué tiene de malo.

—Mucho... *Joder...* Si no fueras tan puto ruidoso aquí detrás, todas esas cosas no serían necesarias.

—Ser ruidoso casi erradicó uno de tus problemas: *Gabriel Jewell.* Y seamos sinceros, ese es un problema enorme.

—Hostia, ¿por eso estás de este humor? ¿Porque no le pusiste tus manos encima?

—Di lo que quieras, Mason, pero te resistes a lo inevitable. Estas cosas son —por usar la palabra de nuevo— *necesarias*.

—¿Y los dientes? ¿Son *necesarios*?

Liam apartó la mirada.

—¡Que me preguntes eso! ¡Tú, precisamente!

Mason dejó el cadáver cada vez más rígido de Kyle a su lado y se puso en pie.

—Tuve que deshacerme de esos dientes por ti. Los trituré hasta hacerlos polvo. Hablas de lo que haces por mí, hermano mayor, pero ¿qué tengo que hacer yo por ti?

—Cuanto más esperamos, más se acumulan nuestros problemas: Jake Pettman, Gabriel Jewell, y ahora los hermanos Davis otra vez.

—Yo me encargaré de todos ellos.

—¿Cómo? ¿Suplicando? ¿Arrastrándote de rodillas?

—¿Tan incompetente me crees?

Liam enarcó las cejas.

—Mira a Kyle.

—Que te jodan. Eso no es culpa mía.

Mason se volvió hacia la puerta de la tienda.

—Recuerda lo que decía papá —dijo Liam—. No dejes para mañana un problema que puedas resolver hoy.

—Papá murió hace mucho, y ya he visto cómo resuelves tú los problemas. Tiene que haber otra manera.

—Avísame cuando descubras cuál es. Soy todo oídos, pero no tardes mucho. Quién sabe, la próxima vez podría no ser un perro. La próxima vez, podrías volver y encontrarme muerto.

Mason alargó la mano hacia el pomo.

—Creo que sabes cuidarte solo, Liam.

ATURDIDA por el repentino y fuerte ronquido, Kayla dejó de acariciar el pelo de Gabriel y contuvo la respiración. *¿Es este mi momento?*

Antes, después de que él le hubiera gritado furioso que hablara, ella había cedido.

—Gracias, gracias —había dicho él una y otra vez, cayendo de rodillas y apoyando la cabeza en su regazo—. Cuando era pequeño, solía acariciar el pelo de mi hermana, y a veces ella hacía lo mismo conmigo. ¿Me acariciarás el pelo, Kayla?

No estaba en posición de negarse. Nunca había visto a Gabriel tan inestable y, tras haber presenciado cómo le cortaban el cuello a su hermano, sabía de lo que era capaz aquel hombre. Así que le había acariciado el pelo.

Cuando su captor se quedó en silencio, se dio cuenta de que nunca lo había visto en una posición tan vulnerable. Sin embargo, ¿qué oportunidad tenía en realidad? Estaba sentada al borde de la cama y no tenía acceso a ningún arma. Solo tenía sus manos, y ¿cómo podían aquellas cositas frágiles y pequeñas ser un arma contra semejante gigante?

Así que, mientras ella lo acariciaba y él gemía, con un aspecto más satisfecho que nunca, sintió una desesperación abrumadora. No lo había oído cerrar la puerta de arriba y ahora, con una sola oportunidad, no sabía qué hacer. Hasta que ocurrió lo increíble y el sueño lo venció.

Acariciándole el pelo ralo con una mano, alcanzó la almohada de la cama con la otra y la acercó a ellos. La dejó suspendida sobre su cabeza. *Sería fácil apretarla contra su horrible cara... ¿Pero mantenerla ahí? Imposible. Se despertaría y me partiría en dos.*

Contuvo la respiración, dejó de acariciarlo, le metió la mano por debajo de la cabeza y la levantó ligeramente. Hizo una pausa. El corazón le latía en las sienes.

Los ronquidos continuaron.

Deslizó la almohada hacia abajo hasta que quedó encajada entre sus piernas y la cabeza de él. Conteniendo de nuevo la respiración, se movió con cuidado hacia la derecha, liberando las piernas del cojín para que la cabeza de él descendiera hasta el suelo. Su mirada recorrió desde sus piernas hasta la puerta abierta de su prisión. *¿De verdad estaba pasando?*

Levantó las rodillas y empezó a incorporarse—

Los ronquidos cesaron.

Se quedó helada, con la palma de la mano apoyada en la pared para mantener el equilibrio, y lo observó. Sentía que los pulmones iban a estallarle por el aire que contenía.

Levantó la mano y se frotó la nariz.

¿Va a despertarse? Miró la puerta fijamente. Tan cerca. Se mordió el labio inferior y notó el sabor de la sangre. *¿Correr?* A punto de llorar, pero desesperada por su libertad, se puso de pie. Era ahora o nunca.

Los ronquidos empezaron de nuevo.

Soltó el aire de sus pulmones y respiró. Cuando lo miró, se sintió aliviada al ver que él seguía sin inmutarse por su repentina bocanada de aire. Entonces, sin mirar atrás, se dirigió hacia la puerta.

La adrenalina de abandonar aquel lugar por primera vez en más de un mes la inundó. El impulso de gritar pidiendo ayuda era abrumador, pero no estaba segura de si alguien fuera de la casa la oiría. Cuando contempló las escaleras que tenía que subir, sintió náuseas. Tantas veces había escuchado a ese hombretón subirlas y bajarlas. Los escalones eran ruidosos y crujían, y la despertaban incluso del sueño más profundo.

Volvió a mirar al cabrón que roncaba y se dio cuenta de que su mejor opción era encerrarlo. Su mirada se posó en la anilla montada en la puerta de la celda. De ella colgaba un candado oxidado y abierto con la llave puesta.

Los ronquidos cesaron de nuevo.

Se abalanzó hacia delante y empujó la puerta. Estaba mal encajada y el suelo ofrecía cierta resistencia. Empujó con más fuerza.

—¿Kayla?

La puerta era tozuda; no iba a cerrarse.

—¡No! —El pasador que cruzaba la puerta para cerrarla no estaba lo suficientemente retirado en el marco vertical y la estaba bloqueando.

—¿Qué pasa, Kayla?

Oyó cómo se ponía en pie a trompicones. Golpeó el pasador con rabia y este sonó contra el marco. Con el obstáculo despejado, consiguió cerrar la puerta de golpe.

—¡Vuelve aquí!

Arrancó el candado, echó el pasador sobre la anilla y luego trató de alinear el candado para pasarlo. La puerta tembló. El candado no encajó en la anilla y, en su lugar, cayó al suelo.

Él embistió la puerta de nuevo, y esta vez oyó cómo se astillaba la madera. —¡Después de todo lo que he hecho por ti!

Girando sobre sí misma, se lanzó hacia los escalones. Si no hubiera chocado contra la pared con las palmas de las manos, habría caído al suelo, y entonces todo habría terminado. Oyó cómo la puerta se abría de golpe a su espalda. Mientras subía corriendo los viejos escalones, mantuvo la vista fija en la puerta abierta del primer piso.

—¡No puedes escapar! —Su voz resonó a su alrededor. Estaba muy cerca. A un palmo.

Estaba a solo un par de escalones de la cima, intentando ignorar la sensación de que su mano se posaría sobre su pierna en cualquier momento. Tras irrumpir en el primer piso, empujó la puerta hacia atrás. Esta vez no hubo resistencia y se cerró de golpe... antes de volver a abrirse de rebote.

Gabriel gritó.

Ella se fijó en su mano extendida.

—¡Mis putos dedos!

Kayla volvió a empujar la puerta, pero esta vez él se lo esperaba y retiró la mano a tiempo. La puerta se cerró de un portazo. Intentó echar el cerrojo, pero estaba duro y se negaba a moverse. Puso ambas manos sobre él y empujó con todas sus fuerzas. —¡Cierra..., por favor, cierra! —No lo hizo. Recordando el rifle que Gabriel guardaba con sus chaquetas junto a la puerta de entrada, corrió por el pasillo. Oyó que la puerta se abría de golpe a su espalda.

—¡Creo que me has roto un dedo!

—¡Mierda! —El rifle no estaba allí. Sintió las lágrimas en los ojos. *¿Y ahora qué? ¿Arriba? No hay tiempo...* Podía oír su respiración detrás de ella. Se había quedado sin ideas. Su mano buscó instintivamente el pomo de la puerta principal. Sabía que era inútil, pero qué demonios. Tiró, y la puerta se abrió.

El aire fresco entró y la envolvió. *—¡Ayuda!*

Una mano le tapó la cara.

Ella mordió con fuerza.

El cabrón aulló y retiró la mano bruscamente.

Se lanzó fuera. *—¡Ayuda!* —Corrió por la entrada de coches hacia las farolas de la calle.

MASON NO PODÍA CREER lo que estaba viendo.

Llevaba casi veinte minutos de pie al otro lado de la calle de la casa de Gabriel, reuniendo el valor para llamar a la puerta de aquel cabrón. Su plan había sido razonar con Gabriel, hablarle de la misma manera que le había hablado a aquella teniente, y hacerle entrar en razón: intentar que se creyera las mentiras.

Sí, esta ruta había sido una apuesta arriesgada, pero cualquier cosa era preferible al plan de Liam; si es que a eso se le podía llamar plan. La mayoría lo consideraría una guerra sin cuartel, aunque el plan actual de Mason tampoco es que sirviera ya de mucho.

Una chica, como mucho en los primeros años de la adolescencia, salía corriendo de casa de Gabriel, pidiendo ayuda a gritos.

¿Qué coño está pasando?

—¡Ayúdame!

Por un momento, Mason creyó que la chica que huía podría conseguirlo. Estaba a mitad del camino de entrada y Gabriel apenas acababa de salir de la casa, pero entonces, como suele ocurrir —y Mason tenía mucha experiencia en eso—, las cosas se torcieron.

La joven se golpeó con el retrovisor del coche de Gabriel, dio un traspié del que no pudo recuperarse y se fue al suelo.

Instintivamente, Mason miró a ambos lados, preparándose para cruzar la calle y ayudarla, pero se contuvo. Esto, justo aquí, podría ser una oportunidad. Durante gran parte de su vida, la familia Jewell solo había sido superada por la familia Davis a la hora de envenenarle la existencia. Ahora estaba presenciando algo que podría ofrecerle una salida con los Jewell, una salida que no implicara a Liam y sus métodos más rastreros.

Dio un paso atrás para observar.

Gabriel se arrodilló junto a la chica y le agarró un puñado de pelo.

Ella se revolvió bajo su agarre. —*¡Ayúdame!*

El jefe de policía le echó la cabeza hacia atrás y se la estampó contra el hormigón.

Ella siguió resistiéndose. —*Ayu…*

Le estampó la cabeza de nuevo y ella se quedó quieta.

Gabriel inspeccionó la zona.

Mason se escabulló entre las sombras, optimista de que no lo verían.

El cabrón deslizó las manos por debajo de la chica y la levantó.

Ella se desplomó en sus brazos y sus extremidades quedaron colgando.

La metió en su casa y cerró la puerta tras él.

—Te pillé —dijo Mason.

Cuando Cam y Carson Davis llegaron a casa después de cerrar la tienda, encontraron a Felicity empotrada contra la pared, agarrada

por el cuello.

—Suéltala, Dom —dijo Cam.

Dom miró a su hermano mayor y luego de nuevo a Felicity. —No lo entiendes, Cam.

—¿Vas a hacer que me repita, hermano?

Dom la soltó.

Felicity se llevó la mano al cuello, boqueando en busca de aire.

Dom miró a su hermano. —Por favor, escúchame, Cam…

Cam levantó un dedo para hacerlo callar.

—Papá —dijo Carson—. Esto no puede seguir así…

Cam giró el dedo hacia su hijo y surtió el mismo efecto. —Ve a ver a tus hijos arriba, Carson.

—Sí, papá.

Cam esperó hasta oír el ruido de los zapatos de su hijo en la escalera. Se quitó la chaqueta, la tiró sobre una silla de la cocina y se desabrochó los tres primeros botones de la camisa. Observó a Felicity, que miraba al suelo, agarrándose el cuello, todavía recuperando el aliento. Luego miró a su gordo hermano, apoyado en el fregadero de la cocina.

—Estaba intentando sacarle la verdad —dijo Dom.

—¿Con eso? —Cam señaló el bulto en los pantalones de su hermano.

Dom se puso rojo como un tomate y se tapó la erección con las manos.

—Tráeme un vaso de agua. —Cam asintió hacia Felicity.

Felicity no se movió; Dom, su agresor, seguía bloqueando el fregadero.

—Apártate de su puto camino, hermano.

—Sí…, perdona… —Dom se hizo a un lado.

Felicity llenó un vaso del grifo. Se dio la vuelta, se acercó y se lo entregó a Cam. Luego se sentó a la mesa de la cocina.

Cam se bebió el agua de un trago y luego acarició el borde del vaso. —No he tenido un buen día.

Ni Felicity ni Dom respondieron.

—He tenido que envenenar a un perro, y a mí me gustan bastante los perros. —Dejó caer el vaso en el suelo de baldosas y se

hizo añicos—. Así que volver a un hogar feliz no es mucho pedir.

Dom asintió. —Pero si me dejas explicarte…

Cam volvió a hacerlo callar con el dedo y sacó un rollo de dólares del bolsillo de sus vaqueros. Lo arrojó sobre la mesa de la cocina, delante de Felicity. —Y además hemos tenido un día muy bueno en la tienda. El cabrón de Rogers ha estado en el trullo todo el día, así que hemos duplicado la recaudación. Iba a proponer una celebración para levantarme el ánimo. —Miró a Felicity—. Todos juntos, ya sabes, como en los viejos tiempos, antes de que todo se pusiera tan serio con el nuevo negocio. —Observó el vaso roto en el suelo—. Dom, cualquier problema en esta casa lo resuelvo yo, y solo yo. Eso ya lo sabéis los dos.

—Lo siento, Cam —dijo Dom.

Cam se señaló la cabeza. —Nuestra familia solo ha sido bendecida con un pensador. No es un problema, a menos que vosotros lo convirtáis en uno.

Dom se disculpó de nuevo.

—Así que quítate los zapatos.

Dom palideció. —Cam, lo entiendo. De verdad. No hay necesidad…

—Quítate los zapatos. —Miró de Dom a Felicity—. Los dos.

Felicity no protestó. Se quitó los zapatos de una patada bajo la mesa de la cocina y lo fulminó con la mirada.

—¿Dom? —dijo Cam.

Dom se quitó los zapatos de una patada.

Cam ajustó su posición para quedar de pie justo detrás del cristal hecho añicos. Abrió los brazos. —Ahora, ¿quién me va a dar un abrazo de bienvenida a casa?

Dom miró a Felicity, pero ella seguía demasiado ocupada fulminando a Cam con la mirada.

—¿Felicity? —dijo Dom con un temblor en la voz.

Cam sonrió. —Pero bueno, Dom… Soy tu hermano mayor. Deberías ser el primero en venir. Venga. Acércate, grandullón. —Abrió más los brazos.

Dom avanzó con cautela. —Por favor, Cam.

—Ven conmigo, hermano.

Dom se detuvo al borde de los cristales rotos y se miró los pies descalzos. Abrió los brazos para intentar abrazar a Cam sin pisarlos.

Cam dio un paso atrás.

Dom levantó un pie, mirando hacia abajo. —No quie…

—Ven.

Dom bajó el pie con cuidado, pero evitó poner peso sobre él. —¿Es suficiente?

Cam negó con la cabeza. —El otro pie.

Cuando Dom levantó el otro pie y cargó el peso sobre el primero, se oyó un crujido.

Cam sonrió mientras su hermano hacía una mueca de dolor y gemía. Cuando las lágrimas de dolor surcaron el rostro de Dom, Cam lo apartó de un empujón. —¡Basta! Apestas. He cambiado de idea. Ya nos abrazaremos cuando te hayas duchado.

Dom retrocedió a la pata coja y se sentó en el suelo junto al fregadero para quitarse los cristales del pie.

—¿Felicity? —se volvió en su dirección.

Ella estaba de pie junto a la mesa y luego se dirigió hacia él con paso decidido.

—Vaya, sí que pareces enfadada —dijo Cam.

—No he hecho nada malo.

—Miente —dijo Dom.

Cam fulminó a su hermano con la mirada. —¿No estás ocupado recomponiéndote el pie? —Se volvió de nuevo hacia Felicity—. Dime qué es lo que le preocupa tanto a mi hermano y dejaremos el abrazo para más tarde, después de unas copas.

Felicity se encogió de hombros. —Ya se lo he dicho. Cuando vino la policía…

—¿La policía? —Cam enarcó una ceja.

—¡He intentado decírtelo! —dijo Dom—. ¿Por qué te crees que estaba tan alterado? Vinieron por lo de Brady.

—¿Brady? ¿Por qué?

Felicity se lo explicó.

—¿Y ya está? —dijo Cam.

—No, no es todo —dijo Dom, haciendo una mueca de dolor mientras se sacaba el cristal—. Esa zorra estuvo hablando con ellos

un buen rato.

Cam volvió a levantar un dedo. —Mide tus palabras, Dom. ¿Qué más, Felicity?

—Nada.

Cam suspiró. —Mira al suelo, Felicity.

Ella examinó los cristales manchados de sangre.

—O te quedas ahí parada sobre ellos o los barres. ¿Qué más?

Ella volvió a encogerse de hombros. —Supongo que ya no importa, de todos modos. Ya sabes lo de la chica muerta. Querían información sobre tu rivalidad con Mason.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿A qué hora ha sido?

Después de que Felicity se lo contara, Cam se quedó pensando. No podía ser por lo del perro envenenado. El plazo de tiempo no encajaba. La policía había estado allí porque sospechaban de Mason por lo de la chica muerta, Collette Jewell. Estaba volviendo a pasar. Sonrió. —¿Qué les has dicho?

—No mucho —dijo ella con desdén.

Él sonrió y abrió los ojos de par en par. —Me encanta esta nueva versión tuya tan desafiante, Felicity, así que te daré otra oportunidad. ¿Qué... les... has... dicho?

—Les conté cómo empezó la rivalidad.

—¿Por qué?

—Porque me amenazaron con llevarse a Brady a comisaría. Pensé que darles información que probablemente podrían conseguir por otro lado era la más segura de las dos opciones.

Cam asintió. —¿Así que les hablaste de que Liam envenenó el ganado de nuestro padre?

Ella asintió.

—Buena decisión, Felicity. —Observó a su hermano, que parecía conmocionado—. ¿Has oído eso, Dom? Ha tomado la decisión correcta.

Dom asintió y murmuró algo entre dientes.

Cam se paseó por la cocina, pensativo. —Podrían haber conseguido esa información de todos modos, y sabes lo que esto

significa, ¿verdad?

Dom aspiró aire entre dientes mientras se limpiaba los restos de la herida.

—Significa que Liam también estará en el radar de la policía. Y quizá, *solo* quizá, por fin lo encuentren. ¡Incluso podrían traer a ese cabrón de vuelta al pueblo! ¡Imagina eso!

Dom lo miró. —¿De verdad?

Cam asintió.

—¿Los dos? ¿Esos dos putos hermanos en Blue Falls? —Dom sonrió.

Cam también sonrió. —Quizá me equivocaba. Quizá después de todo todavía hay motivos para celebrarlo.

12

LOS SUEÑOS DE JAKE estaban llenos de niños muertos. Al despertarse, alargó el brazo hacia el otro lado de la cama y dejó que su mano se posara en la espalda de Piper. Cerró los ojos e intentó apartar a los niños muertos de sus pensamientos para poder descansar.

En los brazos de Jake yacía Paul Conway, o al menos lo que quedaba de él. Paul había quedado atrapado en la zona de impacto de un coche bomba destinado a su vecino, un viejo desertor del KGB. —Lo siento —dijo Jake, porque, aunque él no había puesto la bomba, había estado trabajando para los monstruos que sí lo habían hecho.

El niño con el rostro destrozado miró a Jake.

—De verdad que lo siento —dijo Jake.

Paul abrió la boca para hablar, pero la sangre brotó y se derramó por ella, chorreando por los lados de su cara quemada.

Jake apretó al niño muerto contra su pecho y lloró. Podía sentir a la gente agolpada a su alrededor, cerca de él, burlándose, y les oía susurrar su nombre una y otra vez. Jake se dio cuenta de que la persona que tenía en brazos ya no era Paul Conway. Ahora acunaba la cabeza de Madelyn Thompson, la niña rescatada del foso de la muerte.

Tenía los labios y las comisuras de la boca agrietados y con ampollas por el desinfectante que la habían obligado a beber. —

Llegaste demasiado tarde para mí.

—Lo sé. Lo siento.

—Pero tú le pusiste fin.

—Lo intenté. —Jake se encontraba ahora en el mirador de Lookout Corner, junto al río Skweda.

Dos hombres estaban colocando dos pequeños cuerpos en la maleza: los Bickford.

—¡Parad! —dijo Jake.

Tras depositar los cuerpos, los dos hombres se irguieron sobre ellos y pasaron un rato observándolos, contemplando su obra.

Jake se giró y miró al otro lado del río. El agua fluía con rapidez y se estrellaba contra la roca que sobresalía.

Oyó de nuevo la voz de Madelyn Thompson. —Intentaste detenerlo.

—Nunca se puede detener —dijo Jake.

—¿Jake?

—Sigue y sigue…

—¿Jake?

Jake abrió los ojos.

Piper estaba inclinada sobre él. —¿Estás bien?

—Sí.

—Estás sudando y estabas gritando.

—Sí, no ha sido el sueño más agradable. Lo he tenido dos veces esta noche.

—¿Quieres hablar de ello?

—La verdad es que no. Ahora no. —Su móvil vibró—. ¿Qué hora es?

—Sobre las tres de la mañana.

Lo que significaba que probablemente fuera una llamada del Reino Unido. Se apresuró a coger el teléfono. —¿Sí?

—Soy yo —dijo Sheila.

—¿Está todo bien?

—No lo sé.

Jake se incorporó en la cama. Esto no era propio de su exmujer. No lo había llamado desde que se había marchado, y cuando él la

llamaba a ella, su tono era mucho más mordaz y despectivo que este. —¿Qué ha pasado?

—Creo que alguien está vigilando la casa.

Jake se llevó una mano al pecho. Sintió como si alguien le hubiera metido la mano en la caja torácica y le hubiera agarrado el corazón. —¿Cómo lo sabes?

—Hace dos noches, vi un coche en la calle que no reconocí: un BMW negro. Lo vi desde la ventana de mi habitación. Anoche estaba allí otra vez.

Jake sacó las piernas de la cama. Quería sentir los pies en el suelo. Quería sentirse *más estable*. —¿Hay alguien dentro?

—No lo distingo.

—A lo mejor alguien tiene un coche nuevo o recibe visitas a esas horas. Ve y pregunta a algún…

—Ya lo he hecho. Quería ver si había algún problema antes de llamarte.

Desesperada por no llamarme a toda costa. ¿De verdad a esto hemos llegado? —Deberías llamarme siempre que haya un problema. Esto es más importante que lo que sientas por mí.

—Bueno, pues tenemos un problema.

Jake sintió la mano de Piper en su espalda. Se levantó, dejando que la mano resbalara, y se paseó por la habitación. —¿Está el coche ahí ahora?

—No. Por la mañana ya no está nunca.

—¿Tienes la matrícula?

—Sí. —Se la leyó.

—Vale, déjame pensar.

—¿Es por la gente con la que estabas metido?

—No lo sé. —Y realmente no lo sabía. Sabía que era un hombre buscado, que haberle dado esquinazo a la SEROCU le había puesto una diana en la cabeza. Pero ¿de verdad actuarían contra una familia de civiles por venganza o para hacerlo salir? Desde luego, no merecía la pena meterse en semejante lío. Y, sin embargo, ahí estaba su peor pesadilla a punto de hacerse realidad. Solo había una opción, por supuesto—. Tengo que devolverte la llamada. No vas a ir a ninguna parte, ¿verdad?

—No.

—Bien. —En cuanto terminó la llamada, marcó el prefijo internacional del Reino Unido y pulsó un número que había marcado miles de veces en el pasado, pero no desde hacía mucho tiempo.

—Inspector Jefe Michael Yorke, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mike, soy yo.

Silencio.

—Soy yo. Jake.

—Ya sé quién eres.

—Supongo que te habrá sorprendido, pero…

—Deja que aparque a un lado. Tienes el manos libres puesto, pero ahora mismo me está costando mantener el coche recto.

—Lo siento, Mike.

—Jake, ¿dónde estás?

—Estoy muy lejos.

—Sí, ya lo sé. Mandaste una postal desde Nueva Inglaterra.

—Quería que supieras que estaba bien; te lo merecías.

—Yo me lo merecía. —Yorke gruñó.

—Perdona, sí… que estaba vivo, que estaba a salvo. Eres mi mejor amigo.

—¿Lo soy?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué no me dices por qué te fuiste?

Jake suspiró. Se paseó por la habitación del motel. —No puedo hacer eso, Mike.

—¿No deberían los mejores amigos ser abiertos y sinceros?

—No si eso los pone en peligro, no.

—Es la SEROCU, ¿verdad? Te has metido en algún lío.

Jake no respondió.

—Supongo que no es una visita de cortesía, ¿verdad?

Jake suspiró de nuevo. —Ojalá lo fuera. Lo siento, Mike, pero te necesito ahora mismo. De verdad que sí.

—¿Que me necesitas?

—Sí.

Yorke suspiró. —¿Sabes que nunca te negaría nada, verdad?

—Lo sé.

—Y, sin embargo, ¿me niegas la verdad?

Jake sintió una lágrima asomándole en el rabillo del ojo. —No sigas, Mike. Ahora no.

—¿Entonces cuándo?

—No es seguro para mí… Mira, te quiero como a un hermano.

Silencio.

—¿Mike?

—Jake, vuelve a casa. ¿Quieres que te lo suplique?

—No hay nada que desee más, Mike, pero es imposible.

—Todo esto es por mi puta culpa.

—Ya soy mayorcito. Las decisiones que tomé fueron mías, no tuyas.

—Bajé la guardia. Siempre te he cubierto las espaldas, pero me distraje.

—Bueno, si no te hubieras distraído, probablemente ya no estarías aquí, amigo. Las vidas que salvaste. Eres el mejor hombre que he conocido, Mike… —Respiró hondo—. Necesito que vigiles a Sheila y a Frank por mí.

Una pausa. —Lo hago, Jake… *con regularidad*. Quiero que sea quien sea con quien hayas tenido tratos sepa que ir a por tu familia les saldría caro, que están bajo estricta vigilancia.

—Lo sé, y te lo agradezco enormemente, pero Sheila está convencida de que alguien está vigilando la casa. —Jake le relató los detalles de su llamada con Sheila. También le dio el número de matrícula del vehículo.

—Te llamaré a este número cuando sepa algo —dijo Yorke.

—Gracias, Mike. No puedes permitir que le pase nada a mi familia.

—No lo permitiré, Jake.

Tras la llamada, Jake se recostó en la cama.

Piper intentó acariciarle la espalda. Esta vez, la dejó. —¿Qué ha pasado?

Él le habló de la preocupación de Sheila.

—Entonces, ¿a quién has llamado?

—Al mejor hombre que conozco.

Ella le acarició la espalda. —Pues entonces debes de tenerlo en muy alta estima, porque tú eres el mejor hombre que *yo* conozco.

Jake empezó a llorar. —No podrías estar más equivocada, Piper.

FOLLARON, como hacían tan a menudo, hasta bien entrada la noche.

Luego Louise dejó a sus dos subordinados agotados y regresó a su habitación. Se alojaban en el Shepherd's Hotel en New Lincoln, la más próspera de las tres ciudades enclavadas en el Skweda, así que tenía televisión y minibar. Disfrutó de ambos mientras se recostaba en la cama de matrimonio. Cuando se dio cuenta de que la CNN no había sacado nada relevante del mundo esa noche, apagó la televisión y repasó su entrevista con Mason.

No necesitaba grabaciones ni transcripciones, porque no le interesaban las palabras. Ya había escudriñado su historia hasta la saciedad. Le interesaba su rostro, el movimiento de sus ojos, sus tics y su postura. Con los ojos cerrados, lo observó en su memoria.

Era inocente. No había matado a la niña ni a aquellos dos jóvenes en 1975. Pero *había* algo; *sabía* algo. Y ese *algo* podría desenredar toda esta telaraña.

Le envió un mensaje a su marido, Robert. *Ha sido una noche dura, pero ha funcionado. Ahora intentaré dormir. Te echo de menos. Besos.*

Luego ojeó las fotos de sus tres niñas en el móvil y esperó a que el vodka y sus esfuerzos sexuales hicieran su magia y la sumieran en el sueño.

LAS CUATRO DE LA MADRUGADA, y Liam Rogers no podía dormir. Con peligros acechando desde tantos flancos distintos, su hermano estaba reaccionando con demasiada lentitud para su gusto.

—*Está controlado* —había dicho Mason antes de retirarse.

Controlado.

Liam bufó. ¿Acaso Gabriel Jewell, Jake Pettman o los hermanos Davis habían estado alguna vez *controlados* por alguien? ¿Y de verdad iban a dejarse controlar ahora?

Liam se levantó del sofá de su hermano. Se pertrechó con el martillo con el que había matado a Bobby y a Henry y los alicates con los que se había llevado los recuerdos. Luego se puso un pasamontañas. También se metió en el bolsillo el móvil de Mason, que este había dejado cargando en el salón. No haría frío, así que no se molestó en quitarse el pijama, pero sí se puso una gabardina gris oscura y la subió la cremallera.

Tuvo cuidado al salir por la puerta de la cocina para no despertar a su hermano, que habría intentado, y posiblemente logrado, disuadirlo. Con la puerta de la cocina cerrada a su espalda, se abrazó a la oscuridad y el vacío de Main Street. *Bien, ¿adónde primero? ¿A la granja de los Davis? ¿A casa de Jewell? ¿Al Blue Falls Motel?* Tantas opciones. Disfrutaba de esta libertad.

Observó el letrero de neón del Blue Falls Motel parpadeando sobre los tejados de Main Street. Más valía empezar por la opción más cercana. Disfrutando del peso tranquilizador de su caja de herramientas en la mochila, echó a correr, como siempre hacía cuando salía de caza.

Jake intentó quedarse quieto para dejar dormir a Piper, pero ella debió de sentir su ansiedad, porque no paraba de moverse. De vez en cuando, extendía la mano para acariciarle la espalda y preguntarle si estaba bien, pero él se negaba a desviar la atención del móvil, que miraba fijamente. Al final, el dolor de permanecer inmóvil se hizo insoportable para Jake, así que cogió el teléfono y se levantó. —Por favor, descansa un poco, Piper.

Entró en el cuarto de baño y, en la oscuridad, se sentó en la taza del váter. Pulsó el botón de su móvil para iluminar la pantalla y comprobar que no se le había pasado ninguna llamada o mensaje.

Nada.

Se quedó allí sentado, comprobando continuamente, y solo paró cuando se dio cuenta de que estaba agotando la batería.

LIAM REDUJO la marcha antes de llegar al motel Blue Falls y luego se apoyó en una farola para recuperar el aliento.

Muchos años antes, antes de matar a Henry y a Bobby, Liam había hecho una carrera de dieciséis kilómetros con el martillo, los alicates y algunas piedras en la mochila. Recordó su desesperación por ser soldado; que le dieran a sus enfermedades preexistentes. Se había mantenido tan en forma como había podido por si alguna vez el ejército llegaba a estar tan desesperado por encontrar reclutas que aceptaran al chico enfermizo y desdentado.

El día de los asesinatos, había tomado un desayuno copioso. Siempre lo hacía antes de un gran esfuerzo físico; en tiempos de guerra, uno tenía que estar preparado para hacer lo que fuera, sin importar lo lleno que tuviera el estómago. Aquel día memorable, había vomitado de camino a su encuentro con Mason y sus dos amigos maricones.

¡Qué en forma había estado! Incluso después de correr dieciséis kilómetros y con vómito en la barbilla, había matado a aquellos dos chicos sin necesidad de apoyarse en una farola para recuperar el aliento. Y ahora, míralo: un viejo jadeante que se adentraba sigilosamente en el aparcamiento del motel Blue Falls.

Enderezó la espalda e hinchó el pecho. Puede que ya no estuviera tan en forma como antes, pero le daría guerra a cualquiera que tuviera diez, o incluso veinte, años menos que él.

Se detuvo junto a un coche solitario en el aparcamiento.

Y una cosa era segura. A pesar de su edad, no se le había olvidado cómo matar.

Pasó la mano enguantada por el profundo arañazo del lateral del Ford de alquiler. *¿Cómo hiciste eso, Jake?* Examinó la habitación del motel; tanto él como Mason habían observado a Jake entrar un par

de días antes. Metió la mano en la mochila para coger el martillo que había acabado con Bobby y Henry. Sonrió a la cámara instalada en lo alto de las paredes del motel.

Probablemente no estuviera en uso, pero si lo estaba, no importaba. Dudaba que nadie la estuviera vigilando a las cuatro de la madrugada, e incluso si Liam no hubiera llevado un pasamontañas, dudaba que alguien reconociera a un hombre que se había marchado de Blue Falls hacía medio siglo.

Se acercó a la puerta, preparó el martillo en una mano y, con la otra, se dispuso a llamar.

Cuando sonó el móvil, a Jake le dio tal temblor que casi se le cae. —¿Mike?

—Jake, tranquilo. Respira hondo.

Jake lo hizo. No sirvió de nada. En vez de eso, se levantó y se paseó en la oscuridad. —¿Qué pasa, Mike? Dímelo, por favor.

—El coche es de alguien que tiene una aventura con la chica que vive enfrente.

—Pero Sheila me dijo que había ido puerta por puerta para intentar averiguar de quién era el BMW.

—El hombre está casado y tiene hijos. Tuve que sacar la placa para arrancarle la verdad a la señorita en cuestión.

—Gracias a Dios. ¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estarlo sin ir a casa de ese tipo y arruinarle el matrimonio.

—No. Joder, no sé qué decir.

—Puedes decirme dónde estás.

Jake apoyó la frente en el espejo del baño. —No puedo, Mike. Ya hemos hablado de esto. No voy a ponerte en esa situación.

—¿Y cómo sabes que no intentaré rastrear este número después de esta llamada?

—Sé que no lo harás porque, si lo haces y me encuentran, te culparás por lo que venga después.

—看来你比我了解你更了解你。

Jake rodó la cabeza sobre el espejo. —Tú me conoces, Mike. Me conoces mejor que nadie. Pero cometí un error y debo pagar por ello..., por el resto de mi vida, si es necesario.

—*Tonterías.* Esto tiene que terminar, Jake. Lo sabes tan bien como yo.

—Puede, pero hasta que eso ocurra, así tienen que ser las cosas. —Apartó la cabeza del espejo—. Tengo que llamar a Sheila.

—Primero, prométeme una cosa.

—Si puedo, sí.

—Si te metes en algún lío, llámame. *En cualquier lío.* De día o de noche. *Me llamas*.

—Lo haré —mintió Jake—. Lo haré. —Tras colgar, marcó el número de Sheila.

Liam no llamó y bajó el puño. Saber que Jake Pettman era un hombre peligroso le habría templado el pulso a la mayoría en esta situación, pero esa no era la razón por la que él templaba el suyo. Templó su mano porque comprendía la importancia del reconocimiento. Se movió hacia un lado y pegó la cara al cristal. Las persianas estaban bajadas, pero temblaban, y Liam dedujo que dentro había un ventilador a toda potencia. Efectivamente, las persianas se levantaron ligeramente por la esquina cuando la corriente de aire se acercó, y Liam vio el interior.

Una mujer desnuda yacía boca abajo en la cama.

Ni rastro de Jake. *Me pregunto qué estarás haciendo a estas horas intempestivas, Pettman.*

Contemplando a la mujer desnuda, Liam se lamió las encías huecas. Vio el martillo en su mano y varias posibilidades pasaron por su mente. *Cuando el gato no está, los ratones bailan.*

Retrocedió de lado hacia la puerta principal. Sí, esto no formaba parte del plan, pero ¿no se merecía un poco de diversión? Se había pasado toda la vida preocupándose por su hermano. ¿Qué tal sería

pensar solo en uno mismo por un rato? *Sobre todo con una mujer tan estupenda tumbada al otro lado de la puerta...*

El móvil de Mason vibró. Se metió la mano en el bolsillo. El mensaje en la pantalla era de un número desconocido*: Dejamos a tu perro sufriendo y eso es culpa tuya. Haznos un favor a todos, métete una de tus pistolas en la boca y aprieta el puto gatillo o iremos nosotros a hacerlo.*

Los hermanos Davis, pensó Liam. *Siempre han sido tan elocuentes.*

Liam sonrió y se apartó de la puerta. Este mensaje podría ser justo lo que necesitaba para incitar a Mason a tomar medidas drásticas. Suspiró al pensar en la preciosa criatura que había detrás de la puerta. Por desgracia, no era momento para juegos. Tenía demasiados frentes abiertos, y llamar la atención sobre sí mismo tan pronto no era la acción estratégica de un buen soldado.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y metió el martillo en la mochila. *Modera tus impulsos, soldado.*

Volvió corriendo a Main Street. Cuando llegó a la fachada de la tienda de ultramarinos de su hermano, vio que el mensaje de texto no era el único recado que los hermanos Davis habían dejado esa noche. Habían reventado el escaparate. A Liam no le sorprendió, pero le decepcionó habérselo perdido.

Mason sintió que el sofá se movía cuando Liam se sentó a su lado, pero no levantó la vista. En lugar de eso, se quedó mirando fijamente el ladrillo que tenía en la mano.

—He visto el estropicio, hermano —dijo Liam—. Si quieres, podríamos devolvérselo. Se me ocurren formas más creativas de usarlo.

Mason sintió cómo una lágrima le resbalaba por la cara.

—También te han enviado esto —dijo Liam.

Mason lo escuchó leer el amenazante mensaje de texto. «Desde luego, nunca han tenido buena labia.» Por el rabillo del ojo, Mason

vio cómo Liam se inclinaba y dejaba el móvil sobre la mesa de centro.

El cabrón le pellizcó la manga de la parte de arriba del pijama de rayas de Mason.

—Quítate esto y vamos a ponerle fin a esta historia.

Mason blandió el ladrillo. El crujido de la mejilla de su hermano fue repugnante, pero, al mismo tiempo, bastante satisfactorio.

Liam se escurrió del sofá, agarrándose la mejilla.

—Joder… joder. —Se desplomó en el suelo—. ¡Joder!

—Te dije que no salieras —dijo Mason, poniéndose en pie.

Liam pataleaba en el suelo.

—Soy tu puto hermano. Todo lo que hago, lo hago por ti.

—*¡Una mierda!* Siempre has ido a lo tuyo, desde el principio.

Liam apartó la mano. La sangre brotaba a chorros de un desgarro en su mejilla.

—Menos mal que no tengo dientes.

Mason levantó el ladrillo por encima de su cabeza.

—Vale. Lo que te haga feliz, hermano. —Sonrió, pero enseguida hizo una mueca de dolor.

—Nunca me has traído nada que no fuera más dolor. —Mason apretó los dientes, preparándose para descargar el ladrillo.

—Así me lo agradeces. Se te olvida, hermanito. ¿Dónde estarías si no fuera por mí? En la cárcel. Por el asesinato de una niña.

Mason apretó el ladrillo con tanta fuerza que pensó que podría reducirlo a polvo.

—Yo no la maté.

—Eso no importa. Yo solucioné el problema. Siempre soluciono tus problemas. ¿Henry y Bobby?

—Eran mis amigos. Mis *únicos* amigos.

—Eran unos maricones. Solo querían usarte.

—Tú eso no lo sabes.

—Sí que lo sé. Tuviste un poco de felicidad. Tuviste a Lorraine y tuviste a tu hijo.

—Ya no están.

—¿Y eso fue culpa mía?

De repente, el ladrillo pareció pesar más en las manos de Mason. Lo bajó hasta su pecho.

—Quiero que te vayas.

—Si me voy, hermano, estarás muerto en menos de una semana.

—Tengo mi propio plan. —Tiró el ladrillo en el sofá y le dio la espalda a su hermano—. Quiero que te largues. *Ahora.*

—Como quieras. Te dejaré con este puto circo tuyo. Pero, cuando me haya ido, no volveré, por mucho que me lo supliques.

—No te preocupes, antes prefiero morir.

Liam hizo una mueca y volvió a suspirar.

—Sigue así, Mason, y puede que tenga que ser de esa forma.

13

"—Pase, agente Sanborn.

Lillian abrió la puerta del despacho. —¿Buenos días, señora? ¿Podríamos hablar un momento?

Louise estaba sentada bajo un retrato de un Earl Jewell de aspecto serio y detrás del escritorio de Gabriel. Gabriel era un hombre inmaculado que exigía orden a su alrededor. En su escritorio rara vez había más que una pila ordenada de expedientes y una sola taza de café recién hecho. Si en este momento viera las tres tazas de café vacías y el papeleo esparcido por todas partes, le habría dado un infarto. —Por supuesto, tome asiento.

Lillian se sentó.

—¿Quiere que hablemos a solas? —Louise miró de un lado a otro a sus dos agentes. Ewan, el más alto de los dos, estaba apoyado en la cristalera que daba al resto del departamento, hojeando un expediente. El otro, Gordon, le dedicaba una sonrisa estúpida a Lillian. Ella le frunció el ceño, y él bajó la vista hacia el expediente que tenía en la mano.

—No, no es nada personal —dijo Lillian—. Solo creo que he descubierto algo de interés.

Louise se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre la mesa, tirando sin querer un portarretratos que Lillian no recordaba haber visto nunca antes en el escritorio de Gabriel.

Lillian hizo ademán de cogerlo, pero Louise fue más rápida. Lillian alcanzó a ver a tres niñas negras, vestidas con idénticos vestidos azules, antes de que Louise lo volviera a colocar, de cara a ella.

—¿Qué ha descubierto? —preguntó Louise.

Los agentes se colocaron a los lados del escritorio, dejaron sus expedientes y se quedaron mirando a Lillian, haciéndola retorcerse mientras relataba su descubrimiento de la rivalidad entre las familias Rogers y Davis, su visita a la granja de los Davis y la revelación de que Mason tenía un hermano mayor llamado Liam.

Tuvo cuidado de no mencionar a Jake en su relato. Lo último que quería era que estos mandos superiores la apartaran por implicar a un civil en la investigación. El hecho de que no tenía compañeros de fiar en su departamento y que Jake era uno de los inspectores más capaces que había conocido seguramente caería en saco roto.

Cuando terminó, Louise sonrió y se recostó en la silla. —Ha estado ocupada, agente Sanborn, pero no me sorprende. —Señaló con la cabeza la cristalera que daba a los otros agentes del departamento—. Sospeché desde el principio que era usted la única persona que podía sacar algo en claro por aquí.

Lillian sintió que se le sonrojaban las mejillas. —¿Y qué opina, señora?

—Opino que, hasta que no tengamos los resultados del ADN, estamos dando palos de ciego en busca de cualquier pista. Sin embargo, acaba de dar con una buena, y creo que deberíamos echarle un vistazo. Bien hecho, agente.

—Gracias, señora —dijo Lillian, pero no estaba orgullosa de sí misma, en absoluto. Solo le interesaba una cosa: encontrar la verdad—. ¿Cómo fue el interrogatorio con Mason Rogers, señora?

Louise sonrió de nuevo. —Bien. Pero hay una cosa que necesito dejarle clara, agente Sanborn.

—Por supuesto, señora.

—Estamos nosotros —volvió a señalar hacia la cristalera— y ellos. La mantendré al tanto de todo, pero debe sernos leal. Sé que está desesperada por encontrar la verdad y que una agente sabia como usted sabe que la mejor oportunidad está con nosotros, pero aun así quiero oírselo decir. ¿Juega en el equipo correcto, agente Sanborn?

—Sí, señora, por supuesto.

—Bien. Escuche, creo que Mason Rogers es inocente. No creo que matara a Collette Jewell ni a esos chicos en el setenta y cinco.

Lillian asintió, tratando desesperadamente de ocultar los sentimientos de duda que la abrumaban.

Louise sonrió. —¿Se pregunta cómo puedo saberlo, verdad? Bueno, una amplia formación en interrogatorios, experiencia, la buena y vieja intuición femenina… elija lo que prefiera. Mire, sé que podría equivocarme, y mantengo nuestras opciones abiertas, créame, pero estas son mis impresiones iniciales.

—Y la teniente Price nunca se equivoca —dijo Gordon.

—Bueno —dijo Louise, mirando a Gordon—, al menos no desde que me conoces… lo que no es mucho tiempo, para ser justos. En fin, a pesar de su inocencia, sigo segura de que oculta algo. Era muy cercano a los dos chicos que murieron en el setenta y cinco, potencialmente en el plano sexual, y Collette Jewell fue vista por última vez dirigiéndose a su tienda. Si a eso le añadimos los dientes extraídos, tenemos muchas coincidencias. —Louise se levantó—. Pero gracias a usted, ahora tenemos otra pieza del rompecabezas. Una rivalidad, un hermano, Liam Rogers… la historia se complica. —Hizo una pausa para pensar—. Así que, agente Sanborn, estoy impresionada por su ingenio, por lo que me interesa saber cuál cree que debería ser nuestro próximo paso.

Antes de que pudiera preocuparse por hacer una sugerencia ridícula, Lillian siguió su instinto. —Le preguntaría a Mason dónde está su hermano.

Louise asintió. —Buena idea. ¿Pueden usted y el agente Taylor ir para allá ahora?

Por suerte, Louise se refería a Ewan y no a Gordon, el baboso que le había dedicado a Lillian esa sonrisa estúpida cuando entró en la sala.

—Y buena suerte —dijo Louise, enderezando la foto sobre la mesa.

—Son preciosas, señora —dijo Lillian.

Louise pareció confundida. —¿Perdón?

Lillian señaló el portarretratos. —Sus hijas. Son preciosas.

Ella las miró, sonriendo. —Sí, desde luego. Preciosas.

—No has podido evitarlo, ¿verdad? —dijo Priscilla.

Gabriel examinó al demacrado Charles Stone. Una mascarilla de oxígeno se aferraba a su rostro gris ceniciento mientras las máquinas a su lado zumbaban. —¿Cuánto le queda?

Priscilla se encogió de hombros. —Hace dos semanas, dijeron que una semana.

—Siempre fue un cabrón muy testarudo.

Ella asintió y suspiró. —Sabes, le caías bien, Gabriel.

Gabriel observó a Priscilla al otro lado de la cama y sonrió. —¿Al contrario que a ti?

—Eso no es importante. No se trata de caer bien o mal. Nada es tan sencillo.

—Todo puede simplificarse. Tú quieres que tu marido muera para poder ser la alcaldesa. Y yo quiero que Mason muera porque mató a mi hermana.

—¿Sin siquiera saber si de verdad lo hizo?

Él volvió a centrarse en Charles. —Lo hizo.

—Aunque así fuera, ¿te imaginas el daño que causaría que el jefe de policía asesinara al sospechoso de un crimen?

—¿El mismo daño que causaría que el alcalde y su mujer asesinaran al asesino de su hijo?

—Pero la policía estatal no estaba involucrada en eso, Gabriel. Si no hubieras montado ese numerito y me hubieras detenido, nadie habría rendido cuentas. ¿Qué crees que pasará si ejecutas a alguien delante de sus narices?

—Francamente, me importa un bledo.

—¡Pues voy a tener que preocuparme yo por los dos, entonces! No pienso permitir que todo lo que mi marido y yo hemos construido aquí se vaya al traste. Esos cabrones lo investigarán todo. No solo arderás tú, Gabriel.

—Entonces, ¿por qué sigo de una pieza? Vi el arsenal que entraba en tu casa. Dos guardaespaldas armados. ¿En serio? ¿Quién te crees que eres? ¿La reina de Inglaterra?

—Sigues de una pieza, Gabriel, por la misma razón por la que Mason tiene que seguir de una pieza.

—¿Porque la dulce Louise y sus dos recaderos sospecharán?

Priscilla bajó la mirada hacia su marido. —Sabes, él siempre fue el que tenía don de gentes; también podía andarse por las ramas la tira de tiempo y aun así salirse con la suya. Yo, sencillamente, no tengo paciencia.

—Pues no te andes con rodeos, Priscilla. Suéltalo.

—Si esperas a que su investigación concluya y se marchen, te serviré a Mason Rogers en bandeja, y podrás hacer con él lo que te plazca.

—¿Cómo vas a servírmelo si está bajo custodia?

—No lo estará. Esta vez no encontrarán ninguna prueba contra él, igual que no encontraron nada la última vez.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Si tuvieran algo, ¿no crees que ya estaría detenido?

—Todavía queda la Científica.

—No seas ridículo. El cuerpo se ha podrido bajo el agua. ¡No hay uñas de las que sacar ADN! Así que, cuando se rindan y se vayan, te concederé el lujo que tú nunca me concediste a mí: podrás matar a la persona que asesinó a alguien a quien amabas.

—Es una buena oferta, pero no estoy dispuesto a…

—Y te daré medio millón de dólares para que dejes tu trabajo y te marches de Blue Falls.

Gabriel abrió los ojos como platos. Inesperado. Resopló. —¡Y entonces tendré que estar mirando por encima del hombro el resto de mi vida!

—Lo harás de todos modos. Más te vale confiar en que digo la verdad.

Charles tosió, y Priscilla le pasó los dedos por el pelo ralo a su marido.

—¿Por qué no le pones una almohada en la cabeza y acabas de una vez?

Ella fulminó a Gabriel con la mirada. —Porque yo no soy así.

—Eres exactamente así.

—Crees que me tienes calada, Gabriel, y yo creo que te tengo calado a ti. Así que mi oferta debería interesarte. Vete y piénsatelo; acéptala tan pronto como puedas, porque si las cosas empeoran, y lo harán, puede que no me encuentres de un humor tan complaciente.

La existencia del Davis Conveniences le repugnaba a Mason, y eso que nunca había pasado por delante ni para echar un vistazo furtivo. Contempló por primera vez el escaparate, bañado por una pintura verde claro. Los expositores, en especial uno de una conocida marca de comida para perros, estaban meticulosamente organizados. El letrero sobre la tienda estaba escrito con una tipografía moderna, utilizando una variedad de colores, e incluso incluía un llamativo logo: *Davis Conveniences* rodeando un corazón. Era una tienda cálida y acogedora, que *desde luego* no encajaba con su dueño, el frío e inaccesible Cam Davis.

A pesar de estar a punto de perderlo todo, incluso su libertad, Mason se sintió extrañamente eufórico mientras cruzaba la puerta de la tienda para enfrentarse a Cam Davis, que andaba enfrascado con su caja registradora en el mostrador. *Mi última batalla*, pensó. Había algo romántico en ello.

—¡Santo cielo, Mason Rogers! —Cam levantó la vista de su caja registradora y se quitó las gafas.

Mason asintió. —Cam.

Cam lo examinó de arriba abajo y sonrió. —¡Vaya! Esto sí que es algo que nunca pensé que vería.

—Tenemos que hablar.

Cam asintió y estudió su caja registradora. —A lo mejor podrías echarme una mano primero. La nueva tecnología, ¿eh? Me está volviendo loco. Dijeron que facilitaría las cosas. —Se rio entre dientes y miró a Mason—. Ah, mierda. Espera, perdona, se me

olvidaba. Cuestan un *jodido* dineral; probablemente no tengas una ahora mismo. He oído que el negocio iba mal.

Mason sonrió. —¿Has oído, dices? ¿No lo has supuesto por el hecho de que la mayoría de mis clientes ahora vienen a tu tienda?

Cam se encogió de hombros. —En el amor, la guerra y los negocios, todo vale. Dejaste el mercado totalmente abierto, Mason. La gente estaba desesperada por encontrar calidad y dolida por los precios tan altos que cobrabas.

Mason se hizo crujir los nudillos.

Cam sonrió de oreja a oreja. —¿No estamos un poco mayores para pelearnos por los pasillos? Tengo una reputación que mantener.

—¡Ja! ¿Y qué reputación es esa, Cam? ¿La de chico malo del barrio reconvertido en bueno?

Cam asintió. —Suena bastante acertado.

—Creo que subestimas la memoria de la gente de por aquí.

—Vienen en masa, Mason.

—Son tiempos difíciles y la gente está desesperada.

—Puede ser —dijo Cam, haciendo rotar los hombros y crujiéndose la espalda ruidosamente—. ¿O quizá esos recuerdos de los que hablas los transportan a una época en la que la familia Davis eran miembros respetables de la sociedad hasta que les arrebataron cruelmente su medio de vida?

—Después de todo lo que tú y tu familia habéis hecho, ¿de verdad crees que la gente aceptará de nuevo a tu familia en su mundo?

Cam abrió las manos para señalar la tienda a su alrededor. —¡La prueba del pudin está en comerlo! No sé, ¿quizá se alegran de ver que se restablece el equilibrio? Después de todo, fue tu familia la que agravió a la mía, no al revés.

—Fue mi hermano. No fue mi familia.

—Tanto monta.

—La verdad es que no.

—Vale, pues dime dónde está entonces el chico Rogers ese que desapareció.

—No lo sé. Nunca supimos de él.

— gilipolleces. ¿Me estás diciendo que sus padres no volvieron a hablar con él?

—No lo sé, pero estoy seguro de que yo no lo hice.

—Los mentirosos me ponen la piel de gallina, sobre todo cuando están en mi propiedad. El hecho es que tú y tu familia lo protegisteis. En lugar de hacer que afrontara las consecuencias de sus actos, lo escondisteis.

—¿Cuál era la alternativa? ¿Qué le habríais hecho si se hubiera quedado?

—Qué concepto más bajo tienes de nosotros.

Carson Davis salió por una puerta detrás del mostrador. A diferencia de su corpulento padre, Carson era un hombre enjuto. Tenía un bigote tan fino que parecía dibujado a lápiz. Saludó a Mason con un gesto de cabeza; no había malicia en él. Mason no conocía a Carson, pero, a diferencia de su padre, tenía fama de ser introvertido y educado. Probablemente, él era en gran parte la razón por la que los lugareños habían empezado a confiar más en el clan Davis y frecuentaban su nueva tienda.

—¿Está ordenado ahí detrás, hijo? —preguntó Cam.

—Sí, papá.

Cam le sonrió a Mason. —Últimamente tenemos que traer tanto género que todo se desordena enseguida.

Mason entrecerró los ojos.

—Lo que me recuerda, Carson —dijo Cam—, ¿puedes acercarte a la granja de los Stevenson?

—Sí, papá.

Cam seguía sonriéndole a Mason. —Puedes quedarte si quieres. La calidad de las verduras es magnífica. Podría prepararte una caja.

Mason apretó los dientes. Sus envíos de Stevenson habían menguado últimamente, no solo porque la demanda en su tienda se había deteriorado, sino porque Stevenson enviaba la mayor parte de su producto aquí.

—Y bien, ¿qué te trae por aquí hoy, Mason?

—He recibido tus mensajes.

—¿Mensajes? ¿Qué mensajes? —Cam miró a Carson—. ¿Le enviaste alguno, hijo?

Carson negó con la cabeza.

Cam volvió a centrarse en Mason. —Lo siento, has debido de equivocarte.

—Kyle. Eres un hombre cruel, Cam Davis.

Cam se encogió de hombros. —¿Kyle? Lo siento, de verdad que no sé de qué me hablas...

Mason golpeó con la palma de la mano en el mostrador. —Era un cachorro, maldito enfermo.

Cam negó con la cabeza. —Sigo sin pillarlo.

—También he recibido tus amenazas en el móvil.

Cam miró a su hijo y luego de nuevo a Mason, con los ojos muy abiertos para demostrar su incredulidad. —Escucha, sé que has perdido a tu hijo hace poco, Mason, pero no puedes venir aquí sin más y...

Mason señaló a Cam. —¡Ni se te *ocurra*! No tienes derecho a mencionar a mi hijo.

Carson se estremeció mientras Cam levantaba las manos en señal de rendición. —De acuerdo. Lo respeto. Como he dicho, no quiero problemas en mi tienda...

—¡Y *violaste* a mi mujer!

Cam arrugó la cara con asco. —¿En serio? ¿De verdad te crees eso?

—¿Creérmelo? —se mofó Mason—. Lo sé.

Cam se tocó el pecho. —¿Crees que necesito violar a nadie?

Mason respiraba ahora más deprisa. Le costaba mantener la calma, pero sabía que tenía que hacerlo. Pelear no era el propósito de esta visita.

—Entonces, ¿por qué sigo en libertad? —preguntó Cam.

—Porque llevabas una máscara. Usaste protección. Fuiste cuidadoso.

—Deliras, Mason. *Deliras por completo*. Según tu familia, tu hermano era un esquizo. ¿Nunca te has preguntado si tú también lo eres?

—Entonces, ¿me imaginé lo que me hiciste a la puerta de mi tienda aquel día?

Cam enarcó las cejas. —No. Eso sí que pasó. ¿Pero qué esperas? Eras sospechoso de matar a una niña. *De hecho*, quizá debería cambiar ese *eras* por un *eres*.

Mason miró a Carson. Este tenía la cabeza gacha. —Ya me voy, papá.

—Hazlo, hijo.

Cuando se fue, Mason dijo: —Él es diferente a ti.

—¿Blando, quieres decir?

—No, solo que no es un gilipollas.

Cam sonrió. —Va siendo hora de que vayas al grano. Por muy divertido que sea estar con el mismo disco rayado contigo, tengo cosas que hacer.

—No he venido a pelear; he venido a hacerte una oferta.

Cam resopló. —¿Que quieres hacerme una oferta? ¿Qué podrías ofrecerme tú a mí? Tu negocio está al borde de la quiebra...

—Puedes quedarte con mi tienda.

—¿*Qué*?

—Ya no la quiero. Tengo suficiente dinero ahorrado. Te cederé mi tienda para que puedas expandir la encantadora Tienda Davis a Main Street.

Cam volvió a resoplar mientras observaba a Mason. Luego lo señaló con el dedo. —Buen intento. ¿Por qué coño ibas a hacer eso?

—Porque estoy harto. No me queda nada en Blue Falls. Me voy. Digamos que te lo debo por el daño que mi familia te causó. Enterremos el hacha de guerra.

— gilipolleces. ¡Crees que violé a tu mujer y maté a tu perro!

—Basta ya. Quédate con la tienda.

—Podría comprar otro local en Main Street si quisiera expandirme. ¿Qué te hace pensar...?

—No hay mejor propiedad para una tienda que la mía. También te ahorrarás una fortuna en reformas. Mira, me voy, de una forma u otra. Quédate con la puta tienda. Estoy reparando el daño que hizo mi hermano.

Cam lo sopesó y negó con la cabeza. —No. Yo decidiré cuándo se acaba esto. Y se acabará cuando vea a tu hermano.

—Mi hermano podría estar muerto, por lo que sabemos —mintió Mason—. ¿Vas a dejar que tu orgullo te joda este premio de lotería? Sin gilipolleces. Quédate con el local. Te lo debemos. Puedo aceptarlo.

Cam se mordisqueó el labio inferior. Se frotó la barbilla con los nudillos tatuados. —Una idea interesante. ¿Cómo funciona?

—Te lo cederé mañana mismo por escrito.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿Y luego qué? ¿Te vas de Blue Falls?

—Si no consiguen meterme en la cárcel.

—¿Mataste a esa niña?

—¿Me creerías si te dijera que no? ¿Siquiera te importa? ¿De verdad?

Cam sonrió. Anotó un número en un recibo viejo junto a la caja. —Pon a tu abogado en contacto con el mío antes de mañana y tenemos un trato.

Mason dijo: —Que te jodan, Cam. Lo haré.

14

—¿QUIERES hablar de ello? —preguntó Peter.

Jake miró de reojo al veterano de Vietnam que iba de copiloto en su coche de alquiler.

—¿Qué te hace pensar que tengo algo de lo que hablar?

—Tienes los ojos como dos meaderos en la nieve. Algo te ha tenido en vela esta noche.

—Qué observador.

—Fui soldado. Merecía la pena estar alerta. Y bien, ¿quieres hablar?

—Me hace la misma falta que a un santo dos pistolas, viejo. Gracias por preguntar.

—No te preocupes. Ha valido la pena que me mandaras a paseo con tanta educación.

Jake entró en el corral de la granja de los Davis y sorteó los vehículos viejos y destartalados. Se preguntó cuántos años más podrían dejar que aquellos hierros se oxidaran antes de que se les echaran encima los ecologistas.

—Malditos cerdos —dijo Peter, que era descendiente de los nativos de la región, por lo que se tomaba la destrucción gratuita de las tierras de sus ancestros como algo muy personal—. Joder… Espero que esté bien.

Jake se detuvo junto al gallinero que tanto les había repelido a él y a Lillian el día anterior.

—No quiero problemas. ¿Crees que todavía se tragarán que eres policía? —preguntó Peter.

—Ayer no pareció sospechar de mí. Por cierto, soy el agente Reynolds.

Un fuerte golpe en el parabrisas hizo que Jake se estremeciera.

—¿Pero qué cojones? —En el exterior del parabrisas, justo delante de la cabeza de Jake, había aparecido una pequeña abolladura. Ya empezaban a salir de ella diminutas grietas. Había visto esto antes, por supuesto, en la autopista, cuando una china le había golpeado el parabrisas; pero nunca estando parado. Jake se inclinó y tocó el cristal. Liso. La grieta no había atravesado.

—¿Alguien nos está usando de diana? —preguntó Peter.

—Creo que sé quién —dijo Jake señalando hacia el porche, donde un niño rollizo acunaba una pistola de aire comprimido—. Damien, el de ahí.

—Ese es el hijo de Felicity, Brady. ¿De dónde has sacado lo de Damien?

—¿No has visto *La profecía*?

—¿Qué es eso?

—Búscalo en Google. En fin, a ese cabroncete le importa un bledo que yo sea poli. ¿Seguro que quieres entrar a ver qué tal están?

—Desesperadamente, pero no quiero perder un ojo. ¡Te he traído de protección, no para provocarlos!

—Y tiene buena puntería. Deberías echar un vistazo a ese gallinero al pasar.

Felicity salió al porche y gritó el nombre de su hijo.

Él entonces soltó su pistola de aire comprimido.

—Mano dura. Me gusta —dijo Peter y salió del coche.

Mientras se acercaban a la casa, Jake preguntó:

—¿Puedo pasarles la factura por el bollo del parabrisas?

—Deja que hable yo. Estoy aquí para ver que todo esté en orden, no para empezar una guerra.

—Al menos ese hedor ha amainado. Deben de haberse deshecho por fin de las gallinas muertas.

Felicity terminó de amonestar a su hijo con un rápido golpe en la nuca, y él entró furioso en la casa. Ella se acercó a la escalinata con un vestido mucho más oscuro que el del día anterior, aunque seguía siendo de flores.

Cuando llegó a lo alto de los escalones, Jake se fijó en el ojo morado y apretó los dientes.

—Me alegro de verte, Felicity —dijo Peter—. ¿Es un buen momento?

—Supongo. ¿Por qué estás aquí, Peter?

Peter se volvió hacia Jake.

—El agente Reynolds es un buen amigo mío. Me contó lo de ayer. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien.

—Su ojo —dijo Jake—. Ayer no lo tenía así.

Felicity se encogió de hombros.

—Soy muy torpe.

Peter levantó una bolsa de plástico.

—He traído unas chuches para los niños. ¿Podemos pasar?

—Aparte de mí y los chicos, no hay nadie más, así que no creo que pase nada.

—¿Dónde está todo el mundo, señora Davis? —preguntó Jake.

—Carson y Cam están en la tienda. No sé dónde está Dom. A veces empieza pronto en el Taps.

Felicity se dio la vuelta y entró.

Jake y Peter se miraron y la siguieron.

En la cocina, Brady estaba sentado a la mesa con otra pistola de aire comprimido desmontada frente a él. Estaba limpiando las piezas con un paño húmedo.

Su hermano, Owen, estaba sentado a su lado con una baraja de cartas. Las estaba organizando en montones según los palos.

—¿Cuántas pistolas tienes, Brady? —preguntó Jake.

Brady levantó la vista hacia él.

—Cinco.

—Un pequeño arsenal, entonces.

Brady pareció confundido.

—Lo siento por su coche. No le estaba apuntando a usted.

—Y yo que pensaba que había sido un tiro cojonudo. ¿A qué apuntabas?

—A los coches viejos.

—Entiendo que eso sea divertido. —*Mejor que esas pobres gallinas, en cualquier caso.*

Cuando terminó de organizar las cartas en montones, Owen las recogió todas y se volvió hacia su madre, tendiéndoselas.

—Claro, cariño —dijo Felicity. Le cogió las cartas y las barajó—. Le encantan las cartas. Quiere ser mago. Eres bueno, ¿verdad, cielo?

Owen se quedó mirando a su madre. Todavía no había reparado en la presencia de Jake y Peter.

—No puede hablar, ¿sabe? —dijo Brady—. Mudo.

—Autista no verbal —corrigió Felicity, fulminando a Brady con la mirada mientras barajaba.

Peter volcó el contenido de su bolsa sobre la mesa. Un montón de paquetes de Haribo cayeron. —Con esto volvía loca a mi madre, chicos. Solía decir que se me iban a caer los dientes. —Se giró, sonrió a Jake mostrando su nueva dentadura y susurró—: Parece que al final no fueron las chuches lo que acabó con ellos. —Se volvió hacia Felicity, que estaba entregando las cartas barajadas a Owen—. ¿Podemos hablar sin los niños?

—Brady, coge a tu hermano y las chuches y subid a vuestro cuarto.

—Mierda. ¿Tengo que hacerlo? —preguntó Brady.

—Sí, tienes que hacerlo, y vigila esa boca.

Brady masculló otra obscenidad por lo bajo y dejó la pistola para rodear la mesa y recoger los Haribo.

—Venga, O.

Owen se tocó el tupé engominado, comprobando que estaba sólido y de punta, y con las cartas en la mano, siguió a Brady.

—Brady —dijo Felicity—. ¿Es que no tienes modales?

Brady se dio la vuelta bruscamente. —Gracias por los dulces, Peter. —Dirigió un asentimiento con la cabeza a Jake—. Agente Reynolds. —Luego se giró y siguió a su hermano fuera de la cocina.

—Has criado a dos jóvenes excelentes —dijo Peter.

—Claro —dijo ella con sarcasmo.

—¿Y el ojo, Felicity? —preguntó Jake, yendo directo al grano.

Felicity se sentó y se encogió de hombros de nuevo. —Ya se lo he dicho, soy torpe.

—¿Lo bastante torpe como para hacerse un ojo morado?

—Me di con la puerta de un armario.

—¿Cuál? —preguntó Jake.

Felicity negó con la cabeza. —Es asunto mío. Por favor, no se meta.

Brady suspiró y se giró. —Gracias por los dulces.

—De nada, jovencito.

Jake observó a los chicos marcharse, con el corazón lleno de compasión por sus miserables vidas.

Peter se volvió hacia Felicity. —¿Te ha pegado Carson?

Felicity se resistió. —¿Carson? Sería incapaz de matar una mosca.

—¿Quién ha sido?

Felicity se encogió de hombros y sonrió. —¿Entonces no te has tragado lo de que soy torpe?

—Permítanos ayudarla —dijo Jake.

—¿Y cómo propone hacerlo exactamente? Peter lleva años intentando ayudar, ¿a que sí?

—Esto es lo peor que he visto —dijo Peter—. Ya basta. ¿Quién te ha pegado?

—Cam. Dom. ¿Cam o Dom? ¿Qué más da? Los dos son unos gilipollas.

—La última vez que vine, dijiste que no te pegaban —dijo Peter.

—No lo hacían… entonces. Bueno, ya sabes, los tiempos cambian.

—¿Cómo han cambiado? —preguntó Jake.

Ella se quedó mirando a Jake. —Antes dejaba que me follaran, y ahora no.

Jake se estremeció.

—No se toman bien el rechazo. —Señaló su ojo—. Creen que pueden hacerme cambiar de idea, pero soy cabezota, sabe. Solo tiene que ver el estado de mis brazos y mi espalda para comprobar lo cabezota que puedo llegar a ser.

Jake alargó la mano y apretó el respaldo de una silla de la mesa de la cocina. Intentaba ocultar la ira de su rostro pero, al hacerlo, se arriesgaba a destrozarles los muebles.

—¿Carson sabe algo de esto? —preguntó Peter.

Ella se rio. —Por supuesto que lo sabe.

—¿Y no hace nada?

—Como he dicho antes, sería incapaz de matar una mosca.

—Pero es usted su mujer —dijo Jake.

Se encogió de hombros. —Soy su mujer, y Cam es su padre. Hay una jerarquía. A su manera, en realidad es hasta tierno conmigo.

—Nadie que permita que esto ocurra es tierno —dijo Jake.

—No conoce otra cosa. Creció viendo cómo le pasaba a su propia madre.

Jake retiró la mano de la silla. —Y ahora sus hijos están creciendo y viéndolo también...

—*¡No!* —Felicity señaló a Jake—. No, ellos *no*. Esos cabrones no se atreverían. No delante de mis hijos. Le dije a Carson que sufriría cualquier cosa para mantener a mis hijos a salvo, pero que si alguna vez me hacían daño delante de ellos, mataría a esas viejas ratas mientras duermen, y si me quitan a mis hijos, al menos estarían lejos de este agujero infernal. Mis hijos nunca sabrán lo que he sufrido. *Nunca.*

—La verdad no puede permanecer oculta para siempre. La han violado.

—Consentí todas y cada una de las veces. *Todas*. Mantenía la vida tranquila. Mi desdicha era un precio bajo a pagar por mantener a mis chicos a salvo.

—Sigue siendo violación —dijo Jake—. La han intimidado y coaccionado.

—Sí —dijo Felicity—. Lo *hicieron*.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Peter.

—He dejado de engañarme. Mis chicos no están a salvo. Mira a Brady. Está robando en tiendas y está obsesionado con las pistolas. ¿Cuánto falta para que le dispare a alguien?

Jake pensó en la abolladura de su parabrisas. *No mucho.*

—Mi silencio y mi sumisión ya no sirven de nada. Mira a Owen. Mira el dolor en su cara. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Tiene que acabar. De hecho, *ha* acabado. Voy a recuperar mi vida.

—Así no —dijo Peter—. No enfadándolos, frustrándolos. Van a acabar matándote.

Las lágrimas le surcaban el rostro. Se las secó, negó con la cabeza y sonrió. —¿Cómo van a matarme si no estoy aquí?

Jake vio cómo se abrían los ojos de Peter. Era evidente que aquello era algo que Peter había deseado desesperadamente durante mucho tiempo.

Peter dijo: —¿Adónde vas? ¿Necesitas un sitio donde quedarte?

Ella negó con la cabeza. —Tengo adónde ir.

—Fantástico —dijo Peter—. Es la decisión correcta.

—Sí. Durante tanto tiempo quise a Carson, y me encantaba lo mucho que adoraba a Owen y a Brady, y yo estaba dispuesta, en mi ingenuidad, en mi *puta* estupidez, a hacer cualquier cosa para mantenernos juntos. Pero he conocido a otra persona, y me ha hecho darme cuenta de que no tiene por qué ser así. Quiero que Brady vaya al colegio. Quiero que Owen sea mago. Quiero estar con alguien que no me prostituya a sus parientes paletos.

Peter cogió una de las manos de Felicity.

Ella lo miró. Las lágrimas seguían cayendo.

—¿Quién es? —dijo Peter.

—Lo conoces, Peter. Es uno de los nuestros. Me entiende. Pero no puedes decir nada, Peter. Mañana viene a por nosotros.

—Por supuesto que no lo haré. Entonces, ¿es abenaki?

Ella asintió. —Él también ha hecho algunas cosas cuestionables, pero ha cambiado. Trabajó como conductor para Jotham Macleoid durante un tiempo, pero lo hacía para mantener a su madre.

Jake vio cómo su amigo palidecía.

—¿Y quién no trabajó para ese animal? —continuó Felicity—. De todos modos, tiene buen corazón; lo hizo por su familia.

La mano de Peter se soltó de la de Felicity.

—¿Quién es, Felicity? —preguntó Jake.

—Oliver Sholes.

Peter se dio la vuelta.

Jake conocía bien la historia. Oliver Sholes había prometido ayudar a Peter a entrar en la propiedad de Jotham para que pudiera liberar a sus perros, pero lo había traicionado. Ese cabronazo lo había dejado a merced de Jotham y era la razón por la que le habían arrancado todos los dientes.

Jake suspiró y se abstuvo de decir lo obvio sobre la decisión de Felicity. *Salir de Málaga para meterse en Malagón.*

Lillian y el agente de la MSP, Ewan Taylor, llevaban sentados frente a la tienda Rogers General Store casi una hora. El letrero de *Cerrado* que colgaba en el escaparate delantero era una rareza para las diez de la mañana de un día laborable, así que ambos se habían aventurado a la parte de atrás para llamar a la puerta de su apartamento, pero nadie había respondido.

Mientras esperaban el regreso de Mason en el deportivo Audi de Ewan, los dos agentes charlaron largo y tendido. Lillian se dio cuenta enseguida de que Ewan, al igual que ella, era una persona concienzuda, motivada principalmente por un sentido de la justicia.

—He de admitir que, cuando vi el coche, pensé otra cosa —dijo Lillian.

—Dije que siempre he querido hacer lo correcto; nunca dije que quisiera vivir sin lujos.

Ella se rio, y entonces se dio cuenta de que aquel agente alto podría llegar a caerle muy bien. Al igual que su superior, Louise, también llevaba un traje a medida y cuidaba su aspecto. Lillian reparó en que Ewan desviaba la conversación hacia Louise con regularidad. O bien sentía una admiración total por ella en el plano profesional, o estaba coladísimo por ella.

No sería tan tonto de pensar que aquello pudiese llegar a algo. ¡Tenía tres hijos! Decidió recordárselo. Su reacción podría aclararle cuáles eran sus intenciones.

—La teniente Price parece muy capaz —dijo Lillian.

—Es sólida como una roca. Nunca la he visto perder el control. Ni una sola vez. No se podría pedir una jefa mejor.

—Bueno, con tres hijos, supongo que tendrá mucha práctica.

Ewan la miró. Ahí estaba la reacción, aunque fue distinta de la que ella había previsto. Fue de consternación, como si Lillian hubiera dicho una auténtica locura.

—¿Te encuentras bien?

Él apartó la mirada. —Sí, claro. Estoy bien.

—Pues no lo parece.

—Es solo que aún no he desayunado y la noche ha sido larga.

—Jugamos en el mismo bando, ¿recuerdas?

Él le dedicó una sonrisa. —¿Sabes en cuántos pueblos pequeños ha hecho Louise esa pregunta?

Lillian negó con la cabeza.

—¡En el mismo número de pueblos donde nos han apuñalado por la espalda! Ese contrato verbal no significa nada. Siempre somos nosotros y siempre sois vosotros.

—Esta vez te equivocas.

—Eso ya lo he oído antes.

—Me parezco más a ti que a ellos.

—Sé que tú lo crees —dijo Ewan.

—Desprecio jodidamente a todos con los que trabajo.

—De nuevo, eso ya lo he oído antes. Lo siguiente será que me digas que se debe a que eres la única mujer en un departamento patriarcal.

—Bueno, no te voy a contar lo obvio, pero sí te diré que hay veces que me quedo en casa, con la mirada perdida en el vacío, asqueada por la incesante misoginia a la que me enfrento a diario.

Ewan respiró hondo y asintió. —Te manejas mejor que la mayoría, eso te lo concedo.

—Escucha. Yo trabajo en el siglo XXI, a diferencia de mis compañeros, y a diferencia de los que os han apuñalado por la espalda.

—Esto no es una entrevista de trabajo.

—Ojalá lo fuera.

Ewan se rio. —Soy el hombre equivocado para eso, aunque estoy seguro de que si nos ayudas, la palabra de la teniente llegará muy lejos.

—En serio, Ewan, créeme que puedes confiar en mí.

—¡Bueno, ya vale! ¡Te creo!

—Entonces, dime. ¿Por qué esa reacción cuando he mencionado a los tres hijos de la teniente? Seré abierta y transparente contigo en todo. *Salvo en lo de Jake Pettman* —se prometió a sí misma—, *porque le debo más de lo que nunca sabrás.* —Tienes mi palabra.

—La historia es triste y no tiene ninguna relevancia para lo que está pasando.

—Eso no me suena a transparencia.

—Si se te escapa que lo sabes, podría perder su confianza.

—No lo haré.

Miró fijamente a Lillian y respiró hondo de nuevo. —Qué demonios. Espero no equivocarme contigo.

—No te equivocas.

—Una tarde, hace seis años, Louise volvió a casa del trabajo y su marido y sus tres hijas habían desaparecido.

—¿Desaparecido?

Ewan asintió.

—¿Adónde?

Ewan se encogió de hombros. —Sin más. Desaparecieron. No se les ha vuelto a ver desde entonces.

—¿Hace seis años?

—Poco más. —Suspiró—. Te dije que la historia era triste.

—Tiene que haber algo más.

—No lo hay. Ni rastro de que forzaran la entrada, ni pistas de intrusos. El coche de la familia seguía en la entrada de la casa.

—La gente no se desvanece sin más.

—Bueno, sí que lo hacen… todo el tiempo, de hecho.

—¡Sí, pero no familias enteras! No sin dejar rastro.

Ewan volvió a encogerse de hombros. —Sin dejar rastro. El caso se enfrió hace mucho tiempo.

—Eso es horrible.

—Lo sé.

—¿Podrían haber abandonado a Louise? ¿Estar escondidos de ella?

—¿Pero por qué? Según todo el mundo, su marido la adoraba, y sé que ella lo adoraba a él.

—Espera. —Lillian negó con la cabeza—. Le estaba enviando mensajes a su marido cuando la llevé a la comisaría anoche. ¡Me *dijo* que le estaba escribiendo a él!

—Sí. Me temo que la historia no mejora. Es su mecanismo de defensa. Mientras trabaja, intenta pensar que están vivos. Eso la mantiene en pie. Se pasa el día enviándoles mensajes y mirando fotos suyas. Y parece que funciona. Nunca deja de ser profesional.

—No soy una experta, pero no parece la mejor manera de afrontar el duelo.

—Como te digo, a ella parece que le funciona.

—¿Y luego qué? Cuando no está trabajando y está en casa, ¿no tiene que enfrentarse de nuevo a la realidad de lo que ha pasado?

—No es de las que se sientan a darle vueltas. Cuando no está trabajando, está intentando encontrarlos. Todo el mundo se ha rendido, pero ella no lo hará. Nunca.

—No puedo decir que la culpe.

Ewan asintió. —Es la mejor que he conocido. No me sorprendería que descubriera la verdad.

—Esa es una de las historias más horrendas que he oído nunca —dijo Lillian.

—Bueno, querías saberlo. Pero hagas lo que hagas, no le muestres ninguna compasión. Lo verá como condescendencia. Es más seguro agitarle un trapo rojo a un toro.

—No lo haré. Se supone que no lo sé, ¿recuerdas?

Él asintió. —Cierto.

—¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Toda mi carrera. Diez años. Si no fuera por ella, no estaría donde estoy. Me enseñó todo lo que sé.

—Sientes mucho respeto por ella.

- Sí.

Y también estás enamorado de ella, ¿verdad?

Ewan miró a través del parabrisas hacia Main Street con una expresión triste.

15

GABRIEL RECONOCIÓ EL Audi del agente Taylor frente a la tienda de Mason, en Main Street. Estaba apoyado en la lavandería Lance, que llevaba más de cuatro años clausurada con tablones. «¡Joder!».

Tras oír su improperio, los Bailey, una pareja de ancianos, lo saludaron con un gesto de cabeza al pasar, pero dejaron pasar la oportunidad de pararse a charlar.

—Perdón —dijo Gabriel, molesto consigo mismo por maldecir en voz alta. Parecía que el último puñado de Adderall empezaba a hacer efecto, y volvía a estar nervioso.

Cuando estuvo seguro de que los Bailey estaban lo bastante lejos como para no oírlo, le dio una patada con el talón a los tablones que tenía detrás. Todo había sido mucho más sencillo *hasta que* Priscilla Stone le había hecho su oferta. Su plan había sido matar a Mason por asesinar a su hermana y colocarle una de sus propias armas. Legítima defensa; algo fácil de colar después de lo que había pasado ayer en la tienda. Pero aquella oferta de Priscilla…, bueno, le cambiaría la vida. Si esperaba a que terminara la investigación y la policía estatal de Míchigan no encontraba las pruebas necesarias para encarcelar a Mason, Gabriel *aún* podría matarlo, y…, ¡medio millón! ¡Sería rico!

Podría marcharse de Blue Falls con Kayla y empezar una nueva vida juntos. Ella no tardaría en cambiar de opinión sobre él cuando

se diera cuenta de lo ricos que eran. Acabaría amándolo como él la amaba a ella.

Pero, a pesar de haberse decidido, todavía quería mirar a ese cabrón de Mason a los ojos y decirle que sus días estaban contados, que asesinar a su hermana era una sentencia de muerte y que, sin duda alguna, se cumpliría.

Sin embargo, no podía ser ahora. La policía estatal de Míchigan estaba en su tienda.

Pateó los tablones de nuevo y regresó por donde había venido hasta el lugar donde había aparcado.

Gabriel le dio vueltas a la oferta de Priscilla durante todo el camino a casa, pero no fue hasta que estaba abriendo la puerta que decidió contarle a Kayla lo que pasaba. Todavía estaría resentida con él por sus formas bruscas de la noche anterior, pero el dinero —o, al menos, la promesa de dinero— tenía la capacidad de cambiar las percepciones. En este caso, esperaba que así fuera. Abrió la puerta principal y se le helaron las entrañas. La puerta de debajo de la escalera estaba abierta de par en par, igual que la última vez, cuando ese gusano de Ayden MacLeoid se había colado por la ventana de la cocina.

Y las mismas preguntas brutales de la última vez lo asaltaron: *¿Se había ido? ¿Kayla? ¿La hermosa Kayla? ¿Su Kayla?*

Metió la mano bajo las chaquetas para coger el rifle, pero, al encontrarse solo con el vacío, recordó que lo había movido al salón después de que Kayla descubriera dónde lo guardaba. Echó mano del cuchillo de caza que llevaba enfundado en la pierna, el mismo con el que le había rajado el cuello al hermano de Kayla.

Avanzó en silencio por el pasillo. La última vez, el elemento sorpresa había funcionado; si este intruso seguía aquí y no estaba llevando a Kayla a la comisaría, volvería a funcionar. Se asomó a la cocina. Esta vez no había ninguna ventana rota, sino una puerta

trasera abierta. El marco estaba agrietado. *¿Qué cabrón osado había forzado la puerta de la casa del jefe de policía?*

Gabriel se pasó el cuchillo de una mano a otra. Si todavía estaban aquí, disfrutaría destripándolos. Al bajar los escalones, se mantuvo en los bordes, pegado a la pared. El crujido era mucho menos pronunciado si lo hacía así. Recordó el alivio que había sentido la última vez al oír a Kayla hablando con Ayden. Esta vez, no oyó nada, y le costó evitar que se le encogiera el corazón.

Cuando llegó a los últimos escalones, vio la puerta abierta. Llegaba demasiado tarde. Le temblaron las piernas bajo la fuerza de la desesperación. Si no hubiera seguido pegado a la pared, podría haberse caído. Inspiró una bocanada de aire y se obligó a mantener un mínimo de control. Ahora, en una situación verdaderamente desesperada, lo necesitaba más que nunca.

Manteniendo el cuchillo en alto, bajó los escalones restantes rápidamente y entró en la habitación.

Con el rostro pálido como la cera, Kayla lo miraba. Un arma le apuntaba, pero él no podía ver a quien la empuñaba.

Impulsado por la adrenalina, se adentró más en la habitación y vio al intruso.

Mason.

—Debería haberte matado a tiros ayer —dijo Gabriel.

—Deberías haberlo hecho, pero no lo hiciste.

Gabriel señaló el arma con la cabeza. —¿Ese error va a costarme la vida?

—Solo he traído esto para que Kayla no dijera nada.

—¿Ya os llamáis por el nombre de pila?

—¿Cómo no iba a saber quién es? Es la hija del hombre que controlaba el pueblo. Ya veo por qué esperaste a que su padre muriera.

No lo hice, pensó Gabriel. *Pero no tienes por qué saberlo.*

Mason bajó el arma. —Por desgracia para el mundo, vivirás para luchar otro día.

—Por desgracia para ti, quizá. —Gabriel levantó el cuchillo y avanzó lentamente.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. Matarme no sirve de nada, Gabriel. Ya le dije a tu padre hace muchos años que yo no la maté. Y nada ha cambiado.

—Perdóname, pero me cuesta creerlo.

Mason guardó la pistola en una funda bajo la chaqueta.

—Qué estupidez —dijo Gabriel, dando otro paso.

—Quizá quieras escuchar lo que tengo que decir antes de matarme.

—A menos que sea una confesión, no me interesa.

—Todo el mundo tiene secretos enterrados, Gabriel. *Todo el mundo.* ¿Pero esto? —Abrió la mano en dirección a Kayla, cuyos ojos iban de uno a otro—. Esto es algo totalmente inesperado.

Mason retrocedió unos pasos, y Gabriel sopesó la idea de atacar, pero se contuvo al darse cuenta de que dejaría la puerta despejada para que Kayla tuviera otra oportunidad de escapar. —Esta conversación ya habría terminado si llevara mi pistola.

—Esta conversación nunca habría tenido lugar si le hubiera enviado las fotografías que hice anoche a la teniente Louise Price.

Se le helaron las entrañas de nuevo. *Claro. El cabrón no estaría aquí si no tuviera algo con lo que presionar.*

—Ahí fuera, jefe. Vi cómo le golpeabas la cabeza a esta pobre chica contra el suelo.

Los ojos de Gabriel se desviaron hacia Kayla y el vendaje de su frente. Respiró hondo, pero le costó trabajo, como si una soga se le hubiera ceñido al cuello y empezara a apretar. *Chico listo.* —¿Dame tu móvil.

Mason se encogió de hombros.

—Lo cogeré de tu cadáver. —Tan pronto como terminó su amenaza, Gabriel supo que Mason no habría sido tan estúpido como para traer consigo lo único que lo mantenía con vida. Las vías respiratorias se le seguían estrechando—. Voy a disfrutar destripándote.

—Y entonces mi hermano hará lo que yo debería haber hecho anoche y les enviará esas fotografías a los policías de verdad.

—¿Hermano? ¿Quién? No tienes ningún hermano.

—*Liam.*

Gabriel recordó la historia. —¿El que mató el ganado de los Davis?

Mason asintió.

—No te creo. Tus padres lo mandaron lejos cuando era un crío.

—Eso no significa que no haya vuelto.

Gabriel resopló. —¿Que ha vuelto? No creo que la familia Davis hubiera permitido eso.

—Entonces, confía en tus instintos, jefe. —Abrió los brazos como si fuera a recibir un abrazo—. Y destrípame.

Gabriel apuntó a Mason con el cuchillo. —Después de despellejarte.

Mason cerró los ojos. —Kayla me ha contado lo que le hiciste a su hermano… delante de ella.

—Eso no es nada comparado con lo que te haré a ti delante de ella.

—Entonces, ¿a qué esperas?

Gabriel señaló a Kayla con el cuchillo. —Quédate ahí. —Se acercó a Mason y apretó los dientes. Pensó en Louise abriendo el mensaje en su móvil. Levantó el cuchillo. Se imaginó los ojos de la teniente abriéndose como platos—. ¡Joder! —Gabriel dejó que el arma cayera a un lado—. ¿Por qué coño estás aquí? ¿Por qué no has enviado ya las fotografías?

Mason abrió los ojos, volvió a mirar a Kayla y suspiró. —Arderé en el infierno por no haberlas enviado, pero te necesito.

—¿Me *necesitas*?

Mason miró a Gabriel y asintió. —Aparte de Lorraine, Blue Falls nunca me ha dado nada. He terminado con este lugar.

—¡Pues lárgate de una vez! ¿Por qué sigues aquí? Podrías estar ya muy lejos.

—¿Y me habrías dejado marchar? Podrías haberte unido a los hermanos Davis para despedirme y desearme lo mejor.

—Podrías haberte escabullido.

—¿Y pasarme el resto de mi vida mirando por encima del hombro?

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Enfrentarte a nosotros?

—No. Quiero hacer esto bien. Si por mi hermano fuera, créeme, todo esto ya habría terminado. Pero no, no después de lo que hizo la última vez.

—¿La última vez?

—No te hagas el tonto, jefe. ¿Quién crees que mató a Henry y a Bobby en el setenta y cinco? ¡Les reventó los sesos con un martillo delante de mí!

Gabriel abrió los ojos como platos. —Y sus dientes, se los quitó, ¿verdad?

Mason asintió.

—Entonces, también mató a mi hermana.

—No.

—¡Pero le faltaban los dientes!

—No fue él. Te estoy diciendo la verdad. Estoy poniendo todas las cartas sobre la mesa. Lo de los dientes desaparecidos debe de ser una coincidencia.

—*¡Paparruchas!* Sabes quién mató a Collette.

—No lo sé.

—¡Mientes! —Levantó el cuchillo de nuevo—. ¡Estás mintiendo, joder!

Mason le devolvió la mirada, entrecerrando los ojos, y alzó la voz por primera vez. —Escucha. El que tiene la sartén por el mango aquí soy yo, no tú. He resuelto mi problema con la familia Davis, y ahora, he resuelto mi problema contigo, porque por mucho que me repugne hasta lo más profundo de mi ser, mantendré tu secreto a salvo.

—¿Pero por qué? Resolverías tu problema enviando esas imágenes a la policía estatal de Massachusetts.

—Porque vas a ayudarme con mi tercer y último problema.

—¿Qué es?

Mason respiró hondo. —Jotham MacLeod cayó cuando Jake Pettman llegó al pueblo, ¿no?

Gabriel se encogió de hombros.

—Creo que él mató a Jotham, y creo que mató a Anthony, mi hijo.

Gabriel se encogió de hombros. —No sabría decirte.

Mason sonrió. —Pero lo sabes, ¿verdad, Gabriel? Lo sabes.

—¿Qué te hace decir eso?

—Porque si no supieras que fue Jake Pettman, ya lo tendrías bajo investigación.

—¿Cómo sabes que no lo he hecho?

—¿Quién fue entonces, Gabriel? ¿Esto ocurrió en tu jurisdicción y no sabes nada? ¿No sospechas de nadie?

Gabriel se mordió el labio.

—Y, por favor, muéstrame más respeto que para usar la excusa del forastero que ya se ha largado. Blue Falls ha contado ese cuento demasiadas veces. Dime la verdad, Gabriel. ¿Fue Jake Pettman?

No, pensó Gabriel, *porque fui yo. Le pegué un tiro en la cabeza a tu hijo después de que amenazara a Jake. Además, ese cabroncete se lo tenía merecido.* Gabriel respiró hondo de nuevo. Compartir la verdad con Mason era tentador, pero probablemente no sería prudente. En su lugar, asintió. *Mejor que piense que fue Jake a estas alturas.* Abrió la boca para darle más detalles…

—No —dijo Mason—. Ya tengo suficientes pesadillas.

—Entonces, ¿es eso? ¿Es todo lo que querías? ¿La verdad?

—No, por supuesto que no. Él sigue siendo mi tercer y último problema. No puedo marcharme dejándolo vivo después de lo que le hizo a alguien de mi propia sangre.

—Pues entonces, mata al cabrón. ¡Dios sabe que no mucha gente lo echaría de menos!

—¿Es que no escuchas? Quiero irme. *Empezar de nuevo.* Un asesinato no me ayudará a conseguirlo.

—¡Sigo sin entender lo que me estás diciendo!

—Digo que yo no saldría impune de matar a Jake Pettman, pero apuesto a que el jefe de policía sí.

El vehículo de Jake traqueteó por el camino de tierra que salía de la propiedad de los Davis.

—De toda la gente que hay —dijo Peter—, tenía que ser ese mierdecilla.

—Supongo que no necesito preguntar adónde vamos —dijo Jake.

—Iré solo si lo prefieres.

—Preferiría no tener que ir a visitarte a una celda. Es mejor que vaya contigo.

—¿Qué crees que voy a hacer? ¿Arrancarle la yugular?

—Recuerdo el día en que te despertaste en el hospital y dijiste que eso era exactamente lo que ibas a hacer.

—Estaba enfadado.

—Ajá.

—Me echó a los leones. Prometió meterme en la propiedad y luego se quedó mirando mientras me pegaban un tiro en las tripas y me entregaban a ese maníaco.

—Ya me sé la historia, Peter. La sacas a relucir… a menudo.

—¡Joder, su pobre madre! Si se enterara de lo que su adorado niñito me hizo, jamás se lo perdonaría.

—Qué gran corazón tienes. Hombres de menos talla se lo habrían contado.

Peter rebuscó en el bolsillo de su chaqueta. —¿Puedo fumar?

—No.

Peter sacó un cigarrillo, bajó la ventanilla y lo encendió con un Zippo grabado.

—Bonito mechero. No lo había visto nunca.

—De mis tiempos en el ejército. Lo saqué anoche.

—¿Quién lo mandó grabar?

—Alguien especial. Se llamaba Tong. Vietnamita.

Jake sonrió. —¿Y qué pasó ahí?

—Volví a casa.

—¿No intentaste mantener el contacto?

—Esto no ayuda, Jake.

—Vale, de acuerdo.

Irene Sholes los hizo pasar a una casa ordenada con una repisa de chimenea decorada con baratijas abenakis y cojines de tela en el sofá; un contraste absoluto con el caos en el que operaba la familia Davis. No era de extrañar que a Felicity le apeteciera un cambio.

—Siento molestarte, Irene, pero quería hablar con Oliver.

—Por supuesto —dijo Irene, posando una mano en el brazo de Peter.

No estaba coqueteando, observó Jake. Peter había dirigido el Consejo Abenaki en una época en la que ella había recibido apoyo financiero. Su afecto nacía de la gratitud.

Jake comprendía ahora lo devastadora que sería para ella la verdad sobre Oliver.

Cuando la policía había intentado sacarle a Peter la verdad sobre lo que había ocurrido aquella noche en la propiedad de Jotham, él había alegado amnesia. Había perdido mucha sangre por la bala en el estómago y había sufrido heridas en la cabeza después de que le partieran los dientes. Era difícil refutar esa afirmación. En consecuencia, Oliver nunca pagó por lo que le había hecho a Peter.

Incluso antes de que Peter sacara el tema, Irene dijo: —Sé lo de Felicity Davis.

Peter asintió. —Lo suponía. ¿Estás de acuerdo con que venga aquí?

Irene asintió.

—Los hermanos Davis son gente peligrosa.

—Lo sé, pero nunca he visto a mi Oliver tan feliz.

Peter miró a Jake.

Jake detectó la mueca que escondía tras su expresión pétrea.

Oliver entró y se fijó en Peter. Se puso pálido. —¿Peter?

—Cuánto tiempo sin verte.

Los ojos de Oliver se movieron de un lado a otro. —Tienes buen aspecto.

—Dientes nuevos. —Peter sonrió, mostrándolos.

Oliver asintió y sonrió.

Peter miró a Irene. —¿Podemos hablar con tu hijo a solas? No vamos a interferir en vuestros planes. Tienes mi palabra.

—Por supuesto, Peter. No necesitas ninguna excusa. Siempre velas por nuestros intereses.

Peter le sonrió a Oliver. —Sí, Irene. Lo hago.

Después de que Irene saliera de la habitación, Peter se acercó a Oliver.

Afortunadamente, Jake consiguió agarrar a su amigo del hombro antes de que pudiera lanzar al joven a través de la puerta cerrada tras su madre.

Peter inspiró hondo por la nariz y miró a Jake.

—Por eso he venido —dijo Jake.

—Por eso te he traído —dijo Peter.

Oliver, pálido y tembloroso, se acurrucó contra la puerta. —Peter, lo siento. No tuve elección, la situación en la que estaba…

—Ahórratelo, mierdecilla. Me llevaste a la muerte. Esa santa mujer que está detrás de esa puerta es la única razón por la que sigues en pie. Eso, y el hombretón que tengo detrás sujetándome el hombro.

—Y se me podría soltar fácilmente la mano —dijo Jake—. Sobre todo cuando hay gentuza traidora de por medio.

—¡Trabajaba para Jotham MacLeoid! ¿Crees que tuve alguna opción?

—Deberías elegir mejor a tus jefes —dijo Peter.

—O afiliarte a un sindicato —dijo Jake.

—¿Por qué has venido aquí, Peter? ¿Por qué? Podríamos haber arreglado esto lejos de mamá.

—No estoy aquí por lo nuestro, idiota, aunque esa situación está lejos de estar resuelta. —Hizo una pausa para mirar a Jake—. Ya estoy tranquilo. Puedes soltarme.

Jake asintió y le soltó el hombro.

El alivio se instaló en el rostro de Oliver. —Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Oh, a ver… —dijo Peter—. ¿Después de librarte de una panda de cabrones asesinos, te pareció bien meterte con otra?

—No sé a qué te…

—Felicity Davis.

—Ah.

—Sí, ah.

Oliver se encogió de hombros. —La quiero.

—Ahórratelo —dijo Peter—. Dudo que alguna vez hayas querido a alguien que no seas tú mismo.

—Sí que la quiero. Nos llevamos bien en el fin de semana de la herencia abenaki del año pasado.

—Me sorprende que le permitieran ir —dijo Peter.

—Se lo permitieron porque tiene permiso para ver a su madre. Sus hijos no. No creo que Cam Davis quiera aceptar que sus nietos son abenakis.

—¿Y qué? ¿Habéis estado viéndoos a escondidas desde entonces?

Oliver asintió. —Por ahí van los tiros.

—Y ahora pretendes traerla aquí. ¿Cómo crees que va a salir eso?

—No lo sé. Pero la quiero, y no puede seguir allí. Las cosas que le hacen…

Peter alzó la mano. —Basta. Lo sé. Tú y yo estamos de acuerdo en eso. Lo que no me esperaba era que la solución viniera en la forma de un cretino sin agallas. —Suspiró—. Sin embargo, así es como han salido las cosas, así que supongo que tendremos que hacer de tripas corazón.

—¿Nosotros?

—Sí, nosotros —dijo Peter—. Imagina que te dejara hacer esto solo.

—Está todo planeado. De verdad que…

—Bueno, pensemos en la última vez que planeaste algo. Ah, sí, que no funcionó. Yo sigo aquí y tu jefe está muerto.

—Escucha. Tienes que confiar en mí esta vez.

—No, Oliver, no solo mataste la confianza que había entre nosotros, sino que la enterraste en una tumba sin nombre en mitad de la nada. Dime tu plan, y luego yo te diré cómo va a ir la cosa.

Oliver negó con la cabeza.

—Anímate, hijo. Acabas de conseguirte un socio.

Gabriel maldijo la existencia de Mason Rogers. También maldijo la existencia del Adderall. La combinación de ambos lo sumió en un frenesí. Cuando se sentía así, tenía que moverse rápido. Su deseo de

coger a Kayla se volvería abrumador en cuestión de minutos. Mancillarla no era una opción.

Así que, tras abrir un vídeo en su ordenador portátil que lo ayudaría a liberar parte de la tensión, se esposó a la tubería de un radiador con unas esposas especiales que funcionaban con un temporizador.

Treinta minutos.

Estaba atrapado. Kayla estaba a salvo.

Comenzó a masturbarse viendo un vídeo de un hombre que cuidaba de dos chicas. Ambas eran adolescentes y ajenas a las intenciones de su guardián. Como de costumbre, la actuación no podía ser más artificial. Así que, como siempre hacía, Gabriel intentó ignorar el hecho de que no era real. Pero esta vez fue diferente. La anfetamina aportaba a la escena una claridad a la que no estaba acostumbrado, y no pudo ignorar la falsedad de lo que veía.

Diecinueve minutos.

No estaba más cerca de poner fin a su frenesí.

Apretó los dientes y se masturbó más agresivamente con la esperanza de poder *forzar* una conclusión. Entendía que el placer sexual provenía predominantemente de la mente, pero con el Adderall añadiendo a sus procesos de pensamiento una rigidez a la que no estaba acostumbrado, tendría que intentar que la materia dominara a la mente en lugar de lo contrario.

Una vez que la conversación forzada terminó y el hombre empezó a forzar a las dos chicas, Gabriel esperó que fuera suficiente para llevarlo al clímax. Pero no lo fue. *Porque* ahí estaba de nuevo. La gran mentira. El hombre no se estaba aprovechando de las chicas. *En realidad, no*. La sustancia química en su sangre le proporcionaba una concentración afilada como nunca antes. Percibía la disposición de ellas detrás de sus falsas expresiones de desconcierto. Eran actrices, y estaban actuando por un sueldo.

El frenesí y la frustración hicieron que las lágrimas rodaran por su cara.

Pensó en Kayla.

No… no…

Aumentó la velocidad de su mano, desesperado por encontrar un final que no parecía estar a la vista. Examinó las esposas.

Ocho minutos.

Debería ser tiempo suficiente.

No lo fue.

KAYLA no se había movido de la cama desde que Gabriel y Mason habían abandonado el sótano. Durante la última hora, se había acurrucado e intentado desesperadamente dormir. Era poco probable que disfrutara de un sueño agradable —la mayoría habían sido horrendos últimamente—, pero cualquier cosa era preferible a la fría crudeza de la realidad, a que sus problemas se hubieran duplicado y que ahora dos personas malvadas la tuvieran cautiva.

Además, Mason acababa de meter más presión a Gabriel, un hombre que perdía el control de la realidad más y más cada día. ¿Qué significaría esto ahora? ¿Para ella?

Como si él hubiera oído su pregunta y ahora estuviera allí para responderla, bajó las escaleras con estrépito. —¿Kayla?

Ella permaneció acurrucada, fingiendo estar dormida.

—¿Kayla? —Sonaba desesperado.

Escuchó el traqueteo del candado mientras él lo atacaba con impaciencia. Notó un sabor a bilis en la boca, pero mantuvo los ojos apretados.

La puerta se abrió. —¡Kayla, por favor, te necesito ahora! ¡Más que nunca! ¡Estoy perdiendo el control! ¡Gírate! ¡Mírame!

Mantuvo los ojos cerrados, pero sabía que era inútil.

—¡Por favor, te lo suplico!

Abrió los ojos. Era más peligroso ignorarlo.

—¡Gírate!

Se dio la vuelta.

Se había puesto un batín. Lo llevaba abierto. Se sujetaba la erección. Tenía la cara y el cuerpo brillantes de sudor. Le temblaba el rostro y sus ojos se movían de un lado a otro. —Lo intenté, Kayla, lo

intenté. De verdad que lo hice, pero los vídeos ya no funcionan. Y necesito liberarme. Te necesito. ¡Tienes que entenderlo! —Su mano se movía de un lado a otro sobre su erección.

Kayla se tapó la cara. —No… por favor… no. —Intentó desesperadamente bloquearlo todo con pensamientos de las amables mujeres que solían trabajar en el laboratorio de su padre. Solían hablar con ella en sus descansos y le llevaban pequeños regalos al trabajo. Pero los gruñidos y gemidos de Gabriel atravesaron los recuerdos, y luego sintió cómo los ruidos se hacían más fuertes a medida que él se acercaba. Rodó más hacia el borde de la cama.

Él le agarró la pierna. —Kayla, por favor, tienes que mirarme. Tienes que hacerlo.

Intentó zafarse de su mano, pero la agarraba con demasiada fuerza. —No, no...

—¡Mírame!

Abrió los ojos, esperando verlo de pie sobre ella, pero ahora estaba arrodillado, lo cual fue un alivio, porque ya no podía ver lo que hacía con la otra mano. Su respiración se había acelerado y el sudor le perlaba la cara. Sintió que la mano de él le subía por la pierna hasta el muslo. —Por favor.

—No puedo evitarlo...

—*Por favor.* —Sintió que la mano de él aflojaba el agarre y, por un segundo, esperó que se retirara, pero entonces sintió sus dedos explorando la zona de su entrepierna. Encogió las piernas y lanzó una patada. Consiguió estamparle uno de sus pies desnudos en la cara.

Se desplomó hacia atrás.

Fue a darle otra patada, pero esta vez falló por completo. Retrocedió a toda prisa hasta que llegó al final de la cama y se llevó las rodillas al pecho.

Él se quedó tumbado en el suelo, con el batín abierto a su alrededor, gimiendo mientras el fluido burbujeaba y se derramaba sobre su mano cada vez más lenta.

Ella apretó los dientes e intentó reprimir el vómito que aún saboreaba en la boca.

Cuando su respiración se estabilizó, se levantó y se anudó el batín. No miró a Kayla. En lugar de eso, le dio la espalda y salió de la habitación. Se detuvo justo en el umbral y se giró lentamente para mirarla. —Lo siento.

Ella negó con la cabeza. Ahora sí le brotaban las lágrimas.

Él cerró la puerta.

TRAS VESTIRSE, Gabriel se sentó en su salón. Vio el portátil y las esposas junto al radiador y suspiró. Se alegraba mucho de que Kayla al final se hubiera defendido. Si no lo hubiera hecho, ¿entonces qué? ¿La habría mancillado? Y si la mancillaba, ¿seguiría amándola? Y si ya no la amara, ¿entonces qué? Era mejor ni pensarlo.

Ahora tenía que centrarse en otros asuntos. Mason quería acabar con Jake Pettman para guardar su secreto sobre Kayla. Gabriel creía saber cómo conseguirlo sin mancharse las manos.

Cuando Jake llegó al pueblo, Gabriel había hecho averiguaciones en el Reino Unido. Parecía que Jake no había dejado su trabajo, sino que huía de algo. Cuando Gabriel lo confrontó al respecto, Jake se había puesto muy hostil. Habiendo aprendido mucho sobre el carácter de Jake Pettman en los últimos meses, además de verlo ejecutar a Jotham MacLeod sin compasión, Gabriel sospechaba que Jake se había metido en un lío muy gordo en el Reino Unido; una situación que le había obligado a esconderse en mitad de la nada.

—*Si hago esta llamada* —le había dicho Gabriel a Mason—, *de un modo u otro, todo su mundo se vendrá abajo.*

Mason lo había sopesado un momento. Claramente, tenía en mente una solución más tajante; una bala en la cabeza, quizás. A pesar de ello, había asentido. Después de todo, tenía un cierto elemento de intriga: ¿hasta dónde podía caer el hombre que asesinó a su hijo?

Gabriel cogió el cuaderno de la mesa de centro y marcó el número en su móvil.

Mientras sonaba el teléfono, recordó la amenaza de Jake de revelar el interés de Gabriel por la gente más joven si alguna vez seguía por ese camino. Suspiró. ¿Qué otra opción tenía? Con suerte, la marcha de Jake Pettman —ya fuera en una bolsa para cadáveres o con unas esposas— se produciría más pronto que tarde, y si sus acusaciones alguna vez salían a la luz, sería simplemente la palabra de Jake contra la suya.

—Policía de Wiltshire, ¿en qué puedo ayudarle?

—Con la Comisario Jefe Joan Madden, por favor.

—¿Puedo saber quién llama?

Gabriel pasó por los formalismos.

—¿De qué se trata, señor? Veré si alguien más puede ayudarle.

—Tengo información sobre el paradero del sargento detective Jake Pettman. Y me temo que nadie más que su comisario jefe servirá. Sé que quiere encontrar a Jake. Sé que tiene muchísimas ganas de encontrarlo.

16

MASON ESTABA absorto en su mundo mientras abría la puerta de su tienda y ni siquiera le echó un vistazo al Audi de Ewan.

—¿Nos está ignorando? —preguntó Ewan.

—No lo sé. A mí no me parece que esté muy centrado —dijo Lillian.

—¿Quieres llevar tú la iniciativa?

—¿De verdad?

—No tengo ningún problema. Además, seguramente ya tienes trato con él. Podría ser mejor empezar con tacto.

—¿Estás diciendo que tengo tacto?

—No, solo digo que…

—Tranquilo, sé a lo que te refieres.

Lillian entró primero.

—Lillian —dijo Mason desde detrás del mostrador—, ¿qué puedo hacer por ti?

—Estoy aquí por un asunto policial, Mason.

—Vaya, ¿por qué será que no me sorprende?

Ewan entró y Mason suspiró. —Supongo que fui un iluso al pensar que zanjaríamos todo esto ayer.

Lillian sonrió. —¿Por qué estabas fuera, Mason? Nunca te he visto cerrar la tienda durante el día.

—¿Ahora también vais a controlar mi horario de apertura?

—No, simple curiosidad.

—El estrés de todo esto me está afectando. Últimamente tengo que salir a dar más paseos para despejarme. Además, tampoco es que esté haciendo mucho negocio.

Lillian asintió. —Todos queremos que esto se aclare cuanto antes.

—¿Sabes que esto me ha atormentado casi toda la vida? —Tamborileó con los dedos en el mostrador y observó a Ewan entrecerrando los ojos—. ¿No fui lo bastante exhaustivo ayer, joven?

—No, fue usted muy exhaustivo, señor Rogers —dijo Ewan—, pero ha salido a la luz nueva información.

—A menos que mi ADN esté en el cuerpo de la chica —cosa que no pasará, porque no la toqué *jamás de los jamases*—, será bastante irrelevante, pero dispare, muchacho.

Lillian levantó la mano hacia Ewan para indicarle que quería seguir llevando la iniciativa. —Mason, sabemos que tienes un hermano mayor.

Mason se concentró en el mostrador, volvió a tamborilear con los dedos en la superficie y levantó la vista con una sonrisa irónica. —Me alegro por vosotros. Yo lo he sabido toda mi vida. ¿Qué importancia tiene?

—La importancia es, señor Rogers —Ewan se adelantó, quedando más cerca de Mason que Lillian—, que nosotros no lo sabíamos.

—¿Pero qué hay que saber, joven? No es un secreto. No preguntó.

Lillian se acercó a Ewan. —No se le mencionó en la última investigación que dirigió Earl Jewell.

—Porque no era importante.

—Me imagino que lo investigaría, de todas formas.

Ewan se encogió de hombros. —Quizá lo hizo. No lo recuerdo. A lo mejor su papeleo era una chapuza. ¿Quién sabe?

—De hecho, los únicos que nos han hablado de un hermano mayor son los hermanos Davis.

—Me cuadra. Tienen motivos para no olvidarlo nunca.

—¿El envenenamiento del ganado de sus padres?

Mason asintió.

—Eso lo convierte en una persona de interés —dijo Ewan.

—¿Por qué? —preguntó Mason—. Se fue cuando yo tenía quince años, así que no estaba aquí cuando desapareció Collette. Mis padres lo mandaron lejos antes de que la familia Davis pudiera echarle sus sucias manos encima. Ha tenido el buen juicio de no volver nunca, si es que sigue vivo.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó Ewan.

—Liam no era un chico sano. Quería estar en el ejército, pero sus problemas de salud se lo impidieron.

—Los hermanos Davis parecían pensar que tenía una enfermedad mental, y eso podría explicar en parte lo que le hizo al ganado —dijo Lillian.

—Fueron problemas físicos los que le impidieron entrar en el ejército. ¡Problemas mentales! Hay que ver quién habla.

—Si está vivo, tenemos que encontrarlo, Mason —dijo Lillian—. Puede que Earl Jewell no lo considerara relevante, pero nosotros queremos ser exhaustivos.

—Si supiera dónde está, y si pensara que está involucrado, te lo diría encantado. No me gusta ser vuestro único sospechoso. Me está empezando a causar estragos en la digestión.

—Debes de saber adónde fue.

—Tenía diecisiete años cuando lo mandaron fuera de Blue Falls a vivir con familia.

—Vale, ¿y dónde fue entonces?

—No estoy seguro. Tenemos una familia grande. Mi padre tenía ocho hermanos. Supongo que a casa de uno de ellos.

Lillian y Ewan intercambiaron una mirada.

—¿Tienes algún nombre o dirección? —preguntó Lillian.

—Nunca he tenido mucho trato con mi familia. Y después de lo que pasó con mi hermano y el ganado, nadie pareció volver a esforzarse mucho. Una pena, la verdad. Sobre todo si tienes en cuenta que la única familia que tuve después de mis padres fueron Lorraine y Anthony, y ahora ellos también han muerto.

—Lo siento de veras —dijo Lillian.

Mason suspiró. —Si pudiera ser de más ayuda, Lillian, lo sería.

Después de que los agentes se marcharan, Mason cerró la puerta principal por última vez. Vender ultramarinos había sido su máxima prioridad durante muchos años, y ahora, ya ni siquiera figuraba en la lista. Era un extraño giro de los acontecimientos, pero se alegraría del cambio de aires. Esa noche, se marcharía de Blue Falls y no miraría atrás.

Entró en su apartamento, vio a su hermano sentado en el sofá y se apretó un pañuelo de papel manchado de sangre contra la mejilla.

—Me has dado una buena, hermano.

Mason se giró mientras cerraba la puerta y apoyó la frente en la madera. —Joder. Pensé que por fin la habías palmado.

—Aunque casi me matas, no podía abandonarte. La sangre es más espesa y todo eso.

—¿Por… por… por qué no te vas?

Mason se apartó de la puerta y se quedó mirando a Liam, que ahora se apretaba el pañuelo contra la nariz ensangrentada. —La policía sabe de ti.

—Lo he oído. Están haciendo las preguntas adecuadas, para variar.

—Quieren hablar contigo. ¡Creen que fuiste tú!

—Bueno, no pueden encontrarme, ¿verdad?

—Si te encuentran, me encontrarán a mí. Liam, todo esto se está desmoronando.

—No te preocupes, hermanito. Tengo un plan.

—Porque te enfrentas a un gran peligro, hermano, y la única forma de salir de esta situación es combatir el fuego con fuego.

—¡No estamos en guerra, Liam! —se giró—. ¡Y tú no eres ningún soldado!

Liam desvió la mirada y negó con la cabeza, pasándose la lengua por las encías desdentadas.

—De todos modos, es irrelevante. Ya he solucionado los problemas —dijo Mason—. Sin tu ayuda, debo añadir.

Liam entrecerró los ojos. —¿Cómo?

Mason le explicó sus acuerdos con Cam y Gabriel.

—¿Y confías en ellos?

—Sí.

—Son el enemigo.

—Ya no.

Liam se puso en pie. —¡Gilipolleces! Como sea, no necesito tu permiso. Si tus delirios te han cegado, haré lo que sea necesario para protegerte, hermano. Igual que la última vez.

—Si te acercas a cualquiera de ellos, llamaré a la policía y les diré lo que les hiciste a Henry y a Bobby.

—¿Y te implicarías como cómplice?

—Para mí será mucho peor si jugamos a tu juego. ¿Cómo acabará entonces? En un baño de sangre y furia. —Mason echó mano a su arma reglamentaria.

Liam sonrió. —¿En serio?

Le apuntó con la Springfield. —Me temo que sí, Liam. He echado el cerrojo por última vez. Esta noche me voy. No puedo permitir que tus métodos lo echen todo por tierra.

Liam siguió sonriendo. —Y ¿ahora qué, hermano? ¿Vas a matar a la única persona a la que le has importado una mierda?

Sin dejar de apuntar a su hermano, se dirigió a un rincón de la habitación y sacó un cordel viejo de un cajón. —Siéntate en el suelo, Liam, y pon los brazos a la espalda. Esto se acabará esta noche. La tienda se traspasará a los hermanos Davis y entonces podrás venirte conmigo. Empezaremos una nueva vida juntos. Y, con los años, me lo agradecerás.

AUNQUE ESTABA DESESPERADA por poner a Jake al día de los descubrimientos de la jornada, Lillian lo estaba aún más por localizar al pariente con el que enviaron a vivir a Liam Rogers, así que tanto ella como Ewan se encerraron en un despacho del fondo armados de una gran determinación. Y dar con una retahíla de parientes en

Maine, la mayoría de ellos ancianos y unos cuantos ya fallecidos, de verdad que requería una dosis ingente de esta.

Tras tres cafés y muchos callejones sin salida, una Lillian exasperada contactó con el hermano menor de Silas Rogers, Nile, que estaba curándose la resaca de haber celebrado su noventa cumpleaños el día anterior.

—Perdone, querida, repítame ese nombre otra vez. Todavía conservo la mayoría de mis facultades, pero el oído es ahora mi talón de Aquiles.

—Liam Rogers —repitió Lillian.

Hubo una pausa. —¿Liam? ¿El hijo de Silas?

Lillian se levantó con el teléfono en la mano. —Sí.

—Un buen hombre, Silas. Sí, señor, muy buen hombre. Se esforzaba más por mantener el contacto que la mayoría de nosotros, sus hermanos. Claro, por aquel entonces era diferente, ya sabe. No teníamos correo electrónico y cosas de esas. Lo que se llevaba era el papel y el boli.

Lillian tamborileó con los dedos sobre la mesa, sintiendo cómo crecía su impaciencia, mientras se aferraba a la determinación de mantener la educación. —¿Y el hijo, Liam?

—Siempre fue un niño enfermizo. Me parece recordar mucha ansiedad en las cartas de Silas con respecto a su hijo. Era casi como si creyeran que nunca viviría mucho. Les demostró que se equivocaban. Para gran descontento de Paddy, sin duda.

—¿Paddy?

—Otro de mis hermanos. El pobre idiota que acogió al chaval, a Liam. No recuerdo los detalles; es más, no estoy seguro de si alguna vez me los contaron, pero creo que el chico se metió en algún lío con la ley y tuvo que poner pies en polvorosa. No sabría decirle qué pasó entre ellos entonces, porque Paddy y yo no hemos mantenido el contacto desde que teníamos veintitantos años.

—¿Por qué?

—Una tontería. Malas palabras después de unas cervezas. Ha pasado tanto tiempo que ni me acuerdo de cuáles fueron. Qué desperdicio, ¿eh?

—Sí. ¿Sabe cómo puedo ponerme en contacto con Paddy?

—¿Tiene usted línea directa con el Cielo?

—Lo siento.

—No lo sienta. Si uno muere de viejo, muere como debe ser. Sin embargo, hay algo que debería saber.

—Le agradeceríamos cualquier cosa que pueda decirnos, señor.

—Su hija. Una mujer agradable, ahora no me sale el nombre, llamó hace un par de años. Fue ella quien nos comunicó que había fallecido.

—¿Tiene sus datos de contacto?

—Pues sí que los dejó, sí. Dijo que estaba invitado al funeral y que debía ponerme en contacto con ella. —Suspiró—. Para mi vergüenza, no fui. Estaba postrado en cama por una dolencia que es mejor no comentar con una jovencita como usted.

Lillian puso los ojos en blanco. —¿Cree que podría encontrarme esos datos de contacto?

—Deme un minuto.

Mientras esperaba, Ewan entró en la habitación con su cuarta taza de café. Articuló sin voz: *¿Algo?*

—Eso espero.

Cogió la taza y estaba dando un sorbo de café cuando Nile dijo: —¿Sigue ahí, querida?

Apartó la taza bruscamente y se derramó un poco de café por la barbilla. Le quemó. —Sí… sí, aquí estoy.

—¿Tienes un boli?

El pulso se le disparó. Dejó la taza de un golpe sobre la mesa y cogió un boli.

Mientras estaban en la propiedad de Peter, recogiendo tanto la camioneta como el rifle que había dentro, Jake habló con su amigo, apartado de Oliver.

—Esto no me gusta nada.

—No te he pedido tu aprobación —dijo Peter, comprobando que el rifle estaba cargado—. Además, todo saldrá bien.

—¿Pensabas lo mismo cuando entraste a la fuerza en la propiedad de Jotham?

Peter sonrió. Sus dientes, blancos y relucientes, de verdad que no pegaban nada en su rostro curtido.

—Buen punto. Pero esta vez las probabilidades están más a nuestro favor. Es última hora de la tarde, así que Cam y su hijo estarán en la tienda. Dom, como bien sabes, es estúpido. Felicity lo drogará y luego llevará a sus hijos al arroyo. Los llevaremos rápido a casa de la madre de Oliver y allí podrán pasar desapercibidos una o dos semanas hasta que podamos sacarlos de la ciudad.

—Sí, pero todo esto depende de que esos cabrones no tengan ni idea de la relación de Oliver con Felicity.

—Bueno, es obvio que no la tienen, o ya lo habrían descuartizado.

—Lo entiendo, pero podría saberlo otra persona; alguien podría haberlos visto juntos en el festival, por ejemplo. Alguien podría haber hablado con los hermanos; podrían estar esperándonos esta noche.

—No mucha gente habla con los hermanos Davis. No por voluntad propia, al menos. De todos modos, para sacar a Felicity y a sus hijos de esa vida de mierda, tendremos que correr algunos riesgos.

Jake asintió y suspiró.

—Supongo que sí, pero sigue sin gustarme.

—Lo entiendo, y no tienes por qué venir si no quieres.

—Bueno, desde luego que esa no es una opción. La última vez que te dejé salir solo, volviste sin dientes. No quiero que pierdas nada más que sea importante. Tú conduce solo y yo llevaré a Oliver. Vosotros dos discutiendo al volante de un coche me parece más peligroso que los hermanos Davis.

—Vale, voy a dentro a cambiarme. —Peter arrojó el rifle a la camioneta—. Dame cinco minutos.

Lillian no había visto a Louise desde que escuchó la trágica historia de su familia desaparecida, así que, cuando entró en su despacho con Ewan, desvió la mirada. Hizo todo lo que pudo para no echarse a llorar.

—¿Va todo bien? —dijo Louise.

Lillian obligó a su mirada a posarse en la teniente y se esforzó por apartar la compasión de su mente yendo directa al grano.

—Enviaron a Liam a vivir con el hermano de Silas, Paddy Rogers, en Portland.

—El plan de Silas era mantener a su hijo con vida —dijo Ewan—. Liam tenía una diana bastante grande en la espalda por matar el ganado de los Davis.

—Pero solo era un niño. ¿De verdad la familia Davis le habría puesto en su punto de mira? —preguntó Louise.

—Liam ya habría cumplido los diecisiete. Sería un objetivo válido —dijo Lillian—. Por desgracia, el hermano, Paddy, murió hace un par de años, pero acabo de hablar por teléfono con su hija, Olivia Rogers.

—¡Buen trabajo! ¿Sabe la hija dónde está Liam? —Louise posó sus manos tensas sobre la mesa.

Lillian negó con la cabeza.

—Nació después de que Liam se fuera de casa de Paddy, así que no llegó a conocerlo.

—Mierda. —Louise levantó las manos—. Entonces, ¿ni idea de adónde fue?

—No. Pero Olivia me ha contado que las cosas de Liam estaban en su desván. Libros sobre la guerra y ropa. De fatiga, sobre todo. Chaquetas y pantalones de camuflaje. Parece que le fascinaba el ejército. Todo sigue allí. Nunca volvió a por ello.

—¿Crees que está muerto, entonces?

—No lo sé, pero lo que Olivia dijo después fue muy interesante, señora. —Lillian intercambió una mirada con Ewan para comprobar si su extraña revelación tenía cabida en esta sala.

Él asintió.

—La madre de Olivia murió un par de meses después que su padre, Paddy. Justo antes de morir, Olivia probó suerte una última

vez y le preguntó por su misterioso tío y las cosas del desván. Estaba acostumbrada a que le dijeran que se metiera en sus asuntos, así que se quedó de piedra con la respuesta. «Dáselo a la beneficencia», le dijeron. Olivia le preguntó a su madre si Liam, el tío al que nunca había conocido, querría sus cosas si alguna vez volvía. La respuesta que recibió fue inesperada. —Lillian respiró hondo—. «¿Cómo puede volver a un lugar en el que nunca ha estado?».

—Pero sus cosas estaban allí —dijo Louise.

—Sí —dijo Lillian—. Olivia estaba confundida, así que insistió a su madre sobre eso. Resulta que Silas Rogers simplemente había enviado las pertenencias de su hijo a casa de Paddy.

—Pero no lo entiendo —dijo Louise con un resoplido—. ¿Por qué no estaba Liam con sus cosas?

Lillian sintió que palidecía. Lo que estaba a punto de decir daría un vuelco a la investigación.

—¿Lillian? —dijo Louise, poniéndose en pie.

—La madre de Olivia dijo que, en realidad, Liam nunca había salido de Blue Falls.

Después de que su estúpido hermano Mason se hubiera marchado para discutir la ridícula venta de su propiedad a los hermanos Davis tomando un café con su abogado, Liam se había liberado de las cuerdas con las que lo habían atado.

—¿Cómo vas a silenciar a tus críticos cuando no sabes ni hacer un nudo en condiciones, hermano?

A decir verdad, liberarse de las ataduras no había sido tarea fácil. Estaba empapado en sudor. Se dio una ducha larga y caliente mientras elaboraba su plan. A pesar de las ansias por ponerse en marcha, se secó con parsimonia. Desde ese momento y hasta que asestara el último golpe, tenía que ser meticuloso, como el soldado que había nacido para ser.

Después, se examinó la herida de la mejilla. No era tan grave como había sospechado al principio y se la protegió con una tirita. Luego se afeitó y usó la maquinilla de Mason para raparse el pelo. Sí, era un corte de recluta, y ese día no era su primera iniciación en el mundo militar, ¡pero, joder, lo parecía! Hacía tanto tiempo que no ejecutaba una misión.

Se colocó la dentadura postiza y sonrió a su atractivo rostro avejentado. *Nunca se es demasiado viejo, Liam, nunca se es demasiado viejo.*

Con paciencia, planchó cada arruga de su uniforme militar de camuflaje verde. Se lo puso y se ató con fuerza las botas militares negras. Se armó con la Springfield de Mason, que era bastante pequeña para su gusto, pero que cumpliría su cometido. No quiso rebuscar en el arsenal de armas de Mason por si alguien lo veía por la ventana. También se enfundó un cuchillo en la pierna y luego se echó a la espalda la mochila, que contenía el martillo que había acabado con aquellas dos vidas tantas décadas atrás.

Se encasquetó una gorra militar de camuflaje y fue a la cocina. Cogió las llaves de la camioneta de Mason del gancho que había sobre el fregadero y puso la mano en la puerta de la cocina. Se giró para mirar el apartamento de su hermano. —Esto es por ti, querido hermano. —Abrió la puerta—. Siempre por ti.

Liam se marchó a la guerra.

17

LILLIAN Y EWAN condujeron hasta las tierras de labranza de los Woodhouse, que, más de treinta años atrás, habían pertenecido al padre de Mason, Silas Rogers.

Mientras bajaban del Audi, Ewan preguntó:

—¿Qué esperas encontrar aquí, Lil?

—No lo sé, pero acabamos de descubrir que Liam nunca se fue.

Mientras se acercaban a la casa de campo, Lillian observó los campos, ordenados y bien cuidados. Habiendo visto el estado de la granja de los Davis, apreció más que nunca aquella impecable extensión de terreno.

Llamaron al timbre y, como nadie contestó, también golpearon la puerta. Seguía sin haber respuesta.

—Mierda —dijo Lillian.

—Exacto —dijo Andy Woodhouse, apareciendo por un lado de su casa con un vadeador de pesca sucio. Se detuvo justo delante de los policías, se miró los guantes y sonrió—. No les ofrezco la mano. He estado limpiando la pocilga. ¿Cómo está, señora Sanborn?

—Bien, señor Woodhouse. Siento molestarlo. Estoy aquí por asuntos policiales.

—A menos que me haya metido en un lío por lo mal que huele el corral de ahí al lado, no me imagino por qué.

—Es sobre la familia Rogers.

—¿Es «familia» la palabra adecuada? —preguntó Andy—. La última vez que lo comprobé, solo quedaba uno de ellos.

Bueno, dos, en teoría, pensó Lillian.

—¿Sabía que Mason tenía un hermano?

—Sí, claro. Liam. Aunque hace mucho, mucho tiempo que nadie mencionaba ese nombre. ¿Por qué lo pregunta?

—Estamos intentando localizarlo. Pensamos que sería bueno venir a donde empezó todo para él.

Andy asintió.

—Pues han pensado bien.

Lillian sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Qué quiere decir, señor Woodhouse?

—Síganme y se lo enseñaré.

Los tres hombres esperaban junto al arroyo rápido y tumultuoso en Forest Edge. Llegaban casi media hora antes a su cita con Felicity y sus dos hijos. Tal era la naturaleza de los tres hombres —sumada al hecho de que la relación entre dos de ellos estaba en un punto crítico— que la conversación brillaba por su ausencia.

Jake inspeccionó la zona. Por lo que él sabía, esa era la única forma de entrar y salir de la propiedad de los Davis. Si Camden y Carson volvían de la tienda antes de lo previsto, estarían en un buen aprieto. Jake miró fijamente la entrada del camino de tierra. También habría problemas similares si el repudiado Dom decidía aventurarse a salir de la casa de campo antes que Felicity.

—Más te vale que la hora sea la correcta, Oliver —dijo Peter, agarrando el rifle que llevaba colgado al hombro.

—Lo es. Es en lo único que he pensado en días.

Peter apartó la vista del arroyo y miró de reojo a Oliver.

—Y *más* te vale cuidarla bien.

—Nunca me he tomado nada tan en serio en mi vida.

—Eso espero. No hagas que me arrepienta de no haberte matado cuando me mandaste al hospital, o los hermanos Davis serán la

menor de tus preocupaciones.

Sonó el móvil de Jake. Vio que era Lillian.

—Escuchad, vosotros dos, tengo que cogerla. Si acabáis peleando en el arroyo, no pienso meterme a separaros.

Liam no se lo podía creer. Parpadeó y volvió a mirar por los prismáticos. ¡Sí! Estaba allí por la familia Davis, y tenía a Jake Pettman en bandeja. Eso sí que era matar dos pájaros de un tiro. Desvió los prismáticos de Jake, que hablaba por el móvil, hacia los otros dos hombres, que conversaban acaloradamente junto al arroyo. Reconoció al mejor amigo de su hermano, Peter Sheenan, pero no recordaba haber visto al segundo hombre. Peter iba armado con un rifle. No podía saber si Jake o el segundo hombre iban armados, pero era mejor suponer que sí.

Bajó los prismáticos y se apoyó en la camioneta de su hermano. Había conseguido sacarla de la carretera y meterla en una pequeña arboleda. A menos que alguien se desviara para buscarlo, no lo verían si pasaban en coche.

Formuló su plan de acción.

Tras acercarse sigilosamente a través de los árboles, saldría de repente a varios metros por detrás del grupo. No solo contaba con el elemento sorpresa, sino que además era un buen tirador, así que no sería demasiado problemático. Primero le pegaría un tiro a Peter, y luego otro a Jake y al otro tipo antes de que pudieran desenfundar cualquier arma que llevaran oculta.

Se le aceleró el pulso; no podía esperar. Respiró hondo.

Mantén la calma, soldado. Sé meticuloso, sé metódico.

Se adentró en el bosque.

Sé eficaz.

—¡La lápida de Liam!

—dijo Jake al móvil.

—Sí. Andy nos ha llevado directamente al cementerio de la familia Rogers —dijo Lillian—. Hay unas tres generaciones enterradas aquí. Muy de la vieja escuela.

—¡Joder! ¿En su propiedad? ¿Y qué le parece a ese tal Andy?

—Está un poco lejos de la casa, así que no es una monstruosidad para él y su familia. Acordaron conservarlo cuando compraron la propiedad. Andy dijo que no hubo que pensárselo mucho, la verdad. No tenía intención de molestar a los muertos.

—Entonces, supongo que Liam ya no es sospechoso.

—Murió en el 73.

—El año en que envenenaron el ganado de los Davis.

—Mayo del 73, Jake. Murió un mes antes del envenenamiento.

—Espera. Eso no tiene sentido.

—A mí me lo vas a contar.

—Entonces, ¿la familia Rogers fingió su muerte?

—No me cuadra. Si fingieron la muerte de Liam para ahorrarle la venganza de la familia Davis, ¿no habrían acertado al menos con el mes? A no ser que fueran a argumentar que no podía ser él porque ya había fallecido. Pero entonces el clan de los Davis podría haber puesto sus despiadados ojos en el hermano pequeño, Mason, lo que podría haber sido devastador.

—Entonces, ¿no fue una muerte fingida?

—Bueno, una muerte fingida también necesita un público. Que yo sepa, nadie sabía que había muerto. Y el público al que habría ido dirigida, los hermanos Davis, todavía cree que se largó de la ciudad.

—¿Lo que significa que Liam podría estar de verdad ahí bajo tierra?

—Sin desenterrarlo, no podemos estar al cien por cien, pero parece la más probable de las dos opciones.

—Entonces, si ya estaba muerto cuando envenenaron el ganado y la familia Rogers mintió y dijo que había huido, eso lo mantuvo como el principal sospechoso —uno al que nunca podrían encontrar porque estaba *realmente* muerto—, entonces estaban obviamente desesperados por proteger a otra persona.

Jake esperó la respuesta de Lillian. No llegó. Se le heló la sangre; estaba claro que ella pensaba lo mismo que él.

Mason.

Habían vuelto al punto de partida.

—Tienes que contactar con profesionales médicos de aquella época, Lillian. Alguien tiene que saber si quien está muerto es realmente Liam y cómo murió. Supongo que no hubo certificado de defunción, ¿no?

—No, no lo hay. Ya lo he comprobado. También he descubierto que un tal doctor Wilbur Hampshire trabajaba en esta zona en el 73. Vamos de camino a verlo.

—Vale.

—Jake.

—¿Sí?

—Acabo de estar en la tienda de Mason. No está. Si es él, sabrá que nos estamos acercando.

—Lo que le convierte en alguien peligroso.

—Sí.

—Lo buscaré. Tú limítate a descubrir la verdad.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Colgó y se dirigió hacia Peter y Oliver.

Peter lo observó. —¿Te tienes que ir, verdad?

—Sí.

—Nosotros nos encargamos. Nuestra relación ha ido floreciendo.

Jake asintió. —¿Estás seguro?

—Totalmente. ¿Quieres contarme de qué iba la llamada?

¿Que el cerco se está cerrando sobre tu mejor amigo? No. La verdad es que no. —Luego, Peter. —Jake corrió hacia su vehículo.

Cuando Liam llegó al linde del bosque, oyó el rugido de un motor y vio el destello del vehículo que se marchaba a través de las hojas. Se asomó desde el bosque y vio que Jake se había ido. Regodearse

en la decepción no era propio de un soldado motivado y vigilante, así que se encogió de hombros y salió del bosque con el Springfield de Mason en alto.

Tanto Peter como su compañero estaban de espaldas a él. Odiaba dispararle a alguien por la espalda, pero, cuando se trataba del enemigo, era mejor sacrificar los principios.

Le disparó al compañero de Peter en la nuca.

El joven dio una sacudida hacia delante, se giró, mostrando unos ojos desorbitados, confusos y *moribundos*, y desapareció en el arroyo.

—Suelta el rifle, Peter —dijo Liam.

Peter permaneció de espaldas y no se movió. —¿Mason?

—Último aviso, Peter.

—Mason, ¿eres tú?

Liam disparó al aire.

Peter se encogió. —Vale, vale. —Se arrodilló, dejó el rifle en el suelo y se levantó.

—Ahora gírate y mírame.

Peter se giró lentamente con las manos en alto. Parecía completamente desconcertado. Tenía sangre goteando por la cara, que seguramente había saltado de la herida del joven. —¿Mason, qué haces? ¿Qué *llevas* puesto?

—No soy Mason —dijo Liam.

—No lo entiendo.

—¡No soy Mason, soy Liam! —Levantó el arma y apuntó al corazón de Peter.

—Vale, vale. Lo entiendo. Pero dime, por favor, ¿por qué haces esto?

—Porque estorbas. Estoy aquí para acabar con la familia Davis, y tú cometiste el error de cruzarte en mi camino.

—No, yo…

Liam le disparó a Peter tres veces en el pecho.

El anciano cayó de espaldas al arroyo y Liam se sintió invadido por una mezcla de emociones.

Estaba ansioso por decirle a su hermano que había tenido que matar a su mejor amigo, pero, al mismo tiempo, estaba eufórico por

la precisión de sus disparos.

El doctor Wilbur Hampshire estaba en el patio trasero, cuidando su jardín de mariposas, cuando llegaron Lillian y Ewan. La esposa del doctor acompañó a las visitas hasta donde estaba él.

Cerró la verja tras de sí para evitar que sus preciados especímenes se escaparan y se reunió con los dos agentes en el porche trasero. Habló mientras subía los escalones. —Una de mis poetas favoritas, Maya Angelou, escribió: *«Nos deleitamos con la belleza de la mariposa, pero rara vez admitimos los cambios por los que ha pasado para alcanzar esa belleza»*. A lo largo de mi carrera vi a mucha gente sanar, pero solo después de que pasaran por oscuras pruebas de soledad y dolor. Las mariposas me recuerdan lo que es posible.

—¿Por qué nos citó aquí? —empezó Lillian—. ¿Por qué no podía hablar con nosotros por teléfono?

—Porque a veces la belleza no se alcanza y, en esos casos, una llamada telefónica no haría justicia a los implicados. ¿Le apetece una copa?

—No, señor —dijo Ewan—. Solo queremos saber sobre Liam Rogers.

Wilbur se quitó el sombrero y se sentó en una silla. Se abanicó con él y unas gotas de sudor le recorrieron la frente. —Recuerdo haber visto a Liam Rogers el día que se le cayó el primer diente. Pobre chico. Estaba en el jardín de su casa, jugando con sus soldaditos de plomo. Un joven tan entusiasta y feliz, lleno de vigor. Tenía leucemia, y la detectamos por primera vez a través de un caso grave de gingivitis. Las encías se hinchan y sangran, y los pacientes pueden perder dientes. Este pobre chico perdió unos cuantos antes de que la enfermedad acabara con él. —Suspiró y volvió a abanicarse—. Y nunca vi a otra persona tan afectada por el deterioro de otra como a su hermano pequeño, Mason Rogers.

Lillian se sentó en la silla a su lado y suspiró. —Fue Mason quien envenenó el ganado de los Davis, ¿verdad?

Sin dejar de abanicarse, Wilbur dijo: —Tiene que entender que Mason no era un chico que estuviera bien para empezar. Padecía esquizofrenia. Lo tratamos lo mejor que pudimos, pero su caso era muy grave. Unos días después de la muerte de Liam, Mason hizo lo que usted acaba de describir. Recuerdo que le pregunté por qué. Me dijo que era porque los hermanos Davis, Cam y Dom, se habían estado metiendo con su hermano moribundo en el colegio y que unas *voces* le habían ordenado que se vengara de esa manera. Parecía razonable y coherente con su enfermedad, pero no fue hasta que se investigó el tema del acoso en el colegio cuando resultó que, después de todo, no era a Liam a quien acosaban. Era a Mason. —La voz de Wilbur sonaba ronca. Tosió y se detuvo para beber un trago.

Lillian empezaba a impacientarse. —¿Entonces Mason se vengó por sí mismo en lugar de por Liam?

Wilbur negó con la cabeza. —No. Sería razonable suponerlo, pero cuanto más hablaba con Mason durante los días siguientes, más me daba cuenta de que no era así.

—No lo entiendo.

—Mason se había *fracturado*, Lillian. —La miró fijamente—. Reconocí a Liam mientras hablaba con Mason. El mecanismo de defensa de Mason ante la muerte de su hermano fue el trastorno de identidad disociativo.

—Personalidad múltiple —dijo Ewan.

Wilbur asintió. —Mason era un chico muy traumatizado. Después de descubrir que se había dividido en dos, lo interrogué al respecto. Mason respondió como si fuera Liam. Admitió haber envenenado el ganado. Recuerdo a Mason mirándome fijamente a los ojos y diciendo, como si fuera realmente Liam: «Protejo a mi hermano, cueste lo que cueste».

—Entonces, ¿apoyó usted a Silas Rogers en su mentira de que Liam fue el responsable del envenenamiento y de que lo habían enviado a esconderse? —preguntó Lillian.

Wilbur asintió. —Así es. Y volvería a hacerlo. Mason era un buen chico. Ya estaba sufriendo bastante. ¿De verdad queríamos añadir a la familia Davis a sus problemas? Trágicamente, Liam ya no estaba. Los hermanos Davis no podían hacerle daño, así que fingir que había sido él parecía la opción más sensata.

—¡Pero estaba muerto! —dijo Lillian—. ¿Dónde estaba el certificado de defunción?

Wilbur bajó la mirada. —Nunca presenté ninguno.

—¿Por qué no decir simplemente que Liam murió justo después del envenenamiento? —preguntó Ewan—. Cambiar la fecha en su lápida. Es lo mismo, ¿no?

Wilbur negó con la cabeza. —Lo consideramos, pero nos pareció demasiado arriesgado. Liam no habría tenido energía para hacer lo que hizo a los animales de los Davis en la fase final de su enfermedad. Y alguien lo habría cuestionado. Y si hubiéramos dicho que había muerto de otra manera —un accidente, por ejemplo—, eso solo habría atraído una atención inoportuna por parte de otros. ¿Incluso una autopsia, quizás? En aquel momento, nos pareció la solución más limpia.

—¿No se le ocurrió decir nada de esto cuando desapareció Collette Jewell? —preguntó Ewan.

—¿Por qué?

—Porque Mason Rogers es un individuo peligroso, y usted lo *sabía*.

—Nunca dije que fuera peligroso.

—¿Cómo no iba a serlo? —preguntó Ewan.

—Hasta que me jubilé, traté a Mason Rogers tanto de esquizofrenia como de trastorno de identidad disociativo. Mason pasaba por periodos en los que veía a Liam e interactuaba con él, lo cual era consecuencia de la esquizofrenia. Luego, cuando el estrés se volvía excesivo, cambiaba de personalidad y se convertía en él. Pero conozco a Mason, y conozco la versión de Mason de Liam. Los conozco a ambos muy bien. Mason no mataría ni una mosca. Liam tiene más carácter. Sí, claro, puede ser impulsivo, pero adora a Mason, y a menos que su hermano esté amenazado, dudo que moviera un dedo. El asesinato de una chica de catorce años no es

algo que hiciera saltar mis alarmas. ¿Por qué iba a someter a mi paciente a un estrés innecesario? Solo tengo la obligación de denunciarlo si admite estar planeando o haber cometido un delito.

—¿Y qué hay del asesinato de Bobby White y Henry Clark en el setenta y cinco?

—Insisto, eran sus amigos. Mason estaba destrozado, y nunca insinuó que él, actuando como su hermano, tuviera algo que ver.

Ewan dio un paso al frente. —Entonces, cuando habló de las mariposas, doctor, dijo que este fue un caso en el que la belleza nunca se alcanzó. ¿Qué quería decir?

—Exactamente lo que dije, en realidad. Nunca pude guiar a Mason hacia el respiro que tanto merecía. Se volvió más resentido con la edad, y él y su versión de Liam discutían aún más. Sé que cuando me jubilé, dejó de buscar ayuda médica. Me duele que nunca se convirtiera en esa mariposa en la que tanto deseaba que se convirtiera.

—¿Sobre qué discutían?

—Sobre la familia Davis. Liam se sentía cada vez más frustrado con Mason por su incapacidad para plantarles cara. El trato que Camden y Dominic dieron a Mason durante la primera investigación de Collette Jewell fue atroz. Mason incluso me contó que uno de los dos hombres había violado a su mujer. Ella se negó a ir a la policía, así que ninguno de los hermanos se enfrentó a la justicia. Liam —o, al menos, la versión de Mason de Liam— se exasperó cada vez más.

—Entonces, ¿cree que Liam…, perdón, que Mason llegaría a actuar contra los hermanos Davis?

Wilbur se encogió de hombros. —Siempre lo dudé. Tendrías que ser un suicida, ¿no?

—¿Y si te volvieras un suicida? ¿Y si estuvieras harto y decidieras echar el cierre? ¿Entonces qué?

Wilbur desvió la mirada. —No lo sé. Hace mucho, mucho tiempo que no hablo con Mason.

Ewan dio otro paso al frente y se cernió sobre Wilbur. —¿Mason, o Liam, amenazaron alguna vez con hacer daño a los hermanos Davis?

Wilbur desvió la mirada.

—Eso contaría como planear un delito, lo que le obligaría a actuar —dijo Ewan.

—Nunca creí que de verdad fuera a hacer nada.

—Espero que tenga razón, doctor —dijo Lillian—. Sinceramente, espero que así sea.

18

CAM Y SU abogado estaban frente a la tienda de Mason, con la vista clavada en el cartel de *Cerrado* que colgaba de la puerta.

Cam consultó su reloj. —Bueno, creo que esta es la única reunión a la que he llegado puntual en mi vida.

El abogado, Bryce Middleton, esbozó una sonrisita. —Es lo mínimo, cuando alguien te está entregando su medio de vida.

Cam sacó un paquete de tabaco del bolsillo. —¿Y bien, dónde coño está? —Sacó un cigarrillo y le ofreció otro a Bryce, que le arrancó el filtro y se lo metió en la boca.

Después de que Cam les encendiera a ambos el cigarrillo, probó el pomo. La puerta se abrió sin problemas. —Supongo que quiere que entremos. —Le dio una calada al cigarrillo, lo tiró al suelo y lo aplastó con el pie. Le guiñó un ojo al abogado—. Prohibido fumar en mi tienda.

El abogado le dio una calada larga y ansiosa a su cigarrillo sin filtro, lo tiró al suelo y siguió a Cam al interior de la tienda.

Al final del pasillo, aporrearon la puerta del apartamento y esperaron. —Joder —dijo Cam. Probó también ese pomo y descubrió que estaba abierto.

Entraron en el salón. El aire apestaba a sudor. Cam recorrió la habitación con la mirada, deteniéndose en los montones de ropa sucia y revistas viejas. —Voy a tener que adecentar este sitio antes de mudarme.

—¿Adecentarlo como tu casa? —dijo Bryce.

Cam se rio. —No. Este nidito será mío. Hora de cambiar. —Se enderezó y escuchó el crujido de su espalda—. El empresario número uno de Blue Falls tiene una reputación que mantener. —Deambuló por la habitación y se arrodilló para coger una cuerda larga que había junto al televisor. Tenía un nudo en un extremo. Dejó que colgara hasta el suelo—. A lo mejor el cabrón por fin pensaba ahorcarse. —Resopló—. Bueno, pues que firme los putos documentos primero. —Tiró la cuerda al suelo.

—Hay un problema —dijo Bryce.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es?

—Que no está aquí, joder.

Cam se sentó en el sofá. —Ya aparecerá.

Tras terminar su llamada a Lillian, Jake salió del coche, subió por el camino de entrada y aporreó la puerta.

Gabriel parecía nervioso cuando abrió. Le temblaba el labio superior y sus ojos se movían de un lado a otro con demasiada rapidez. Jake aún no había visto al jefe de policía mostrar ningún miedo, así que dudaba que fuera eso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jake.

—Anoche me bebí una botella de whisky.

—Eso lo explica.

—¿Qué coño haces en mi puerta?

—Me duele decirlo, pero quiero tu ayuda.

—¿La quieres o la necesitas?

—Dejémoslo en que la *quiero* de momento. No quiero que te entren aires de grandeza.

—¿De qué se trata?

—De Mason Rogers.

Gabriel inspiró bruscamente por la nariz. —Pues has venido al lugar equivocado. Estoy fuera de ese caso.

—Precisamente por eso he venido a verte. No estoy seguro de que los que se han apoderado de tu departamento quieran a un extraño metiendo las narices.

—Qué gracioso. La verdad es que yo tampoco.

—Supongo que iré a otra parte —dijo Jake, dándose la vuelta.

—Vale. ¿Qué sabes?

Jake se volvió. —Mira, no quiero que pierdas los estribos. Solo necesito tu ayuda para encontrarlo. Te has pasado gran parte de tu vida obsesionado con él, así que supongo que no tardarás mucho.

—¡Pues dime lo que sabes!

—Cuando me asegures que simplemente vamos a encontrarlo y a entregarlo en comisaría antes de que se produzca algún daño.

—¡Joder! ¡Te lo aseguro! ¿No crees que yo también quiero acabar con esto?

Jake le contó lo que sabía sobre Mason y su estado. Observó cómo Gabriel asimilaba la información. Se llevó un puño a la boca y sus ojos se movieron de un lado a otro.

—Así que, simplemente vamos a encontrarlo y a quitarlo de la calle.

—¿Quitarlo de la calle como quitamos a Jotham? —preguntó Gabriel.

Jake no estaba seguro de si lo decía en serio o en broma. —Nada de eso. Ese hombre está enfermo. Lo entregamos y la verdad no tardará en salir a la luz. Debes recordar, Gabriel, que aún no sabemos si es el responsable, y si nos tomamos la justicia por nuestra mano, esta vez no colará; no con la policía estatal en la puerta.

—Entendido. Deja que coja mi rifle.

—Joder. Sabía que esto era un puto error.

Gabriel salió y cerró la puerta tras de sí. —Tranquilo. Estaba de broma. ¿Te sigo?

—No, iremos en mi coche.

Gabriel se giró para cerrar la puerta con llave y se le cayeron sin querer. —Mierda —dijo, agachándose a por ellas.

—¿Seguro que estás bien?

—Nunca he estado mejor.

Owen barajó las cartas.

—Mucho mejor, cariño —dijo Felicity.

Owen le ofreció una carta a su madre.

Ella eligió una jota de diamantes, la miró rápidamente y luego la colocó en la parte inferior del mazo.

Owen cortó la baraja, la ojeó y sacó la jota de diamantes.

Felicity resistió el impulso de acariciarle el pelo engominado y deshacerle el impecable tupé, y en su lugar aplaudió. —Bravo.

—Vaya puta gilipollez —dijo Brady.

Felicity lo fulminó con la mirada.

—Sabe junto a qué carta la has puesto —dijo Brady.

—Ve a tu cuarto a por la mochila —le dijo Felicity.

Brady se encogió de hombros y desapareció escaleras arriba.

Observó a Owen volver a barajar; si el comentario de su hermano lo había herido, su expresión no lo delataba. De todas formas, ninguna emoción se traslucía nunca con claridad en la expresión de su hijo.

Escuchó los fuertes ronquidos de Dom. No había peligro de que se despertara. Vio su taza de café sobre la mesa. A un elefante le costaría moverse después de la dosis que le había administrado. Echó un vistazo a las bolsas junto a la puerta principal y miró el reloj.

Diez minutos para que sus vidas cambiaran para siempre.

Liam dejó el coche en la entrada de la finca de los Davis y, animado y lleno de energía por sus dos primeros asesinatos del día, se movió por el desguace mucho más rápido de lo que se esperaría de un anciano. Serpenteó con destreza entre los viejos vehículos, agachándose de vez en cuando y oteando la casa para asegurarse de que su avance pasaba desapercibido.

Dominic Davis era un estúpido, pero los estúpidos solían ser más peligrosos que los inteligentes y, como soldado que era, Liam no iba a subestimar a ningún enemigo.

Cuando llegó al pie de la escalinata del porche, el corazón le martilleaba. Haber pasado desapercibido lo había dejado eufórico.

Cálmate, soldado.

Cerró los ojos y recordó el momento en que había matado a martillazos a aquellos dos maricones. Había estado tranquilo y había sido despiadado en la ejecución. No tenía nada de malo disfrutarlo, pero un exceso de emoción puede desestabilizar hasta al soldado más fuerte.

Abrió los ojos, sacó el martillo de la mochila y subió los escalones del porche.

Brady bajó con una bolsa de lona. La dejó en el suelo con las otras y miró a Felicity con los ojos llenos de lágrimas. Se giró hacia Owen y lo rodeó con sus brazos. —Lo siento, O. Ha sido un truco genial.

Felicity sintió que a ella también se le llenaban los ojos de lágrimas. Puso las manos en los hombros de Brady. —Estoy orgullosa de vosotros dos, de verdad, y siento mucho todo por lo que os he hecho pasar.

Llamaron a la puerta.

Se le heló la sangre.

—¡Arriba! —Empujó a sus hijos hacia las escaleras.

Llamaron otra vez. Con más insistencia.

Esperó a que sus hijos estuvieran en el primer escalón antes de girarse hacia la puerta. Miró por la mirilla.

Un porche vacío.

Echó la cadena de la puerta y luego la abrió un poco. —¿Hola?

Nadie respondió.

¿Quién demonios era? ¿Cam y Carson que han vuelto antes? No. Ellos no se andarían con jueguecitos.

Debía de ser Oliver. Tenía que haberse asustado esperando en el arroyo y habría venido hasta aquí a por ellos. Quitó la cadena de seguridad y abrió la puerta. —¿Oliver?

Sintió una mano en la espalda. Casi le dio un vuelco el corazón. Se giró y vio a Owen. —He dicho *arriba*, cariño.

Owen no se movió.

Suspiró y salió al porche.

Un hombre mayor y enjuto, vestido con uniforme militar, estaba de pie a su izquierda. Llevaba la gorra puesta, así que tardó un momento en reconocerlo.

—¿Señor Rogers? —Cuando vislumbró el martillo en su mano, ya estaba describiendo un arco en el aire. La clavícula le crujió. Pensó en la noche anterior, cuando a Cam se le había caído aquel vaso. Quiso gritar, abrió la boca, pero todo fue demasiado rápido y doloroso.

El siguiente golpe le alcanzó en el pecho y sintió cómo se le rompía una costilla. Cayó de rodillas, gritando, y levantó la cabeza justo a tiempo de ver a Mason alzar el martillo.

Owen se interpuso delante de ella.

¡No! Intentó agarrarlo.

La cabeza de Owen se ladeó de golpe cuando el martillo le acertó en la cara.

Contempló el hermoso perfil de su pequeño mientras tosía y escupía fragmentos de dientes. *¡NO!* Le rodeó la cintura con los brazos y tiró de él hacia atrás, apartándolo de Mason.

El cabrón consiguió asestar otro golpe.

Esta vez, la cabeza de Owen se sacudió hacia abajo. El monstruo lo había alcanzado en la coronilla. Cayó hacia atrás, sobre ella.

Soportó su peso y luego lo dejó rodar hacia un lado. —Por favor… Por favor, no le haga daño a mi hijo. —Felicity se quedó tumbada boca arriba. Miró de reojo a su hijo, que tosía, se agarraba la boca y emitía un ruido espantoso.

—Hacer daño. Es lo único que habéis hecho. Su familia —dijo Mason—. Daño, daño y más daño.

Volvió a mirarlo.

Estaba sonriendo. No iba a parar. Lo estaba disfrutando demasiado. Levantó el pie y pisoteó el estómago de Owen cuatro veces.

Las manos de su niño se apartaron de la boca. Sangre y dientes rotos le salpicaban las mejillas.

Intentó levantar el brazo para agarrarlo, pero la clavícula y la costilla rotas le restringían el movimiento, y su mano se agitó inútilmente.

Mason se arrodilló junto a su hijo con el martillo en alto. Lo descargó con gran fuerza y ella oyó cómo le destrozaba la cara.

Cerró los ojos. *No, no, no… Esto no puede ser real.* Oyó el martillo caer una y otra vez y sintió la sangre caliente de Owen en su cara. —Pare… —Abrió los ojos y miró al soldado.

Parecía un hombre poseído, golpeando sin parar, con la mayor parte de la cara y el uniforme rojos de sangre.

Oyó el crujido de unos neumáticos. —Ayuda… —Dejó caer la cabeza a un lado y vio el coche de su marido deteniéndose junto al gallinero—. Ayuda…

Carson, el hombre al que había planeado dejar por una vida mejor, era ahora su única esperanza de seguir con vida. Salió del coche, corriendo hacia la casa. —¡Felicity! ¡Mason, *deja a mi familia en paz*!

Le ardió la cabeza cuando los dedos de Mason se cerraron en su pelo. Sintió que la arrastraban hacia el interior. Vislumbró los restos de la cara de su precioso niño y, mientras el cabrón cerraba la puerta de un portazo tras ellos, deseó su propia muerte.

Carson miró a Owen y aulló. Intentó apoyarse en la pared para mantenerse en pie, pero no sirvió de nada. Empezó a deslizarse hasta caer de rodillas. *Felicity…, Brady…*

Aún podían estar vivos. Se irguió y alargó la mano hacia el pomo de la puerta. Cerrada con llave. Las llaves del coche y de casa le colgaban de una cadena en el cinturón. Metió la llave en la cerradura

y entró de golpe por la puerta principal. Vio el montón de maletas. No tuvo tiempo de pensar en su significado.

Un reguero de sangre manchaba el suelo por donde habían arrastrado a Felicity. Formaba un arco hasta el fregadero de la cocina. Allí estaba Mason de pie, con la cara surcada de sangre, seguramente la de su hijo. Su uniforme militar también relucía, rojo.

De rodillas ante él, Felicity, también cubierta de sangre, temblaba y lloraba.

Carson miró a su alrededor, buscando desesperadamente algo con lo que atacar. Recordó el soporte de los cuchillos, que estaba más cerca de él que Mason. Corrió hacia él, sacó un cuchillo y se giró para hacerles frente.

—Te he ganado por la mano —dijo Mason, levantando un cuchillo de cocina largo con una sonrisa socarrona. Tiró con fuerza del pelo de Felicity.

—¡Por favor, no!

Mason le cortó el cuello a Felicity. Se oyó el siseo de la sangre arterial.

Carson cargó con el cuchillo en alto. No dejó que ver a Mason levantar su pistola lo frenara.

LIAM LE DISPARÓ a Carson en todo el centro. Fue cómico ver a aquel gusano arañar el agujero de su pecho mientras se apoyaba en la nevera. Fue aún más cómico verlo morir de pie y luego caer de bruces. Liam sonrió. Carson había sido una agradable sorpresa. Había supuesto que a esas horas todavía estaría atendiendo la tienda. Ahora no necesitaría desviarse para matarlo más tarde, lo que le ahorraba tiempo y le proporcionaba un alivio cómico.

Se dio cuenta de que Felicity se retorcía. La apartó de una patada, sin preocuparse de mojarse los pies en el charco de sangre que crecía a su alrededor. De todos modos, ya estaba cubierto de ella por culpa del cabroncete de Davis.

Tres menos, quedan tres.

Miró su reloj. Cam ya estaría en la tienda de Mason, ansioso por poner sus sucias zarpas en todo aquello por lo que su ingenuo hermano se había pasado la vida trabajando, lo que dejaba al niño gordo, Brady, y al viejo aún más gordo, Dominic, listos para la matanza.

Se detuvo y escuchó. Oyó ronquidos en la otra habitación. Se fijó en las maletas de la puerta y recordó a Peter y al joven del arroyo. *¡Vaya, vaya!* Sonrió al cuerpo de Felicity. —¡Planeabas marcharte! Para ser justos, hay que tener agallas. En cierto modo, casi lamento haberte matado. Dicho esto, probablemente te he ahorrado un montón de problemas. Tu suegro, Cam, es un hijo de puta. Te habría dado caza y la cosa se habría puesto fea. Quizá no *tan* fea, pero fea al fin y al cabo.

Salió de la cocina y entró en el salón. Caminó hacia el gordo despatarrado en el sofá. —Joder. ¿Con qué te ha drogado? ¡Si estás casi gris! —sonrió—. Podría sentarme aquí y esperar a que te despiertes, Dom. Explicarte lo que estoy haciendo, pero ¿qué sentido tiene? Siempre has sido más tonto que un zapato, y era tu hermano el que sabía de verdad lo que estaba pasando.

Le disparó a Dom en la cabeza y los ronquidos cesaron.

Ahora, a por Brady.

Volvió a la cocina, echó un vistazo a la puerta principal y sopesó la idea de volver a por su fiel martillo. Una parte de él había disfrutado mucho abriendo la cara del chico mudo como un melón. Sí, sonaba grosero, ¡pero era un soldado! No había nada de malo en disfrutar del trabajo de uno.

Decidiendo que el tiempo apremiaba, dejó el martillo y subió las escaleras de dos en dos. De nuevo, no estaba mal para un viejo. De hecho, se sentía más en forma que en años. Bendita sea la adrenalina.

Era una casa grande y el pasillo de arriba era largo. Varias puertas cerradas se sucedían a un lado. Contuvo la respiración, lo cual fue un poco difícil después del esfuerzo, y escuchó.

Nada.

Avanzó hasta la mitad del pasillo, se detuvo y escuchó.

Seguía sin oírse nada.

Llegó a la puerta del fondo y, manteniendo la paciencia que tan bien le había servido en su misión hasta el momento, se detuvo a escuchar de nuevo.

Un sonido de arrastrar los pies provenía del interior.

Alargó la mano hacia el pomo.

HACIENDO una mueca de dolor y sujetándose una costilla que estaba rota o muy magullada, Peter se acomodó en el asiento del conductor y apoyó el fusil contra el asiento del copiloto. Echó un vistazo al arroyo, donde flotaba el cadáver de Oliver Sholes. Tras cerrar la puerta, apretó los ojos con fuerza y gritó de dolor. Quitarse el chaleco antibalas cuando se despertó había requerido hasta la última gota de su fuerza de voluntad y energía, pero ahora tenía que encontrar más.

Había vidas que dependían de ello.

Mientras arrancaba el motor, dio gracias a su buena estrella. Sí, el dolor era insoportable, pero aventurarse a entrar en su casa y ponerse el chaleco había sido una jugada maestra. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría danzando arroyo abajo con Oliver.

Aceleró por el camino de tierra a una velocidad que su camioneta no había visto en años y, mientras conducía, las lágrimas le corrían por la cara. No por la costilla, sino porque la verdad sobre su mejor amigo era la herida más grande de todas.

LIAM SONRIÓ al ver el terror en la cara de Brady. Había estado llorando con fuerza y tenía la cara cubierta de mocos y lágrimas. Detrás de Brady, la ventana del baño estaba entreabierta. Liam se rio. Era evidente que el gordo asqueroso había estado intentando colarse por el pequeño hueco que dejaba la ventana oscilobatiente.

Brady apuntó a Liam con una pistola de aire comprimido. —No te acerques.

Esto hizo que Liam se riera aún más fuerte. —¿En serio?

—Sí, voy a dispararte.

—Puedo lidiar con una pistola de perdigones. Si no me crees, baja y mira lo que le he hecho a tu familia.

Brady se inmutó. —Tengo buena puntería. Te volaré un ojo.

Como el resto de la casa, el baño era grande, y Liam dudaba que aquel gordito cabrón tuviera tan buena puntería. Liam levantó su pistola. —Yo no necesito apuntarte al ojo.

Brady disparó.

Liam oyó cómo el perdigón se hundía en el marco de la puerta junto a él. —¿No decías que tenías buena puntería?

Brady rompió a llorar. —Por favor.

—Te diré una cosa —dijo Liam, bajando el arma—. Para que veas que no soy tan malo, te dejaré intentarlo una vez más.

Brady entendió la indirecta y recargó.

—Pero si vuelves a fallar, se habrá acabado el juego. No me queda más tiempo para jugar. Por cierto, el juego se acaba cuando te meta una bala en la frente. ¿Trato hecho?

Brady no se molestó en responder. Levantó la pistola y, esta vez, no falló.

No era momento para andarse con sigilo. Peter se acercó a la granja a tal velocidad que rozó un vehículo que había junto al gallinero. Entonces, tuvo que pisar el freno y girar bruscamente la camioneta para no estamparse contra la casa.

Sintió que las ruedas se despegaban del suelo y, por un segundo helador, pensó que todo el vehículo podría volcar. En lugar de eso, se sacudió de lado un instante antes de estrellarse contra el lateral del porche elevado. Se golpeó la cabeza contra el cristal y oyó cómo se astillaba la madera, pero el porche no se vino abajo. Sin embargo, le bloqueó la salida, así que tendría que salir por el lado del copiloto.

Echó un vistazo al porche y se le cortó la respiración. En la puerta principal. Carne y sangre. Había llegado demasiado tarde.

Se oyó un estruendo formidable y el parabrisas estalló. Peter sintió como si acabara de chocar contra un muro de ladrillo a toda velocidad. —Joder…

Brady Davis estaba retorcido sobre el capó del coche. Su rostro contorsionado estaba girado hacia Peter a través de los restos del parabrisas. El pobre chico respiraba con un silbido y la sangre le manaba por las comisuras de los labios.

Peter alargó la mano y le tocó la mejilla. —No te muevas.

El silbido de Brady se convirtió en un gorgoteo, que rápidamente se desvaneció en la nada. Luego, sus ojos se pusieron en blanco.

Peter observó el brazo ensangrentado y tembloroso del chico que colgaba dentro del vehículo. Peter se inclinó hacia delante y miró hacia arriba para ver la ventana por la que habían arrojado a Brady, descolgada.

Liam estaba allí, mirando hacia abajo, sosteniendo su arma.

Entonces comenzó el tiroteo.

Después de que Liam vaciara el cargador en la camioneta de Peter, se detuvo a mirarse en el espejo del baño y a examinarse la herida del perdigón en el rabillo del ojo. *¡El chico no mentía! Tenía buena puntería.* Un milímetro a la derecha y podría haber perdido un ojo.

Bajó por el pasillo y las escaleras, notando una nueva ligereza en sus pasos. *¿Y por qué no?* ¡Al fin y al cabo, era la primera vez que estaba en el centro de una masacre! Pasó por encima del chico mudo que había hecho pedazos y se dirigió al porche para poder ponerse a la altura del lado del conductor del vehículo. Levantó el arma mientras se acercaba. Le había metido un montón de plomo, pero más valía ser precavido.

Vio el cuerpo destrozado de Brady sobre el capó de la camioneta, but no había ni rastro de Peter en el asiento del conductor. Liam sonrió. —¿Cuántas vidas te quedan, gatito? —Se giró rápidamente,

con el arma en ristre, por si a Peter se le había ocurrido acercarse a él sigilosamente.

Nada.

Se rio y gritó hacia el patio de la granja: —¡Venga ya, Peter! No puede quedarte mucho dentro. Sal de donde estés y déjame acabar con tu sufrimiento. —Exploró con la mirada los gallineros y los coches destrozados de los alrededores.

Nada.

—A la mierda. Ya te desangrarás en algún rincón. Tengo peces más gordos que pescar.

Liam echó un vistazo a la camioneta; le vendría bien para llegar a su propio vehículo junto al bosque. Allí inutilizaría este vehículo para que Peter tuviera que ir a pie. ¡Si, por algún milagro, no se había desangrado ya y era capaz de llegar hasta el arroyo! Retrasar a Peter le daría tiempo suficiente para terminar sus planes.

Entró por el lado del copiloto, quitando los cristales del asiento, y se alegró de ver las llaves en el contacto. También se alegró de ver el móvil de Peter en el asiento. El moribundo no pourrait pedir ayuda. El agujero en el parabrisas era lo suficientemente grande como para que Liam pudiera ver. Apartó el brazo de Brady y lo colocó alrededor de lo que quedaba del parabrisas. —Lo siento, chaval, pero ya estoy bastante cubierto de sangre.

Y vaya si lo estaba; iba cubierto, pero en cierto modo le gustaba. Realmente se sentía como si estuviera en el corazón de la batalla. ¡Y una que todavía latía!

Avanzó la camioneta, apartándola gradualmente del porche, y luego giró a la izquierda. Aceleró antes de llegar al coche de Carson y sonrió al revivir el momento en que le había abierto un agujero en el pecho a aquel imbécil.

La ventanilla del copiloto estalló. Liam dio un volantazo. El chico que estaba sobre el capó cayó al suelo con un golpe sordo. Liam parpadeó y sonrió. —¡Has fallado! —Oyó un ruido sordo cuando la siguiente bala impactó en el lateral de la camioneta. Liam pisó el acelerador a fondo y mantuvo la cabeza gacha.

Oyó el tableteo continuo del rifle mientras ponía distancia entre él y ese viejo cabrón testarudo.

Una parte de Liam quería volver y darle una lección, gastar la última de las nueve vidas del gatito. Pero ya había perdido demasiado tiempo y aún le quedaba gente por matar. Empezando por el último de los Davis.

Pero eso no debería llevarle mucho tiempo. Solo hacía falta una llamada telefónica.

19

—ESCUCHA —dijo Jake mientras aparcaba a unas cuantas puertas de la tienda de los Rogers—. Lillian ya ha estado aquí, pero quiero volver a comprobar que no ha regresado. Hay que hacerlo con *tacto*, Gabriel. Si Mason está aquí, lo reducimos y lo dejamos en comisaría. A partir de ahí, que se encarguen ellos.

Gabriel mascaba chicle con fuerza. —No entiendo qué se cuece entre Lillian y tú. La verdad es que nunca lo he entendido.

—Es una amistad. Sé que no tienes muchas, pero existen.

—Aun así, ¿por qué te metes en todo esto si se supone que tienes que pasar desapercibido? —Gabriel se quedó mirando a Jake —. Sabes que así vas a atraer a los lobos, ¿no?

Jake suspiró. —La respeto. Es buena policía y no recibe mucho apoyo de sus propios compañeros. Solo la estoy ayudando un poco. Me recuerda a alguien de casa, alguien que nunca se rendiría.

—Estás aburrido. Eso es todo. Pero que sepas que tu aburrimiento va a hacer que te maten. Supongo que huiste con dinero en el bolsillo, ¿no? Nunca entiendo por qué los hombres como tú no se retiran a tiempo.

Las cosas no han ido bien en mucho, mucho tiempo, pensó Jake.

—Bueno, vamos —dijo Gabriel.

—No. Así no funciona. Si está ahí, no quiero que se dé cuenta de que algo pasa. Hablaré con él de armas, como la última vez que

estuve aquí, y luego lo esposaré cuando esté desprevenido. Tú solo estás aquí por si algo sale mal.

Gabriel se rio. —¿Así que solo entro si no sales?

Jake asintió.

—¿Con mi fusil en casa?

Jake volvió a asentir.

—Suena a misión suicida.

—O lo tomas o lo dejas.

—¿Sois todos tan blandos en Inglaterra?

Jake sonrió con suficiencia. *Tú no aguantarías las cosas que yo he visto, Gabriel.* —Como sea, puedo con ello. No lo asustaré.

—¿Y si entro y tengo que salvarte el culo? ¿Qué hago entonces? ¿Quieres que le tire tomates podridos?

—Ya se te ocurrirá algo —dijo Jake, abriendo la puerta. *A los hombres como tú siempre se os ocurre algo.*

—Te crees mejor que yo, pero no somos diferentes.

—Lo único que compartimos —dijo Jake, bajando del coche— es el aire.

El móvil de Cam sonó. Se lo sacó del bolsillo y enarcó las cejas hacia su abogado.

—¿Estamos a punto de que nos den plantón? —dijo Bryce.

—La gente, por lo general, no me da plantón. —Contestó al móvil —. ¿Sí?

—Un acertijo. Un lugar, antes tan vivo, ahora muerto, anegado en sangre. ¿Dónde estoy?

—¿Mason?

—Casi, pero no. Soy Liam. Así que, ¿la respuesta a mi acertijo?

Cam se levantó del sofá de Mason. —¿Liam? Estoy en la tienda de tu hermano. ¿Dónde está Mason? De hecho, ¿dónde coño estás tú?

—En tu casa. Bueno, al menos lo estaba. Los muertos no son la mejor compañía, así que me fui.

Cam entrecerró los ojos. —¿De qué estás hablando?

—Estás solo en el mundo ahora, Cam. *Completamente solo.* Quería que probaras un poco de lo que Mason ha sentido durante tanto tiempo.

Cam caminaba de un lado a otro. —Eres un mentiroso, un cobarde de mierda.

—¿Cobarde?

—Huiste después de lo que le hiciste a mi familia. Y te escondiste, como una rata en una alcantarilla. ¿Y ahora me llamas con esta sarta de gilipolleces? Cuando te vea, Liam, voy a arrancarte esa lengua mentirosa de la cabeza.

Bryce alargó el brazo hacia la mesa de centro a por un cigarrillo, le arrancó el filtro y se lo colocó entre los labios sonrientes.

—¿En serio? —preguntó Liam—. Escucha con atención. Le he reventado la cara a tu nieto mudo con un martillo y le he pegado un tiro en el pecho a tu hijo. Murió mirándome a los ojos. Fue una gozada. Antes de pegarle un tiro en la cabeza a tu hermano imbécil, le ahorré el darme cuenta de que todo había acabado porque la mujer de tu hijo lo había drogado. ¡Sí, ya lo sé! Tenía las maletas hechas e iba a largarse. Vaya, realmente sabes cómo mantener el orden en casa, Cam.

Cam tragó saliva. La historia sonaba elaborada. Demasiado elaborada. En su experiencia, la elaboración era a menudo el sello de la verdad. Se le heló la sangre. —¿Dónde está Felicity?

—Le he rajado el cuello.

—Mentira.

—Luego he tirado a tu nieto por una ventana. Aunque ha conseguido dispararme en el rabillo del ojo con una puta pistola de aire comprimido.

—¡No! —Cam volcó la mesa de centro de una patada—. ¡*No*! —Cam se paseó por la habitación, frotándose la frente. *Quizá el cabrón solo había visto a Brady disparando su pistola de aire comprimido en el bosque.*

Bryce ya estaba de pie, con las manos por delante.

Cam le dio la espalda, ignorando sus intentos de calmarlo.

—Parece que empiezas a creerme. Entonces, ¿probamos otra vez con el acertijo? Un lugar, antes tan vivo…

—¡Te voy a despellejar vivo, hijo de puta!

—…ahora muerto, anegado en sangre. ¿Dónde estoy?

Cam volvió a patear la mesa de centro volcada una y otra vez. Una pata se soltó y se estrelló contra el televisor. —¿Dónde *estás*? ¿Dónde *coño* estás?

—Te daré una pista. A pesar de estar muerto y anegado en sangre, no es tu granja. Es un lugar completamente distinto.

—Si le has hecho daño a mi familia, te torturaré. *Incansablemente*. Te arrancaré a trozos.

—La respuesta a mi acertijo está más cerca de lo que crees. Hay un armario sobre el televisor, Cam. Ábrelo para encontrar la verdad. Ábrelo para descubrir el lugar muerto anegado de sangre. Estoy cerca, y me acercaré más si lo haces. Esto acaba esta noche, y tú todavía tienes un papel que desempeñar.

La llamada se cortó. Cam miró el teléfono con intención de devolver la llamada, pero el cabrón había ocultado su número. Miró a Bryce. —Dice que ha matado a mi familia. —Le temblaron los labios.

—Sí, me lo ha parecido. Tienes que mantener la calma. No será verdad.

—Sí que lo es. Sabía lo de la pistola de aire comprimido de mi nieto. Lo *sabía*.

—Aun así, eso no es suficiente. Podría haber conseguido esa información en cualquier parte. Además, ¿por qué iba a hacer lo que dice?

—Venganza. Venganza por cómo hemos tratado a su hermano.

—Es demasiado extremo. No me lo creo.

—Ese chico, Liam, estaba loco. Deseé que estuviera vivo para poder matarlo. ¿Puedes creértelo? ¿Que deseé que estuviera vivo? —Se fijó en el armario que había sobre el televisor y dio un paso adelante.

—¿Qué haces?

—Ha dicho que la respuesta estaba en ese armario.

—¿La respuesta a qué?

—A su puto acertijo. Algo sobre un lugar muerto, anegado de sangre.

—Pues déjalo cerrado.

—No. Tengo que saberlo.

—¿Saber qué? Suena a amenaza. Vámonos...

Cam agarró el tirador.

—No te lo aconsejo —dijo Bryce, poniéndole una mano en el hombro.

—Mi familia. Dice que ha matado a mi familia. Tengo que saberlo. —Abrió el armario.

Cuando Jake escuchó la explosión, cayó de rodillas y revivió aquel momento en Salisbury en el que había visto fragmentos de metal y cristal lloviendo sobre la carretera junto a un coche en llamas mientras un niño destrozado e *inocente* convulsionaba cerca de los restos. *Y es culpa mía. He estado trabajando para los cabrones que hicieron esto, que le quitaron la vida a un niño.*

Volviendo bruscamente al presente, Jake observó la columna de humo que se elevaba desde detrás de la tienda. El cristal de la fachada se había hecho añicos, pero la explosión no la había destruido por completo. Estaba claro que la zona cero había sido el apartamento adosado a la parte trasera.

Afortunadamente, Jake acababa de bajar de su vehículo cuando se produjo la explosión y todavía estaba a una distancia considerable de la tienda. Aparte del zumbido en los oídos, se sentía ileso. Corrió hacia el coche del que Gabriel ya había salido, con los ojos muy abiertos, mirando la creciente nube de humo.

—¿Eso es todo? —preguntó Gabriel—. Después de tanto tiempo, después de todo lo que me ha hecho a mí y a mi familia, ¿muere en una *puta* explosión de gas?

—No sabemos si estaba dentro, y no sabemos si ha sido una explosión de gas.

Gabriel cerró la puerta. —¿Entonces, echamos un vistazo?

—Si lo haces, puede que sea lo último que hagas como agente de la ley. Nos vamos. Y nos vamos *ahora*. Los servicios de emergencia llegarán en cualquier momento. No pintamos nada aquí ahora mismo.

—¡Soy el puto jefe de policía! —se golpeó el pecho.

—Te han pedido que te apartes del caso. ¡El siguiente paso será la suspensión!

—¿No es la misma *puta* cosa?

—Sube al coche, Gabriel.

Gabriel golpeó el techo del coche con el puño, se metió en el vehículo y cerró la puerta de un portazo. El Ford tembló.

Jake suspiró. Desde que alquiló este coche, se había convertido en el saco de boxeo de todo el mundo. Temía el día en que tuviera que devolverlo.

Minutos después de la explosión, Liam entró en el aparcamiento del Blue Falls Motel. Detuvo el coche y se pasó un rato examinándose en el espejo retrovisor. La sangre de sus víctimas se había secado en las arrugas de su frente y alrededor de los ojos. No pensaba limpiársela, pues tenía el aspecto de alguien que había estado en el corazón de la batalla.

Alargó la mano hacia el asiento del copiloto para coger la pistola. Solo le quedaban dos balas y *aún* quedaban dos pájaros sueltos: Jake y Gabriel. Así que enfundó la pistola y cogió el martillo ensangrentado. Sería mejor intentar conservar las balas para Gabriel, un hombre que seguramente iría armado.

Bajó del vehículo y se movió con rapidez, sin preocuparse en esta segunda visita por la cámara instalada en lo alto de las paredes del motel; si funcionaba, ¿qué demonios importaba? Estaba a punto de librar a su hermano de toda preocupación, y no había mejor canto del cisne al que aspirar. Caería felizmente en medio de la victoria. Nada era más noble.

Se pegó a la pared junto a la puerta del motel y se quedó un momento hipnotizado por la nube de humo que se elevaba sobre Main Street. Se giró, llamó a la puerta y volvió a apoyarse en la pared.

La puerta se abrió. —¿Hola? —*No era Jake.* Una voz de mujer.

Se abalanzó rodeando la puerta abierta y vio cómo los ojos de Piper se abrían como platos y entonces le dio un fuerte puñetazo en la boca.

Ella trastabilló hacia atrás, agarrándose la cara, y cayó sobre la cama en el centro de la habitación.

Él entró, cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo. Se dio la vuelta y la vio arrastrarse hacia atrás sobre la cama, todavía con la mano en la boca. —¡Quieta! —Señaló la pistola que colgaba de la funda de su cinturón.

Ella obedeció. Se apartó las manos de la cara. Le sangraba el labio. —¿Señor Rogers? No lo entiendo.

—No he venido a por usted, Sra. Goodwin. Usted nunca le ha hecho daño a mi familia. Así que, si responde a mi pregunta, la dejaré en paz. Un poco de hielo en ese labio partido y volverá a estar bien en un santiamén. —Avanzó, haciendo girar el martillo ensangrentado en su mano—. Así que, *solo* una pregunta y vivirá, Sra. Goodwin. ¿Está de acuerdo?

Ella asintió.

Dio otro paso, de modo que sus piernas inmovilizaron las de ella donde colgaban del borde de la cama. Se cambió el arma ensangrentada a la otra mano. —Pero si me miente, usaré este martillo para reventarle los sesos. ¿Lo entiende?

Ella tuvo una arcada y volvió a taparse la boca.

Se cambió el martillo de mano.

—¿Lo entiende, señorita Goodwin?

Tapándose la boca con las manos, ella asintió con vehemencia. Las lágrimas le corrían por la cara.

—Bien. Ahora, ¿dónde está Jake Pettman?

Sus nudillos blanquearon al apretarse las manos contra la boca con más fuerza todavía.

—No la oigo, señorita Goodwin. Quite las manos.

Ella bajó las manos. Sus palabras salieron temblorosas y fueron poco más que un susurro.

—No lo sé.

Él inspiró bruscamente, miró a un lado y soltó un largo suspiro.

—¡De verdad que no lo sé!

Él la miró, negó con la cabeza y levantó el martillo por encima de la suya.

Ella abrió los ojos como platos.

—Por favor, yo no…

Le reventó el hombro.

Lillian y Ewan se dirigían a las ruinas de la tienda de Mason cuando el móvil de ella vibró. Era un número desconocido.

—Agente Sanborn.

—Hola, soy Wilbur. Siento molestarla.

—No es ninguna molestia, doctor Hampshire. ¿En qué puedo ayudarle?

Ewan vocalizó sin sonido:

—¿Quién es?

Ella tapó el micrófono con la mano.

—El médico de las mariposas.

Ewan sonrió.

—Se me ha ocurrido otra cosa después de que se marchara. Puede que no sea nada, pero he pensado…

—Continúe.

—Bueno, es algo que en realidad no debería divulgar, porque me lo contaron en confianza, pero siento que es lo menos que puedo hacer ahora. Siento que debo enmendarlo de alguna manera; además, es probable que no le sirva de nada.

Lillian miró a Ewan e hizo un gesto circular con la mano para indicar lo lento que era el hombre para ir al grano.

—Bueno, es que… Mason Rogers tuvo una aventura. Fue hace mucho, mucho tiempo, así que, como he dicho, probablemente no

sea relevante, pero ahí está. Allá por el ochenta y nueve. Duró un año o dos, creo…

Lillian perdió la paciencia.

—¿Con quién, doctor? ¿Con quién tuvo la aventura?

Después de que él dijera el nombre, ella miró a Ewan con los ojos desorbitados. Si Lillian hubiera hecho una lista de todas las mujeres de Blue Falls con las que Mason podría haber tenido una aventura, aquella habría estado casi al final.

Liam había esperado que Piper gritara. Sin embargo, no esperaba que se defendiera.

La muy zorra había tenido suerte, había cogido un plato que había en la mesilla de noche y le había golpeado en la cabeza.

Él retrocedió un paso y la soltó.

Aprovechando la oportunidad, ella echó las piernas hacia atrás y le hundió los pies en el estómago.

Él se golpeó contra la puerta de entrada, que estaba cerrada con llave, y se dobló por la mitad. Su visión se volvió borrosa; obviamente, le había abierto la herida de la pistola de aire comprimido que tenía en el ojo. Se limpió la cara con la manga; le escocía como el demonio, pero le ayudó a aclarar la vista.

—Ya no tiene escapatoria, señorita Goodwin —dijo mientras se ponía en pie.

Piper rodó para bajar de la cama, se puso en pie y, agarrándose el hombro mientras el otro brazo le colgaba inerte a un costado, desapareció en el cuarto de baño.

Liam oyó el portazo de la puerta, seguido del chasquido del cerrojo. Se movió con rapidez; podría haber una ventana en el baño lo bastante grande como para que ella se escapara por ella. Cuando pateó la puerta, sus botas militares negras le dieron bastante fuerza. Sin embargo, la cerradura no reventó y la puerta se mantuvo firme, lo que sugería que ella estaba de pie detrás, forzándola para mantenerla cerrada.

—¿Y ahora qué, señorita Goodwin?

—Voy a llamar a la policía.

Él miró el móvil de ella en la mesilla de noche y sonrió.

—Creo que estarán demasiado ocupados durante un tiempo. Supongo que ha oído la explosión. ¡Tardarán bastante en volver a juntar los pedazos de Cam Davis! ¿Lo intentamos de nuevo? Dígame dónde está su novio y me iré.

—Que te jodan.

—Señorita Goodwin —le dio un puñetazo a la puerta—. ¿O quizás, señorita MacLeod? —hizo una pausa en busca de una respuesta. No la obtuvo—. *Bingo.* Un pajarito me ha dicho que usted es la hija de Jotham MacLeod, ¿dada en adopción?

Silencio.

Él sonrió.

—¿Así que lo que Peter le dijo a mi hermano es cierto?

—¿Policía? Sí, hay un intruso en mi habitación del motel…

Liam se echó a reír.

—Déjese de tonterías, señorita MacLeod. Su móvil está aquí fuera.

Silencio de nuevo.

—Sabe, estoy decepcionado. Hubiera esperado más de una MacLeod. Tenían a todo el pueblo muerto de miedo. Se acabó. Yo me apartaría de la puerta si fuera usted. —Hundió la uña del martillo en la puerta y arrancó un trozo de madera. La golpeó una y otra vez. Después de abrir un agujero considerable, se asomó por él.

Agarrándose el hombro, Piper estaba en el suelo con la espalda apoyada en el lavabo y los pies estirados y apoyados en la parte inferior de la puerta.

—Hola, ahí abajo. —Recobrando el aliento, Liam examinó el baño. Había una diminuta ventana encima del inodoro, lo suficientemente pequeña para un niño, tal vez, pero nada más—. Sabe, señorita MacLeod, he acudido a usted de forma razonable, pero ahora estoy cansado y frustrado. Y, si lo pienso bien, la forma en que su padre descarrió a mi sobrino Anthony estuvo muy, muy mal. Ya he acabado con una estirpe esta noche; no veo ninguna razón para mantener la suya.

Se arrodilló e hincó la uña del martillo en la mitad inferior de la puerta. Arrancó más madera y volvió a hundir la herramienta una y otra vez, abriendo un agujero más grande que el de la parte superior de la puerta.

Se detuvo para recuperar el aliento, se limpió el sudor y la sangre de la cabeza, divisó uno de sus tobillos justo debajo del agujero y sonrió.

—En qué situación nos encontramos, señorita MacLeod. ¿Algo que quiera decir antes de que la rompa en pedacitos?

—Que te jodan, otra vez.

Sosteniendo el martillo con una mano, metió la otra por la abertura, le agarró el tobillo y tiró de él hasta la altura del agujero.

Ella gritó e intentó liberarse.

Apoyando los pies en la parte inferior de la puerta para hacer palanca, consiguió arrastrar el pie y la pierna de ella a través del hueco.

—Suélteme…

Le hundió la uña del martillo en la pantorrilla.

Ella volvió a gritar.

Con una mano sujetándole la pierna y la otra agarrando el martillo encajado en ella, jadeaba con los dientes apretados. Abrió los ojos de par en par mientras veía la sangre borbotear. ¡Era capaz de semejante destrozo!

La sangre le corrió por la pierna y por la mano, de modo que, cuando ella tiró de la pierna otra vez, se le escurrió entre los dedos. La uña le desgarró la carne hasta el tobillo, donde chocó contra el hueso y se soltó. El pie de ella desapareció por el agujero y entró en el cuarto de baño.

Liam escuchó los ruidos que hacía; nunca antes había oído nada igual. Sonaba como si se estuviera ahogando y atragantando con sus propios gritos. —No se preocupe, Sra. MacLeoid. Esto no durará mucho más.

Sintió que el móvil le vibraba en el bolsillo. Lo sacó como pudo, se secó los ojos de nuevo con la manga y leyó el nombre en el teléfono. Un temblor le empezó en las rodillas y, mientras se ponía en pie, sintió que se le extendía por todo el cuerpo. Se apoyó en la

puerta destrozada para estabilizarse, pero no sirvió de nada, y el mundo palpitaba a su alrededor. Todavía oía los gritos guturales, pero ahora sonaban menos abrumadores, como si ocurrieran muy lejos, quizá en otra habitación. Ya no tenían ninguna conexión con él.

Leyó el nombre otra vez. Tuvo una arcada y la boca se le llenó de bilis. Se inclinó sobre la cama y dejó que goteara sobre las sábanas. Luego, se tambaleó hacia la salida. Necesitaba aire.

Corrió el cerrojo mientras el teléfono vibraba con fuerza en su mano. Miró la pantalla de nuevo. Se encogió. El nombre parecía gritarle. Salió, inspiró profundamente y el mundo se volvió negro.

Mason miró el martillo ensangrentado que tenía en la mano, sintió una arcada y dejó que se le escurriera entre los dedos. Notó el impacto en el pie, pero no le dolió; llevaba las botas militares negras de Liam. Haciendo una mueca, se tocó el rabillo del ojo y se dio cuenta de que tenía las yemas de los dedos ensangrentadas.

El móvil que tenía en la otra mano estaba sonando. Miró la pantalla. No se lo podía creer. Mientras descolgaba, se apoyó en la pared para no caerse. —¿Diga?

—Hola, Mason.

—No lo entiendo. No entiendo...

Ella lo acalló con suavidad. —Cálmate, Mason.

Él examinó el uniforme militar. —Estoy cubierto de sangre.

—Sabíamos que este día llegaría, Mason.

Contempló el letrero de neón brillante del Blue Falls Motel. —No sé qué ha pasado. No sé qué he hecho.

—Déjame ayudarte.

—Sí, te quiero.

—Lo sé.

—Pero ha pasado tanto tiempo.

—Tenía que ser así.

Vio su vehículo en el aparcamiento y empezó a caminar hacia él. —Estoy en el *motel*. No sé cómo he llegado hasta aquí.

—Reúnete conmigo en el Skweda.

Mason lloró. Le quemaba la herida del ojo. —¿Por qué me ayudas?

—Por lo que significas para mí.

—Pero eso fue hace tanto tiempo...

—Esos sentimientos nunca desaparecen. Así que, Mason, ¿en el Skweda?

—¿Dónde en el Skweda?

—Donde la enterramos.

Abrió la puerta de su coche y entró. —Vale.

—Pero escucha, Mason, ve por Shawcross Lane. Evita pasar por tu tienda.

—¿Por qué?

—Porque ahora lo saben, Mason. Ese camino no es seguro para ti.

Observó la nube de humo. *Su tienda... el trabajo de su vida...*

—Prométeme que irás por Shawcross —dijo ella.

—Te lo prometo. —Hizo una pausa, respiró hondo y contuvo más lágrimas—. Creo que he hecho cosas muy malas.

—Todos hemos hecho cosas malas.

—Lo sé... lo sé, pero no como esto.

—Pues ven ya.

—Voy, mi amor.

Ella colgó.

Cerró la puerta del conductor.

La puerta del copiloto se abrió. Liam entró y se sentó a su lado. Llevaba puesto el uniforme militar y estaba cubierto de sangre. También llevaba un corte de pelo militar. —¿No vas a ir, hermano? No irás a fiarte de ella, ¿verdad?

—Es el final del camino, Liam —dijo Mason, tocándose la cabeza. Él también llevaba un corte militar. Arrancó el coche y miró a Liam de reojo—. Deberías haber seguido muerto.

—Tú me trajiste de vuelta, hermano.

—¿Qué has hecho?

—He estado a punto de darte la paz que tanto mereces.

—No hay paz para mí, Liam. Nunca la ha habido y nunca la habrá.

20

—¿Y ahora qué? —preguntó Gabriel.

Jake metió el coche en la calle de Gabriel. —Vamos a casa. Y esperamos.

—¿Esperar qué?

—Esperar a ver si ha terminado.

—Eso no va conmigo.

—No era una opción.

Un gato estaba cruzando la carretera y se detuvo en medio. En lugar de seguir, clavó sus ojos verdes en los ocupantes del coche.

Jake detuvo el coche.

—Me alegro de que no vayamos a un casino —dijo Gabriel.

—De donde yo vengo, si se te cruza en el camino de izquierda a derecha, da buena suerte —dijo Jake.

—Mi padre era un ludópata. Me dijo que si un gato negro se te cruza en el camino en Las Vegas, es un presagio de que vas a perder.

—No soy supersticioso.

—Yo tampoco. Ni tampoco juego. Quiero ver el cadáver del hombre que mató a mi hermana antes de creer que esto ha terminado de verdad.

El móvil de Jake sonó y lo cogió mientras el gato continuaba su camino. —¿Lillian?

—¿Estás solo?

—Sí —mintió Jake.

—Estamos en la tienda. De momento se han localizado los restos de dos personas entre los escombros. Es demasiado pronto para decir quiénes son.

Jake reanudó la marcha ahora que el gato había despejado el camino. Podía sentir los ojos de Gabriel taladrándolo. —Vale, mantenme al corriente.

—Lo haré. No te llamo solo por eso. Acabo de oír algo interesante del médico de Mason. Me ha devuelto la llamada.

—Sigue.

Lillian le habló de la aventura. —¿Crees que es relevante?

—No lo sé, pero el 89 es más o menos la época en que desapareció Collette Jewell, así que merece la pena echarle un vistazo. —Observó a Gabriel, que no podía tener los ojos más abiertos.

—Ewan y yo íbamos a comprobarlo, pero el teniente nos acaba de decir que no nos movamos hasta que esta escena se calme. Andamos escasos de personal aquí y la multitud está creciendo. Me preguntaba si querías hacerle unas cuantas preguntas. Sabe que no eres policía, así que probablemente te dé con la puerta en las narices, pero he pensado que merecía la pena intentarlo.

Jake volvió a mirar a Gabriel. —No te preocupes por eso. Estoy seguro de que obtendremos una respuesta. Me pasaré por allí. ¿Qué mal puede hacer?

Tras aparcar detrás del vehículo de su examante, Mason salió del coche y se abrió paso entre los árboles hacia el Skweda. Oía a su hermano moverse entre la maleza a sus espaldas.

—Cometes un error, hermano.

—El único error que cometí en mi vida, Liam, fue escucharte.

—Solo estoy aquí *por* ti.

—No. Solo estás aquí porque nunca inventaron una medicina lo bastante fuerte como para mantenerte alejado.

—Como tú veas, hermano. Venga, vete de víctima, pero te digo una cosa: si te reúnes con esa mujer a la orilla del agua, acabarás siendo la víctima que tanto anhelas ser.

—Ella no es el problema. —Se aupó sobre un tronco caído—. El problema son las cosas que has hecho tú.

—Todo lo que hice, lo querías, y lo *disfrutaste*.

—¿Cómo iba a hacerlo? Nunca fui consciente.

Liam resopló. —Miente, pues, hermano. Miénteme a mí y a ti mismo. Viviste cada momento. Cada golpe de martillo. Cada vez que apretaste el gatillo. *Cada* momento.

—¡El que miente eres tú! —Negó con la cabeza, se agarró la cara con las manos y cerró los ojos—. ¡Déjame en paz!

No hubo respuesta.

Mason abrió los ojos y se dio la vuelta. Liam se había ido.

Se giró de nuevo y serpenteó por el resto de la maleza. El sonido del Skweda se hizo más fuerte. De vez en cuando, se apoyaba en un árbol para mantener el equilibrio. Sus esfuerzos recientes —los esfuerzos recientes *de Liam*— habían sido demasiado para un anciano. El dolor del ojo también seguía molestándole de veras, y tenía que limpiarse la sangre con regularidad cuando amenazaba con taparle la visión.

Atravesó los árboles y llegó a la orilla del río.

Ella estaba de espaldas a él, mirando al otro lado del río.

Como solía ocurrir, el agua bajaba con fuerza, y él se alegró de ello. El ruido del agua contra las rocas y las orillas seguro que había ahogado su conversación con su hermano; una conversación que podría haberla puesto más en guardia de lo que estaba.

Ella nunca había sabido de su problema. Y él, desde luego, nunca le había hablado de su hermano. Ni siquiera en aquella noche horrible en que Collette murió y Liam había tomado el protagonismo para apoyarlo con lo que había que hacer, ella había sabido nada de su existencia. Liam le hacía más caso a Mason por aquel entonces. Liam había prometido no delatar el cambio de identidad, y había cumplido su palabra.

Mason se detuvo detrás de la mujer a la que nunca había dejado de amar.

—Aquella noche que estuvimos aquí, ¿recuerdas lo tranquilas que estaban las aguas?

—Sí —mintió Mason. No podía recordarlo porque había sido su hermano quien estuvo allí aquella noche.

—La percepción que el público tiene de mí está muy distorsionada. Creen que soy impenetrable, una mujer de hierro.

—No importa lo que piensen. Yo sé la verdad.

—¿Qué es?

—Que simplemente eres fuerte y que amas tan bien como cualquiera.

—Dices que soy fuerte, pero aquella noche, te *necesité*. Fue tu fuerza la que nos sacó adelante.

No la mía, pensó Mason. *La de Liam.*

—Te adentraste en el agua con esa chica rota. La lastraste. Le diste sepultura. *Tú* nos salvaste. Darme cuenta de lo débil que era en realidad me cambió. Es gracias a ti, Mason, que soy lo que soy, y te lo agradezco.

—Te he echado de menos. Cada día desde aquella noche, te he echado de menos. Podemos escapar. Aún podemos estar juntos.

—Pero no estás escuchando. Ya no soy la mujer que era entonces. —Priscilla Stone se dio la vuelta y enarcó las cejas—. Sangre..., cuánta sangre. ¿Qué has hecho?

—Es complicado. No fui yo. Al menos, no el yo que tú conoces.

—O sea, que los dos hemos cambiado desde aquella noche. Quizá, entonces, puedas perdonarme por lo que está a punto de suceder.

Apenas les separaba un metro. Se planteó alargar la mano hacia ella; Priscilla no mostraba ningún signo de miedo.

—Porque no está sola —dijo Liam a su lado.

Mason abrió la boca para responder, pero se contuvo. No quería que Priscilla supiera con qué vivía, con qué había vivido *siempre*. Sintió la presión en la nuca; la boca de una pistola, sin duda. —¿Por qué, amor mío?

—Cuando las cosas llegan a su fin, es mejor ser la persona que determina dicho final.

—Lo único que quiero es que acabe. ¿No puede acabar con nosotros juntos?

—Lo siento, pero ese final es para los que deliran.

—¡Delirar! En eso ha acertado —dijo Liam.

—Cállate la puta boca —dijo Mason, girando la cabeza bruscamente hacia la izquierda. Ahora la boca del cañón presionaba el lateral de su frente.

Liam, todavía con su uniforme militar salpicado de sangre, se reía.

—Simplemente vete, Liam. Te lo suplico.

—¿Con quién hablas? —preguntó Priscilla.

—Cuéntaselo, hermano —dijo Liam—. Más vale que lo hagas. Todo habrá acabado en un momento.

Mason sintió el escozor en su ojo herido mientras se llenaba de lágrimas. —Lo has estropeado todo. *Todo*.

—¿Que *yo* lo he estropeado todo? —Liam se llevó una mano al pecho—. Ya casi estaba, hermano. Si me hubieras dejado terminar, no habrías vuelto a tener miedo nunca más.

—¿Aparte de a una *puta* celda?

—¡Hermano, nunca ibas a ir a la cárcel! ¡Mírate! ¡Habrías pasado el resto de tus días en una habitación cómoda, medicado, viendo todo el fútbol que te diera la gana!

—Una última vez, Mason, ¿con quién demonios estás hablando? —preguntó Priscilla.

Se volvió hacia Priscilla. La pistola se asentó de nuevo en su nuca. —Con mi hermano.

—Ahí no hay nadie.

Liam se acercó a Priscilla y dijo: —Está como una cabra, cariño. Absolutamente pirado.

—¡Que te jodan! —dijo Mason, señalando—. ¡El loco eres tú! Tú mataste a toda esa gente.

—¿Cómo podría haberlo hecho? —Liam sonrió—. Si ni siquiera estoy aquí.

—Para ya. —Mason se tapó los oídos con las manos—. Para de una puta vez.

—Escucha, Mason. Fuiste tú. Todo tú. Tú envenenaste al ganado. Tú mataste a Henry y a Bobby. Tú arrojaste a una chica muerta de catorce años al Skweda. Y esta noche, has aniquilado a una familia entera. ¡A una puta familia entera!

Mason cayó de rodillas.

—Y lo de tu propia esposa, lo que le hiciste, esa sí que es la guinda del pastel.

Mason alzó la vista hacia su hermano mientras las lágrimas le anegaban el rostro. —¿Lorraine?

Liam asintió. —Sí, la violaste.

Mason negó con la cabeza a pesar de que la pistola seguía clavada en su nuca.

—Lo estabas pasando mal, hermano. Perdiste el control. Yo intenté protegerte. Y te hice creer que fueron los hermanos Davis.

—No, no. ¡Eso no es verdad!

—¿Lo has olvidado, hermano? ¡Apenas te dirigió la palabra el resto de su miserable vida!

—Porque estaba traumatizada por lo que pasó. Por lo que hicieron los hermanos Davis. ¡Lo que hiciste *tú*!

Liam asintió. —Estaba traumatizada por ti.

Mason bajó la cabeza. Dejó que las lágrimas le corrieran por el rostro. Cuando levantó la vista, Liam había desaparecido y Priscilla estaba sola.

—No sé quién soy —dijo él.

—Eso parece —dijo Priscilla.

—Hazlo.

—¿Hacer el qué?

—Ya lo sabes. Lo que has venido a hacer.

—Ah, eso. —Ella asintió.

Su último pensamiento antes de que su mundo se volviera negro fue: *Quizá haya un mundo mejor que este.*

JAKE HABÍA ESTADO ANTES en algunas propiedades impresionantes en Inglaterra, pero nunca en nada como esto. Era evidente que aquí el dinero cundía mucho más y, si tenías una gran cantidad de dinero, como sin duda era el caso de los Stone, el mundo estaba a tus pies en cuanto a terrenos y viviendas.

Un joven sirviente, trajeado, bien calzado y, sin duda, con un arma oculta, se presentó como Simon Drake y les dijo que Charles Stone estaba demasiado enfermo para recibir visitas, policiales o de cualquier otro tipo.

Gabriel sonrió con desdén. —Esa decisión la tomo yo, jovencito. Además, estamos aquí para ver a la señora de la mansión, no al moribundo de arriba.

—¿Se le permite a la policía hablar así? —preguntó Simon.

Jake observó con incredulidad cómo Gabriel asentía y decía: —Sip. Cuando eres el jefe, tienes el monopolio de las palabras.

—La señora Stone no está.

—De acuerdo, podemos esperar.

—Preferiría que…

—Las preferencias no cuentan cuando se está llevando a cabo una investigación, muchacho.

—¿Qué cree exactamente que ha hecho la señora Stone?

Gabriel miró a Jake y sonrió. —¿Me he perdido algo? ¿Este hombrecito se cree que trabajo para él?

Jake no respondió. Esto se estaba poniendo demasiado tenso para su gusto.

Gabriel se volvió de nuevo hacia él. —Muéstrame el salón, muchacho, y los dos nos tomaremos un café mientras esperamos.

Simon frunció el ceño y se hizo a un lado.

—¿Quién más está aquí? —dijo Jake.

—Solo yo y el señor Stone, arriba, descansando. —Simon los condujo a una gran sala que optaba por mantener una decoración minimalista, aunque no su coste.

Mientras Jake se sentaba en un lujoso sofá de diseño —cuyo coste podría sacar de la pobreza a mucha gente hambrienta—, rechazó el café por miedo a que Simon le echara algo desagradable.

Gabriel aceptó.

Después de que Simon los dejase, Jake se dirigió a Gabriel. —Es como si hubieras nacido para ser hostil. ¡Nunca he visto a nadie tan bueno en eso! Priscilla Stone podría no estar implicada.

—La conozco. La conozco *muy bien*. Está implicada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Dejó que los MSP me marginaran.

—¿Tenía elección? Viéndote ahora, yo probablemente habría hecho lo mismo.

—No tenía por qué ceder tan fácilmente como lo hizo. Quería quitarme de la investigación y estaba deseando que todo pasara. Salvo que… —Entornó los ojos—. Mira lo que acaba de aparecer en su vestíbulo.

—Jesús. Esto es un error. ¿Alguna vez has hecho algo con calma? Además, ¿por qué la presidenta del concejo tiene guardaespaldas haciéndose pasar por sirvientes? ¿Es una práctica habitual?

Gabriel se encogió de hombros. —Supongo que depende de lo importante que te creas. Quizá esperaba que algo así ocurriera. Ciertamente, lleva mucho tiempo viviendo al filo de la navaja.

Jake observó cómo Gabriel miraba fijamente la puerta cerrada durante unos minutos antes de levantarse de repente. —Voy a echar una meada.

Gabriel salió de la habitación y cerró la puerta a su espalda.

Jake miró el móvil y vio que tenía una llamada perdida de Lillian, así que le dio a devolver llamada. Oyó un estruendo en el pasillo y colgó. Se acercó a la puerta, la abrió y miró.

Con la espalda apoyada en la pared, Gabriel rodeaba el cuello de Simon con el brazo. A sus pies había una bandeja, una taza hecha añicos y un charco de café. Simon tiraba del brazo de Gabriel, pero la llave del corpulento jefe era demasiado fuerte y el guardaespaldas empezaba a cansarse.

—¡Gabriel! —ladró Jake.

—No te me acerques, Jake, o le parto el cuello.

—Lo estás haciendo todo mal, Gabriel.

Gabriel siguió concentrado en cortarle la respiración a Simon. Cuando el guardaespaldas se desvaneció en sus brazos, le metió la mano bajo la chaqueta y sacó la pistola que llevaba oculta. Después

soltó al guardaespaldas y dejó que se desplomara sobre el charco de café.

Gabriel apuntó a Jake con la pistola. Le temblaba la mano y sus ojos se movían nerviosamente de un lado a otro.

—¿Qué te pasa? Esto es más que una resaca de güisqui. No piensas con claridad.

—Nunca me he sentido más lúcido —dijo Gabriel.

—¡Pues no lo parece! ¡Mírate! ¿Y ahora qué?

—¿No tienes miedo de que te mate, Jake?

—No creo que hicieras semejante estupidez.

—¿Por qué es una estupidez? Has sido un grano en el culo desde el día que pusiste un pie en Blue Falls.

—Y, sin embargo, aquí estoy, la única persona que intenta hacerte entrar en razón.

Gabriel gruñó. —Da igual, no tienes de qué preocuparte. Ahora eres el problema de otro.

Jake sintió que se le helaba la sangre. —¿El problema de quién*?* Gabriel, ¿qué has hecho?

—Nada. Solo digo que tus días están contados desde que huiste de algo de lo que no deberías haber huido. Nadie puede esconderse de la gente a la que ha traicionado, como la encantadora Priscilla está a punto de descubrir.

—¿Y si es inocente?

—Primero le sacaré la verdad. —Sacó unas esposas de dentro de su chaqueta y se las lanzó a Jake—. Ve al salón y espósate a algo.

Jake miró las esposas y luego a Gabriel. —No voy a hacer eso.

—Entonces morirás ahora en lugar de más tarde.

—Tienes más moral que eso.

Gabriel resopló. —¿Has olvidado lo que les hicimos a Anthony Rogers y a Jotham MacLeoid?

—Eso fue diferente. Las circunstancias lo exigían.

—Y estas circunstancias… —Gabriel se inclinó hacia un lado y se golpeó contra la pared.

Jake se dio cuenta de que Simon había recuperado el conocimiento y había estirado el brazo por detrás para agarrar la pierna del jefe, intentando derribar a aquel hombretón.

Gabriel apuntó la pistola hacia abajo y recompensó el momento de valor de Simon con una bala en el pecho.

—¡Joder! —gritó Jake.

Simon siguió agarrado a la pierna de Gabriel un instante más, hasta que sus ojos se pusieron en blanco y sus brazos se aflojaron.

—Estúpido, estúpido de mierda —dijo Jake—. ¿Qué coño has hecho?

Gabriel apuntó a Jake con la pistola. —¡Cállate! Todo esto es culpa tuya. Deberías haber entrado ahí cuando te lo dije. Así lo habría reducido a tiempo. —Gabriel se golpeó la frente con la pistola —. Mierda… mierda. Déjame pensar… vale. —Se alejó del cuerpo y apuntó con el arma a Jake—. Arrastra el cuerpo hasta allí, ahora. No deben verlo cuando vuelvan.

Jake golpeó la pared. —¿Cuándo te has vuelto un hombre tan desesperado?

—Todos estamos desesperados. De una forma u otra. ¡Ahora, haz lo que te digo!

Jake respiró hondo, siseó «maldito maníaco» entre dientes, dio un paso adelante, se arrodilló y cogió el pie del muerto. Mientras lo arrastraba, fulminó a Gabriel con la mirada. —¿Te das cuenta de que esto es el fin del camino para ti, verdad?

—¿Para mí o para nosotros?

Jake negó con la cabeza.

—Matamos a esos hombres juntos.

—¡Que te jodan, Gabriel! ¡No vas a manchar lo único bueno que hiciste en tu patética vida!

—Todavía no lo he decidido. Sigue arrastrando y, ¿quién sabe? Quizá ambos vivamos para luchar un día más.

Jake vio a Gabriel tomarse más pastillas y pasearse por el salón.

—¿Qué son esas pastillas? —preguntó Jake.

—Me ayudan a pensar.

—Pues no están funcionando.

Se detuvo y miró fijamente a Jake. —Que te jodan. —Pasó su pistola de una mano temblorosa a la otra, como si estuviera al rojo vivo.

—Matarme no solucionará ninguno de tus problemas. De hecho —levantó la mano y la esposa sonó contra la tubería del radiador—, ni siquiera podrías alegar defensa propia.

Gabriel daba vueltas alrededor de la figura inerte de Simon como si fuera un animal famélico que intentara decidir por qué parte empezar a darse el festín.

Jake observó el reloj de la pared. Diez minutos pasaron rápidamente. Durante ese tiempo, intentó entablar conversación con Gabriel, pero apenas recibió más que unos cuantos gruñidos como respuesta antes de la orden final de «Cierra la puta boca».

Finalmente, Gabriel dejó de pasearse, echó la cabeza hacia atrás y jadeó. Era evidente que el último puñado de pastillas estaba haciendo efecto en su sistema, y Jake deseó que le diera un infarto. Gabriel bajó la cabeza. Sus labios estaban contraídos en una mueca que no podía asociarse claramente ni con el placer ni con el dolor. Inspiró hondo por la nariz y dijo: —He hecho cosas, Jake, cosas que no creerías.

—Prueba a ver.

—No lo entenderías.

—Sabes, yo también he visto cosas, cosas que podrían sorprenderte hasta a ti, Gabriel.

—No como esto. No, nada como esto.

—Venga ya. ¿Qué has hecho que sea tan malo?

—Yo he…

El sonido de un coche fuera lo interrumpió.

Gabriel entrecerró los ojos. —Si les avisas, si gritas, por Dios te juro que te mataré, Jake, y si esa advertencia no es suficiente, que sepas esto: iré y mataré a Piper. —Se retiró hacia el pasillo.

Jake centró su atención en el lugar donde se había esposado al radiador. Pasó los dedos por la larga tubería de cobre que colgaba por debajo. Intentó tirar de ella. No parecía muy firme. Consideró dar un tirón, pero oyó abrirse la puerta de la entrada y optó por contener la respiración.

Voces de sorpresa. Oyó a una mujer decir: «… sangre…». Supuso que era Priscilla Stones.

Una potente voz masculina ordenó: —¡Salgan ahora!

¿Era otro guardaespaldas?

Un disparo, seguido de un grito. Jake soltó el aire y tiró con fuerza de la tubería de cobre.

La puerta se abrió de golpe y Priscilla entró como una exhalación. Resbaló en el rastro de sangre de Simon y cayó de rodillas.

Gabriel entró tras ella, manteniendo la pistola apuntada a su nuca.

Desde su posición, frente a la puerta, Jake pudo ver el otro cuerpo en el pasillo. —Gabriel, tienes que parar esto ya…

Gabriel agitó la pistola en dirección a Jake. —¡Cierra la puta boca!

Priscilla rompió a llorar.

Gabriel cerró la puerta de un portazo y se acercó a Priscilla por detrás. Le apoyó la pistola en la nuca. —Deja de llorar, Priscilla. Los cocodrilos lloran mientras devoran a sus presas. No hay emoción en ello.

Priscilla apartó la vista del cuerpo y miró a Jake. —Ayúdame.

Instintivamente, Jake tiró de la tubería de cobre.

—¡Para, Jake! —Gabriel le quitó la pistola de la cabeza y apuntó a Jake—. No tienes por qué morir hoy. Tú eliges.

Jake retiró las manos. —Gabriel…

—¿Sabes por qué he tenido que reducir a tu otro invitado, Priscilla? —Gabriel volvió a apoyarle la pistola en la cabeza—. Porque es un bala perdida. Le vi volarle los sesos a Jotham MacLeoid.

Priscilla murmuró entre lágrimas: —No necesito saber esto.

—¡Yo decidiré lo que necesitas saber y lo que no! Jotham MacLeoid estaba de rodillas, esperando la bala. Muy parecido a ti.

Jake negó con la cabeza. *Joder, Gabriel, de verdad que vas a arrastrarme contigo.*

—Uy —dijo Gabriel, llevándose una mano a la boca—. Qué bocazas soy.

Jake se reclinó y apoyó la cabeza en la pared, sintiéndose condenado.

—Y yo maté al hijo de Mason, Anthony, y a tus dos guardaespaldas. Mierda —dijo Gabriel, dando una patada al suelo—. Ya me he vuelto a ir de la lengua. Otro secreto a la luz. Así que, Priscilla, ahora que estás de rodillas en una habitación llena de asesinos, ¿comprendes la gravedad de la situación?

Priscilla siguió llorando.

Gabriel le clavó el cañón del arma en la nuca. —Corta el grifo. Ahora.

Ella lo hizo.

—Bien. Siempre has sido la mejor actriz. Te he visto llorar en público por tu marido, ¿recuerdas? Entonces, ¿comprendes la gravedad de la situación?

—¿Tú qué crees, Gabriel? Hay dos cadáveres en mi casa y acabas de decirme que tú y este hombre habéis asesinado a dos de nuestros residentes. Charles y yo no llegamos a esta posición por ser estúpidos.

Gabriel resopló. —Ha vuelto, la Priscilla que conocemos y amamos.

—¿Qué quieres? Parece que si no llegamos a un acuerdo ahora, yo moriré y tú pasarás el resto de tu vida en la cárcel, así que ¿no es mejor que hablemos de los términos? ¿Has olvidado el dinero que te ofrecí?

—Lo único que quiero es la verdad.

—¿La verdad sobre…?

—Sobre Collette, mi hermana.

—¿Qué podría yo…?

—¡Basta… basta! —Le clavó la pistola, obligándola a bajar la cabeza—. Tuviste una relación con Mason por la época en que desapareció mi hermana. Si me mientes sobre eso ahora, daré por terminada esta conversación y te liquidaré.

—De acuerdo. Tuve una relación con Mason, y luego no. Eso no significa que yo matara a tu hermana.

—Tú sabes *lo que* pasó. La forma en que intentaste controlarme, silenciarme. Lo sabes. Nunca he estado tan seguro de nada en mi

vida.

—Te equivocas.

—Cuéntamelo —le dio un fuerte empujón con la pistola, obligándola a bajar la cabeza del todo y a arquear la espalda.

—La verdad te decepcionará.

—Deja que yo lo juzgue.

—Entonces, afloja la pistola. Déjame enderezarme.

Gabriel accedió, pero mantuvo el arma contra su cabeza.

—Nuestra relación duró unos meses…, para mí, al menos. Para él, pareció que había durado toda la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nos divertimos un poco. Él pareció creer que era algo más. Y lo seguía creyendo hasta hace cosa de media hora.

—¿Hasta hace…? ¿De qué estás hablando?

—Parece que de verdad estamos en una habitación llena de asesinos, Gabriel. Ahora está en el Skweda.

Gabriel se dio la vuelta con una mano en la frente y se alejó arrastrando los pies.

—¿Lo mataste? —preguntó Jake.

—Eso es lo que he dicho —dijo Priscilla—. Bueno, técnicamente, lo hizo Lucas, pero por orden mía.

—¿Lucas? —preguntó Jake.

—Al que acabas de disparar en el pasillo. En fin, yo sé vuestros secretos y vosotros sabéis los míos, así que supongo que todos estamos en una posición cómoda, ¿no?

—¿Cómoda? —Gabriel se giró y enseñó los dientes. Avanzó y volvió a colocarle la pistola en la cabeza a Priscilla—. *¿Cómoda?* Mason mató a mi hermana y tú lo sabías. Eso te deja en la posición menos cómoda que puedas imaginar.

1990

EL CALOR OPRIMÍA a Priscilla Stone. Como siempre, el sexo con Mason había sido intenso.

Mientras ella sudaba en la tienda, junto al expositor de revistas, Mason se vestía apoyado en el mostrador. Admiró su cuerpo tonificado justo antes de que lo ocultara tras una camisa y unos vaqueros. Por un instante, se preguntó si esta aventura, que había nacido de la lujuria por el dueño de la armería local, se estaba convirtiendo en algo más.

—Creo que estoy enamorado de ti —dijo Mason.

Ella pensó en su confesión, reflexionó un poco más sobre sus propios sentimientos incipientes y decidió no responder. En su lugar, cogió su ropa interior, que Mason había arrojado a un lado durante su frenesí anterior. Mientras se ponía las bragas y se abrochaba el sujetador, se decantó por una respuesta aún más segura. —Tengo que volver antes de que Charles regrese de su reunión del ayuntamiento.

—¿No puedes decirle simplemente que trabajas hasta tarde?

—Menudo valiente estás hecho, ¿eh? ¿Qué pasa si Lorraine vuelve antes?

—Nunca vuelve antes cuando va a visitar a su madre. Siempre se queda hasta que la enfermera le pide que se vaya. Todavía tenemos tiempo.

Vestida solo con la ropa interior, Priscilla se deslizó contra él y se besaron. Cuando se apartó, dijo: —¿Te has preguntado alguna vez qué será de nosotros cuando la madre de Lorraine muera y ya no tenga motivos para separarse de tu lado?

—Intento no pensar en ello.

—Es mejor estar preparados.

—Para entonces, estarás tan convencida de lo mío como yo de lo tuyo.

—Aunque estuviera enamorada de ti, nunca podría dejar a Charles.

—Todavía tengo tiempo de hacerte cambiar de opinión —sonrió Mason—. La madre de Lorraine es una vieja dura de…

La campanilla de la puerta de la tienda tintineó.

Vio a la colegiala en la entrada de la tienda: la hija del jefe Jewell, Collette. El primer pensamiento de Priscilla fue: *Menudo siete tienes en las medias. Coge otro par de uno de los pasillos*. Su segundo pensamiento fue: *Joder, Mason, ¿has dejado la puerta de la tienda sin cerrar?* Lo miró y vio la incredulidad grabada en su rostro; olvidar algo tan importante era muy impropio de él. En ese momento, bien podría haber soltado: *«El amor te hace hacer las cosas más graciosas»*, si no se hubieran enfrentado al hecho catastrófico de que su peligrosa relación estaba a punto de hacerse pública.

Priscilla volvió a mirar y abrió la boca para hablar, pero no le salió nada.

Collette parecía tan atónita como Priscilla, ¿y cómo no iba a estarlo? Priscilla era una mujer casada, en ropa interior, de pie junto a un hombre casado. —Lo siento —dijo Collette—. Creía que estaba abierto. Mi padre me mandó a por líquido para su Zippo.

—Claro, cariño —dijo Mason.

¿Lo decía en serio? ¿O era que a él también le había afectado la conmoción?

—Aunque, si no es un buen momento… —dijo Collette.

—Claro que sí. No pasa nada. Solo estaba ayudando a la señora Stone con… —Paseó la mirada por su cuerpo semidesnudo. No se molestó en terminar la mentira, porque era imposible inventar una

que resultara creíble—. Acércate al mostrador, cariño, y te cogeré uno de la estantería.

Priscilla retrocedió, pasando el expositor de revistas, hasta uno de los pasillos.

Collette, pálida y rígida, avanzó con cautela por la tienda hasta el mostrador.

Mason pasó de largo a su amante y se dirigió hacia el mismo pasillo frente al que ella se encontraba.

Priscilla escuchó a Mason buscar a tientas la lata en la estantería mientras mantenía la mirada fija en la tímida chica del mostrador; la tímida chica que ahora poseía información que podría destruir todo por lo que ella y Charles habían trabajado.

Cuando Mason pasó a su lado con la lata, ella lo agarró. Él volvió su pálido rostro hacia ella, y Priscilla siseó: —No puede irse.

Él enarcó una ceja como diciendo: *¿Pero eso qué significa?*

Ella se encogió de hombros. —Tú has montado este lío, así que tú tienes que arreglarlo.

—Aquí lo tengo, cariño —dijo Mason, acercándose a Collette.

—Gracias, señor —murmuró Collette.

Mientras Mason rodeaba el mostrador, dijo: —Ah, vaya, está caducado. —Lo dejó sobre el mostrador—. Y no me quedan más en la estantería.

—No pasa nada, señor. Puedo llevarme una caja de cerillas o un mechero desechable hasta que tenga…

—No, cariño. Has venido a por líquido de mechero y líquido de mechero te llevarás. Vamos al sótano del almacén.

—No se preocupe, señor. De verdad. A papá no le importará. Mientras pueda fumar esta noche, estará contento. ¡No se moleste, por favor!

—¡Tonterías! ¡Ven conmigo! —Mason salió de detrás del mostrador, le puso la mano suavemente en el hombro a Collette y la guio a través de la tienda.

Priscilla los siguió a distancia para no poner a la chica más nerviosa de lo que ya estaba.

Cuando Mason llegó a la puerta junto a las estanterías de licores del último pasillo, la abrió con la llave, la abrió de par en par y

encendió la luz. Señaló unas viejas escaleras.

Collette lo miró.

—Ahora, si esperas aquí, cariño —dijo Mason—, bajo en un momento y lo cojo. —Mason desapareció escaleras abajo.

Pareció que tardaba una eternidad. Collette golpeaba el suelo con el pie impaciente. Incluso una chica excesivamente educada como Collette le daría la espalda a esta situación tan incómoda si no terminaba pronto.

Se oyó un estruendo abajo. —¡Ayúdame!

—¡Ya voy! —gritó Collette. Luego bajó apresuradamente las escaleras.

Priscilla quiso detenerla, pero mantuvo la boca cerrada. Esperó los gritos de Collette, que sin duda se habrían producido si hubiera visto a Mason en el fondo del sótano con la cabeza ensangrentada.

Priscilla sonrió. Un plan empezaba a tomar forma. Ahora que la chica se había ido, sería mucho más fácil denunciar el allanamiento en la parte trasera del edificio. Y además, estaba el dinero del seguro, lo que significaba que Mason no tendría que venderle el local a ningún promotor rico de la ciudad.

Priscilla fue de puntillas hasta su ropa, se vistió y aguzó el oído. No oyó ni un ruido procedente del sótano. Pero sí oyó de nuevo el tintineo de la puerta principal.

Se dio la vuelta.

Esta vez, era un hombre mayor, con una barba canosa y bien cuidada y un mechero Zippo que le resultaba familiar en la mano.

Era el jefe Jewell.

Abrió el mechero con un gesto rápido, pero no salió ninguna llama. —¿Tienes fuego? —le preguntó.

—Lo siento, jefe. El líquido para mecheros está más que caducado —dijo ella, señalando la puerta del sótano—. Mason acaba de bajar con su hija al sótano a buscar uno nuevo.

El jefe enarcó una ceja. —¿No la habrá bajado para enseñarle su pistola nueva, verdad?

—No sabría decirle, jefe. Pero ahora que lo menciona, Mason ha estado actuando de forma extraña desde que llegué para mi turno.

Una expresión de alarma se dibujó en el rostro del jefe. Se apresuró hacia la puerta del sótano y gritó: —¡Collette!

Hubo un breve instante de silencio antes de que el jefe se volviera hacia Priscilla y modulara sin voz: *¿Qué ha dicho de que el líquido para mecheros estaba caducado?*. Luego dijo: —He creído oler a gas.

Priscilla miró el Zippo que él tenía en la mano y una expresión de horror se extendió por su rostro. —¡Jefe, no lo haga!

Antes de que pudiera quitarle el mechero, él lo accionó de nuevo.

Collette miró a Priscilla con los ojos muy abiertos, y luego de nuevo a la puerta abierta del sótano.

—¡Estoy atrapado. Ayúdame! —gritó Mason desde abajo.

Collette respondió como probablemente lo habría hecho su padre policía o su hermano mayor, que aspiraba a serlo. Optó por ayudar.

Sin saber qué planeaba Mason exactamente, Priscilla se dio la vuelta, se llevó un puño a la boca y esperó…

Y esperó.

Al final, oyó el portazo y se giró para ver a Mason allí de pie, cerrando con llave.

Se dio la vuelta, sin aliento, y se movió de lado para apoyarse en una estantería de cervezas y serenarse.

Entonces empezaron los golpes. —¡Por favor! ¡Déjame salir! —gritó Collette a través de la puerta.

Mason arrugó la cara al mirar a Priscilla.

Incluso desde esa distancia, ella vio que se le estaban empezando a saltar las lágrimas. Nunca lo había visto llorar. Parte de la razón por la que se había sentido atraída por él —o más bien, por la que había sentido *lujuria* por él— era su virilidad. Nunca antes había visto ese lado vulnerable.

—Por favor… *Tengo miedo* —dijo Collette. Los golpes se hicieron más fuertes.

Mason se acercó a Priscilla, ahora temblando, con lágrimas surcándole el rostro.

Cuando estuvo lo bastante cerca, ella dijo: —Contrólate, Mason.

—Pero ¿y ahora qué?

—¡Por favor… ayuda! ¡Papá, ayúdame! —gritó Collette.

—Mierda —dijo Mason—. Está llamando a su padre. ¡Está llamando al jefe de policía!

Priscilla le puso las manos en los hombros. —Respira, Mason. No puede oírte. Nadie puede oírnos desde fuera.

—¡Esa no es la cuestión! ¡La cuestión es que acabo de encerrar a la puta hija del jefe de policía en un sótano!

—Es algo temporal. Lo has hecho bien. Nos has dado un respiro. No lo eches todo a perder ahora con un ataque de pánico. Necesitamos un plan.

Los gritos de Collette continuaban. La puerta temblaba con sus patadas.

—Vale, vale… —dijo Mason—. El dinero. El dinero lo soluciona todo. Tú tienes mucho, ¿verdad?

—Bueno, mi marido sí, pero sí, algo por el estilo.

—Y Charles es cercano al jefe Jewell, ¿no?

Priscilla asintió. —Pero todo esto depende de que Charles participe. Cuando empecé mi día, no me imaginaba tener que confesar nuestras travesuras en el suelo de tu tienda.

—¿Cómo reaccionará?

—De la misma forma que reacciona a todo: con una cuidadosa reflexión.

Collette chillaba.

—Está perdiendo el control —dijo Mason—. Tenemos que darnos prisa.

—Verá la situación en su conjunto. Querrá mantener esto en secreto. No querrá destruir todo por lo que hemos trabajado. ¿Estás listo para que contacte con Charles? ¿Puedes con eso? No sé cómo reaccionará… contigo.

—No. No lo entiendes. Matará a Lorraine.

Collette alcanzó un nuevo nivel de volumen.

—Pero no tienes otra opción, Mason, ¿verdad? Ninguno de los dos la tenemos ahora.

Las patadas se hicieron más fuertes.

Mason dio una vuelta sobre sí mismo. Se agarró la cabeza. —Tiene que haber otra manera.

—¡Sacadme de aquí! —gimió Collette.

—¡Cállate! —le gritó Mason—. ¡Cállate *de una vez*!

Ahora

«DEBERÍA HABERSE quedado callada. Estúpida cría», dijo Priscilla.

—Vuelva a llamarla estúpida —dijo Gabriel—, y todo acabará para usted en este mismo instante.

—Está bien, está bien —dijo Priscilla, levantando las manos—. Pero estuvimos muy cerca. Teníamos un plan. Solo tenía que convencer a Mason. Pero para entonces, ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

Priscilla suspiró. —Sí. Y lo siento, Gabriel, de verdad que lo siento. No pasa un día sin que piense en lo que ocurrió después, en cómo podría haber sido diferente. Debería haberle puesto la mano en el hombro a Mason, debería haberlo calmado, pero…

—¿Qué pasó?

—Mason ya no soportaba que gritara y pateara la puerta. Sencillamente perdió los estribos, fue hacia la puerta, la abrió y le gritó.

—¿Solo le gritó?

—Sí, pero…, pero…

—¿Pero qué? No lo entiendo.

Ella hizo una mueca de dolor cuando Gabriel le apretó con más fuerza la pistola contra la cabeza. —La asustó. Se cayó… por las escaleras.

—¿Se cayó?

—Sí. Nadie la tocó. Nadie. Fue un accidente, Gabriel. Tiene que creerme.

—¿Intentaron ayudarla?

—Por supuesto. Sí, pero ya estaba muerta. Parecía que se había roto el cuello.

Gabriel retrocedió. Sin soltar la pistola, se apretó las sienes con las muñecas como si intentara evitar que la cabeza le explotara. —¿Pero la metieron en ese sótano?

—Sí. Bueno, fue Mason. Nadie quiso matar a una niña. Fue un accidente. ¿Qué cree que soy, Gabriel?

—Encerraron a mi hermana. Provocaron el accidente, y…, y… luego la arrojaron a un río. La tiraron. ¿Y los avistamientos en Portland? ¿Los testigos que se presentaron para decir que la habían visto con una pareja joven? ¿Los retratos robot? ¿Usted estaba detrás de todo eso?

—Charles tenía influencias. Necesitábamos desviar la atención de Blue Falls. No tuvimos elección. No había más opciones.

—Podría haber dicho la verdad. —Gabriel daba vueltas en círculo —. Arruinó la vida de mi padre. La de mi madre. ¡*La mía*!

—Si hubiera ido a la cárcel, se habría destruido todo lo que estábamos construyendo. Queríamos mejorar Blue Falls. Lo *hemos* mejorado. Lo hice por el bien común.

—¿El bien común? ¿Tiene idea de lo que me ha hecho? ¿De las cosas que me ha obligado a hacer? —gritó, salpicando saliva.

Se giraron hacia la ventana al oír llegar otro coche.

Ewan aparcó junto al coche de alquiler destartalado de Jake.

De vuelta en la tienda calcinada, Lillian le había confesado a Ewan que le había contado a Jake lo de la infidelidad. A él no le había hecho ninguna gracia, y la mayor parte del trayecto a casa de Charles y Priscilla lo habían pasado en un silencio sepulcral. Como le había cogido cariño a Ewan, a ella no le gustaba haberlo decepcionado, pero, si tuviera que hacerlo, volvería a tomar la

misma decisión. Jake era un recurso valioso en un pueblo con muy pocos.

Al acercarse a la puerta, oyeron un disparo y desenfundaron las armas.

—Ve al coche —le dijo Ewan, lanzándole las llaves—, y pide refuerzos.

Lillian corrió hacia el Audi de Ewan, abrió las puertas con el mando a distancia y sacó el móvil. Se agachó dentro del vehículo y buscó en sus contactos hasta que encontró a la teniente Louise Price. Miró por encima del salpicadero mientras Ewan probaba la puerta principal y descubría que estaba abierta.

Ten cuidado…

Louise contestó al segundo tono.

—Disparos en casa de Priscilla Stone, señora.

Ella ya conocía la ubicación por una conversación anterior. —No intervenga hasta que los refuerzos…

Vio a Ewan desaparecer dentro de la casa. —El agente Taylor ha entrado, señora.

Sonaron otros dos disparos en rápida sucesión.

—¡Agente Sanborn! —dijo Louise—. No intervenga. Es una orden directa.

Gabriel salió de la casa con una pistola en la mano.

Lillian se sintió tan sorprendida como aliviada al verlo. Salió del vehículo.

—Todo despejado —dijo Gabriel, enfundando su arma.

Corrió hacia su jefe. —Gracias a Dios, señor. ¿Está bien?

Parecía pálido y conmocionado. Tenía el pelo pegado a la frente por el sudor. —Sí.

—¿Jake? ¿Ewan?

—Bien, los dos están ahí dentro. Suerte que Ewan apareció cuando lo hizo. Priscilla y sus guardaespaldas se volvieron contra nosotros. —Se tambaleó.

Lillian lo sujetó para que no se cayera.

—Ha sido ella, Lillian. Ella mató a mi hermana.

—Tiene que sentarse, señor.

—Estoy bien. —Volvió a tambalearse.

Ella le puso las llaves del coche en la mano. —Siéntese en el Audi de Ewan, señor.

Gabriel le acarició la cara a Lillian. —Que Dios la bendiga, Lillian. Siempre me ha caído bien.

—Gracias, señor.

Corrió hacia la casa y entró por la puerta principal. Lo primero que vio fue a Ewan en el suelo, agarrándose la garganta, gorgoteando y ahogándose en su propia sangre. Cayó de rodillas y le cogió las manos.

Intentaba abrir la boca para hablar, pero una bala también le había entrado por la mejilla y le había destrozado la mandíbula.

Ella le presionó el dorso de las manos, intentando ayudarle a contener la hemorragia.

Él exhaló y se quedó quieto.

Oyó arrancar un coche fuera.

—¡Lillian! —dijo Jake.

Apartó la vista del cuerpo de Ewan y vio otro cadáver en el pasillo. Al fondo, a través de una puerta abierta, se fijó en que Jake estaba sentado al fondo de una habitación. Parecía estar tirando de un radiador.

—Lillian, es Gabriel. ¡Ha perdido el control!

Lillian se puso en pie y volvió a salir corriendo, desenfundando el arma. Irrumpió fuera justo a tiempo para ver la parte trasera del Audi desaparecer calle abajo. Volvió a entrar corriendo, esquivando a Ewan y al otro cadáver. Entró en el salón y vio otros dos cuerpos, y reconoció a uno de ellos como Priscilla Stone.

—¡Ayúdame! —dijo Jake. Tenía los pies apoyados en el radiador y tiraba de una tubería con todas sus fuerzas.

Ella vio las esposas y, al acercarse, se arrodilló y sacó un manojo de llaves del bolsillo. Rebuscó entre ellas hasta que encontró la llave estándar que usaban en el departamento y liberó a Jake.

Jake se incorporó. —Voy a por él.

—No. No es buena idea. Daré el aviso del coche.

—Da el aviso de todas formas. —Jake corrió hacia la puerta—. ¿Qué coche es?

Ella se lo dijo.

Jake iba a toda velocidad por la carretera hacia la casa de Gabriel cuando el Audi salió disparado del camino de entrada. Pisó el freno. Una colisión los mataría a los dos.

Gabriel giró bruscamente a la izquierda y Jake aporreó el claxon. El jefe aceleró para alejarse.

—¡Joder! —Conducir rápido era el talón de Aquiles de Jake. Podía enfrentarse a muchas cosas —las alturas, el fuego, criminales armados—, pero pisar el acelerador y alcanzar velocidades de vértigo no entraba en su repertorio—. Mike, ¿dónde estás cuando te necesito?

Su antiguo colega, el inspector jefe Yorke, se enorgullecía de haber superado un curso de persecución a alta velocidad. Jake también se lo había agradecido, porque eso permitía a Mike llevarse los honores en situaciones como esta.

Jake pisó a fondo el acelerador, y solo se dio cuenta de que Gabriel estaba a punto de llegar a un cruce cuando el velocímetro pasó de ciento treinta. Con suerte, Gabriel frenaría. Chocarle por detrás sería un riesgo mucho menor para Jake que ser embestido por un vehículo a toda velocidad.

Gabriel cruzó la intersección.

—¡Joder! —Jake llegó al cruce.

Miró a su izquierda, al vehículo que se aproximaba. Tenía la vista borrosa por el sudor que le caía por la frente, así que no pudo determinar lo cerca que estaba. Cuando llegó al otro lado, casi le sorprendió descubrir que seguía vivo y, con ello, le llegó un subidón de adrenalina y confianza. Pisó el acelerador, tensó las manos en el volante y le dio un toque al parachoques de Gabriel. —Sigo aquí, cabrón.

Gabriel, conduciendo un Audi, debería haber dejado a Jake y su Ford mordiendo el polvo, pero ahora había varios vehículos delante del jefe, actuando como reguladores.

—¿Adónde vas a ir, gilipollas? —Volvió a aporrear el claxon.

A Jake no le gustó la respuesta de Gabriel; el cabrón se desvió al carril contrario.

Un suicida…

Jake lo siguió. Juntos adelantaron a una fila de coches. Jake captó un par de caras de sorpresa en los vehículos que rebasaban. Rezó a Dios para no ver ninguna cara de sorpresa en los coches que se acercaran, porque entonces sí que se habría acabado todo.

Gabriel adelantó a los tres vehículos con facilidad y volvió a meterse en su carril. El capullo tenía ahora vía libre y rápidamente abrió distancia.

Jake estaba a la altura del tercer y último coche. Aporreó el claxon, exigiéndole al conductor que redujera la velocidad para poder meterse.

El estúpido cabrón le lanzó una mirada de enfado.

¡Qué diferentes serían las cosas si estuviera en casa con luces azules intermitentes en la parrilla y una sirena de dos tonos! ¡A este capullo le cantaría las cuarenta por obstaculizarle el paso!

Puso el velocímetro a ciento cuarenta y cinco, le hizo una peineta al conductor enfadado y se metió delante de él. —¡Mierda!

Gabriel estaba desapareciendo en la distancia.

Aceleró, llevando el vehículo a casi ciento sesenta, y el Audi volvió a hacerse más grande en su campo de visión. Podía notar el sabor del contenido de su estómago abriéndose paso por su garganta hasta su boca; esta era su idea del infierno.

Vio la señal de la rotonda y tragó saliva.

Gabriel entró en la rotonda de la misma manera que había tomado el cruce: temerariamente. Tomó la segunda salida, pero golpeó a un motorista que había optado por la tercera. Hubo un estruendo cuando tanto la moto como el hombre rodaron por el asfalto.

Jake se dirigía ahora a toda velocidad hacia el motorista caído en la rotonda. —Por Dios, por Dios… —dijo mientras daba un volantazo. Esquivó al hombre, pero golpeó la rueda de la moto volcada. Esta giró como una rueda de Santa Catalina, lanzando chispas.

Llegaron a una recta y, a pesar de ser una zona residencial, Gabriel aumentó la velocidad.

Con un vehículo superior, Gabriel había abierto una distancia considerable entre ellos, pero Jake sentía que todavía no estaba todo perdido. Se acercaban al puente que cruzaba el Skweda y se desviaba hacia Sharon's Edge.

El móvil de Jake sonó. Lo cogió del asiento del copiloto, respondió y se lo apretó entre el hombro y la oreja. —¿Sí?

Delante, Gabriel se había visto obligado a parar. Un tráiler estaba cruzando el puente, y un reguero de tráfico venía en dirección contraria.

—¿Dónde estás, Jake? —preguntó Lillian por teléfono.

—Lo estoy siguiendo. Lo he pillado saliendo de su casa. Estoy tan cerca que puedo saborear los gases del tubo de escape del cabrón.

Jake volvió a golpear el parachoques de Gabriel. El coche entero tembló, pero mantuvo el móvil pegado a la oreja. —Retrocede, Jake. Tienes que retroceder.

—Ni de coña. Después de ver a este cabrón en acción, es mi deber.

Gabriel intentaba desesperadamente meter su vehículo en el otro carril para esquivar el tráiler, pero el tráfico continuaba.

—Lo tengo atrapado. Dime que la caballería está en camino.

—Sí, pero tienes que parar.

—No puedo.

—Podría llevar a alguien en el coche —dijo Lillian.

—Va solo.

—¡*Estamos* en su casa! Había alguien en el sótano. ¡Las puertas estaban abiertas, pero está claro que tenía a alguien encerrado ahí abajo!

—¿Quién?

—No lo sé. Pero ¿por qué crees que ha parado aquí?

Jake tragó saliva.

Gabriel estaba asomando el morro del Audi. A la primera oportunidad, el desesperado inspector jefe se lanzaría. Si la cagaba, se lo llevarían por delante.

—Creemos que podría ser un niño —dijo Lillian—. Hay libros infantiles en la habitación.

Jake levantó el pie del acelerador.

No tenía a nadie detrás, así que dejó que el coche perdiera velocidad.

El tráiler y Gabriel se alejaron en la distancia.

—Dime que lo vais a coger —dijo Jake.

—Sí, las carreteras principales de salida están cortadas. No saldrá de la zona.

Pasó el puente y se detuvo en el arcén. Golpeó el volante con rabia. «Mierda».

—Hay algo más.

—Dime.

—Piper. La han atacado.

Jake sintió que el cuerpo se le venía abajo.

—Ha perdido mucha sangre, pero creo que se pondrá bien. La encontró el gerente del motel. Jake, creo que…

El móvil se le resbaló del hombro y cayó a la alfombrilla. No se molestó en cogerlo. En su lugar, dio media vuelta y se dirigió a Blue Falls, hacia el hospital.

Después

PETER SHEENAN PERMANECIÓ junto a la lápida de Felicity Davis mucho después de que el funeral hubiera terminado. La fosa aún estaba por rellenar, así que se quedó mirando el ataúd. —Estés donde estés, espero que encuentres algo de paz.

—Lo hará —dijo Piper.

Peter le sonrió a Piper, sentada en su silla de ruedas, y luego al hombretón que la empujaba. —Quedarse tanto tiempo con esa maldita familia..., pensando que era lo mejor para sus hijos... Cometió un terrible error.

Jake le puso una mano en el hombro a su amigo. —Todos los cometemos.

Peter suspiró y se secó una lágrima. —Y bien, ¿cuánto falta para que estés de nuevo en pie, Piper?

—La rehabilitación va bien, pero mis días de futbolista se han acabado. El médico dice que siempre cojearé.

—Lo siento.

—No lo sientas. Siempre he odiado el fútbol.

Jake sonrió y le puso la otra mano en el hombro a Piper. —¿Nos vamos al Taps a tomar algo esta tarde?

—Yo paso. Ya que estoy aquí, me gustaría saludar a otra persona —respondió Peter.

Jake asintió. —No te metas en líos.

Peter se rio. —Ah, la ironía. —Peter esperó a que Jake se llevara a Piper en la silla para cruzar el cementerio por un sendero bordeado de cerezos en flor.

Cuando llegó a su destino, abrió una silla plegable que había dejado antes junto a la lápida y se sentó. Se quedó mirando las flores frescas que también había traído antes del funeral de Felicity. Luego se metió la mano en el bolsillo para sacar su petaca. Tras verter un poco de Old Crow en el suelo, dijo: —Ahí tienes, viejo. —Él mismo bebió un trago—. Yo no tenía nada que hacer y no parecías muy ocupado. Hoy va a haber una puesta de sol despejada. —Señaló los cerezos en flor—. Y tenemos el mejor sitio para verla.

La cafetería Crowther's estaba más tranquila de lo habitual, pero eso solo pareció poner más nerviosa a Lillian. Se bebió el café a toda prisa y había pedido un segundo antes de ir al grano. —No puedo seguir viéndote.

—Ah —dijo Jake, que optó por acompañar su primer café con agua en lugar de pedir un segundo—. ¿Por qué?

—La teniente Louise Price.

—Ya veo. ¿Así que puede decirte de quién puedes ser amiga?

—Es más que eso, Jake, y lo sabes.

Jake se rio. —No te preocupes, Lillian. Te aprecio un montón, ya lo sabes. Si que yo me aparte ayuda a tu carrera, solo dime hasta dónde tengo que apartarme.

—Al menos hasta que se vaya. Entonces podremos volver a ser amigos.

—Vale. Y ¿cuándo es probable que ocurra eso?

—Cuando encuentre al jefe y a la niña desaparecida.

—Es curioso cómo el caso para el que vino se cierra y ella se queda para otro.

—Es como tú.

—Lo dudo.

—Lo es. Obsesiva, sobre todo cuando hay niños de por medio.

—¿No somos todos así cuando hay niños de por medio?

Lillian asintió. —Supongo que sí. La muerte de Ewan también le afectó mucho.

—Igual que a ti —dijo Jake, alargando la mano para coger la suya.

Lillian retiró la mano. —Apenas lo conocía.

—Eso no significa que no te afectara.

—No, supongo que tienes razón. Sabes, es buena persona, la teniente. Te caería bien.

—Seguro que sí.

—Ha tenido una mala vida. Le han pasado cosas horribles.

—¿Como qué?

Lillian abrió la boca y volvió a cerrarla. —No puedo decirlo, de verdad que no.

—Lo entiendo.

—Los encontrará. Al jefe, quiero decir, a Gabriel. Y a la niña.

—Espero que lo haga.

—Pero no quiere tu ayuda.

—Lo entiendo.

—Dijo que viene de un sitio donde hacen las cosas como es debido.

—Eso es un soplo de aire fresco.

—Entonces, ¿entiendes mi dilema?

—No solo lo veo, Lillian. Lo *entiendo*.

—Cree que podría seguir en la zona, en uno de los pueblos de al lado. Las carreteras principales de salida estaban cortadas. Se habría quedado atrapado.

Jake se terminó el agua. —¿Alguna novedad sobre los restos de sangre encontrados en el sótano?

—No debería decirlo. De verdad que no.

—Esta es la última pregunta, luego te dejaré seguir con lo tuyo.

—La sangre pertenecía a Ayden MacLeod.

—No era un niño.

—No.

—Pero su hermana sí.

Lillian asintió.

A Jake se le heló la sangre: Kayla MacLeod, la hermanastra de Piper.

—No lo has oído de mí.

—Vaya —dijo Jake.

—Tienes que mantenerte al margen hasta que la encuentre. ¿Por favor?

—Por supuesto —mintió Jake—. No oirás ni pío de mí.

SALISBURY, INGLATERRA

Colgó el teléfono. *Se acabó.* Se pasó el pulgar y el índice por el bigote. *Inesperado.* Sin embargo, era un hombre resistente a las sorpresas, y este trabajo no admitía respuestas emocionales ante ninguna situación. Sus instrucciones, como siempre, eran específicas.

El objetivo ha sido localizado. Tu misión ha concluido. Sin dejar rastro. Tú nunca has estado allí. Devuelve el coche a la dirección que te dieron. Dirígete al punto de encuentro para recibir tu nueva identidad.

Miró por la ventana y vio a Sheila Pettman salir de casa para llevar a su hijo Frank al colegio. Conocía su rutina a la perfección. Reflexionó brevemente sobre cómo la información más importante podía, en cuestión de un segundo, volverse la más irrelevante. Tomó nota mental de la fecha y la hora, como siempre hacía cuando estaba a punto de convertirse en otra persona y su objetivo dejaba de tener relevancia para él.

Su primera instrucción: *Sin dejar rastro.*

Oyó que la puerta se abría a su espalda.

—¿Stuart? —su voz sonaba nerviosa.

—Sí, Mary.

—Te he oído hablar por teléfono. No te entendía.

—Hablaba en ruso —metió la mano en el bolsillo interior.

—¿En ruso? Nunca me has dicho que… ¿Cómo es que sabes ruso?

Su mano se cerró en torno al cable de garrote que tenía en el bolsillo. —Porque soy ruso, Mary, y me temo que ha llegado la hora de que me vaya.

¿PREPARADO PARA MÁS?
Jake Pettman regresa en *Blue Falls*



Un asesino al acecho. Un equipo de mercenarios sedientos de sangre. Un jefe de policía deshonrado siguiendo un rastro de asesinatos.

Tras los brutales acontecimientos de los meses pasados, la Policía Estatal de Maine no puede contener la creciente ola de violencia que arrasa con Blue Falls y los pueblos vecinos.

En el centro de este caos, Jake Pettman se esconde de los hombres a quienes traicionó en Inglaterra. Hombres salvajes que ahora saben dónde está.
Pero Jake tiene preocupaciones más urgentes.
Kayla MacLeoid. Una niña de catorce años secuestrada.

Y Jake no puede darle la espalda a una niña.
Aunque eso lo mate.

¡Haz clic aquí para leer ahora!

Agradecimientos

Jake parece una fuerza imparable en estos momentos, y no pasará mucho tiempo antes de que vuelva a vuestras estanterías con *Blue Falls*, pero, hasta entonces, me gustaría expresar mi gratitud a todos los que han apoyado la producción de *Fire in Bone*.

En primer lugar, a mi familia, Jo, Janet, Peter, Douglas, Ian y Eileen, por seguir creyendo en lo que hago. A mis dos hijos, Hugo y Beatrice, que crecen a un ritmo implacable y ¡nos están obligando a plantearnos una mudanza!

Gracias, como siempre, a Jake, por escuchar mis ideas. Mi más profundo agradecimiento a Cherie Foxley, ¡que conjuró el río Skweda exactamente como lo había imaginado!

Gracias a Jo Fletcher, Kath Middleton, Karen Ashman y Jenny Cook por hincarles el diente a los primeros borradores. Gracias a todos mis lectores beta, que dedicaron su tiempo a ayudarme a dar forma a este nuevo episodio de mi viaje: Keith, Dee, Carly, Cathy, Donna, Yvonne, Holly y Alex. Gracias a los blogueros que me siguen apoyando: Shell, Susan, Caroline y Jason.

Espero que me acompañéis todos en octubre para el final de la trilogía, cuando la estancia de Jake en Blue Falls llegue a su devastadora conclusión...